
UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

HISTORIA

DEL

MAESTRE ÚLTIMO QUE FUÉ DE MONTESA

Y DE SU HERMANO

DON FELIPE DE BORJA

Madrid: 1889.—Imprenta y fundición de M. Tello, impresor de Cámara de S. M.
Don Evaristo, 8.—Telefono 3.103.

HISTORIA

DEL

MAESTRE ÚLTIMO QUE FUÉ DE MONTESA

Y DE SU HERMANO

DON FELIPE DE BORJA

LA MANERA COMO GOBERNARON
LAS MEMERABLES PLAÇAS DE ORÁN Y MARZAELQUIVIR,
REYNOS DE TREMECÉN Y TÉNEZ EN ÁFRICA,
SIENDO ALLÍ CAPITANES GENERALES, UNO EN POS DEL OTRO,
COMO AQUÍ SE NARRA

COMPUESTA POR DIEGO SUÁREZ

NATURAL DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS DE OVIEDO,
REYNO DE LEÓN, CONSEJO DE LENA, VALLE DE TURÓN, LUGAR DE HORVIES,
SOLDADO QUE SIRVIÓ MÁS TIEMPO DE TREINTA AÑOS EN LAS DICHAS PLAÇAS DE ORÁN
Y MARZAELQUIVIR, DONDE INQUIRIÓ Y COMENZÓ Á COMPONER
ÉSTA Y OTRAS HISTORIAS

DIRIGIDA Á LA CIUDAD DE VALENCIA

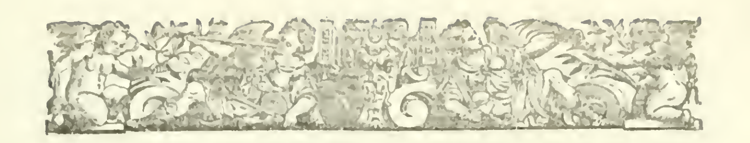
I



MADRID

MDCCCLXXXIX

Núm. 246



INTRODUCCIÓN.

Un soldado español, modelo de aquella heróica milicia, que con tanto ardimiento defendió los intereses de España en Africa, es el autor de esta *Historia*, interesantísima para el estudio de nuestras guerras, tratos y establecimientos en Berbería.

Firmaba sus escritos bien con el nombre de Diego Suárez Corvín ó con el de Diego Suárez Montañés; perteneció á una familia asturiana, aunque pobre, hidalga, y nació en Horvies, lugarejo del Valle de Turón, en el Concejo de Lena, el domingo 1.° de Mayo de 1552. Mientras pastoreaba ganado en la montaña, enseñáronle á leer y escribir, exaltándose su imaginación de niño y de mozo con el relato de las proezas españolas, que en aquellos tiempos se realizaban en extrañas y apartadas comarcas.

Su pobreza y las inspiraciones de su natural, más propio para la aventurera y romancesca vida militar, que para la sosegada y monótona de pastor, le inclinaban á ver mundo y á poner mientes

y manos en aquellas hazañosas empresas que engrandecían el nombre español: los malos tratamientos de un hermano decidieron su vocación, y, á hurto, abandonó el hogar paterno, viniéndose al Mediodía, en donde vivió, empleándose en humildes oficios para ganarse el sustento.

En Ciudad-Real sus aficiones le hicieron dar oídos á las agasajadoras promesas de cierto Capitán, quien, entre el son de marciales instrumentos, lisonjas y ofertas de un brillante porvenir, le hizo sentar plaza en un cuerpo de gente que se reclutaba para Italia. Cuando, á bordo de la nave en que le embarcaron, creía bogar hacia aquella rica Península, por un concurso de raras circunstancias, quizá por un engaño preparado desde que salió de Cartagena, el Viernes Santo 5 de Abril de 1577, dieron con su persona en Orán el domingo siguiente de Pascua de Resurrección: al saltar en tierra, cuando creía que iban á ponerle en las manos las armas, pusiéronle la pala y el azadón, y el bravo mozo que soñaba con batallas, escalos y proezas, tuvo que servir, con otros muchos, de peón, en las fortificaciones que mandó labrar la prudencia de Felipe II, para realizar los planos de su Ingeniero Mayor, el Príncipe Vespasiano Gonzaga.

Los peones de estas fábricas se agregaban muchas veces á los soldados en sus cabalgadas contra los moros, y Suárez tomó parte en algunas, sobre todo en los días festivos, en que se suspendían los trabajos: al fin consiguió, en Abril de 1581, incorporarse á la compañía de infantes mandada por el Capitán toledano Pedro Fernández de Guz-

mán, á quien sucedió el extremeño Hernando ó Hernández de Llerena.

En el servicio mostróse excelente soldado, disciplinado, exacto y valiente; durante veintitrés años de milicia, sus buenas prendas le consiguieron el respeto de sus compañeros, y su inteligencia natural y experiencia de veterano el de sus superiores, llegando en alguna ocasión hasta á imponer sus consejos al Capitán General, D. Gabriel Niño de Zúñiga, salvándole de una mortífera y deshonrosa derrota.

Poco afecto al mando, por lo que parece, ni solicitó ni consiguió ascensos que merecía, aunque en alguna parte de sus obras dice, que si D. Pedro de Padilla, Gobernador de Orán, no saliera tan presto de allí, hubiera él sido Capitán en aquellas plazas ó fuera de ellas. Ansioso de volverse á España, rogó, importunó y hasta molestó á los que podían licenciarle, y aun quiso varias veces huirse; pero ni ruegos ni tretas le sirvieron; á su despecho tuvo que continuar militando en el presidio africano. A los treinta y seis años casó con María de Velasco, moza de diez y siete, descendiente de uno de los soldados que conquistaron á Orán, y emparentada con algunos otros de los que servían allí por aquel tiempo.

Los años y el nuevo estado hicieron cada vez más patente la buena condición de Suárez: ni fué jugador ni mujeriego, cosa rara en la vida monótona de guarnición dentro de una plaza cerrada: con esto se acrecentó el aprecio en que le tenían sus convecinos, tanto, que, en un cabildo reunido en

el Hospital de San Bernardo, le encomendaron llevar las cuentas del establecimiento, cuidar de la sacristía y del almacén de las ropas, y procurar que nada faltara á los enfermos y heridos, mediante una módica retribución, que se aumentó á su mezquino sueldo mensual.

En medio de esta monótona existencia, interrumpida de vez en cuando por tal cual fechoría de los moros del campo ó por las emociones de alguna feroz cabalgada, su natural ingenio y despejada imaginación le inclinaron al cultivo de las letras, y sobre todo á conservar la memoria de las hazañas españolas en Berbería, no menos dignas de conmemoración y loa que las que asombraban á sus enemigos en Europa y América.

Y cosa extraña, aquel soldado de menguada instrucción y saber, que nunca pisó aulas ni academias, que vivía en un medio ambiente refractario á las letras, que escribía pésimamente el castellano, demostró un excelente sentido histórico, verdaderas dotes de investigador y narrador, y ante todo, tal amor á la verdad, tal instinto de lo que debe ser el arte de narrar la Historia, que llegó á componer una obra de amena lectura, y, cual ya dije, de singularísimo interés para el conocimiento de los sucesos de su tiempo.

Empezó sus trabajos el 5 de Mayo de 1592; enamorado de su pensamiento lo continuó, sin perdonar esfuerzo ni diligencia, recurriendo á cuantas fuentes de información hubiera acudido cualquier buen historiador moderno: aquellos rudos veteranos que lidiaron en tantas funciones de guerra,

caudillos y soldados; los adalides que los guiaron en batallas y sorpresas; el Alférez del castillo de Mazarquibir, y el Alcaide, nacido en la misma fortaleza; gente de república, como el Escribano y el Tesorero de las cabalgadas; burgueses, como un regidor del Ayuntamiento, un párroco, el boticario y un mercader de Orán; aquellos *mogataces* que, renegando de la patria mora, se habían entregado en cuerpo y alma al servicio de España; cristianos, moros, bastantes judíos, entre los cuales descollaba el intérprete Isaac Cansino, todos ellos, hasta las viejas mujeres de los veteranos contribuyeron, como testimonios orales, á su obra: y para que la jactancia de la vanidad, la fantasía alucinadora ó la mala memoria no le indujeran á error, obrando bien cuerdamente, compulsó aquellos relatos, aceptando por verdaderos los que cualquier escrupuloso indagador moderno hubiera aceptado en su caso.

A la vez que los documentos vivientes consultaba los escritos; el *Libro de repartimientos de Orán*, los registros de la administración pública, los de la oficina de asuntos árabes, los archivos del Convento de San Francisco y del Ayuntamiento, hasta los protocolos notariales y las ejecutorias ó papeles de las familias antiguas.

Este amor á la exactitud y á la verdad nos garantizan, en lo posible, la de sus relatos, sobre todo en aquellos lances, que cual testigo de vista nos refiere, dándole estas cualidades el concepto de testigo de mayor excepción.

El estilo de la obra es á veces difuso, pero cuasi

siempre animado y pintoresco; el lenguaje incorrecto, plagado de faltas gramaticales, de voces anticuadas y de provincialismos, pero muy expresivo, natural y acomodado al asunto: el mismo autor previene á cada paso al lector que sea benévolo con un montañés sin instrucción, más acostumbrado á manejar la pica que la pluma.

En cambio, todo cuanto interesa hoy á cuantos estudian la Historia se encuentra consignado en las páginas de su libro: no ya sólo guerras de algaradas y sitios, sorpresas y emboscadas, sino noticias bien curiosas de usos y costumbres, civiles, eclesiásticas ó militares; sucesos domésticos; notas sobre magnates ilustres ó sobre importantes tribus moras; como se hacían las cabalgadas, como se hacían y vendían las presas; la táctica militar de las tropas de Orán, sus yerros y sus remedios; las relaciones de los cristianos con la morisma; el cautivo que se huía y buscaba asilo en los muros de la plaza ó en los aduares de sus aliados; en suma, preciosos datos sobre la vida íntima de Orán y Mazarquibir, sobre su historia interna, cual ahora decimos, por espacio de muchos años: todo esto más ó menos mezclado con los lances de guerra, pero narrado, á la vez que ellos, con tal frescura de imaginación, con tanta naturalidad, que conserva el tinte romancesco que constantemente presentan los hechos de los españoles en Berbería.

Parece que tituló su libro *Historia general del África* (1): empezando con un breve relato de la

(1) La obra que publica en este tomo la *Sociedad de Bibliófilos españoles* se halla MS. en nuestra Biblioteca Nacional, T-266: es un grueso

toma de Cartagena, pasó rápidamente á las conquistas españolas de principios del siglo XVI, llegando al fin de éste y comienzos del XVII. De esta obra principal segregó, á ruego de unos caballeros valencianos, para imprimirla por separado, la parte referente á la historia de Orán y Mazarquibir, durante el gobierno de D. Pedro Luis Gal-

volumen en 4.°, de 426 folios útiles, autógrafo, falto al fin. En el Catálogo antiguo de MSS. de nuestra Biblioteca se cita la *Historia del Africa*, de Suárez, como existente en la X-216; pero este MS. sólo abarca el libro IV, que trata de la conquista de Argel por Carlos V: es autógrafo, está también incompleto al fin, y contiene la carta que al terminar esta Introducción publico. Berbrugger, diligente escritor francés de cosas africanas, tuvo la fortuna de tener á la vista la Historia entera, precedida de una autobiografía, que publicó en extracto y en francés, en la *Revue Africaine*, tomo X, año de 1866, páginas 111 y siguientes: con las noticias de este escritor, y las que presenta el mismo Suárez ya al principio de esta obra que se publica, ya esparcidas en sus trabajos históricos, he podido redactar un ligero resumen de su vida. Doy las noticias de Berbrugger *á beneficio de inventario*, pues no he tenido medios de comprobarlas, y hallo en él algo que no me inspira entera confianza, por más que es un autor digno de respeto por lo elocuente y laborioso. M. Edouard Cat, Catedrático de Geografía africana en la Universidad de Argel, me ha ofrecido buscar el MS. que aprovechó Berbrugger, y, caso de hallarlo, enviarme copia de la autobiografía. Si la buena voluntad de este ilustrado y excelente amigo mío obtiene buen éxito, consignaré la autobiografía al final del tomo II de esta obra, como Apéndice: con ella á la vista podrán comprobarse las citas de Berbrugger, completar en lo posible la biografía de este notable escritor y rastrear si esta obra, ó su *Historia general del Africa*, llegaron á imprimirse. Me han servido para añadir también algunos datos á la vida de Suárez, Máximo Fuertes, *Ensayo de una biblioteca de escritores asturianos*, que se conserva MS. en nuestra Biblioteca Nac., y el *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, de Gallardo, Zarco y Sancho Rayón. Acordado por la Junta Directiva de la Sociedad de Bibliófilos que los encargados de publicar las obras se extiendan lo menos posible en sus prólogos, notas y comentarios, dejando éstos para posteriores estudios, á fin de publicar el mayor número posible de textos, no he podido extenderme en esta biografía, todo cuanto ella merece y cuanto hubiera sido mi deseo.

cerán de Borja, último Maestre que tuvo la Orden de Montesa, y el de su hermano D. Felipe, que le sucedió en el mando de aquellos presidios.

Esta es la obra que en el presente volumen publica la *Sociedad de Bibliófilos españoles:* Suárez, al comenzar su manuscrito, consignó de este modo su asunto:

«Comienza primeramente la descripción de todo el Reyno de Tremecén, que es uno de los cuatro de la costa septentrional de África, que nombran de Berbería, do están en sus marinas las Plaças de Orán y Marçaelquivir, de que principalmente trata esta Historia.

Segundamente se narra, en suma, la presa de aquellas Plaças, y caudillos que en ellas hubo, con lo demás memorable de guerra, que en tiempo de cada uno subcedió, hasta que fueron á cargo de D. Pedro Luis Galcerán de Borja, Maestre de la caballería de Montesa y Marques de Navarres en el famoso Reyno de Valencia, y de su hermano Don Felipe de Borja, que allí le sucedió, de quien(es) especialmente trata esta Historia, repartida en dos partes; en que se contienen sesenta capítulos, los cuarenta pertenecientes al mismo Maestre de Montesa, los veinte á su hermano D. Felipe de Borja.

Tercera y últimamente concluye la Historia, con los demás Capitanes Generales que en aquellas Plaças y Reynos subcedieron al dicho Maestre de Montesa y su hermano, fasta el año de mil seiscientos y nueve, que ajusta cien años (desde) la presa de Orán.»

Las noticias anteriores á los dos ilustres caballeros de la familia Borja, y sobre todo las posteriores, son cortas, aunque muy interesantes, abarcando en realidad esta Historia, en toda su pleni-

tud, desde 1567 hasta 1573, en cuyos años van narrados, cuasi al día, los acontecimientos, mezclados con memorias de anteriores tiempos.

Hallándose Suárez entregado á estas indagaciones, un falso amigo le denunció al Conde de Alcaudete, Gobernador de Orán, como instigador de cierto motín militar: á pesar de sus buenos antecedentes, la delación produjo su efecto, y nuestro escritor quedó preso en la Alcazaba, donde pasó unos tres meses; al cabo vióse el proceso en consejo de guerra, presidido por el Conde, asistido por sus auditores y por un escribano de actuaciones: lo más granado de la guarnición acudió al amparo del veterano infamemente calumniado, y su defensor, que lo fué un fraile con quien acostumbraba á confesarse, fácilmente probó su inocencia, obteniéndole la libertad y hasta la protección del mismo Alcaudete.

Ocurría esto en Septiembre de 1600, y á los cuatro años, el 29 de Marzo, conseguía, con licencia de aquel General, embarcarse para España, dejando en Orán su mujer, su hija y sus manuscritos, y saltando en tierra en Cartagena el 7 del siguiente mes.

En la Península entonces, como en lo restante de su vida, la fortuna se le mostró bien poco favorable, sobre todo en su empeño de imprimir la Historia de los dos hermanos Borja. Pensando dedicarla á cualquier *señor de título*, bajo cuyo amparo se imprimiera, y en cobrar sus alcances, encaminóse á la corte, que por entonces estaba en Valladolid; pero enfermó, teniendo que detenerse

en Manzanares durante todo el mes de Mayo: convaleciente, dirigióse con mucho trabajo á la capital, en la cual comenzó á agitar sus pretensiones, entregando su manuscrito, con una dedicatoria, á D. Juan de Borja, Conde de Ficallo y próximo deudo de los nobles caballeros, cuya vida en África había historiado.

Mientras D. Juan revisaba su libro, nuestro soldado fuese á su tierra, donde vendió su legítima en quinientos ducados, haciendo á la vez información de su hidalguía: desde entonces, sin duda, usó el escudo de armas, representado en el sello en seco de una de sus cartas, dentro de una orla, que lleva su nombre; presenta este escudo *dos torres almenadas, surmontadas de dos águilas esployadas, timbrado del morrión ó celada, puesta de perfil, mirando á la derecha, con plumas y lambrequines de los colores del escudo*, que no es posible determinar por lo borroso del sello.

En León consiguió granjearse la protección de su municipio, que le proporcionó valiosas recomendaciones para la corte: volvió á ésta en Julio de 1605, y al siguiente la acompañó, cuando se estableció en Madrid, donde, muerto D. Juan de Borja, hubo de recobrar de sus herederos sus manuscritos, frustradas por primera vez sus esperanzas de darlos á la estampa.

Dos años anduvo en corte, sustentando sus pretensiones, consiguiendo hablar con Felipe III, que se le pagaran trescientos ducados de sus alcances, cien más en varias ocasiones, y que se le señalaran nueve escudos de ventaja á Antón Sánchez

Carrasco, tío de su mujer, *que fué descubridor del campo, que en Orán llaman atajador y capitán de campaña, cabo de media compañía de caballos, que llaman cuadrillero, en cuyo oficio murió en aquellas plazas, habiendo sido un señalado soldado de grande prudencia y consejo:* aquel veterano cuadrillero murió durante el año de 1606, sin disfrutar la mezquina ventaja que debió á su excelente hoja de servicios y á las instancias de su sobrino.

Este, durante su enojosa campaña de pretendiente, se ocupaba sin descanso en su tema de imprimir sus obras: además de historiador habíase preciado de poeta, y mientras relataba en prosa hazañas españolas, componía dos poemas, titulado el uno, según lo que puedo colegir por las noticias de Berbrugger, *El Ramillete oranés*, en el cual dos soldados, uno de Flandes y otro de Orán, discutían sobre la importancia de las guerras en que respectivamente habían peleado; el otro, que á lo que parece se llamó *Espejo de la nobleza*, se dividía en varios cantos, comprendiendo el III una relación de los Capitanes Generales de Mazarquibir y Orán, desde 1505 á 1607.

Sin duda este poema, á lo menos en parte, debió escribirlo en España, así como tres romances en fabla antigua: uno *sobre la elección del Rey Don Pelayo*, otro acerca de *lo que las mismas Asturias proponen, porque llaman á sus hijos de villanos*, y el último, en forma de carta consolatoria de Asturias á Valladolid, por la mudanza á Madrid de la corte.

Si por las poesías de Suárez, con que empieza

nuestra edición, hubiera de juzgarse su vena poética, ciertamente habría que tenerle por detestable vate: estas poesías valen tan poco, que las hubiera suprimido con gusto; sin embargo, sus romances muestran algún mayor ingenio y facilidad poética.

Imprimiólos en Alcalá de Henares en 1605 y 7, á la vez que algunos avisos importantes, dirigidos al Rey, sobre ciertos riesgos, á que debía proveerse á tiempo, tocantes á las plazas de Orán y Mazarquibir, por interés de la seguridad y sosiego de los reinos de España y para ventaja de la Real Hacienda. Cuando obtuvo audiencia de Felipe III le entregó estos avisos, así como á varios miembros del Consejo y al Marqués de Hardales, Gobernador de Orán, poniendo, cual antes su espada y su vocación de historiador, su experiencia ahora de veterano, al servicio de España, á la que muestra amor entrañable en cuantas ocasiones le ofrecen sus obras.

Además de las mencionadas obras tenía medio trabajada en borradores una cartilla militar, que trataba *de la puntualidad del soldado de la milicia española, los preceptos que se obliga á guardar el día que recibe tal hábito de soldado, de que siempre España tiene necesidad de tal brío y orgullo de sus hijos naturales, para defender y ampliar su monarquía.*

Deseando continuar su carrera militar, obtuvo Suárez el 24 de Marzo de 1608 un destino para Sicilia, con plazo de ocho meses para tomar posesión: entonces hizo venir de Orán á su familia, mujer é hija, que, acompañadas de su cuñado, lle-

garon á Cartagena. Por entonces se preparaba en esta ciudad una expedición contra Larache, y conocida la valía de aquel soldado, curtido en las guerras oranesas, importunáronle los que acaudillaban la jornada para que se les uniera, tocándole al interés, y hasta á su amor á la religión y á la patria, para decidirle; mas aunque el corazón le inclinaba á ello, su afán de ver en letras de molde la Historia que había escrito le hizo, *bárbaramente*, cual él mismo dice, desechar los consejos que le daban.

Para conseguir su empeño fuese á Alicante, donde dejó encomendada su familia á una honrada señora genovesa, viuda de un mercader llamado Baptista Nicolín; á seguida fuese en busca del Duque de Gandía, á quien había dedicado su obra, llevando consigo ochenta ducados, una cabalgadura y su mozo de espuelas.

En Agosto de 1608 llegó á Gandía, donde no encontró al Duque; mas la Duquesa, que le recibió afablemente, remitió el asunto de la impresión á un cuñado suyo, D. Baltasar de Borja, Arcediano de Játiva y canónigo en la Catedral de Valencia, en cuya ciudad entró nuestro historiador al concluirse las fiestas por la beatificación de Fray Luis Beltrán.

Presentadas las cartas de la Duquesa, contestóle el canónigo que, *siendo él eclesiástico, no se metía en historias de caballerías de guerra:* así, bruscamente desahuciado por quien por su carrera y apellido hubiera debido protegerle, pensó dedicar sus trabajos á D. Pedro Centellas y á su mujer,

gente hidalga valenciana, emparentada con los Borjas; pero su destino adverso le perseguía: Centellas se había vuelto loco.

Entonces puso su obra bajo el amparo de la ciudad de Valencia, dedicándosela: el Ayuntamiento la remitió á informe de su Cronista Gaspar Escolano; mas aunque á éste le pareció bien, por lo que se ve, Suárez no consiguió que los valencianos se decidieran á imprimirla. En esto cayó enfermo, gastando en curarse lo poco que le quedaba y el importe de algunas prendas que malvendió para socorrerse: con todo eso, la miseria hubiera acabado con él si no le ampararan el Patriarca Ribera, el Virrey D. Luis Carrillo y otros caballeros valencianos.

Restablecido al cabo, dirigióse con una carta de recomendación de Escolano, bien lisonjera, á Don Pedro de Borja, hijo del Maestre que tanto había celebrado; pero aunque le recibió afectuosamente, hallóle preso y perseguido, y más necesitado de protección que capaz de darla. Instóle D. Pedro á esperar la contestación de una carta que iba á escribir á su tío, D. Tomás de Borja, Arzobispo de Zaragoza; mas transcurrido el plazo de su presentación en Sicilia, y hasta una prórroga después obtenida, tornóse Suárez á Alicante, donde hallando en la miseria á su familia, desesperado, pensó quemar su libro ó dar con él en el mar, *lo cual dejé de hacer*, dice, *viendo que no era venganza de hombre noble;* mostrándose con esto de ánimo más elevado que todos aquellos linajudos próceres Borjas, que dejaban oscurecerse en el olvido preciadas memo-

rias de su casa, y en la miseria al escritor que religiosamente las había guardado.

El 2 de Diciembre de 1608 embarcóse Suárez con su mujer é hija y otras dos personas más de su familia, en una nave inglesa, con rumbo á Sicilia: después de varias peripecias marítimas, tempestades y zozobras de encallar en las playas berberiscas, desembarcó en Trápana, desde donde fué á presentarse á Palermo: allí, meditando tristemente sobre cuanto había perdido, y sumando desdichas, hallaba que el empeño de la impresión le costaba por cima de cuatrocientos ducados.

Sirvió en Sicilia hasta entrado el año de 1612 en la defensa de aquellas costas, desguarnecidas de su ordinario reparo de barcos de guerra, ocupados en España en expulsar á los moriscos: durante su servicio se dedicó á revisar su libro, quitándole *algunas motillas* que le indicó Escolano: creyó en Palermo imprimirle bajo los auspicios de D. Melchor de Borja, General de las galeras de Sicilia y hermano del Duque de Gandía; pero el noble marino se indispuso con el Virrey, Duque de Osuna, y tuvo que abandonar su destino y la isla.

En 1616 pasóse Suárez á Nápoles, donde al año siguiente una Real Cédula de 26 de Noviembre le confirmó en su entretenimiento. Aquí se interrumpen las noticias que de sí da nuestro autor, dejando en su manuscrito en blanco la página destinada á continuarlas: que vivió algunos años más lo prueba un trozo de su *Historia general del África*, en el que afirma que llevaba más de cincuenta

años de servicios, treinta en Berbería y veinte en Italia; de suerte que aun contando bien los de su servicio en Africa, que fueron veinte y siete, y añadiéndole los veinte que dice en Italia, habiendo empezado á servir en Orán en 1577, consta que existía por los años 1623 ó 24.

La fortuna no fué más próspera para él en Italia que en España: si en Sicilia le pagaban tarde y mal, peor fué en Nápoles: el hombre que empleó cuasi toda su existencia en servir á su país, dándole su sangre, su esfuerzo y su inteligencia, andaba cuasi pidiendo de limosna lo que en justicia le correspondía, y humillando aquella cabeza, encanecida en el servicio patrio, ante favorecedores más ó menos caritativos. Berbrugger publica la traducción de una carta autógrafa, que demuestra la triste situación en que Suárez vivía, por el mal cumplimiento para con él de la administración española: he aquí otra, también autógrafa, que prueba lo mismo, en cuyo sobre lleva el sello en seco antes citado, y la dirección siguiente: *á Joan Benito de Santa María dé Dios entera salud.*

✠

Yo y mis mujeres (su mujer é hija) *hacemos toda diligencia para cobrar los 92 ducados que me restan en la libranza comenzada á pagar, y esto por medio del Mayordomo del Duque y Secretarios de Cámara, y Gamboa, á quien fastidio cada día me den para comer; para cuyo pagamento me tiene prometido Camilo de la Marra señalará un entroyto de cient ducados, aunque yo más confianza tengo del Marqués de San Julián, que es más mi señor y amigo, y sabe mis obligacio-*

nes; que me dicen sus criados verná ahora antes de los quince de éste. Así entretanto tengo extrema necesidad de que sobre otra libranza de 150 ducados, me empreste Vmd. diez; porque le juro á Dios y á esta ✝ que en voluntad me lo debe, y que donde yo estoy, nadie osa mormurar de Vmd., que Dios guarde y dé entera salud.

DIEGO SUÁREZ MONTAÑÉS.

La respuesta dará á mí á solas, y no pública.

¿Llegó á imprimirse la *Historia general del África* de Suárez? Berbrugger, que traduce las últimas palabras de la autobiografía, dice: «C'est a cause de ma grande pauvreté et de mes charges de famille que cette œuvre (son Histoire d'Afrique) commencé a Oran le 1er mai 1592 *ne fut finie d'imprimer qu'en* 16.....» y en nota, que sigue á estas líneas, infiere que sea el 1609 la decena y unidad que faltan á la fecha, y que en 1609 murió nuestro autor. Si la traducción de las palabras de la autobiografía es tan exacta como esta suposición, que mucho me lo temo, habrá que desechar la afirmación que contiene, pues ya se ha dicho, con noticias escritas de puño y letra de Suárez, que vivía bastante después, y que aún no había impreso su *Historia*. En 1617 consta que aún no había impreso ni ésta ni la del Maestre de Montesa. La general, en el estado en que se halla la parte que poseemos, presenta blancos, algunos de considerable extensión, y parece dispuesta, más que para imprimirla, para agregarle algunas noticias.

Sin embargo, en la dedicatoria á Valencia que

aparece al frente de este volumen, al expresar su buena voluntad hacia los caballeros valencianos, dice, *de los que conocí en Orán y en los reinos de Sicilia y Nápoles*, indicando con esto que esta dedicatoria se escribió después de su estancia en ambos países. ¿Volvió Suárez de ellos á España? ¿Consiguió que el Ayuntamiento valenciano le protegiera, y que los impresores, que tan propicios se mostraron antes á publicar su obra, la imprimieran? ¿Las poesías detestabilísimas que al principio contiene indican esta impresión? Preguntas son éstas que no puedo contestar, aunque sí indicar que esta obra, si se imprimió, es extraordinariamente rara: muchas diligencias he hecho para encontrarla, ó á lo menos para dar con su cita; pero ni en nuestra rica colección de libros antiguos de la Biblioteca Nacional, ni en Brunet, ni en Nicolás Antonio, ni en Ternaux Compans *(Bibliothèque Asiatique et Africaine)*, ni en Gay *(Bibliographie des ouvrages relatifs a l'Afrique et a l'Arabie)*, ni en Paulitschke *(Afrika-literatur)*, ni en Máximo Fuertes *(Ensayo de una biblioteca de escritores asturianos)* la hallé citada como impresa. No contento con esto, pregunté á personas sumamente entendidas en bibliografía, entre ellas á nuestro ilustre Menéndez y Pelayo, que es todo lo que puede decirse, y tampoco habían dado con ningún ejemplar: de suerte que insisto en mi sospecha de que no se imprimió, á no ser que haya yo tenido la misma mala estrella para encontrarla, que tuvo Suárez para imprimirla.

Inédita ó rara, creo, lo mismo que su autor, que

es bien digna de ser conocida, y que al darla ahora á la estampa, domeñando la suerte fatal que pareció perseguirla, la *Sociedad de Bibliófilos españoles* cumple con el honrado propósito que constituye su lema: *que no perezcan las obras de nuestros antepasados, ne majorum scripta pereant.*

F. Guillén Robles.

Madrid 23 de Noviembre de 1889.





DEDICATORIA

Á LA FAMOSA CIUDAD DE VALENCIA.

Siempre, desde el principio del mundo, fueron honrradas y acatadas las ciudades y patrias por los que dellas salieron buenos hijos en santidad, armas y letras: por esto los antiguos, mayormente los romanos, les laureaban de vitoria, con grandes triunfos, especialmente á los guerreros, defensores y aumentadores del señorío de la patria, por donde la famosa Roma alcanzó renombre inmortal en el orbe terreno, muy más famosa que otra ninguna monarquía ni ciudad del mundo. Lo mismo los griegos de las Academias de Atenas, Tebas y otras partes de su imperio hicieron célebres á sus patrias por letras y armas, cobrando por ello inmortal renombre. Demás desto, otra mucha infinidad de ciudades, villas y lugares, provincias y reynos en los pasados y presentes siglos han sido y son honrradas y acatadas por el valor y virtud de sus buenos hijos, que en bondad florecieron, dando de sí luz y buen fruto, como por el contrario otros, con sus infames obras, les han escurecido y añeblado.

En tener honrrados hijos y naturales patriotas se ha aventajado y halla muy adelante la famosa ciudad de Valencia de los Reynos de Aragón en España, demás de que en todo su terreno no se halla otra tal república que se le iguale en buen gobierno, dende que se cobró de los moros hasta ahora; porque en ella resplandece aventajada y maravillosamente la santa fee católica, acompañada de las virtudes caridad y justicia; y así han salido y salen cada

día desta insigne y célebre ciudad muchos santos, por lo cual y otras razones se puede bien intitular Valencia la Santa.

Demás desto, han salido della muchos Prelados, Cardenales, Arzobispos, Obispos y otras muchas facultades de hombres doctos en todas ciencias; lo mesmo para la milicia, muchos buenos soldados y caudillos della, Capitanes, Sargentos Mayores, Maestres de Campo, Generales, Visorreyes, estendiéndose en toda la milicia de la Corona de España, aventajándose y señalándose siempre en ella, según se aventajaron y señalaron Don Pedro Luis Galcerán de Borja, Maestre de la Caballería de Montesa, y Don Felipe de Borja, su hermano, siendo Capitanes Generales tiempo de siete años de las Plazas de Orán y Marçaelquivir, y sus Reynos de Tremecén y Ténez en Africa; que aunque estos caballeros no nacieron dentro de la ciudad de Valencia, basta que sean de su mismo Reyno y jurisdicción de la excelentísima Casa de Borja, Duques de Gandía.

De cuyo buen gobierno, que en todo hicieron en aquellas Plazas y Reynos, me pareció hacer esta particular Historia, que desmembré de otra mayor, que tengo medio trabajada, de todo lo demás universalmente de aquellas Plazas y Reynos; porque las cosas del dicho Maestre allí fueron señaladas, me pareció que ellas solas son bastantes y capaces para hacer dellas particular historia, exemplificando con ella á los demás Capitanes Generales y Gobernadores que allí le van sucediendo para en el buen gobierno que siempre allí tuvo, dexando eternizadas tales instrucciones y costumbres que los prudentes como él observan allí.

Cuya historia humildemente se viene á poner debaxo de la sombra y amparo de la coronada vuestra ciudad de Valencia, para que la ampare como á obras de sus hijos naturales de su patria, para que todo el mundo entienda

quién fueron en prudencia, valor de armas y cristiandad Don Pedro Luys Galcerán de Borja, Maestre de Montesa, y su hermano Don Felipe de Borja.

Para que así fué mi intención desmembrar ésta su historia de lo que les pertenece y toca, sacándolo de la general con particular título; porque si la general no saliere á luz, lo que pertenece á estos caballeros no quede sepultado en la oscuridad del olvido, por ser, como son, de tan buen sonante en Orán y (en) todo el mundo. Y aunque yo soy nacido y antiguamente natural del Principado de Asturias de Oviedo, planta y origen del Reyno de León, cuasi del territorio más apartado en España del Reyno de Valencia, he querido siempre bien á los nobles sus naturales, porque siempre hallé en ellos muy honrrados términos en toda bondad y virtud de caballeros de los que conocí en Orán y en los Reynos de Sicilia y Nápoles.

Por esta causa, mirando á todas partes buscando á quien consagrar esta historia, no hallé á quien tan enteramente pertenezca y toque, como es á vuestra Ilma. y célebre ciudad de Valencia, porque como tan buena madre amparará la honrra de sus buenos hijos, según que ellos mesmos la honrran á ella con la virtud de sus buenas obras, las cuales le ofrezco, y humildemente suplico los reciba con la voluntad y veras que yo de la historia le hago presente y pequeño servicio, para que como cosa que es tan propia suya, bien la ampare y acoja sin tener atención al sujeto del autor: bien así como el Rey Arthagesis de Persia agradeció grandemente la poca y turbia agua que el villano le dió de presente entre sus rústicas manos en el camino del disierto, así V. Ilmo. Consistorio de honrrada y bien regida república, le suplico humildemente, como pobre y noble forastero, su aficionado, tenga mi presente por grande; cuyos defetos de su estilo y mi asturiano lenguaxe, disimulará vuestra prudencia, á que asimismo ayudará la verdad de la materia de la Historia, como madre y fuente

que es del gusto y ornato de la memoria; en cuyo nombre y por tal doy ésta para nuevo entretenimiento de nuestros hermanos naturales de la patria España, en que la famosa ciudad de Valencia perdone mi atrevimiento, en consideración de que las cosas humildes son las que siempre tienen necesidad de tan honrrada sombra y amparo para alcanzar el fin y valor que pretenden para ser libres de las venenosas lenguas de los envidiosos detractores.

Cuya Universidad, ciudad de Valencia, con vuestro Ilmo. Consistorio, conserve Dios largos años, dando de sí tan virtuosos hijos para la Iglesia y defensa della, como hasta ahora ha dado como resplandecen en todo el mundo.

Diego Suárez Corvín, de Asturias de Oviedo.

EL AUTOR

AL MISMO MAESTRE DE MONTESA, CONTENIDO EN ESTA HISTORIA.

Ilustre pueblo, héroes valencianos,
De vuestros jardines deleitosos,
De laurel y otros ramos vitoriosos
Texan una guirnalda vuestras manos.
Á la antigua costumbre de romanos,
Laureando sus hechos más gloriosos,
Así premiad con ella, los famosos,
Que el buen Maestre hizo entre africanos.
Ponédsela en su estatua por trofeo
Encima de su heróica sepultura,
Pues lo merece bien su alta historia.
Estimados seréis con este empleo
Por la sonante voz que en él hoy dura
Con que más se eterniza su memoria.

OTRO DEL AUTOR

Á DON FELIPE DE BORJA, HERMANO DEL MISMO MAESTRE DE MONTESA.

No es menos dino de tal gloria
Su hermano del Maestre, Don Felipe:
Además de venir de tal estirpe,
Se debe eternizar en la memoria.
Según se hallará en esta historia,
Es digno que su triunfo participe,
Aunque la envidia más reviente y hipe,
Será su buena fama muy notoria.
Porque en África se halló, más peligrosos
Que todos los de Orán, tan afamados
Con los moros y turcos en campaña.
Jamás se vió tal peso rigoroso,
Ni valor de infieles arriscados,
Contra quien el de Borja tuvo maña.

OTRO DEL AUTOR Á SU PATRIA.

Perdona, patria mía, Principado,
Á este ingrato hijo de tu suelo,
Porque nada escribe de tu celo,
Siendo á otra provincia aficionado.
Porque tú me enviaste á ser soldado
Escribo de milicia en su nivelo,
Porque así me viene más á pelo
Por haberme en ella despertado.
Mas espera un poco, que no huyo,
Que si vida y tiempo no me falta
Yo escribiré ¡oh patria! tus grandezas.
Y lo demás que escribo todo es tuyo;
Pues de tu sangre soy, antigua y alta,
Tú que á Castilla diste las noblezas.

OTRO DEL AUTOR EN SU DESCULPA.

Famosas Academias de las ciencias,
Vivid entre los hombres con vitoria,
Suplid el torpe estilo de mi historia
Prestando á su lenguaje grata audiencia,
Que en ella hallaréis tal diferencia
Cuanto va del fino oro á baxa escoria:
Así quedaré ausente de la gloria
Dada por los doctos con sentencia,
Por ser mi curso siempre en la atalaya,
Estando en viva guerra treinta años
En Orán, si acordarme dexan penas,
Haciendo al enemigo estar á raya
Y sufriendo trabaxos muy estraños
Derramando escura sangre de sus venas.

DE DON JUAN DE MONCADA,

CABALLERO DE LA CASA DE MONTE ALTO, PRÍNCIPE DE PATERNÓN, EN EL REINO DE SICILIA.

Los que ven y aprueban tal historia,
Como ésta que se da por verdadera,
Deven de inquirir de la cantera
Del autor, ya si tiene alguna escoria.
Virtudes y vivienda si es notoria
Tuvo siempre corriendo su carrera,
Mirando si ha gozado de otra gloria,
Ya preferida en él por delantera.
Aquesto hallé yo cumplidamente
En este asturiano Suárez Diego,
Que es notorio ser noble de su parte;
Lo mismo en la milicia y muy prudente,
Siempre estimando en poco al niño ciego,
Pues es quien celebró á Minerva y Marte.

DE DON DIEGO DE CABRERA Y ALARCON,

EN FAVOR DEL MISMO AUTOR.

Dichosa Asturias de Uviedo sancta,
Pues diste un hijo tal y virtuoso,
De mil maneras bueno y glorioso,
Como, en fin, nacido de tal planta.
De tí escribo en emprenta y tanta
Defendiendo partido tan famoso,
Y al filo del mordaz corte invidioso,
Él puso en tu defensa la garganta;
Y así también á la anciana Castilla,
Con otra relación en compostura,
Ha estampado y lo mismo un espejo,
Salió luz de su mano y no sencilla,
Y del Real servicio y su hechura,
Y assí enseñando en todo buen consejo.

ÍNDICE.

Páginas.

Relación del trabaxo y costa que esta historia tiene hecho á su auctor en las diligencias que hizo para sacarla á luz en España.

Después de inquirida y travaxada esta historia en Orán, desmembrándola, como dicho es, de la general de aquellas plazas y reinos, para que hurté, en todo el tiempo que en aquellas plazas estuve, el poco que me sobraba del ordinario exercicio de las armas, porque no embargante nací inclinado á ellas en el Principado de Asturias, mi natural, y especialmente contra moros y turcos, enemigos del nombre cristiano, para que á posta les vine á buscar á Orán, sino que juntamente con esto no quise olvidar lo poco que sabía de las letras, entreteniéndome con ellas, ya leyendo, ya escribiendo; hallando en esto más fruto que en los demás exercicios de que usan los soldados, que mayormente si es el endemoniado juego, que tanta ofensa de Dios causa, y lo mismo acabestrando almas al infierno por muchos modos y caminos. Cuya inclinación fué Dios servido apartar de mí, porque siempre le doy inmensas gracias, y siendo tan inclinado á la pluma como á las armas, en el curso de milicia que allí estuve, tiempo há cerca de treinta años, travaxé así mismo, una general historia de aquel reino, nombrado en los pasados siglos la Mauritania Cesariense y en los presentes reino de Tremecén y Argel, á donde los turcos han puesto la silla de su señorío; en que se narra la noticia de lo que antiguamente en todo este reino pasó y úlptimamente después que los cristianos españoles les acabaron de cobrar á España, los subcesos que en él tuvieron próspera y adversamente con los infieles moros y turcos, de que como es dicho, quise desmembrar lo tocante al Maes-

tre de Montesa y á su hermano Don Felipe de Borja, para sacarlo á luz por sí mismo. Cuyo motu de intención mía, que tuve para escribirlo uno y otro, lo diré en el primer capítulo desta parte.

La cual siendo comenzada á poner en estilo, determiné sacarla á luz debaxo del amparo de algún Señor de título de la misma casa de los Duques de Gandía, y así la enderecé y dirigí á Don Joan de Borja, Conde de Ficallo y Mayol, de tierras del Reino de Portugal y Mayordomo mayor que había sido de la Emperatriz, hermana del Rey Felipe Segundo, por ser, como era, cercano deudo de dicho Maestre.

Para lo cual, y á otros negocios que me importaban, salí de Orán á 7 de Abril del año 1604, habiendo servido, como dicho es, cerca de treinta años ordinariamente en la infantería, en que hice los servicios que constan de mis recaudos; y saliendo de Orán, con licencia de mi Capitán General, caí enfermo todo el mes de Mayo deste año en la villa de Manzanares, del Reino de Toledo; y caminando convaleciente llegué, no con poco trabaxo, á la corte, que estaba en Valladolid: donde luego dí noticia desta historia al dicho Don Joan de Borja, y entretanto que la vió, pasé al Principado de Asturias, de Oviedo, mi patria, donde vendí mi lexítima por quinientos ducados, y hice otras diligencias en averiguación de mi nobleza á que me remito. Y vuelto á la corte en Valladolid por el mes de Julio de 1605, luego en el siguiente de seis, se volvió la corte á Madrid; en que al cabo de pocos días falleció en ella el dicho Don Joan de Borja; y sacando esta historia de poder de sus hijos, me detuve otros dos años en la corte donde cobré trescientos ducados, que Su Magestad me debía de Orán, y lo mesmo me mandó dar en veces otros cien ducados de ayuda de costa.

Y entretanto que estas pretensiones corrían, determiné de dirigir esta historia al mesmo Duque de Gandía, como la

tronco mayor del árbol de su casa, cuya copia de ella me pareció narrar aquí, en que así mismo pusiera la de Don Joan de Borja, sino se perdiera en su poder, yendo suelta del libro, y la del Señor Duque de Gandía es en el tenor siguiente:

AL EXCMO. SR. D. CARLOS DE BORJA, DUQUE DE GANDÍA, MARQUÉS DE LOMBAY, CONDE DE OLIVA, DEL CONSEJO DE ESTADO DE SU MAGESTAD.

Cosa es averiguada que la honrra de nobleza, que hoy resplandece en nuestra España, y fuera della, la heredaron los que verdaderamente la poseen de sus pasados padres y abuelos, á quien también se ingiere y pega algo de los demás virtuosos y valerosos deudos y parientes, que por sus buenas obras de caballeros, ilustraron y ennoblecieron más sus linages, sirviendo fielmente á su Rey, como siempre han servido los de la Excelentísima casa de Borja, como consta desta historia, tocante á Don Pedro Luys Galcerán de Borja, úlptimo Maestre que fué de Montesa, y Don Felipe, su hermano, muy cercanos deudos de V. Excia., por lo cual me pareció ponerla en sus manos, por ser, como es, historia de tan honrosos servicios de guerra, que hicieron á la Corona Real de España, siendo sus Virreyes y Capitanes Generales de las plazas de Orán y Marçaelquivir y sus reinos de Tremecén y Ténez, en la costa de Africa, á terrero y rodela del enemigo común, moros y turcos de Argel y sus alcaidías.

La cual historia, justo es que V. Excia. la haga amparo y sombra, porque tan calificados servicios de buen sonante, no queden sepultados en las cabernas y escuridad del olvido, que no es razón; y para ello no mire al sujeto y mano del autor de que sale y se la ofrece, sí al de la misma historia, que él sólo basta: y el amparar tales obras de virtud es de tales príncipes, como V. Excia., y en particular por ser, como es, tan pro-

piamente suya, y de tan virtuosos caballeros de su casa y línia, descendientes, como es notorio, de los reyes de Aragón.

Á cuya causa de ser el cuarto abuelo de V. Excia. tan cercano deudo del Emperador Carlos Quinto, Rey de las Españas, en el año de 1539, en que murió en Toledo la Emperatriz Doña Isabel, le encargó el Emperador al dicho Don Francisco de Borja, Duque de Gandía, el Real cuerpo de su mujer para que le llevase á enterrar á Granada, donde estaban los Reales cuerpos de los Reyes Católicos Fernando y Doña Isabel, sus abuelos. La cual jornada hizo con diligencia el dicho Señor Duque Francisco, en vida del Duque Don Joan su padre, teniendo solamente título de Conde de Lombay, cuyo servicio estimó en mucho el Emperador. Por lo cual y demás servicios que de su Excma. persona se esperaban, le mandó dar el invicto César el hábito de Santiago, con una honrrosa encomienda, y en pos desto le envió por Visorrey y Capitán General de la provincia y Principado de Cataluña; la cual toda gobernó á cumplido beneplácito de su nobleza y universidades, como prudente príncipe de clara sangre que tenía, como en todo y por todo lo mostró; porque después destos y otros muchos servicios hechos á la Real Corona de España, tuvo tan santo ilustre valor, que al tiempo que se hallaba engolfado en medio de las grandezas deste mundo las supo despreciar, entrándose en la Compañía del Santo nombre de Jesús, en que terceramente subcedió al beato Innacio de Loyola, primer fundador de aquella Santa Religión, donde acabó santamente sus bienaventurados días.

Así mismo á Don Carlos de Borja, abuelo de V. Excia., como tal príncipe de entera virtud y confianza, le fué encargada la quietud y sosiego de la Señoría de Génova, la cual, como prudentísimo, supo bien mitigar y allanar, á contento de las partes, sin intervención de armas, ni engendrar otros gastos á la Corona de España, adonde volvió muy triunfante, dexando puesto silencio en todo.

Lo mismo el Duque Don Francisco de Borja, padre de

V. Excia., le encargó la Magestad del Rey Felipe Segundo, con honroso título, en su misma voz y nombre, la entera mitigación y sosiego del Reino de Aragón, cuando se alteró, á causa de amparar al Secretario Antonio Pérez; jornada importantísima y de grande calidad y peso, que no podía caber en otro príncipe de aquellos reinos en que el dicho Excmo. Duque supo, con su natural virtud y prudencia, componer las cosas como de su calidad y valor se esperaba. Por lo cual, después adelante, en el año de 1586, viniendo Su Magestad de tener Cortes en Monzón, pasando por el Reino de Valencia, para volver á Castilla, rodeó muchas leguas de camino por sólo vesitar al dicho Duque Don Francisco de Borja, como le vesitó y estuvo con él en Gandía en público y secreto sarao, en su mismo palacio y casa.

Demás desto la excelentísima persona vuestra, acompañado de la Señora Duquesa Doña Juana, su madre, fueron los dos juntos en Alemania, á sus mismas expensas y costa, por Doña Margarita de Austria, dinísima Reina de las Españas, mujer del Rey Felipe Tercero; en cuya jornada V. Excia. y su madre padecieron grandes trabajos, y gastando grandes tesoros por mar y por tierra, hasta volver en España, con triunfo de vitoria del todo.

Los cuales servicios todos son de mucha calidad y estima, que, por hacer su narración, no puedo dexar de ser largo en esta dedicatoria, dexando por la misma causa de asomar otros muchos tales en ella de aquellos Señores y excelentísima casa: en que confiado de que no degenerando V. Excia. de la virtud y valor de su clara línia, amparará la honra de ella, como su Augilio y cabeza que es tronco de todo su árbol, haciéndole sombra, favoreciendo esta historia, por ser, como es, de quien principalmente trata y hace público retablo del valor de sus deudos en el exercicio de las armas contra infieles moros y turcos; que no es razón que queden sus memorias sepultadas en las cabernas y escuridad del olvido, sí que salgan en pública plaza y sean notorias en todo el mundo, por ser, como fueron,

hombres de grande valor y prudencia, y así por hallarse, como se hallaba, el dicho Maestre de Montesa por Capitán General de Orán y Marçaelquivir, no le osó acometer todo el poder del turco, para quien armó en el año de 1569, como en su lugar y tiempo desta historia se verifica.

La cual, siendo así amparada y favorecida de tan excelentísimo Príncipe, será de todos estimada y libre de las vegnenosas lenguas de los apasionados detratores. Guarde Dios á V. Excia. para que siempre ampare obras de virtud y verdaderas historias, como, por tal, le ofrece ésta su auctor, Diego Suárez Corvín, natural de Asturias.

Travaxada la referida dedicatoria y habiéndome Su Magestad despachado en la Corte de Madrid, con entretenimiento para el Reino de Sicilia á los 24 de Marzo de 1608, con tiempo limitado de ocho meses de término para presentarme en Sicilia, donde á la saçón era Visorrey el Duque de Escalona: y viniendo yo de la Corte á Cartagena á recebir mi familia, que sus parientes me enviaron de Orán, do la había dexado, entretanto que negocié en España, en los primeros de Agosto de dicho año, hallé en Cartagena la armada de todas las galeras de Italia, con las de Sicilia y sus tercios, que iban sobre Alarache, pueblo marítimo, en la costa de Berbería del Reino de Fez, y viniendo en las galeras de Sicilia capitanes y soldados que me conocían, y viendo que mi entretenimiento era entre la infantería de aquel Reino, con la cual venían oficiales de su cuenta, me aconsejaron todos que me presentase allí luego y fuese sirviendo en la jornada, dexando mi casa en Cartagena, con otras conocidas y honradas de Orán, que allí estaban; pues tenía dineros para dexarle, entre tanto que la armada volvía, como me convenía y lo debía hacer, conforme al débito de soldado, viejo, honrado, y venir, como venía, aventajado por Su Magestad, y para gozar desde luego, como gozara, de mi entretenimiento, y ahorrar el gasto de matalotaxe, de comida y

flete de cuarenta ducados que después me llevaron unas naves de Escocia para llevarme á Sicilia.

No obstante de todo esto, como llevaba el blanco de mi quimera, de ir á Gandía y Valencia á imprimir este libro, bárbaramente dexé de gozar de todo lo dicho, yéndome de Cartagena á Alicante, á donde dexé mi familia en casa de una honrrada Señora genovesa viuda de un mercader Baptista Nicolín. Do tomando ochenta ducados, con una cabalgadura y mi moço, dí conmigo en Gandía, por el mes de Agosto de 1608, no hallando allí al Duque porque era ido á la Corte: en que vista mi demanda, la Duquesa me dió letra para su cuñado Don Baltasar de Borja, Arcediano de Játiva y canónigo en Valencia, encargándole mi celo y buen despacho, en nombre del Duque: con que allegué á la ciudad de Valencia, á los 15 de Agosto, á tiempo cuando se acababan de celebrar las fiestas en ella, que habían hecho sus nobles ciudadanos á la beatificación de Fray Luys Beltrán, natural de aquella famosa ciudad, de la Orden de Santo Domingo. No hallé en la ciudad de Valencia la brevedad del despacho que yo pensaba, porque me respondió el dicho canónigo, hermano del Duque de Gandía, que siendo él, como era, eclesiástico, no se metía en historias de caballerías de guerra.

En que siendo yo avisado de que también tocaba la historia á Don Pedro Centellas, un caballero de Valencia y á su muger, de la misma línia y casa de Borja, le hallé loco, sin juicio, ni acuerdo ninguno, retirado en su casa muchos días había.

Y entretanto trabaxé de dirigir de nuevo la historia á la misma ciudad de Valencia haciendo la presentación della; cuyos síndicos y jurados la remitieron al Doctor Gaspar Escolano, Coronista de aquella Ciudad, y sus reynos de Aragón, para que la viese como la vió y aprobó.

En estos medios caí enfermo allí de calenturas, donde estuve más de un mes en una cama, donde gasté la miseria que

me había quedado de los ochenta ducados que saqué de Alicante, demás de algunas prendas que mal vendí; y con todo eso, sin duda fenecieran mis cansados días, si Don Luis Carrillo, Marqués de Caracena, que á la sazón era Virrey de aquel Reino, no me regalara, aficionándose á mis servicios de Orán, que me hizo merced ver, y lo mismo me mandó socorrer el buen viejo Patriarca Ribera, y otros caballeros valencianos que me conocían de Orán, y tomando testimonio de mi enfermedad para mi desculpa de la falta del tiempo que se me pasaba para presentarme con la Real cédula de mi entretenimiento en Sicilia, á cuyo testimonio me remito, que está en mi poder, autenticado de la misma ciudad de Valencia, su data á 21 de Octubre del dicho año.

Con este recaudo y mi original libro partí para Alicante por tierra, no pudiendo detenerme más en Valencia; cuyo Coronista dicho, me dió una carta cerrada para Don Pedro de Borja, hijo del mismo Maestre que fué de Montesa, que se hallaba retirado ó medio preso en aquel castillo y convento de su Religión de caballería, por cierta pendencia que había tenido en Çaragoça de Aragón con un caballero de aquel Reino, donde el dicho Don Pedro de Borja se había criado, en casa de Don Tomás de Borja, Arzobispo de Çaragoça, su tío, hermano del Maestre su padre: y dándole la carta del Coronista, con ella le enseñé el libro de la historia de su padre y tío Don Felipe de Borja en Orán, con la cual se alegró mucho el honrrado caballero, aunque, por otra parte, se afligió, vista la estrechura en que se hallaba para acudir á negocio que tanto le obligaba, como era la historia de su padre: en que juntamente con esto, dixo que era pupilo del Arzobispo, su tío, demás de que se hallaba retraído ó preso en aquel convento.

Mas, con todo eso, dixo que si yo quería esperar allí algunos días, entretanto que hacía correo á Çaragoça, para ver lo que sobre ello su tío mandaba: en que yo no fuí de

parecer de esperar, por la prisa que la cédula de mi entretenimiento me daba, para su presentación en Sicilia, antes de que feneciese el término que para ello se me daba, como consta de la misma cédula, y otra prorrogación que para ello se me dió, á un mesmo tiempo, en Madrid, á que me refiero.

Estando yo en el dicho castillo de Montesa llegó á él orden de la justicia criminal de la ciudad de Valencia, para que el dicho Don Pedro de Borja fuese á ella á hacer su confesión del delito que se le acumunaba: para cuyo acompañamiento vinieron á aquel convento muchos caballeros de la misma orden, los cuales, viendo la historia de su Maestre que había sido, sintieron mucho no poderla amparar y sacar luego á luz, y pidiéndosela yo al mismo Don Pedro de Borja, y la carta que del coronista de Valencia había llevado, que me convenía por muchas causas, partí para Alicante, á pie y sin mozo, porque del Garao de Valencia le envié por mar, y hallé á mi familia gastada, y yo que no llevaba un dinero demás del tiempo mal gastado, con determinación de quemar ó echar el libro en la mar: lo cual dexé de hacer, viendo que no es venganza de hombre noble y por la grande costa que me tenía hecho; la cual, en algún tiempo podía salir á luz con alguna remuneración mía; y para que en alguna manera conste su estilo y narración, pongo aquí la copia de la carta que el coronista de Valencia escribió al dicho Don Pedro de Borja, la cual originalmente tengo en mi poder, que es en la forma y tenor siguiente:

Á DON PEDRO DE BORJA, COMENDADOR DE LA CABALLERÍA DE MONTESA, DIOS GUARDE. EN MONTESA.

Aquí ha llegado un hidalgo asturiano que se llama Diego Suárez, soldado que ha sido treinta años de las plazas de Orán y Marçaelquivir, con un libro que ha compuesto, en castella-

no, de las cosas memorables que el señor Maestre de Montesa, padre de Vmd., hizo en aquellas plazas. Hele visto y leído por el oficio que tengo de coronista del Rey, nuestro Señor, en este Reino, y puedo certificar que, demás del sujeto, que él sólo bastaba, tiene cosas muy gallardas que han de honrar mucho á los muertos y á los vivos.

El autor ha venido á esta ciudad en busca de los deudos del Maestre para que le paguen la deuda en que todos le están de haberse él sólo acordado de resucitar el nombre de quien le dexó tan honrado en el mundo. Pero como la mayor parte toque á Vmd., como á hechura de su padre, todos le han aconsejado que acuda á Vmd. y se encargue del amparo del libro. Yo confío que para caballero tan principal serán menester pocas palabras, donde sobran tantas razones, y así suplico á Vmd. no permita que vaya desconsolado, pues ha de ser trompeta del vivo el que lo ha sido del muerto. Lo que pide es que Vmd. le mande proveer para el camino, que pasa á Sicilia, con entretenimiento que le dió Su Magestad, y dexar el libro en su poder, porque de la impresión me dicen que no tiene Vmd. que cuidar, porque los libreros de Valencia la imprimirán; donde no, yo daré á Vmd. traza como salga á luz, sin costa suya, y ofrezco para el día de la impresión quitar algunas motillas que tiene el libro, aunque de poca consideración. Lo demás dirá á Vmd., á boca, el mismo autor á que me remito. Guarde nuestro Señor á Vmd. De Valencia á 12 de Octubre de 1608.—El Licenciado Gaspar Escolano, Rector de la Parroquia de San Esteban.

Detúveme en Alicante algunos días, acabando de convalecer, vendiendo para ello las prendas que teníamos yo y mi mujer y hija, y habíamos traído yo de la corte y ellas de Orán, demás del regalo que me hizo aquella noble república y su gobernador Don Joan Ferrer; de cuya asistencia por mi poca salud en aquel lugar, y esperando pasaje, tomé el mismo testimonio en latín, autenticado de la justicia, según que originalmente está en mi poder, encor-

porado con el otro testimonio de Valencia y carta del Coronista, juntamente con otras auténticas escrituras de Orán y pérdida de Bujía.

Partí de Alicante para Sicilia, un día Martes, que se contaban 2 de Diciembre del dicho año, en una nave inglesa, cuyo capitán me llevó cuarenta ducados de flete, demás del matalotaxe de comer que en la nave metí para toda mi familia, cinco personas con la mía, y haciéndonos demasiado tiempo de Nordeste tramontana, faltó muy poco para acostar á dar al través en la costa de Berbería; y queriendo Dios librarnos, trocando el tiempo, con que tomamos el puerto de Caller de la isla de Cerdeña, y saliendo de allí asimismo con demasiado viento maestral, atravesamos el golfo que nombran del Hirro, en menos tiempo de diez y seis horas, aunque son más de cincuenta leguas hasta Sicilia, y con nadar la nave á árbol seco, iba por el viento galopeando, haciendo vomitar á todos los que íbamos en ella, marineros y no marineros.

Desembarcando en Trápana, me fuí luego á presentar en Palermo á los 17 de Diciembre, pudiendo haber corrido mi sueldo desde 1.° de Agosto si me presentara en Cartagena ante los oficiales de la armada y tercio de aquel Reino, que ya había más de un mes había vuelto á él, no acertando de aquella vez la suerte de la presa de Alarache, como se pensaba. De manera, que demás de cinco meses de sueldo que perdí, á razón de doce escudos al mes, como era mi entretenimiento, que importan sesenta, y cuarenta del pasaje, demás de las vituallas de comida, podré jurar á Dios con verdad que me tiene hecho de costa la presente historia más de cuatrocientos ducados, desde la primera hora de su continuación.

Esto se entiende demás del tiempo malgastado en la corte y en Valencia, y con todo esto, estando yo en Sicilia, cada día con las armas en las manos, en guarda de aquellas marinas en los años 1609, 10 y 11 y parte del 12, á causa de andar la armada y tercio de aquel Reino, junta-

mente con el de Nápoles y Lombardía con las galeras de Génova, ocupados con la expulsión de los moros de España, espoleándome la afición, que nunca me ha faltado, para el Maestre de Montesa, olvidado de los trabaxos y gastos pasados, volví á cuiptar, y en alguna manera acicalar esta historia, quitando las motillas que el Coronista de Valencia le halló, como dice por su carta, añadí este sobre trabajo en confianza de que en algún tiempo podría salir á luz y tener yo algún premio de mis trabajos y gastos, y lo mismo del celo del que tal exemplo de cristiandad, buen gobierno y valor que estos dos hermanos tuvieron en aquellas plazas y reinos, no quedase sepultado todo en las cavernas y escuridad del olvido, sí que sirvan de luminoso fanal y blandón á los demás Capitanes Generales y Gobernadores que allí les van subcediendo; donde será eterniçada su memoria y buena fama, tanto en el terror y espanto de los enemigos, moros y turcos, de aquellos reinos, cuanto en el beneplácito de la gente de guerra de aquellas plazas y demás universidad dellas.

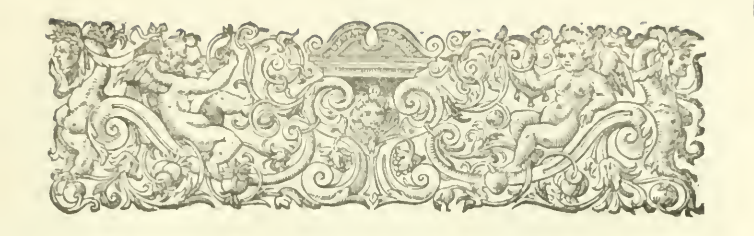
En pos desto también quise intentar de imprimir esta historia en Palermo, debaxo del amparo de Don Melchor de Borja, hermano del mismo Duque de Gandía, Capitán General de las galeras de Sicilia; empero llegó tan adelante mi desgracia, y contrariándome en todo la fortuna de manera que tampoco no lo pude hacer, por andar, como andaba, el dicho Don Melchor de Borja encontrado con el Duque de Osuna, que allí sucedió al de Escalona, no cesando de molestarle y hacerle guerra cada día, hasta que le hizo salir del Reino. El cual también dexé yo por haberme terciado allá mi entretenimiento en la reformación general que allí se hizo de los entretenimientos y ventajas; y pasándome al Reino de Nápoles por el mes de Julio de 1616, me confirmó Su Magestad en el mi entretenimiento por su Real cédula de 26 de Noviembre de 1617, á que me refiero originalmente, y conmigo traje el libro á Nápoles, donde.....

PRÓLOGO AL BENÉVOLO LECTOR.

Habiendo yo nacido, como nací, de padres nobles en el medio del Principado de Asturias de Oviedo, en el paso del camino de aquella ciudad para la de León, en el Concejo que dicen de Lena, Valle de Turón, Lugar llamado Horvies, donde siendo desde mi niñez aficionado á la milicia y exercicio de las armas contra moros y turcos, por la tradición que oía de mis pasados, que sirvieron, y muchos dellos murieron en la Restauración de España, acompañando á los antiguos Reyes de León y Castilla.

Con esta intención de mi natural cosecha, siendo ya de veintidós años, en el de 1574 me ausenté á hurto de mis padres, no por causa de necesidad que tuviese, sí sólo con intención de ir á buscar los moros, y sabiendo que España ya no tenía continua y viva guerra con ellos en su terreno, sí solamente en las plazas de la costa de Berbería, mayormente en Orán, por ser como es más vecina y abaluarte de los turcos de Argel y sus alcaidías Mostagán y Tremecén con otras muchas de aquel Reyno; y pasándome allá voluntariamente á servir á mi Rey y natural Señor, lo continué tiempo de treinta años, sin hacer mudanza, baja, ni ausencia, de una de las nueve compañías de infantería ordinaria de aquel presidio, en que juntamente con el ordinario trabajo y exercicio de las armas interpolé siempre el de las letras, leyendo libros y borrando (emborronando) papel, en el poco tiempo que me so-

braba, ó por mejor decir, hurtaba á mi mismo reposo, en que nunca me perdoné ninguno; hallando en esto más descanso y sacando más fruto que del exercicio del juego, naipes ni dados: y discursando poco á poco vine á levantar el ánimo y voluntad de escribir los sucesos de guerra, que la milicia de aquellas plazas y las de mar, que la Corona de España tuvo en el Reyno de Tremecén con los dichos enemigos: en que aficionándome al buen gobierno, honrrada voz y fama, que dejaron en aquellas plazas Don Pedro Luis Galcerán de Borja, Maestre de Montesa, y su hermano Don Felipe, tuve por bien de escribir dellos esta Historia, con tanto trabajo y costa mía, como queda significado en la precedente Relación y Discurso.



COMIENZA LA PRIMERA PARTE

DE LA HISTORIA

DEL REYNO DE TREMECÉN Y ORÁN [1].

CAPÍTULO PRIMERO.

De cómo se movió el auctor á escrebir esta historia y su verificación.

HABEMOS hecho tan breve Prólogo por la innorante costumbre, que ordinariamente se tiene, de que nadie se cura ni precia de leer los semejantes fundamentos de historias, en que se notan muchas cosas que de innoradas no dan después buen sentido en la prosecución de la historia; porque luego se meten en lo especial de las obras, lo cual es tan grande barbaridad, como querer un hombre entrar en una casa de un salto, sin llamar ni tocar á la puerta, para saber quién está dentro.

Así que más se puede llamar necio que discreto

1 Este epígrafe aparece después, al principio del capítulo II: le puse aquí porque me ha parecido que se halla mejor en este lugar.

quien toma libro para leer y no comienza dende el primer renglón, narrando su entrada de aprobaciones y lo demás con las erratas, si las tuviere, para que en la especial prosecución de la obra no dude dificultades y errores, por ventura de la emprenta.

Así que el que leyere cualquier historia mire y reconozca primero su entrada y argumentos, porque con esta prevención saboreará y comprehenderá más fácilmente su sustancia. Y porque esta mala costumbre, que muchos tienen, no se puede reparar, me pareció á mí, autor desta historia, hacer su primer capítulo de la sustancia y fundamento que debía llevar su Prólogo y argumento, mostrando la causa que me movió á este trabaxo, que ya dejo sinificada, y la verificación de todo su discurso pondré especialmente aquí.

Siendo inclinado, como he referido, á las letras y pluma tanto como á las armas, del cual exercicio y voluntad nació tomar á cargo componer alguna historia, y buscando el camino y medio para ella, en forma que con verdad se pueda llamar historia, porque las que deste verdadero fin y ornato no van compuestas y arreadas, no se pueden llamar historias, andando buscando, hallé verdadera materia para ello, que son los subcesos de guerra, que próspera y adversamente los cristianos españoles han tenido en el Reyno de Tremecén con los moros y turcos, enemigos de nuestra santa fe católica, especialmente en las plazas de Orán y Marçaelquivir y en Bugía; habiendo recogido para esto, no con poco trabajo mío, muchas verda-

deras relaciones de viejos, inquiriendo y averiguando de uno en otro, y por otras memorias y escripturas, todo lo que pasó en tiempo de cient años en aquellas plazas y reynos, siendo á cargo de diferentes Capitanes generales y Gobernadores.

En que viendo (que) lo perteneciente al Maestre de Montesa y su hermano Don Felipe de Borja, es de aventajado nombre y fama en dichas plazas y en todo el mundo, me pareció cercenar y dividir su tiempo y buenos servicios de lo demás, que de todos sus antecesores y sucesores, caudillos de allí, tengo recogido, para solos de los dichos dos hermanos de la Casa de Borja, Excelentísimos Duques de Gandía, hacer particular historia, en cuanto sale á luz la general de los otros más caudillos de aquel puesto y Reynos (y) demás plazas que la Corona de España tuvo en ellos. Aunque para su buen estilo y lenguaxe me falta lo que á otros sobra, mas todavía, como atrevido, con sólo la ayuda de mi natural ingenio, tomé á cargo la empresa de la historia; que no es pequeña mi osadía emprender cosa tan ardua y dificultosa, como es pintar la descripción de un reyno y mostrar su excelencia, con la narración de los sucesos de guerra que en él pasaron; materia reservada sólo para los que bien saben las reglas de Geografía (y) Chorografía: y aunque estas ciencias de entera perfección me faltan, con todo eso, llevo para suplir este caso conmigo un fuerte escudo y rodela para mi amparo y defensa, que es la verdad de la Historia, y voluntad y zelo que tengo de servir á todos con ella. Cuya intención es tan grande,

cuanto quedo corto en saberlo hazer y agradarles con mi tosco lenguaje y estilo, cuyos defectos conozco son más que letras lleva la obra. La cual á todos suplica no reparen en su rudo estilo, sí á la materia de que trata, acontecimientos de guerra, en que yo me exercité lo mexor del curso de mi vida, y no en las escuelas de Academias célebres de España ni fuera della.

Deven asimismo entera desimulación á las imperficiones desta historia, especialmente la nobleza y caballería de los Reynos de Aragón, Cataluña y Valencia, y lo á ellas perteneciente de Castilla y sus Reynos de Murcia, con Granada, con todo lo demás de la Andalucía y Reyno de Toledo, contentándose solamente con la relación de la verdad, con que va tegida toda la tela desta historia: retratándose en alguna manera en ella qué cosas son las famosas plazas de Orán y Marçaelquivir, fuerte rodela y baluarte contra el común enemigo, moros y turcos; donde tanta nobleza de gente de los dichos Reynos ha muerto y servido á Su Magestad, y por lo mucho que asimismo deben estimar aquellas plazas; porque si el dicho enemigo Turco su vecino las poseyese, no estarían seguras sus marinas de cosarios; en que sería muy diferente el daño del que ahora hacen los cosarios de Argel, por la gran capacidad y comodidad del puerto de Marçaelquivir.

Por eso, pues, no deben reparar en la forma del estilo desta historia, sí sólo estimar lo que alumbra y despierta; agradeciendo mucho á los que aquellas plazas bien han gobernado, dexando buen

exemplo á los demás sus subcesores, según hicieron estos dos hermanos de la linia Borja, á quien no me mueve afición de ser su vasallo, ni menos del Reyno de Valencia, Aragón ni Cataluña, sí de lo más remoto della, de la otra banda sethentrional de España, Principado de Asturias de Oviedo, Reyno antiguo de León; por lo cual deben quedar los letores bien satisfechos y enterados de mi intención, que es verdadera, con que en alguna manera suplirá mis defetos del mal estilo; que aunque grosero, creo que agradará en alguna forma á los quietos y desapasionados corazones, mayormente los que fueren á la guerra de Orán aficionados, y aunque lo sean á la de otras partes.

En cuya materia trabaxé todo lo que me fué posible en no apartarme ni salir un punto del camino y sagrada virtud de la verdad, que en todo el discurso desta historia apuré y averigué muy bien, testificándola con muchas y fidedinas personas, que vieron y manexaron todo lo que en ella escribo, y es común y general voz en la dicha Orán y su Reyno de Tremecén, y en lo que toca á sucesos del Maestre y los demás sus antecesores y subcesores en aquellas plazas, sus marinas y terreno; donde asimismo son testigos los mismos enemigos castigados, moros y turcos, de quienes asimismo tomamos algo.

Empero en lo tocante á la forma y tiempo en que fuesen los acontecimientos, y en qué términos y partes de aquel Reyno y sus marinas con cosarios turcos, y en qué parcelidades de linages de moros, caballeros ó villanos, y á qué distancia de

Orán á Poniente, Levante ó Mediodía, lo supe todo y averigué de los mismos soldados viejos de aquel tiempo que lo vieron y manejaron, por no haber yo pasado aún de España en aquellas partes (y) plazas de Orán.

Y en lo de la forma como se hicieron los repartimientos y distribución de las presas, lo saqué y averigué de las mismas listas y libros de su repartimiento; lo cual no fué con poco trabajo y costa de mi salud y hacienda, como en la precedente Relación y Discurso de la peregrinación del original desta Historia y su autor se ha visto, en que no perdoné punto de trabajo ni diligencia ni descanso á mi persona en toda la entera vereficación della.

En la cual obra van contenidos los sucesos de guerra y demás cosas sucesivamente, uno en pos de otro, como fué sucediendo, por anales, meses y días nombrados, por ser, como es ésta, la perfección y ánima de una historia verdadera, como es ésta, y por la tal la doy y la deven dar todos entero crédito. En que primeramente trata de la general descripción del Reyno de Tremecén, do son en su marina las plazas de Orán y Marçaelquivir, de quien generalmente trata la historia y de su conquista, (y de sus) Generales, antecesores y sucesores del Maestre, en que se funda el tomo deste libro: dexando todo el tiempo de los demás sus antecesores y sucesores para la general crónica, de que desmembramos esta parte, para cobrar fuerzas y ánimo en sacar á luz lo demás. Siendo siempre mi intención dar á cada uno lo que le perte-

nece y toca de su valor y hechos: en que bien conozco me pongo en grandísimo peligro en tratar vidas agenas, de que jamás nadie queda contento; porque el que algo tiene que sea honroso, por mucho que lo estimen y encarezcan, dicen quedó el autor corto y que le quitan mucho ó no lo manifiesta; y el que tiene que le desimulen, por ligero que le toquen, por no quebrar el hilo verdadero de la historia, se lamenta y aun amenaza al autor, porque despertó lo que era secreto; queriendo, con su poquedad y malicia, que ésta, enterpolada con el valor de otros y su bondad, se sepulte y consuma toda en la profundidad del olvido.

En que me es el cielo testigo como en todo es mi intención sana y limpia, con más ánimo de engrandecer que de ofender; en que umilmente suplico á los sapientísimos letores, que lo que desta obra no les agradare pasen por ello, supliendo mis defetos y estilo ó mal lenguaje, como de un montañés asturiano, sin letras de Academias, que no hacen poca falta para dar gusto á la verdad de una historia. Y por ser ésta escripta con la lanza en una guerra tan viva, como es la de Orán, se le debe disimulación, contentándose todos con la sustancia de su discurso verdadero; que él solo basta para darle perfección entera; porque la verdad, aunque sea con groseras palabras dicha, su misma virtud da ornato á todas materias con ella escriptas. En que segundamente suplico á todos aquéllos á quien más esta historia agradare y pertenezca, me amparen y defiendan de las venenosas lenguas de los apasionados aduladores, que, como

rabiosos perros, nunca dexan de ahullar, ladrar y morder; unos reventando de invidia mortal, otros por inorancia bruta de no alcanzar á gustar de historias, de que otros discretos y prudentes gustan, y desean leer libros verdaderos, y de gastar el tiempo en ellos, y no en marañas patrañeras, de que otros tienen apetito y reciben gusto, como de *Olivante de Laura*, *El Caballero del Febo*, *El Caballero de la Cruz*, *Don Quixote de la Mancha*, y otros semejantes libros, de que no se saca fruto de buenos exemplos para imitar lo bueno y huir de lo malo: si(no) que gastando mal el tiempo no estiman cada cosa por lo que es, ni alcanzan que es muy mayor trabaxo y peligro inquirir y hacer una historia de cosas verificadas de guerra, estando á la cara testigos della, que forjar y componer otra de mentiras afeitadas, con estilo y color de la verdad, como hay muchas; de que muchos gustan y pierden el tiempo, sin fruto ninguno, ni se les pega nada que puedan exemplificar con verdad, como podrán deprender los que la presente historia leyeren.

CAPÍTULO SEGUNDO.

De la descripción del dicho Reyno de Tremecén y plazas de Orán y Marçaelquivir.

El famoso Reyno de Tremecén (es aquel) á quien los moros dél naturales y los demás de Berbería nombran *Tlemecén*, y los antiguos romanos y griegos le llamaron la *Mauritania Cesariense*, á diferencia de la otra *Mauritania Tegintania*, más occidente de ésta, que son los Reynos de Fez y Marruecos. Cuyo Reyno de Tremecén tiene su asiento circunvecino de la meridional costa de España y Francia; el rumbo oriental (y) linia definidora del dicho Reyno de Tremecén y de los occidentales términos del de Túnez, corriendo derecho de Sur á Norte, atravesando el mar Mediterráneo, desde la boca del río del Col, donde los dichos dos Reynos hacen extremo, tocando en la costa de Europa, hace linia recta en Niza, lugar marítimo del Duque de Sauoya, que es lo más oriental de la meridional costa de Francia.

La otra linia que parte los occidentales términos del Reyno de Tremecén, cortando derecho al Norte, desde la boca del río Meluya, cuya corriente de Sur al mar Mediterráneo, hace extremo y división de la oriental del Reyno de Fez; en que co-

rriendo desde la boca deste río, derecho al Norte, fiere y toca en el Almazarrón, entre Vera y Cartagena, costa de los Reynos (de) Granada y Murcia.

Por manera, que el término y distancia del terreno de costa de España y Francia contenida desde el Almazarrón hasta Niza, es lo que acompaña todo el setentrional término marítimo del Reyno de Tremecén, y le tiene por vecino á pequeña distancia de mar. Por do queda bien entendida y clara la fación, (forma) y vecindad deste africano Reyno, que posee el turco, como el de Túnez: en cuyo señorío deste se estiende de Levante á Poniente, con sus Alcaidías, y garrameando ó tributando á los moros, hasta la corriente del dicho río Meluya, meridiano del Almazarrón y villa de Vera del Reyno de Granada. En (el) que solamente posee la Corona de España las plazas de Orán y Marçaelquivir, á disgusto de todo el nombre mahometano, moros y turcos.

Desde la villa de Niza contra Oriente, (por la) costa de Génova, la Romanía y Reyno de Nápoles, tienen por su meridional terreno el Reyno de Túnez, adonde fué la antigua Cartago, famosa competidora de los romanos con vivas guerras, como en sus historias se contiene.

Lo demás occidental de la meridional costa de España, desde el Almazarrón al Estrecho de Gibraltar y Cabo de San Vicente tienen por meridional terreno en África la costa del Reyno de Fez y Marruecos, que el Turco no posee, y está á menos distancia de España que lo demás referido del

Reyno de Tremecén. El cual tiene de longitud de un extremo á otro seiscientas millas, de Levante á Poniente, en línea recta de costa de mar y tierra, regladas y medidas por la Hidrografía y carta de navegar; que hacen cabalmente ciento y cincuenta leguas terrestres, dando á cada legua cuatro millas italianas, según se miden las marítimas para hacer una legua española.

Tiene el dicho Reyno de Tremecén otras ciento y cincuenta leguas de latitud, que se cuentan desde la costa de dicho mar referido hasta la Zahara, último meridional terreno útil desta región del Africa, vecino del inútil y arenales de la interior Numidia, tierra tostada, de la nación negra de la baxa Etiopía, donde están los lugares nombrados Figurari, Figui y otros: adonde los moros del dicho Reyno de Tremecén van á comprar y tienen comercio, trayendo de allá varias mercancías, mayormente dátiles y esclavos negros, lo mismo finísimo oro suelto, como arena, que nombran de Tibar.

Todo el término, pues, contenido desde el mar Mediterráneo hasta allí, poseyeron antiguamente los Reyes de Tremecén, estando en su felice prosperidad y grandeza sus primeros pobladores, y lo mismo después los famosos romanos y griegos, á quien subcedieron los Vándalos y después los Alárabes, que ahora le poseen con los demás naturales mauritanos, súbditos al Turco, y algunos al Rey de España, teniendo paces con Orán, como á su tiempo se verá.

Es común tradición entre los mauritanos natu-

rales deste Reyno, que tomó y se derivó este nombre de Clemens Centurión, un Capitán del señorío romano, que perdió esta provincia, estando por Virrey y Capitán General della, al tiempo cuando la entraron y apretaron los Alárabes de Levante. Y este Clemens ó Clemente Centurión, dicen que fué el que pasó la silla del señorío deste Reyno de la ciudad Rumia, que está entre Argel y Sargel, donde hoy se ven sus ruínas, á la que ahora dicen Tlemecén; nombre que afirman se derivó de Clemens Centurión, Capitán romano, y que trocando y dexando letras venían á decir Tlemecén, como la nombran, y nosotros Tremecén, como es dicho y más especificadamente esto se dirá en la General Historia que de aquel Reyno tenemos comenzada á trabajar.

En cuya ciudad de Tremecén siempre tuvieron los mahometanos la silla de su señorío, hasta que los turcos se acabaron de apoderar dél en el año 1548 (y) excluyendo totalmente á los Reyes dél naturales, pasaron aquella silla en Argel, cerca de Rumia ó Cesárea, donde los romanos la habían tenido, como es dicho, haciendo de la ciudad de Tremecén particular Alcaidía, y á sus términos provincia de Argel, como ahora está.

Con lo referido queda visto sumariamente la descripción del Reyno de Tremecén con sus extremos y longitud: cuya marítima costa deste Reyno se extiende derecha de Oriente á Occidente, muy más en linia recta, que se prolonga y extiende lo que le acompaña de la costa meridional de la Europa, España y Francia, sus vecinas, como es di-

cho, porque (se) va encorvando y haciendo grandes ensenadas el dicho mar en aquella costa más que en la de Africa, (en la) dicha distancia del Reyno de Tremecén.

Es la medianía de la costa deste Reyno un pequeño lugar marítimo, nombrado Brixcar, de la provincia de Ténez: en que, para que más cumplidamente se entienda lo que tenemos dicho, del término, fación y asiento deste Reyno Mauritano Cesariense, nombraremos aquí los lugares poblados de su costa, que poco más ó menos están en el paraje de otros famosos de la dicha costa de España y Francia: narrando este discurso de Oriente á Occidente, según comenzamos la materia de esta relación. En que ya habemos dicho, cómo la pequeña población que nombran el Col y la boca de un río que allí entra en el dicho mar Mediterráneo, dividiendo el Reyno de Tremecén del de Túnez, está en el meridiano de la villa de Niza del Ducado de Sauoya; y continuando del Col á Poniente, el primer lugar que en la dicha costa se le sigue, se nombra Gixar ó Chichar, (que) está frontero de Tolón de la misma costa de Francia. La fuerza de Bugía, más á Poniente de Gixar, está en la igualdad de Narbona; Tedelez, entre Bugía y Argel, está en la de Rosas, costa de Cataluña, y la famosa ladronera de Argel está en el paraje de Barcelona; Sargel, más á poniente de Argel, está en el de Tortosa; Valencia, en el de Brixcar, inmediata (medial) población del Reyno de Tremecén, como es dicho; la villa de Ténez está frontera de Denia; Alicante, en el de Mostagán; Guar-

dasuar, boca del río de Segura, extremo de los Reynos de Valencia y Murcia, está en el de Arceo; Orán y Marçaelquivir están fronteros de Cartagena, á menos distancia de mar que los demás referidos lugares.

Empero no se entiendan estas travesías por el mismo rumbo meridional, como habemos dicho de los dos extremos deste Reyno, sí sólo en derrota de paraje de una costa á otra. Las cuales distan de 30 hasta 180 leguas, lo más apartado y ancho de aquel mar, que se contiene de la ensenada de Bugía hasta Aguas Muertas, en la costa de Francia: y pasando de allí contra Occidente se van allegando un terreno de costa al otro, angostando dicho mar, hasta el Estrecho de Gibraltar, garganta de tres leguas: y antes de allegar á él distan los occidentales límites del Reyno de Tremecén de la costa de España y dicho Almazarrón y villa de Vera veinte y ocho leguas de travesía; y de la boca del río del Col á Niza se contiene lo mismo ó poco más que de Bugía á Aguas Muertas.

Los más altos montes y famosas sierras del Reyno de Tremecén y de los demás de Berbería toda, (se) prolongan y se extienden de Oriente contra Occidente, según las alturas de las montañas de España se muestran y corren las de León, Segovia, Guadarrama y Coria, lo mismo Sierra Morena, y las de Granada y Ronda, con otras más menudas que destas se desmembran, é interpolan, que todas se desgaxan de la matriz montaña de los Pirineos, encadenando sus corrientes y ríos contra el Occidente mar Océano, eceto Ebro, que corre

al Mediterráneo, cogiendo las aguas de Vizcaya, Navarra y Aragón, con mucha parte de las de Castilla y sus montañas: aunque es verdad que las de Africa (en) dichos Reynos de Berbería, mayormente el que tratamos de Tremecén, no corren sus aguas contra Occidente, sí al Norte, derecho al mar Mediterráneo, por las aberturas y encadenamientos de las dichas montañas y sierras: y así no tienen lugar ni espacio sus manantiales y corrientes para acaudalar, ni encanalar grandes ríos, según se encanalan entre los montes de España, hasta su occidental costa del mar Océano, donde sus más ríos entran, como Sella y Nalón en Asturias, Miño en Galicia, Duero en Portugal, Tajo asimismo y Guadiana en sus límites con la Andalucía, y en su Occidente Guadaelquivir y Guadalete. Los demás ríos caudalosos de España, Segura, Xúcar, Guadalaviar, entran, como es notorio, en el mar Mediterráneo, conforme sus montes les encanalan, Segura en Guardamar, Xúcar en Cullera, Guadalaviar en Valencia, Ebro en Tortosa en Cataluña.

Tiene el Reyno de Tremecén cinco provincias conocidas, según eran antiguamente, siendo este Reyno de los romanos, antes y después de ser de cristianos, y lo mismo fueron siempre cinco provincias, siendo de mahometanos, moros y turcos, como es ahora en nuestros tiempos. Las cuales cinco provincias son todas iguales, de á treinta leguas cada una de longitud, y son las de Bugía, la de Argel, la de Ténez, la de Orán (y) la de Tremecén más occidental, conterránea al Reyno de Fez.

Salen de la costa del Reyno de Tremecén doce cabos de su terreno; entre los cuales uno y otro se contienen medianas ensenadas de mar, en que están pocos puertos, no embargante se interpolan algunas menores puntas, y entran algunos pequeños ríos, que podían formar puertos de mar, entre los cuales cabos están las poblaciones referidas: cuyos promontorios y cabos de tierra, discurriendo de Oriente contra Occidente, por la dicha costa sucesivamente, están en esta forma:

Cabo de *Busaramén*, nombrado así en la carta de navegar, y por otro nombre de *Siete Cabos:* es el más oriental deste Reyno de Tremecén; está tres leguas más (al) occidente de la boca del río del Col, que divide el Reyno de Tremecén del de Túnez. Y desde el dicho cabo al que se le sigue en la dicha orden, llamado *Cabo Carbón*, se contienen treinta leguas de travesía de mar: do hace una ensenada, que entra á la tierra adentro más de ocho leguas, que es el mayor seno y entrada, que hace la mar en toda la costa deste Reyno; en la cual ensenada, cerca de la tierra firme, se muestran cinco islas pequeñas despobladas; en cuyo rincón de mar entran dos ríos, demás de otras corrientes menudas, que bajan de aquellas sierras y montañas que dicen la Azuagua y Costantina.

Llámase el primer río de más á Levante por los moros de la tierra luad..... el cual entra en la mar do llaman la Almanzoria. Entra el otro río en el mar más á poniente en el remate de la ensenada junto á la fuerza de Bugía, y es río mayor que el primero. Nómbranle los moros luad..... y los cris-

tianos Zinganor, que en lengua italiana sinifica río de los Gitanos. Están en la marina desta ensenada dos antiguas poblaciones: la primera, por más levante, llamada Gijar ó Chichar, como la llaman los turcos, que la poseen desde el año 1514, que los dos hermanos famosos cosarios (Barbarrojas) la ocuparon primero que Argel.

Más adelante contra Poniente, casi en el remate de la ensenada del mar, y á poca distancia de la boca del río Zinganor, está como es dicho la fuerza de Bugía, plaza que fué cuarenta y cinco años de la Corona de España, desde el año 1510 hasta el 1555 que la ocupó el Gobernador de Argel: fué Bugía antiguamente grandísima población y cabeza de toda su provincia, que es la más oriental del Reyno de Tremecén.

De cabo Carbón al de *Tedelez* que la carta llama *Benesine*, se contienen siete leguas de costa; en que están dos pequeñas islas despobladas y se hace un pequeño puerto de mar, abrigado de viento Poniente y mestrales, que los turcos le llaman Puerto Gallina; y junto al mismo cabo de Tedeles está una pequeña población de aquel nombre, do viven moros y algunos turcos de la jurisdicción de Argel.

Del Cabo de Tedeles al de *Metafús* ó *Montefus* se contienen once leguas, en que no hay ensenada ninguna, ni entra corriente de río, ni hay población; porque la distancia de allí á Tedelez y de Tedelez á Bugía, que son del Cabo de Metafús veinticinco leguas, son inespunables peñas casi todo, que es la setentrional espalda y caídas maríti-

mas de las sierras que llaman del Cuco, de aquel tan famoso xeque Bent el Cadí.

De cabo de Metafús al que dicen de las *Caginas* do están dos pequeñas islas, que llaman las Dos Hermanas, se contienen siete leguas; en que dejan una ensenada redonda, en forma de herradura, que entra en la tierra cerca de cuatro leguas; en que no se muestra isla ninguna, sí sólo las dichas dos pequeñas del cabo de las Caginas. Entra en esta ensenada un río llamado el Karrax; y en el rincón della contra Poniente, al pie de la falda de una montaña que mira contra Oriente, está la famosa ladronera de Argel, que cinco años fué sujeta á la Corona de España, del de (mil quinientos) diez hasta el de quince: la cual ciudad siempre fué cabeza de su provincia, y después que la poseen los turcos lo es de todo el Reyno de Tremecén y parte del de Túnez; pueblo que más le podemos llamar cuchillo y verdugo del pueblo cristiano, y lugar más famoso por sus vitorias y cosarios que de allí salen, que por su inespunable fortaleza de muros, ni de sitio.

De cabo de las Caginas á otro á quien nombra la carta *Cabo el Vatal*, se contienen ocho leguas, en que se hace una pequeña ensenada, que entra una legua tierra adentro, de que sale una entrepunta, en forma de esquina de cuadro; y en el fin del remate y punta que hace la ensenada del mar entra un pequeño río, que los moros llaman luad Zafrán.

De cabo el Vatal al que se le sigue, llamado *Cabo Masollas*, son cinco leguas; en cuya ensenada está el lugar llamado Sargel, que la carta llama

Zirullo, y se muestran tres pequeñas islas cerca de la tierra firme, que antiguamente era todo terreno.

De Cabo Masollas á otro que nombra la carta *Mon Sumier* ó *Simier*, que comunmente llaman *Cabo de Ténez*, se contienen doce leguas; en que se hacen dos ensenadas casi iguales en fación, de forma redonda, que entran la tierra adentro la una tres leguas, la otra cuatro; y entre la una y la otra se hacen otras dos entrepuntas, iguales de una fación y forma, que en sí hacen una pequeña ensenadilla: en cuyo terreno está una pequeña población de moros y turcos, llamada Brixcar, y la más occidental punta de las dos chicas del medio es la medianía justamente del Reyno de Tremecén y de su mediata (medial) provincia de Ténez.

De Cabo de Ténez á *Cabo Xilefe*, por la misma orden contra Poniente, se miden diez y nueve leguas de costa de mar; en que sólo se hace una pequeña ensenada arrimada al dicho cabo, en forma de punta, que entra en la tierra una legua; en que entran algunas corrientes de agua, y está cerca de la marina la villa de Ténez, cabeza de su provincia, y poblada de turcos y moros. Muéstranse en aquella costa tres islas pequeñas despobladas, cerca de tierra firme á igual distancia della, y las islas de una á otra; y la del medio está enfrente de la misma villa de Ténez, que le llaman la Isla de las Palomas.

Todo lo demás contenido de costa de tierra y mar hasta el *Cabo Xilef* es derecha orilla y lengua de mar, sin ensenada ni punta de tierra, ni río, ni población ninguna: llámase Magaragua todo el di-

cho término de tierra marítima hasta Cabo Xilef.

De Cabo Xilef al de la *Aguxa de Orán*, á quien la carta llama *Cabo Ferrat*, se contienen trece leguas de travesía de un golfete de mar; en que se hace una ensenada, casi en forma redonda; lo más interior que entra (es) cerca de dos leguas la tierra adentro, sin que se muestre isla que sea de consideración, sólo una pequeña cerca de tierra; do se hacen dos razonables puertos de mar, que llaman de Arzeo, abrigados de viento Poniente y maestrales. En la cual dicha ensenada que los referidos cabos abrazan entran dos ríos, que el uno es el más caudaloso de todo el Reyno de Tremecén, nombrado el río Xilef, de quien tomó nombre el promontorio que allí está arrimado á su boca por Levante; en que se muestra allí una pequeña ensenada, en forma de punta, en que el mar recibe el río. Luego entra otro río, aunque no tan caudaloso, en la medianía de la ensenada, nombrado allí Chiquisnaque, y los moros de la tierra le llaman luad Macata, y á la tierra adentro por donde corre se nombra el río de Habra. Están á la entrada desta ensenada de la parte de Levante, á poca distancia de la boca del río Xilef, las villas de Mostagán y Mazagrán, pobladas de moros y turcos, y aumentadas de gran fama, por las muchas vitorias que los dichos infieles allí han tenido, entre infelices jornadas que allí hizo el Conde D. Martín, hasta que á la última se perdió con todo su exército. También están en la misma costa de mar, á la orilla de su ensenada, entre los puertos de Arceo y la boca del río Chiquisnaque, las ruínas de una

grandísima ciudad, que allí estuvo antiguamente, fabricada de grandísima gruesa sillería, como yo la he visto y considerado muchas veces, y hallé allí varias monedas y medallas de Emperadores griegos y romanos; la cual ciudad se llamó Arzenaria, y tiene una legua de largo y media de ancho.

Del Cabo de la Aguja de Orán al que se le sigue, nombrado *Cabo Falcón*, se contienen siete leguas de trecho de mar, dejando una ensenada no redonda, sí larga, que lo más hondo della en la tierra es cerca de dos leguas; en que no se muestra isla ninguna, sólo se hacen tres entrepuntas, casi en igualdad de trecho una de otra, llamadas *Marça Garuin*, la *Punta la Mona* y la *de Marçaelquivir*, en que está la fuerza, y hace puerto: entran en esta ensenada algunas corrientes de agua, que la mayor es la de Orán, con que muelen siete molinos en su corta corriente y se fertilizan sus jardines y huertas. Están en esta ensenada tres poblaciones antiguas: la primera llaman Canastel, que dista media legua del Cabo de la Aguja de Orán, do están las ruínas de la antigua Thagaste, patria de Sant Agustín, como por verdadera tradición guardan los moros Zenates naturales del Reyno esta memoria, como más cumplidamente en la Historia general de aquel Reyno veremos.

Más adelante tres leguas contra Poniente, entre las dos puntas Marça Garvin y la de la Mona, en el remate de la ensenada, junto á la boca del río, á un tiro de ballesta de la mar, está la famosa ciudad de Orán, que los moros llaman Guaharán

del nombre del río: la cual antiguamente se llamó Madaura, y fué colonia de los romanos y cabeza de aquella provincia y casi de todo el Reyno; adonde los Reyes moros de Tremecén, en el tiempo que la poseían y señoreaban, se venían muchas veces á holgar y tenían asiento en Orán por su fertilidad y buen cielo que alcanza y vientos saludables. Está al pie de la falda de una sierra que mira al Oriente, arrasando (rozando) con sus muros la corriente del río, que nace todo de una caudalosa fuente, aunque en tres manantiales divisos, juntos uno de otro á un cuarto de legua de la ciudad, por las dos del día del sol de invierno; cuya canal (sale) de un valle, que (se) hace hasta el mar; son todos jardines de arboleda de una y otra parte, en que asimismo están siete molinos, que á no quitarles la agua muelen cada uno veinte hanegas de trigo en 24 horas, día y noche.

Es la ciudad de fación triangulada, aunque no de retas linias; la una más larga y corva, que mira al Oriente y acompaña el río casi hasta la mar; el otro ángulo, que mira al maestral ó casi al Poniente del sol en Junio, también es corvo hasta lo alto, do está el alcázar en el remate de este segundo ángulo y del tercero, que allí comienza para abajo contra el río (y) es más corto y derecho que los demás, y allega hasta la esquina do comenzamos el primero, junto á la corriente del río, do está su puente y uno de los siete molinos. En este mesmo ángulo, que mira al Poniente sol de invierno, cerca dela esquina del muro, está una de dos puertas que tiene la ciudad nombrada de Tremecén,

porque sale á aquella parte de su derrota y viaje, que dista de Orán diez y nueve leguas á Poniente. La otra puerta de la ciudad está en el otro ángulo que acompaña el río y mira á Levante, nombrada de Canastel, lugar marítimo que está de aquella parte como dicho es; la cual puerta responde asimismo á la mar, por donde entra y sale todo el tráfago della.

Tiene Orán hasta ochocientos vecinos y cinco iglesias, do hay sacramento; la mayor, matriz de aquellas plazas, nombrada Santa María de la Vitoria, y tres conventos, San Francisco, Santo Domingo y el de la Merced, Redención de cativos, y el Hospital, nombrada su Iglesia San Bernardino. Demás desto hay dos ermitas dentro de la ciudad, en lo más fuerte della, de la advocación de San Miguel y de Santiago; hay asimismo fuera de la ciudad, entre ella y la mar, otras tres ermitas, San Roque y San Sebastián y de Nuestra Señora del Carmen.

Son asimismo fuera de la ciudad tres fuertes castillos para su defensa; uno de la parte de Levante del sol en Junio, puesto de la otra parte del valle del río, llamado Araz Alcázar aquel sitio de tiempo antiguo de moros. Esta es la mayor fortaleza de fuera de los muros de Orán, si se acabase lo que della está disiñado y comenzado á fabricar, levantados grandes terraplenes de tierra muerta, por guarnecer casi todo; lo cual así nuevamente comenzado de aquella fortaleza está en traspuesta y no á vista de la ciudad, que es lo malo que tiene de peligro y poco fruto; como yo al tiempo

que se fabricaba siempre dixe, y que no era reforzar ni fortificar la ciudad de Orán, sí enflaquecerla y arriscarla el día de la ocasión de algún sitio, como dos que ya le han puesto las armadas turquescas, como á su tiempo se dirá.

La primera aquí nombrada fortaleza, que allí se plantó, año de 1514, está á vista de la ciudad, á mano y á propósito para su defensa y guarda de la canal y valle del río y sus entradas y salidas. Los otros dos castillos de la defensa de la ciudad de Orán están por su maestre tramontana, brazo derecho del Norte; está el uno en la cima y copa de un monte, que llaman la Silla, que descubre y señorea todos los términos, entradas y salidas de la ciudad, lo mismo su marina á lo largo della y casi todo el puerto de Marçaelquivir: llámase este castillo el de Santa Cruz, porque en tal día, á los 3 de Mayo del año 1577, se comenzó y asentó su primera piedra, siendo Capitán General de aquellas plazas y Reyno el Marqués que fué de Cortes Don Martín de Córdoba, siendo yo allí soldado, y lo fuí adelante hasta el de 1604, como queda visto en el primer capítulo y prólogo desta historia.

La tercera fortaleza, que está á vista y guarda de la ciudad de Orán, está plantada casi en la medianía de la falda de la montaña de la Silla, que mira contra Oriente, sobre la segunda entrepunta, de las tres que dijimos se enterpolan en la ensenada del mar de Orán, la cual punta nombran de la *Mona;* llámase esta fuerza el Castillo de San Gregorio; es más útil para defensa de la ciudad que el de arriba de la montaña, por estar como está más

abajo, á cañón raso de los términos de la tierra y cerca de la marina y pueblo: está este castillo asimismo á vista del puerto y fuerza de Marçaelquivir, junto al camino que va por tierra de Orán á allá. Hase fabricado aquella fuerza en tres veces, porque al principio, siendo Orán de moros, tenían allí una pequeña torre, y después de ganada aquella ciudad, siendo Capitán General D. Alonso de Córdoba, Conde de Alcaudete, en el año 1559 y de 60 la amplió de baluartes y artillería, con más plaza de soldados: y desta manera estuvo, con el nombre de Torre del Hacho, hasta los años de 1588 y nueve, en que siendo aquellas plazas á cargo de D. Pedro de Padilla, la acabó de fortificar con mayores baluartes y foso, con su puente levadizo y más guarda de soldados, dándole nombre de Castillo de San Gregorio, como ahora se llama; do está una capilla de la advocación y retablo deste santo, y en el de la montaña lo mismo de Santa Cruz, y en el de Rasalcázar, antiguo de junto á la ciudad, está otra capilla de Santiago: en las cuales todas se dice cada fiesta misa á los soldados.

Tienen estas tres fortalezas la ciudad debajo, como una gallina los pollos, que nadie se le puede allegar sin recibir daño de la una y otra artillería, que por cima cruza de una parte á otra, como la habemos visto jugar á un tiempo muchas veces, siendo menester para castigar los enemigos, que á vista de Orán se allegan, moros y turcos, por mar y por tierra.

Volviendo á la prosecución de la historia de la costa deste Reyno, sus cabos de tierra y ensenadas

de mar, ríos que en ella entran y poblaciones que tiene, á Poniente de Orán (á) una legua está la fortaleza de Marçaelquivir, plantada sobre la tercera entrepunta desta ensenada, que se hace de la Aguxa de Orán al Cabo Falcón: cuya entrepunta se hace y estiende de una montaña derecho contra Oriente, do entra en la mar dos tiros de ballesta, dejando el puerto á la mano derecha contra Mediodía, abrigado de todos vientos, sólo del xalo que Levante *(sic)* está descubierto. Estiéndese este espacioso puerto desde la dicha entrepunta de tierra que lo abraza, hasta lo marítimo, úlptimas setentrionales caídas de la montaña de la Silla, en que habemos dicho están los castillos Santa Cruz y San Gregorio, que es más de media legua.

Tiene lo más intirior en tierra este puerto un grande trecho de playa de arena limpia en su orilla, desde el remate de la falda del monte de la Silla, do llaman el Peñón, hasta el pie de la otra montaña, de que cuelga la dicha tercera entrepunta de Marçaelquivir, que compone y hace el puerto; y está la fuerza de su nombre en arábigo, porque los moros llaman al puerto de mar *el marza* y á la cosa grande *quivir*, y á la pequeña *zaguera*, y ansí le llaman el *Marçaelquivir*, que es lo mismo que *Puerto Grande*, como le nombraron antiguamente los romanos y los mismos africanos cartagineses, juntando en él su fletería para las conquistas de España, por no haber otro como él en toda la costa de Africa desde Xibraltar hasta Alexandría, ni tan á mano para España, y así le llamaban *Porto Magno* y *Puerto Real.*

Ayuda mucho á la guarda deste puerto, mayormente del viento Nordeste tramontana, la nueva fuerza que en el medio de la punta se levantó, cuyos muros y baluartes le abrigan grandemente del dicho viento y sus costados que no le ofenden ni inquietan. Es puerto limpio y hondo hasta la orilla, no con peñascos, ni tropezones, como hay otros, ni ollas, ni otra forma de impedimentos, sólo de arena limpia, do vimos muchas veces descargar gruesas naves materiales de fábrica y bastimentos, acostadas á la orilla, con sólo un puente de bordo á tierra al pie de la muralla de la fuerza.

Estaba la antigua fuerza que se ganó de los moros, y después sitió el enemigo turco, más arrimada al pie de la montaña de que cuelga la punta que hace el puerto, que siendo baja no le hacía tan reparado, como está ahora. Era la fuerza vieja cuadrada y torreada, y algo más recostada é inclinada al Norte que está ahora, por el sitio que tenía, vertiente á un entresenillo de mar, que llaman *Loca*, porque nunca está quieta, por ser allí muy hondable.

Comenzó(se) á fabricar una nueva fortaleza, con parecer de prudentes capitanes y engenieros, que Su Magestad del Rey Felipe Segundo envió á aquellas plazas, en lo más alto de la montaña de que cuelga la punta en que está la fuerza y hace el puerto, por ser como es padrasto de lo uno y de lo otro; comenzóse á fabricar año de 1561, con mucha costa y á toda furia; y al tiempo que estaba en la media defensa la ocupó el Turco, en el año de 1563, en que puso calamitoso sitio sobre aque-

llas plazas, especialmente á la misma Marçaelquivir, como á su tiempo se apuntará.

Por lo cual el mismo prudentísimo Rey, con otros pareceres como el suyo, viendo lo que importa á la Corona de España señorear aquellas plazas, y que estriba su defensa en aquel caudaloso puerto, de quien es custodia su fortaleza, la mandó mudar y fabricar de nuevo aventajadísimamente, más adentro en el mar, ocupando todo el resto de la punta, como se plantó, con la fación más prolongada que antes era, estendiéndose de Poniente, do está el pezón de la punta, contra Oriente, do es su remate; dejando á la mano derecha contra Mediodía el sosegado puerto de mar, y á la siniestra otro inquieto, soplado de Nordeste tramontana y otros vientos.

Duraron más de treinta años las fábricas de aquella fuerza, que han costado aún más de tres millones de ducados, como consta por las Contadurías mayores. Anduvo la continuación de aquellas fortificaciones el mismo tiempo y de la manera que la de San Lorenzo del Escorial, y con muy mayor costa de moneda, por causa de traer la maestranza de Vizcaya y trasmesanos y los gastadores de toda España, lo mismo los pertrechos de herramientas de fábrica y de talleres, y los más materiales, especialmente de cal y madera de la Sierra de Segura por Murcia.

También se plantó otra sobrefuerza triangulada, baluarte macizo, en la plaza do estuvo la fuerza vieja, para ir al reparo de la nueva.

Con esto queda visto la descripción destas pla-

zas y puerto de mar, y cómo están Orán y Marçaelquivir en el parage meridiano de Cartagena de España, á treinta y cinco leguas de travesía de mar, de un puerto á el otro, que son los dos mejores de la costa meridional de España y setentrional de la África, desde el Estrecho de Xibraltar, hasta Alexandría en Egipto, bocas del río Nilo.

Desde Cabo Falcón á *Cabo Figal* se miden seis leguas, por mar y por tierra, en que no se hace ensenada ni punta ninguna; en que entran algunas corrientes de pequeñas fuentes, y se muestran dos islas pequeñas á vista de tierra, nombrada la menor la Alcozeba, y la otra, que es mayor, junto al mismo Cabo Figal, la Alhauiua, que dista cerca de dos leguas de tierra firme. No hay población ninguna al tiempo que esta historia se escribe en toda la dicha distancia marítima de costa, aunque las hubo antiguamente, siendo Marçaelquivir y Orán de moros.

De Cabo Figal á *Cabo de One* se contienen catorce leguas de travesía de mar, golfo de una grande ensenada que allí se hace, casi de fación redonda, que entra en la tierra más de cuatro leguas dentro de los dichos dos cabos; en que entran dos ríos de mediano caudal, el uno nombrado el Salado, que se junta con otro, llamado Río Zenán, que juntos pierden ambos el nombre (y) entrando en la mar le llaman Targa, á poca distancia del Cabo Figal.

Más adelante, contra Poniente, siete leguas en lo úlptimo de la ensenada, entra en el mar el otro río, llamado Risgol en la marina, y antes en sus corrientes son tres pequeños ríos, nombrados luad

Izer, Guadazeitún y Guadatafana, que nacen y corren de una y otra parte de la ciudad de Tremecén, y allegando á la mar pierden sus nombres y se llama Risgol, del nombre de una grande ciudad que allí estuvo, como hoy lo muestran sus ruínas. Está defrente de la boca deste río una pequeña isla despoblada, que llaman de los Alimaques. Es esta ensenada de mar casi de la manera y tamaño de la de Bugía, sólo que en su marina no tiene población ninguna, aunque en otros tiempos la tuvo, en un lugar junto á la boca del río Salado, que llamaban Zezil, y más adelante, junto á la boca del otro río, estuvo la ciudad de Risgol, y sobre cabo de One estuvo otro lugar, que fué tres años de la Corona de España, como se apuntará á su tiempo; y á seis leguas pequeñas de tierra, de la boca del río Risgol, está la famosa ciudad de Tremecén, que fué antiguamente y mucho tiempo cabeza y silla de todo el Reyno, hasta que los turcos la tiranizaron, poniendo el asiento en Argel, alcaidía antigua desta ciudad, dexándola á ella con este nombre sujeta á Argel, como ahora lo es.

Desde el cabo de One á la boca del río Meluya, occidental definidor del Reyno de Tremecén, se contienen diez leguas, en que no se hace ensenada ninguna, sólo una pequeña en forma de punta, en que entra el dicho río Meluya, frontero de tres islas, que llaman las Chafarinas.

Desta manera quedan nombrados los doce cabos de tierra y ensenadas de mar que hace la costa del Reyno de Tremecén, sus distancias y medidas de uno á otro, islas que tienen y agua que recogen de

tierra, y poblaciones de la dicha costa: en que es de entender y se ha de imaginar los que no lo han visto, que todos los dichos cabos, promontorios, y lo que parte de los senos en su demanda, y las demás entrepuntas, con lo que es de costa derecha, son lo más, peñas y asperezas de marina en (la) lengua de mar; y lo demás, que son remates de ensenadas, es plaza limpia de arena y buena desembarcación y embarcación, do el mejor cómodo y puerto de mar es el de Marçaelquivir, en el paraxe meridiano de Cartagena: lo mismo es cómoda la playa de la ensenada de Argel, la de Bugía, Tremecén y Orán, por ser, como son, más hondas á tierra adentro que las demás; también es buena desembarcación la de los puertos de Arzeo, entre Orán y Mostagán, y en algunas otras ensenadas menores que las nombradas.

Está la corriente del río Meluya y su boca, do entra en el mar, limitando los occidentales términos del Reyno de Tremecén de los orientales del de Fez, en once grados y diez minutos de longetud, y los orientales de la corriente del río del Col en veinte y seis y quince minutos, y sus costas y límites setentrionales del dicho Reyno distan desde treinta y cinco grados y cincuenta minutos, hasta treinta y uno y cuarenta y cinco minutos de latitud de la gran línea equinoccial; cuya distancia que así va menguando de grados de latitud la dicha costa de Occidente contra Oriente, es porque cuanto más sube contra la dicha parte oriental, más se va arrimando á la equinoccial linia.

Los meridionales límites del dicho Reyno de

Tremecén distando, como distan, ciento y cincuenta leguas de la primera setentrional medida de latitud, arrimada á la linia equinoccial, estarán de veinte y cinco á veinte y cuatro grados de latitud, y otros tantos se levantará el polo del mundo por su horizonte arriba. Están las plazas de Orán, donde la presente historia se escribió, en once grados y treinta minutos de longitud de la meridional linia y en treinta y cuatro grados de latitud.

CAPÍTULO TERCERO.

De las demás cosas del Reyno de Tremecén y gentes que en él viven.

Todas las alturas montañas deste Reyno tienen y derraman de sí algunas fuentes de buenas aguas, mayormente de las caídas contra Norte; y en lo llano hay muchos pozos de agua, que los más hondos no están cinco estados. De forma que es Reyno abundante de aguas, de fuentes, ríos, pozos, y no es tan seco, como le hacen los que no lo han visto y andado, como yo, autor desta obra, en tiempo de treinta años.

Son las ordinarias pluvias en este Reyno que le fertilizan, y hacen sus cosechas, casi ordinariamente con viento Poniente, con su Maestral y el de la Tramontana, brazo derecho del Norte. Todos los demás traen serenidad y calores á su tiempo, despertando los malos humores y otros daños; esto hace mayormente el viempo Levante y sus costados de Gregal y Jaloque.

La Nordeste tramontana, que comunmente llama Cierzo, es en la costa deste Reyno furiosísimo viento, que ensoberbece y hincha, con gran tormenta, en el mar desta costa y de los demás Reynos de Berbería; especialmente sopla con violen–

cia en los meses Febrero y Marzo y algunas veces en las primeras aguas de Octubre, como lo habemos bien mirado en el dicho tiempo de treinta años en Orán.

No hace calor en lo marítimo del Reyno de Tremecén, ni en los demás de Berbería, hasta que acaba de subir y encumbrar el sol, á los veinte y uno de Junio, y de allí hasta el equinoccio de Setiembre son los mayores calores, y desde los veinte y tres de Setiembre hasta la última caída del sol á los veinte y uno de Diciembre siempre hace tiempo templado, en que no hace frío, ni há menester fuego para calentarse la gente.

El frío es de la última caída del sol y primeros días de Enero hasta último de Marzo; y desde allí hasta la cumbre del sol en Junio siempre corren nieblas, por la mayor parte de viento Levante que en España llaman Solano, el cual corre siempre en aquella costa húmedo, con bochorno de verano, en que el sol no hace reberberación de fuerza, hasta que buelve á caer, como dicho es.

Es este Reyno y los demás de Berbería algo más temprano que los de España, Italia y Francia, por su calidad de ser más vecino del sol la Africa que la Europa, y ansimesmo se agostan los campos primero. Es tierra de buen cielo, saludable el horizonte desta región, en que todos los hombres son barbinegros, do por milagro verán algún roxo. Es tierra de muchas abejas en colmenares y fuera dellos, de que se coge mucha miel y cera, que pasa á España y á otras partes de la Europa, con otras muchas mercaderías deste Rey-

no, que en él se crían y vienen de la Zara (Sahara), Etiopía, tierra de la nación negra.

A los montes deste Reyno cubren diferentes árboles, como son mayormente lantiscos, sabinas, espinos de dos ó tres maneras, y en algunas partes alcornoques y encinas, algarrobos, y á las corrientes de los ríos acompañan tarahes, y á las menores fuentes y arroyos adelfas y algunos sauces. En la provincia de Bugía se crían en partes fresnos: no se hallan en este Reyno de Tremecén, ni en los demás de Berbería, hayas, ni robles, abedulios, plátanos, alisos, omeros, ni otros muchos árboles, bravos y domésticos, que se crían en la Europa (en) sus setentrionales montes.

El boscaxe menudo del Reyno de Tremecén es mayormente palmares en lo llano y en (las) laderas, y en partes unos simples espinos que llaman herguenes (arganes). En lo alto de las sierras y tierra seca se cría brezos, que en Asturias llaman uçias, y también en tales partes se crían madroñales, y en las resolanas romarales y otras maneras de boscaxe menudo.

Los árboles domésticos frutales deste Reyno son los mismos que en España, sólo que no hay castaños, avellanos ni guindos; empero hay de toda la demás fruta de cáscara, hueso y pepita, en que mayormente abunda de agro de todas maneras, limones, naranjas, cidras (y) toronjas.

Los animales domésticos de servicio del Reyno de Tremecén y demás reynos de Berbería son los mismos de la Europa, vacas y yeguas, cabras, ovejas, mulas, asnos y todo género de perros; sólo

no hay alanos, ni galgos, ni gozques; sólo tienen animales de servicio, que no hay en la Europa, que nacen de su natural domésticos, que es muchos camellos, con que hacen su ordinario carruaje de una parte á otra, en que no tienen otros carros en este Reyno, ni en los demás de Berbería, aunque es tierra aparejada y dispuesta para ello, tan bien como España, Italia y Francia.

Animales salvaginas se crían muchos en los dichos Reynos, que no los hay en toda la Europa, leones, tigres, cuyas hembras se llaman onzas, ataudes, puercos-espines, gacelas, avestruces, adiues y camellos, como es dicho, y algunos dromedarios; andando asimismo grandísimas manadas de jabalíes por todo lo desierto deste Reyno, como los habemos visto en varias partes dél, porque como los moros no comen tocino, no se curan de matarlos ni criarlos domésticos. Hay asimismo otras formas de animalejos reptiles, que no hay en España, camaleones, xiriuoas, musgaños, tortugas, y de otros nombres varias sabandijas. No se crían en el dicho Reyno, ni en toda el Africa, osos, lobos carniceros, venados, gamos, corzas, reuezas, martas, lobos cervales, ni hardas, como se crían todos estos en nuestras montañas de Asturias; empero críanse tejones, raposas, aunque menores que las de Europa, gatos monteses, liebres, conejos de dos maneras, de los grandes de España en la Provincia de Tremecén, vecina de la oriental del Reyno de Fez, y en las demás de Tremecén á Levante son los conejos chicos, como lirones. Hay ponzoñosas víboras y grandísimas culebras como

el muslo de un hombre y más grande, hasta que vienen á ser carniceras, como vimos algunas en la provincia de Orán, y afirman los moros las hay tan grandes en partes que se comen los corderos y cabritos. Empero las víboras, lagartos y lagartijas son menores que las de España.

No se crían en esta parte faisanes ni azores; empero críanse gavilanes y siete razas de alcones, que nombra gerifaltes, sacres, neblíes, afaneques, baharies, bernias, tagarotes, de que algunos vienen á España. También son menores las perdices que las de España y cantan diferentemente; lo mismo son menores las gallinas deste Reyno; no hay ansares, patos ni pavos entre los alárabes; parecen por acá pocos milanos, empero críanse en las partes donde hay peñas muchos buitres y palomas bravas. Hay infinidad de buenos caracoles, y en los albercones se crían galápagos, y en los ríos muchos peces barbos, y en los pantanos y lagunas se crían tan grandes como el muslo de un hombre; empero no es buen pescado por ser tan gordo y asqueroso, criado en poca agua con ponzoña. En el río de Orán y algunas otras partes se crían y toman anguilas de buen comer; empero truchas ni lampreas no las hay en Africa.

En el mar que baña y acompaña este Reyno se pesca y matan varias formas de peces, como habemos visto en tiempo de treinta años en la marina de Orán y Marçaelquivir, sargos, alachas, arañas, caballas, lechas, lisas, jureles, calamares, bodiones, zalemas, bogas, sardinas, galludos, cañabotas, pintarrojas, sormidos, espadartes, abadejos, go-

londrinas, bonitales, palominas, samas, bacoretas, morenas, azadías, delfines, brecas, guitarras, azulejos, angelotes, besugos, caballas, cabrillas, berrugatos, atunes, burros, congrios, corvinas, cochinos, chovas, zorros, doncellas, chupas, emperadores, dentudos, milras, ostias, estrellas, pachones, dagustines, gallinas, tortugas, galápagos, lenguados, gallos, gatos, melvas, mantas, mulos, pece-rey, mero, marrajos, raya, pargos, pescada, tintorillas, xivias, salmonetes, sapos, tollos, resquicios, ranas, tordos, espetones, langostas, pámpanos, y otras muchas formas y nombres de peces. Algunas veces se muestran ballenas en este mar, y allegan bien cerca de su orilla; mas no hay quien las mate, como hacemos en Asturias.

Hállanse la tierra adentro, á muchas leguas del mar, muchos rastros y reliquias dél, á poco hondo que se cave, para hacer algún poço, en que se halla la arena fresca, y en ella muchas conchas, xivias y otras cosas, como hemos visto. También se descubren cada día sepulturas de gigantes de disforme estatura: una descubrió la creciente del río Harrax de Argel, que me juraron cristianos que lo vieron, siendo allí esclavos, tenía cuarenta pies de largo toda la armazón del cuerpo, y en la calavera podían caber tres hanegas de trigo; las muelas como dos puños cada una: de la misma forma se descubrió otra en la ciudad de Tremecén, abriendo unos cimientos en el año de 1560, que cada muela pesaba más de una libra. También, andando la continuación de las fortificaciones de Marçaelquivir, descubrieron los gastadores otra se-

mejante sepultura, que el Maestre de Montesa la fué á ver dende Orán, porque fué en su tiempo en el año de 1569. En la marina de Orán está un montón de huesos de gigantes, convertidos en piedra, picados y revueltos unos con otros.

Los primeros pobladores de la región de Africa, después de las aguas del universal diluvio de Noé, ya está entroducido por antiguos autores quién fueron; á los cuales que tocó esta región del Reyno de Tremecén tuvieron su señorío muchos centenares de años, hasta que les conquistaron los romanos á fuerza de armas; en cuyo tiempo llegó á ser la mayor parte deste Reyno, y los demás tres de Berbería, de cristianos del gremio de la iglesia romana: especialmente en este Reyno resplandeció (la cristiandad) más aventajadamente que en los demás de Berbería, según afirman los moros zenetes azuagos dél naturales, que el *morabiti Guxtín*, que así llaman á San Agustín de su natural, dicen sembró en este Reyno la fe de los cristianos, después que volvió acá de Italia hecho cristiano, y que mandó hacer muchas iglesias y destirpó muchas heregías en concilios que hizo por todo este Reyno de la Cesariense Mauritania, que los moros llaman Tlemecén.

Con esta felicidad y firmeza en la fe de Jesucristo estuvo este Reyno muchos años, como afirman los moros dél naturales, y parece así verdad por varias reliquias de cruces y campanas que en él se hallan, y por otros rastros que yo he visto en Orán; que abriendo los cimientos de la Iglesia mayor, que había sido antigua mezquita de los moros, se

hallaron monedas ó medallas de bronce, de una parte una cruz sobre la cabeza de un Rey, y de la otra un cáliz con una hostia encima, como cuando se frange: una destas monedas tuve yo mucho tiempo y la truje á España, con otras muchas que dí á curiosos hombres, amigos de antigüedades.

También parecen por todo este Reyno grandes memorias de ciudades que en él hubo á la marina y tierra adentro; cuyas fábricas se muestran de grandísima y gruesa sillería, y muchas con sus molduras y perfiles muy curiosos, especialmente de puertas y ventanas, que en muchas partes todavía están levantadas con grandes trechos de murallas, afijada la sillería con plomo y fuerte argamasa.

Esto se muestra especialmente en las ruínas de la grande Arcenaria, entre Orán y Mostagán, orilla del mar, como hemos dicho. Demás desto se muestran otras muchas en este Reyno, que por ser largo discurso no las narramos aquí; las cuales dicen los moros por tradición, y aun lo tienen por escripto, había en este Reyno, cuando lo ocuparon los alárabes, setenta ciudades de grandes muros y población; las cuales dicen asolaron los advenedizos alárabes, por mandamiento de sus galifas de Damasco y furia porque los naturales de las tierras deste Reyno se rebelaron muchas veces contra los dichos galifas y alárabes y su primer señorío deste Reyno; en el cual dicen que entraron furiosos, como un rayo, (y) á fuerza de armas lo ocuparon, con lo demás de Berbería vecinos de la mar.

La cual oriental nación árabe mahometana des-

truyó la cristiandad deste Reyno, en que todos sus naturales abrazaron la falsa seta de Mahoma, en que hoy viven con los demás de los Reynos de Bervería, unos con nombres de bárbaros, otros de zenatas, azuagos (y) cobailas; los cuales, siendo todos mezclados y envueltos con los demás advenedizos alárabes conquistadores destos Reynos, fueron todos nombrados *mauros* por los españoles y franceses; y con este nombre y título de mauros pasaron y conquistaron todos á España, siendo ya en hermandad y aparentados, como naciones naturales de la Mauritania cesariense y tingitania, aunque dicen no había veinte años que recibieran y entrara la seta de Mahoma en aquellos Reynos, cuando se les ofreció la ocasión de pasar á la conquista de España, por llamamiento y atambor del gran capitán Tharic, que así le llaman en sus historias de guerra y conquista de España; de la cual y parte della fueron señores cerca de ochocientos años, en cuyo discurso de tiempo poco á poco se corrompió el nombre de *mauros* en *moros,* como se llaman en nuestros tiempos. De los cuales unos y otros ramos desta nación mahometana, naturales africanos y advenedizos alárabes, andan de todos varias parcialidades por todo el Reyno de Tremecén, con título de caballeros y villanos: cuyos nombres de los alárabes más principales son Uled Talha, Uled Abdalá, Uled Muza, Uled Brahén, Uled el Hafez, Uled ben Jafar, Bent Acoror, Uled el Hamida, cuya cabeza más principal de cada linage destos llaman *xeque*, que es lo mismo que Duque, Marqués ó Conde. Otras muchas parcialida-

des y linages andan de alárabes en este Reyno, que son villanos, súbditos de los ya nombrados, que son los gallos de la tierra, como dicen.

Los cuales todos tienen sus términos de tierras conocidas de sembrar y pastar sus ganados, reconociendo los villanos vasallage á los señores, pagándoles sus derechos, especialmente el terrazgo de las sementeras: los alárabes que antiguamente eran señores xeques principales en la provincia de Argel y campos que dicen de Metija, no lo son después que los turcos ocuparon aquella ciudad; que por estar cerca les han avasallado y hecho venir á ser todos labradores sus pecheros, más que los de allí apartados y remotos.

Los demás moros de allí vecinos por Levante y más oriental término deste Reyno, do son las montañas y sierras que dicen del Cuco y Alabez, son los mismos antiguos africanos, y se estiman diciendo que vienen de cristianos y que lo fueron sus pasados en aqueste Reyno; y en señal desto se ponen desde niños unas crucecitas labradas y teñidas con polvos negros en el mismo rostro, (en el) carrillo siniestro. A éstos llaman comunmente azuagos en este Reyno, y á su tierra la Azuagua, los cuales tienen tan diferente lenguaje de los alárabes, como en España el vascuence de Vizcaya del castellano; porque también estos moros dicen que su lengua es la propia antigua africana, y se tienen por más nobles que los alárabes. Son en estos tiempos los más dellos tiradores de escopeta y grandes maestros de hacer armas y pólvora, y belicosos en la guerra: por eso los turcos nunca los han

podido dominar, por las fortalezas de las sierras en que viven, especialmente la del Cuco y Alabez, de quien han tomado renombre los xeques que las poseen, manteniéndose lo más del tiempo en libertad, haciendo guerra á los turcos de Argel, cuando por fuerza les piden algo. A la lengua destos llaman *zenatía*, muy diferente de la *arabía* de los advenedizos árabes: en que también tienen diferentes tratos y viviendas, en lugares formados de casas y calles, y más limpias y regaladamente que los alárabes, y de mejores talles y hermosuras de hombres y mugeres.

Otros muchos ramos y parcialidades de linages de moros, así alárabes como zenates naturales africanos, viven por este Reyno de Tremecén, que se dejan por evitar proligidad, de que se podría hacer particular obra, cuyo cumplimiento y demás cosas del Reyno dejamos para su general Historia, en que se verá copiosa relación de todo.

Según hemos dicho, son cinco las antiguas y modernas provincias del Reyno de Tremecén, aunque Luis del Mármol, en su descripción del Africa, le da cuatro, con grande error. Es la más occidental la misma de Tremecén, do está la célebre ciudad deste nombre; la segunda provincia, siguiendo contra Oriente, es la de Orán; la tercera la de Tenes; la cuarta la de Argel; la quinta la de Bugía, más oriental y vecina del Reyno de Túnez.

Las cuales todas tienen cada una dellas por igualdad á treinta leguas de ancho por longitud de oriente á Occidente, y de largo en latitud de Nor-

te á Sur, tanto cuanto el Reyno se extiende la tierra adentro; cuyas ciudades, sus cabezas, están todas en sus mismos occidentales y marítimos límites: sólo la famosa ciudad de Tremecén está casi en el medio del término de su desmembrada provincia.

Todos los moros alárabes que andan en las cuatro provincias, de la de Bugía á Poniente, viven en tiendas en el campo, mudándose de una parte á otra con sus haciendas (y) muebles, no embargante (que) sus tierras de siembra estén siempre firmes, que son muchas y en varias partes: los cuales hacen estas mudanzas por causa de pastar bien sus ganados, que es su principal hacienda y granjería, con que se mantienen. Su vivienda es en tiendas tejidas de varias lanas burdas de cabras y camellos, también de palmitos, y toda mezclada hacen las moras una hilaza fuertemente torcida, texida (y) de tal forma cuajada que no lo pasa agua, y cuanto más llueve más se tupe y cierra: son ordinariamente estas tiendas negras, que los moros llaman *graras*, cuyas tiendas no son altas, sí la que más dos estados, armadas en tres palos, dos arbolados por estanteroles de horqueta arriba, en que atraviesa otro pequeño de que pende la tienda, repartida tanto á una parte como á otra, atesada con sus cuerdas de cerdas y de esparto curado y estacas hincadas en el suelo.

Destas tiendas se juntan cada linaje y parcialidad de moros por sí, villanos ó caballeros, que hacen un *aduar*, que llaman por su arábigo, de á cien tiendas, y de allí á más ó menos, según son

los moros de la tal jurisdicción y linaje, ó como les parece; y tienen la negociación y son de un acuerdo para hacer guerra ó defenderse della.

Cuya forma de asiento de tiendas, que así llaman *aduares* á muchas juntas, se ponen siempre en redondo, rueda circular de muchas ó pocas tiendas, dexando en medio un cercado redondo, que por su arábigo llaman *corrial;* en que encierran el ganado de todos los moros desta junta de aduar, para (el) que dejan solamente una entrada, la cual tapan y cierran de noche con una barda, como puerta, hecha de espinos apretados con unos palos; porque lo restante del círculo del corral las mismas tiendas en que duermen los moros lo cierran, por estar cerca unas de otras y las cuerdas que las atesan entretexidas y cruzadas. Esta cerradura y puerta de espinos ponen cuando están de asiento y se tienen por seguros de sus enemigos; en que también suelen ceñir sus aduares con una muralla de espinos, que llaman *diente de perro*, y de otros, así porque el ganado no se salga por entre las mismas tiendas, como porque no entren los leones y otros animales carniceros á comérselo dentro del aduar, como acontece: y cuando son de gente villana, labradoril, se dividen y reparten casi ordinariamente en muchos aduares de pocas tiendas, para sembrar y cojer sus panes y pastar sus ganados, y cuando así se mudan, los unos y los otros, villanos y caballeros, llevan solamente consigo lo que han de comer en zurrones, en costales anchos que llaman *telizes* y también *graras*, y llevan también el molinillo de brazo, con que muelen cada día la

civera de trigo ó cebada del pan que han de comer siempre caliente, (y) tortas que llaman *regaifas*, á vueltas de leche y manteca, que nunca les falta.

También acostumbran freir en calderas carne gorda en el mismo sebo, y después de frito guardarlo en zurrones, así revuelto; con que siendo después la carne flaca de invierno, aderezan sus comidas de ollas y *alcuzcuzu*, que más usan comer, y su vino es leche agra, que llaman *lebent*, que guardan para esto de dos ó tres días, la cual beben, mayormente de verano y tiempo que hace calor. Echan mucha sal de ordinario en las comidas y pan que amasan.

Es el demás su aparato de casa y servicio una ó dos calderas dobladas, unas espuertas de palmas llanas y anchas de suelo, en que asientan los molinillos y cae la harina, y otras en que amasan las tortas, que llaman *cofa* y *almaidona:* llevan sus tajines de barro, como cazuelas grandes, en que hacen las regaifas ó tortas, y sus ollas, y mortero de palo grande, en que descascaran la cevada, de que muchas veces comen.

Las camas son dos ó tres *alhombras* ó *alcatifas*, que llaman, de mucho pelo, y debajo unas esteras manuables de palma y de esparto. Con esto y toda la tienda cargan el que más dos ó tres camellos, que es el más caudaloso bagaje del África, donde, como habemos dicho, no hay otros carros. Solamente el trigo y cebada que han de comer llevan éstas y otras bestias de carga (y) jumentos, y á los bueyes y vacas doman también con ella, y (se) sirven deste bestiamén en esto, como de los asnos y

mulas: su comer de fruta siempre es seca por la mayor parte, pasas, higos y dátiles, que traen á su tiempo de la Zahara Thiopía, tierra de la nación negra, á donde van los moros más caudalosos de hacienda y caballeros una vez cada año, de adonde traen dátiles y negros y otras muchas mercaderías, que venden en Orán y demás lugares marítimos deste Reyno.

Cuando los linages de caballeros, como los que habemos nombrado, quieren hacer algunas vistas unos con otros, sobre casamientos de hijos y celebrar sus bodas, ó para hacer algunas amistades entre ellos, ú ordenamientos y consejos de guerra, ó por llamamiento ó citación que les hace algún *faquí morabuto* viniendo de la casa de la Meca, se juntan todos con sus vasallos en cierto término de tierra, que para esto señalan, donde hay aguas, leña y pasto para sus ganados, porque paja no la encierran para ellos, confiados en la yerba, que nunca falta de invierno y verano. La cual congregación y ayuntamiento llaman comunmente *zafina*. y por otro nombre *tercia*, que significa *tráfago* de población de moros: los cuales, cuando se juntan para hacer algunas fiestas de bodas ó para otras cosas, teniéndose por seguros de sus enemigos, asientan sus aduares, grandes ó pequeños, cada uno por sí en redondo, repartidos en cuatro puestos, de forma que todos hacen un grande círculo, como el que muestra la luna algunas veces en su ámbito; en que dexan por en mitad del medio una ancha y espaciosa calle en cruz, que parte la gran población redonda en cuatro cuartos iguales; en

cuyo medio de la encrucijada destas dos calles que atraviesan, hacen todos los moros sus juegos y fiestas de zambras y bailes; lo mismo se juntan y hacen mercado y plaza de las cosas que venden en días señalados de la semana, al cual día de feria llaman *soco*, (y) lo mismo á la plaza.

Empero cuando andan de guerra unos con otros y no se tienen por seguros, asientan sus aduares diferentemente, haciéndolo todo un aduar de aduares de igual número, encadenados unos con otros, como eslabones redondos de una cadena, que el uno corta el medio círculo del otro, de forma que hacen de todos una muralla, de que ciñen un gran término de sitio redondo, en que encierran sus ganados de noche, con solas dos entradas y salidas, una enfrente de otra.

Son muy pocas veces las que se juntan muchos aduares juntos desta manera; en que luego trabajan de se dividir y apartar, cada uno por sí, por causa de pastar sus ganados, que estando muchos juntos mueren de hambre. Y siendo derramados por el Reyno cada linaje y aduar por sí, queriendo de noche estar seguros de ladrones y de los leones, que no les entren á robar sus ganados, se cercan, como ya habemos dicho, de grande muralla de espinos á la redonda, muchas veces de dos estados de alto, desviada de las tiendas buen trecho, por causa del fuego no se les enciendan; porque no habiendo esta muralla, saltan los leones más fácilmente por entre una y otra tienda á comerles los ganados, sin que perros ningunos, de muchos que tienen, se ose mover, antes huyen en oliendo al

león, (y) antes que llegue se esconden y meten temblando en las mismas camas de los moros: los cuales cuando ven este general silencio de sus perros, que ordinariamente están ladrando toda la noche, echan de ver que los leones vienen, y saliendo cada uno de su tienda con un tizón de fuego en la mano, caracoleando y arrojándolo para afuera, no habiendo muralla de espinos, que parece una gran rueda que desprende cohetes. También suelen llegar á deshora de noche ladrones de otros moros á hurtar ganado, y otros enamorados á llevarse moras doncellas de casa de sus padres, con mano armada, y otras que se salen voluntariamente: empero á estos rumores y alborotos siempre ladran los perros de forma que no se entiende la gente con ellos; y para esto ninguno saca tizón de su tienda ni se alborotan tanto, sino es que se toca arma general, apellidando que vienen cristianos ó turcos; que en tal caso cada uno se pone en cobro, desamparando las tiendas y aduares, cargando cada uno con lo mejor que tiene, si se acuerda ó lo tiene á mano, según la prisa siente. Esto es mayormente cuando sienten cristianos, porque de los turcos no huyen tanto, sino es cuando saben les tienen enojados y vienen con ira, que les hacen peor guerra que los cristianos, como yo lo he visto muchas veces.

Précianse todos grandemente de hospedar á otros moros que van pasajeros, dándoles posada, de comer y cama de balde, y todo recaudo á sus cabalgaduras y demás bestias de carga si llevan; teniendo esto por grandeza, lo acostumbran todos, aunque no se conozcan ni sean deudos.

Cuando los moros del Reyno de Tremecén tienen paces con las plazas de Orán, las abastecen grandemente de muchas provisiones, mayormente de trigo y cebada para la gente de guerra, uno por dinero, á moderado y barato precio, otro de servicio por el seguro que Su Magestad les da: en que demás del mucho trigo y cebada con que mayormente abastecen la tierra, de que muchas veces sobra cantidad de que se hacen sacas para España y otras partes, aunque son menester para el ordinario gasto de Orán cuarenta mil fanegas de trigo cada año y doce mil de cebada para que esté cumplido.

Traen asimismo los moros manadas de carneros y bacas para matar, miel, manteca, cera, pasa, higos, dátiles, aceite, jabón, garbanzos, habas, almendras, nueces, azofaifas, gallinas, capones, perdices, liebres, espárragos, caracoles y otros muchos bastimentos de comer y mercaderías, negros, corambre por curtir y curtida, baquetas y tafiletes, que llaman colorados y naranjados, lino, lana, lienzos, albornoces, alquiceles, alhombras, tapetes, alcatifas (y) halcones de cinco suertes, *xirifaltes*, *neblíes*, *sacres*, *alfaneques* y *tagarotes*. Traen á vender asimismo todos aderezos de caballería á la gineta, que se labra en la ciudad de Tremecén más aventajadamente que en toda Africa, y otras muchas cosas que serían prolijas de referir aquí.

Lo cual todo traen los moros á Orán, teniendo seguro y amistad con los cristianos, conforme Su Magestad se lo manda dar á todos los que vinieren á demandar, porque para todos es provechoso:

demás de abastecer estas plazas, es ampliación del nombre y señorío de España, y es asimismo enflaquecer las fuerzas de los turcos de aquel Reyno de Argel y sus alcaidías, que con la renta del tributo que cobran de los moros, que llaman *garrama*, se sustentan, en que siendo muchos los amigos de Orán encorporados y juntos, no se la quieren pagar con el favor de los cristianos. Y para que estos moros xeques principales del Reyno y sus súbditos (del) villanaje, así vengan de mejor gana á pedir seguro á los Capitanes Generales de Orán, es necesario asimismo castigar y hacer presas ordinariamente en los demás que fueren de guerra, enemigos de aquellas plazas, para constreñirles y atemorizar á todos, y tratando bien á los amigos; porque trayendo desta manera la espada en la mano para unos, y amparando y favoreciendo á otros, se provehen, como es dicho, aquellas plazas, que por la mayor parte son provehidas, por causa de los rescates, porque mayormente (por estos) traen los bastimentos y referidas mercancías; con que asimismo aumentan las rentas reales de Orán, que no ayudan poco en su guarda en beneficio de su milicia.

Estando el señorío del Reyno de Tremecén, con todas sus alcaidías marítimas, Mostagán, Ténez, Sargel (y) Argel, con todas las demás de tierra adentro sujetas á la Corona de España, después de ganadas Orán y Bugía, que es la más oriental, pagándole parias por medio de los Capitanes Generales de Orán, á (los) seis años, después de ganadas aquellas plazas, abajaron de Levante los dos famosos cosarios hermanos, que nombraron Barba-

roxas: los cuales habiendo acaudalado fuerzas, robando en el mar Mediterráneo muchos bajeles de remo, bergantines y galeras y demás forma de las escuadras de todas naciones, Italia, Francia, España, buscando puerto de mar en que se acojer en la costa de Berbería, se atrevieron á poner sitio á Bugía, año de 1514, habiendo solos cuatro que la había ganado el Conde Don Pedro Navarro, como se apuntará á su tiempo; y no sucediéndoles bien la demanda, levantaron el sitio, y luego, en el año siguiente de quince, tiranizaron y ocuparon la ciudad de Argel, tomando á fuerza de armas un castillo, que allí estaba, de cristianos.

En pos desto, poco á poco, fueron ocupando todo el Reyno de Tremecén, en diferentes ocasiones y tiempos, compitiendo con los soldados de Orán, según se apuntará en el discurso de los sucesos de guerra de los generales antecesores del Maestre de Montesa en aquel Reyno; por manera que los turcos señorean ahora todos los famosos y mejores lugares poblados deste Reyno, poniendo en Argel la silla de todo, que mucho tiempo estuvo en Tremecén, después que los alarabes ocuparon esta región de África; sólo no poseen Orán y Marçaelquibir, que si tardara España seis años en ganarlas, hoy fuera el día que la poseyeran turcos, como poseen Argel y los demás lugares que hallaron de moros, y aun de cristianos, como era Bugía y el Castillo del Peñón de Argel, que fué nuestro cinco años y Bugía cuarenta y cinco; que siendo en poder de aquella nación, hasta ahora han molestado y sido cuchillo del pueblo cristiano, sin que

haya sido posible desarraigarles de allí en tres jornadas, que efetivamente se han hecho en tierra, y otros tratos secretos y acometimientos públicos, aunque no llegaron (á realizarse): que con ser como es la cosa más necesaria de conquista que hoy tiene el señorío de España á los quicios de la puerta, á que nunca ha querido apretar con diligencia, á toda furia, apretando aquella famosa ladronera; adonde se puede decir con verdad, han llevado los turcos más de quinientas mil personas captivas, en diferentes tiempos y ocasiones, y otros tantos millares de ducados, robados y por redenciones, desde el año 1515, en que se apoderaron de Argel, hasta la fecha desta historia. En que es cosa averiguada que no hay lugar marítimo en toda la costa meridional de la Europa, desde lo más oriental del Reyno de Nápoles, cabo de Tranto, hasta el Estrecho de Gibraltar en España, y aun hasta cabo de Finisterra en Galicia, que los cosarios de Argel no hayan saqueado ó intentado saquear, y los de las islas del mar Mediterráneo y aun las Canarias del Occéano, de que todo han llevado infinidad de riquezas á Argel. Finalmente, son innumerables daños los que han hecho á España los turcos de aquella ladronera, de los cuales nadie ha alcanzado tantas victorias, como ha sido la pequeña escuadra militar de Orán y Marçaelquivir; do sólo allí les han castigado siempre valerosamente, como los mismos turcos lo saben y es notorio en todo el mundo; do es averiguada cosa que todas las veces que han llegado por tierra á vista de aquellas plazas, con fuerzas de sitios ó sin ellos,

gruesas y menores *mahalas* ó bandas de turcos, han vuelto siempre con la mano en la cabeza y grande menoscabo y afrenta de su nombre, sin otras muchas escurevandas y rociadas que les hemos dado en toda aquella costa, por Levante y Poniente de Orán, en que les hemos maltratado con muertes y captiverios de muchos dellos, y algunas veces ha sucedido, con sólo la furia de arcabucería de tierra, rendirles en las galeras y galeotas en la mar. Cuyas refriegas de mar y tierra que con esta nación han tenido los soldados de Orán, se contiene todo más copiosamente en la general historia de aquel Reyno, que tenemos trabajada en borradores: y entre tanto en ésta sólo es nuestro intento hacer una breve suma, tocando cómo solamente aquellas plazas se ganaron de los moros, y mostrar por sus annales quién fueron los caudillos dellas, antecesores del Maestre de Montesa, y después dél sus sucesores de Don Felipe de Borja su hermano: mostrando en los mismos annales lo más memorable de guerra, que en tiempo de cada uno sucedió en aquel Reyno.

CAPÍTULO CUARTO.

De la conquista de las plazas Marçaelquivir y Orán.

(Ocurrió esta conquista) quince años después que los invictos, esclarecidos Reyes Fernando y Doña Isabel, de inmortal memoria, acabaron de conquistar el famoso Reyno de Granada, desarraigando dél y de toda España el mahometano público señorío, y ansimismo diez años después que Don Joan de Guzmán, Duque de Medina Sidonia, había ganado de los moros la fuerza de Melilla, en la costa, orientales límites del Reyno de Fez, año de 1496, que fué la primera frontera plaza que los Reynos de León y Castilla ganaron en la costa de Berbería: en que los portugueses ya había muchos años que traían las armas victoriosas en las marinas de los Reynos de Fez y Marruecos, do ya habían ganado las fortalezas de Ceuta, Alcázar-Zaguer, Arcila y Tánger.

Después desto, en el año de 1506, Don Diego Fernández de Córdoba, Alcaide de los Donceles, Señor de las villas de Lucena, Chillón y Espejo, y primero Marqués de Comáres, el que juntamente con el Conde de Cabra rompieron en batalla campal al Rey moro de Granada, cerca de la villa de Lucena, este valeroso Capitán, en el dicho año

de seis, pidió al Rey Don Fernando, quinto deste nombre en los Reynos de León y Castilla, que ya era gobernador dellos, por fin y muerte de la Reyna Doña Isabel su mujer, la empresa de Marçaelquivir, estando el Rey en Valladolid, con el pie en el estribo, de camino para la Coruña en Galicia, á recibir allí á su hija Doña Juana y yerno el Archiduque Felipe de Austria, por herederos reyes de los reynos de León y Castilla.

La cual empresa y conquista le otorgó luego, con orden que armase en Málaga, y de allí subiese á Cartagena, á tomar allí pilotos y marineros, por ser más pláticos en el viaje y navegación de Orán y Marçaelquivir que los de Málaga ni su costa, y que desde Cartagena atravesase derecho á la dicha Marçaelquivir, donde si en tres días de sitio no ganaba aquella fuerza, se retirase luego y volviese en España con la armada.

El Marqués puso luego por obra la jornada y su valerosa intención, levantando en Andalucía un bastante exército de gente de guerra de á pie y de á caballo, mayormente de sus vasallos, deudos y amigos de Córdoba y su tierra, en que juntó siete mil hombres; y siguiendo la real orden los juntó en Málaga, donde armó y tomó artillería, municiones y bastimentos, con lo demás necesario para tal jornada; y subiendo, á Cartagena, por lo que le faltaba y pilotos, salió de aquel puerto con próspero tiempo en la dicha demanda; en que antes que descubriese la costa de Berbería, Marçaelquivir y Orán, apercibió en la misma armada para desembarcar la más diestra gente primero; y alle-

gado que fué cerca de Marçaelquivir de noche, en una traspuesta y rinconada que hace el mar allí junto de la parte de Poniente, que llaman *Cala Blanca* (y) *Aguadas secas*, echó en tierra allí la mejor gente, para que llegados sobre Marçaelquivir al amanecer, atajasen el paso, tomando el camino á los moros de Orán, porque descubierta que fuese otro día la armada, á la villa de Marçaelquivir y ciudad de Orán no la pudiesen socorrer los moros.

Hecho esto, de noche, con todo silencio, luego que aclaró el día siguiente se descubrió y allegó la armada de naves y algunas galeras con el resto del exército, el cual mandó echar luego en tierra el Marqués, y con la artillería que llevaba comenzó á batir la villa; en que vistos los sitiados moros que no les podía entrar socorro, á causa de que los cristianos del paso se lo defendían, rindiéronles la villa, saliendo della condicionalmente con lo que pudiese cada uno sacar acuestas, dejando vencedores y triunfantes á los cristianos, apoderados de aquel puerto y fuerza.

Luego en el siguiente año 1507, saliendo de Marçaelquivir el mismo Marqués de Comáres, con cuatro mil hombres de guerra, los perdió todos en una entrada que fué á hacer por tierra, cerca de la ciudad de Orán; donde los moros della y su término le desbarataron, y el Marqués se escapó huyendo á uña de caballo, con solos tres escuderos ginetes pláticos, que le pudieron seguir y acompañar hasta Marçaelquivir, y los moros pasaron á cuchillo casi á todos los demás cristianos en la batalla, que fué en un sitio que llaman la *Rambla del Fis-*

tel; donde solos los moros ciudadanos de Orán captivaron algunos capitanes, y entre ellos á Martín de Argote de Córdoba, deudo del mismo Marqués de Comáres, y su teniente en Marçaelquivir; de que nació de su captiverio en Orán la trujamanía y trato de aquella ciudad con dos moros della, ciudadanos y alcaides de sus puertas, para entregarla á los cristianos; y habiéndolo comunicado secretamente con el mismo Marqués de Comáres en Marçaelquivir, por medio de tercera persona, pasó en España á dar relación dello al Rey Don Fernando, que había venido pocos días había de visitar sus Reynos de Italia, y vuelto al gobierno de los de León y Castilla, por muerte de su yerno Don Felipe de Austria; y estando el dicho Marqués dándole relación de las cosas de Orán y su espacioso fertilísimo Reyno de Tremecén y lo que era necesario para su conquista, llegó á noticia del Arzobispo de Toledo, fray Don Francisco Ximénez, la venida del Marqués de Comáres á la corte á negocios de la conquista de Orán.

Lo cual acertó á ser á tiempo en que andaba el Rey Don Fernando por quitarle el Arzobispado de Toledo para su hijo bastardo Don Alonso de Aragón, Arzobispo de Zaragoza, dándole aquella diócesis al Cardenal Ximénez, que por su ausencia y la muerte de su yerno había gobernado los Reynos de León y Castilla. En que el Cardenal, viendo tan buena ocasión y tiempo, pidió al Rey la empresa y conquista de Orán, porque viesen él y los que eran de su opinión y parecer de quitarle el Arzobispado, en qué forma gastaba sus rentas y

tesoros: y siéndole concedida comisión y licencia para la conquista de Orán, levantó un exército de gente de guerra en España, á costa de sus mismas expensas, el cual embarcó en una gruesa armada en el puerto de Cartagena, y su misma persona, con el Conde Don Pedro Navarro por su Capitán General, y con otros muchos caballeros de España, amigos del Cardenal que le quisieron acompañar en aquella jornada; y con próspero tiempo partió la armada de Cartagena y surgió en el puerto de Marçaelquivir, Jueves día de la Ascensión del Señor, á 17 de Mayo de 1509: do luego en la noche siguiente desembarcó todo el exército en la playa de aquel espacioso puerto, y siendo de día, Viernes 18 de Mayo, caminó el campo la vía de Orán por aquella montaña arriba, repartida en dos partes, yendo la mayor cantidad tomando lo más alto y llano de la sierra, y el resto por lo bajo y faldas della, por una angosta vereda, que va de Marçaelquivir á Orán, en que se contiene una legua, como ya vimos en la descripción destos lugares.

Do allegado que fué nuestro exército por dos partes á vista de la ciudad, los moros della salieron al rebato á pelear con los cristianos y resistirles la entrada; y siendo fuera del pueblo la más gente de guerra dellos, los alcaides del trato y concierto hecho con el Marqués de Comáres, cerraron las puertas por dentro con las llaves, y luego se escondieron; de manera que cuando los moros que habían salido al campo, do siendo inferiores sus fuerzas y convencidos á volverse á amparar en la

ciudad, hallaron cerradas las puertas della, de forma que no pudieron entrar dentro; y como los cristianos les venían picando y dándoles carga, les fué forzoso pasar de largo de la otra parte del río por aquellos campos adelante, y llegando al mismo tiempo por la otra parte de la ciudad y á sus murallas, el menor resto de cristianos que venían por la vereda, más cerca de la mar, se arrimaron de presto á las murallas de aquella parte que eran bajas y entraron dentro, arrimándose á las picas y ramas de una grande higuera que allí estaba, pendientes muchas ramas della contra fuera por cima del muro: porque como los moros habían salido todos fuera de la ciudad, y los que dentro habían quedado estaban de guardas de las puertas que están por la otra parte, así no hubo quien estorbase la entrada á los cristianos que llegasen por aquella banda; los cuales, como es dicho, ocuparon la ciudad de improviso, en cuanto acabó de llegar y entrar el resto del exército: donde hallaron muchas riquezas por no haber tenido los moros lugar de esconderlas, siendo acometidos con tanta brevedad, ni saber del trato que estaba hecho con los cristianos; así no murieron en la ocasión sí solamente treinta cristianos peleando y otros tantos heridos.

El Cardenal, que había quedado en la villa fortaleza de Marçaelquivir, no vino á Orán á gozar de la vitoria hasta el Domingo, á los veinte de Mayo, día de San Bernardino; donde con algunos frailes de San Francisco, de su misma orden, y de otras que le habían ido á acompañar á aquella jor-

nada, y de otra mucha clerecía, demás de los capellanes de su capilla, en compañía del mismo Marqués de Comáres, Conde Don Pedro Navarro y de otros muchos señores de título, caballeros y capitanes, entró el Cardenal procesionalmente en la ciudad de Orán por la puerta que responde á la mar, que llaman de Canastel, cantando el salpmo *Tedeum laudamus;* y fueron luego derecho á las casas mayores de la Judería y su mezquita sinagoga, donde ya estaba prevenida para la bendecir y limpiar, y un altar en que dixese misa el Ilmo. Prelado, el cual le bendijo con solenes ceremonias para iglesia y hospital de la Misericordia y vocación de San Bernardino, y eligiéndola para esto con las demás cosas y sitio conveniente en su contorno, por ser para hospital el más sano de la ciudad; donde el Cardenal dixo solene y pontifical misa, y luego de su misma mano dió los sacramentos de la Eucaristía y Olio á los cristianos heridos y enfermos del exército, que allí mandó juntar para este espiritual y corporal beneficio; para (los) que luego mandó ordenar camas y botica, para beneficio de los presentes y demás gente de guerra que en aquella ciudad habían de quedar de presidio y guarda; para que señaló asimismo de su boca y mano, visitadores, mayordomos, capellán, y enfermeros para que quedasen en servicio de aquella casa y hospital.

Después de esto consagró la Mezquita mayor para mayor Iglesia matriz de aquellas plazas, con advocación y nombre de Santa María de la Vitoria, señalándole algunas rentas de casas, hornos,

huertas y molinos; donde por memoria de su próspero suceso de jornada dexó allí su capelo rojo, que había llevado á ella, donde hoy día está pendiente de la clave del arco de la capilla mayor de aquella Santa Iglesia, que después se fabricó de nuevo, con mucha ventaja de como antes era siendo de moros, en su mismo lugar y sitio que ahora está.

También consagró y limpió para iglesias otras dos mezquitas, que había en lo más alto y fuerte de la ciudad, la una donde llaman el *Gibel,* advocación de Santiago, y otra dentro del mismo alcázar, advocación de San Miguel. Señaló asimismo dos sitios dentro de la ciudad para conventos de su misma orden de San Francisco y Santo Domingo, juntos uno del otro á pared medio, donde hoy día permanecen para espiritual consuelo de la gente de guerra de aquellas plazas.

Hecha esta santa jornada se volvió el Cardenal en España, dejando el cargo de aquella ciudad al mismo Marqués de Comáres, según que el Rey Don Fernando lo había mandado si salía con la vitoria, que Dios fué servido darle.

Habemos dicho en suma la relación de los sucesos de la presa de Marçaelquivir y Orán, reservando su entera especificación y cumplimiento para la mayor general historia.

Luego en este mismo año, pocos días después de ganada la ciudad de Orán, el Rey moro de Tremecén, llamado Muley Abdila, se hizo vasallo de la Corona de España, con cargo de tributo de catorce mil doblas zeyenes cada año, pagadas en

Orán, con otras muchas condiciones contenidas en los capítulos de las treguas, así en su nombre del dicho Rey con su ciudad de Tremecén, como de todo su Reyno, lugares marítimos y terrenos dél, Mazagrán, Mostagán, Ténez, Briscar, Sargel, Argel, Tedelez, Bugía, Alcalá de Bent Arax, Mazona, Meliana, Medía, y todos los demás lugares poblados del Reyno: Aunque es verdad que los moros *zuagos zenates* de la provincia de Bugía, no gustando de que su Rey se hubiese hecho vasallo tributario de la Corona de España, se rebelaron luego todos contra él, con calor de los del Reyno de Túnez, su vecino cercano, según lo tenían de antigua costumbre en los tiempos de antes. Por esta causa, en el siguiente año de 1510, el Conde Don Pedro Navarro, rehaciendo la armada por mandado del Rey Don Fernando, fué sobre aquella famosa ciudad que entonces era, y la ganó sin desnudar espada.

CAPÍTULO QUINTO.

De la manera como se les da seguro á los moros en Orán y se castigan y hacen presas en los que son de guerra.

Porque los términos de la Provincia de Orán es lo mejor del Reyno, de más pasto y tierra de pan, los moros que son antiguos della naturales no se pueden pasar fuera de su tierra, por no tener pertenencias de tierras en las demás provincias sus vecinas Tremecén y Ténez: los cuales principales linages de moros caballeros ya habemos dicho son cinco en esta provincia, Uled Abdalá, Uled Muça, Uled Brahén, los Alhagezes, y Abderrahmán bent Acoror, de la provincia Regidia, que es lo meridional de la de Orán; en la cual demás de las referidas principales linias de caballería, anda otra mucha infinidad de aduares de moros villanos sus vasallos, de varios apellidos y nombres; que todos, como es dicho, nunca salen de la provincia y términos de Orán. Para andar y vivir seguros de los cristianos de aquellas plazas, gozando libremente de la tierra, pastando sus ganados, y sembrando y cogiendo sus panes y demás cosechas, les es forzoso pedir seguro á los Capitanes Generales, caudillos de Orán, los cuales se lo conceden en nom-

bre del Rey de España, conforme allí lo tiene mandado, por los beneficios que se siguen, como ya diximos.

Dáseles este seguro á los xeques que lo vienen á demandar, para ellos y sus vasallos, condicionalmente, de un fin del mes de Agosto á otro: en que los que son villanos labradores han de declarar y registrar con juramento cuantos arados tiene cada uno de sus súbditos vasallos para sembrar, para que en fin de la cosecha acuda cada uno con el trigo y cebada de servicio á Su Magestad, que se conciertan por cada arado: en que asimismo es condición que no han de hospedar en sus aduares á otros moros de guerra ningunos, de una noche adelante, y que no se junten ni mezclen con ellos, ni les den aviso ninguno de los cristianos, ni de Orán, y que cuando algunos dellos vengan á estas plazas á sus negocios y menesteres hayan de venir ordinariamente por los caminos trillados y veredas, y no por defuera, corriendo, ni dando voces, como acostumbran venir los que son de guerra, corriendo la tierra haciendo daño: en que demás destas se contienen en los seguros que se les dan otras muchas condiciones, largas de referir aquí. El cual seguro se les da en arábigo y castellano, sellado y refrendado de los Capitanes Generales de aquellas plazas, dejando dellos registros en su poder.

Á los cuales moros, que así quieren y piden su amistad, guardando bien las condiciones del seguro, que ellos llaman *temin,* se les da de ordinario todo favor y ayuda contra sus enemigos los

turcos y demás moros de guerra, que por esto les quieren mal, y muchas veces vienen á las manos, con voz de que son malos moros, quebrantadores de los preceptos de Mahoma, porque se hacen amigos de los cristianos, y por esto les llaman *almogataces*, que significa traidores tornadizos á otra ley. Así que pocas veces se (a)vienen bien los de paces y amigos de Orán con los de guerra, que muchas veces les arman celadas y salen á saltear y estorvar que no metan bastimentos ni otras mercancías en Orán; y otras veces traen los turcos en su ayuda para hacerles enteramente la guerra y cuanto mal pueden; en los cuales se hacen las presas y cabalgadas, como en este capítulo veremos.

Siempre que salen los Capitanes Generales de Orán, con su exército de guerra, para hacer presas y cabalgadas en los moros enemigos, es de ordinario por aviso y medio de espías, que son siempre en una de dos maneras: la primera es cuando algún moro súbdito á otro recibe alguna injuria que no se puede vengar, la sufre y desimula de presente, para vengarse más de lleno por mano de los cristianos; desta manera, que si á la sazón que recibe la injuria el xeque caballero que se la hizo es de paces, amigo de Orán, le aguarda á que no lo sea, aunque sean dos ó tres años; y cuando le tiene asegurado en puesto cómodo, á tiro de la gente de Orán, ordinario, que alcanzarle puedan en noche y día de camino, se desimula y desaparece unos días, fingiendo que va á la ciudad de Tremecén ó Mostagán ó á otra parte, do tiene negocios, y endereça la vía de Orán, dando la noti-

cia del tal aduar ó aduares de moros de guerra, por medio de (la) *lengua* (ó) entérprete de aquellas plazas, al Capitán General ó gobernador dellas; porque nunca todos allí llevan título de generales, sino lo son de señorío, como luego veremos.

Los cuales, siendo así informados de la espía, los aduares que son, y de qué linages, caballeros ó villanos, y qué fuerzas tienen, cantidad dellos para que se defiendan ó puedan ofender, ú otros sus vecinos conterráneos que los puedan favorecer, y la parte (ó) sitio adonde están, lexos ó cerca de Orán; finalmente, siendo enterados de todo, determinan luego la jornada. Empero si es prudente el caudillo, no se mueve con cualquier viento de cobdicia y parecer de moro espía, hasta que la madura muy bien, especialmente cuando los aduares que vende están lexos y son poderosos; porque en tal caso envía con el moro á los christianos adalides con sus compañeros de campaña, para que vean y se enteren de la verdad, y vean el camino que se ha de llevar, y dónde se ha de tener la celada, si están lexos los moros, y si hay otros en el camino, de paz ó de guerra, que avisen é impidan la jornada; finalmente, lo que es necesario saber para que la presa se acierte: que muchas veces por algunos destos inconvenientes no se sale, aunque los enemigos estén donde dice la espía, y otras veces, aunque se pueda pasar hasta llegar á ellos, no se acierta la suerte por otros contrastes. Otros moros, para hacer esto mejor á su salvo, en recibiendo la injuria, se van luego de aquellos aduares á otros, y de allí andan siempre á la mira

para venirles á vender á Orán, como es dicho.

Donde si el General ha de salir, por parecer de los adalides christianos, que fueron, manda luego dar la orden á la gente de guerra, para que se aperciba con lo necesario para salir á tal hora del día ó de la noche, con bastimento para tantos días, que llaman *mochila;* que nunca pasan de cuatro ó cinco días, cuando más se ausentan y faltan de Orán, y lexos, cuando más quince leguas, á la tierra adentro, ó por la costa del mar, Levante ó Poniente.

Ordenada la gente que ha de ir y la que ha de quedar en guarda de la tierra, á cargo de algún capitán, porque el General ordinariamente sale con su gente en campaña á hacer las presas, y á lo demás que conviene su presencia; y ansí es bueno que vaya, porque vea lo que se pasa en tales jornadas, y las apoye y sazone muy bien, con enteración de lo que hay, lo que ninguno apuraría, no habiendo de arriscar su persona.

A las cuales jornadas se sale unas veces de día, otras de noche, según se sienten los inconvenientes en el camino de ser sentidos, y es lexos la parte donde se va; al salir por la puerta de la ciudad se cuenta toda la gente por un rosario entero; porque van saliendo uno á uno en un largo hilo, como grullas, para que mejor se puedan contar, pasando una compañía en pos de otra, estando á la mira el mismo General y demás capitanes para ver la gente que llevan: y saliendo fuera de la ciudad esperan á su Capitán General y á que se recoxa todo el resto que ha de ir. Siendo todos los que

han de ir fuera de la tierra, se ponen en camino, no marchando en escuadrón en orden de hileras, sí como es dicho en un hilo largo, cada compañía tras de su capitán y bandera, que van de vanguardia, derechos unos detrás de otros, como cuentas de un rosario; cuyas vanguardias y frentes de las compañías van iguales parejas, tantas de una parte como de otra; porque como en aquellas plazas son de ordinario ocho ó nueve compañías de infantería, siempre van cuatro de cada costado del escuadrón que así forman, llevando en la medianía de uno y otro tercio su espacio y plaza de armas en cuadra larga, do va el bagaxe de las acémilas que llevan los bastimentos, provisión de la gente y cebada para ellos y los caballos; y lo mismo las mejores acémilas llevan la munición de pólvora, cuerda y balas de todas formas, de arcabuces y mosquetes; y con cada acémila destas que llevan la munición, que por lo menos siempre son media docena, van dos hombres de guarda, el bagaxero, mozo del dueño dellas, y un artillero, hombre de hecho y plático, para si es menester repartir la munición á los soldados en refriega peleando, lo sepa hacer y manejar, sin que se desperdicie ni corra riesgo de fuego: va esta pólvora y cuerda ordinariamente en zurrones y costalillos encerados, porque, aunque llueva y caigan al pantano, no se moje.

La caballería, que ordinariamente son en Orán dos estandartes, de caballos ligeros á la gineta, de cota, lanza y adarga, con la tercia parte de cada compañía de arcabuceros, van por la parte de afuera, del uno y otro costado de la infantería; que-

dando ordinariamente de día y de noche recogiendo, una escuadra de caballos con un oficial de cabo dellos, que en Orán llaman *cuadrillero*, que es como capitán del campo y sargento de la compañía, que cada una destas de (á) caballo tiene dos destos oficiales con su ventaja de Su Magestad.

Es cosa de encarecer y grandemente de alabar en los soldados de aquellas plazas, que entre otras muchas buenas costumbres y disciplina militar que tienen en aquella guerra contra moros y turcos, es cosa de ver que, en saliendo por las puertas de Orán á hacer presa, ó cualquier otro servicio del castigo de los enemigos, ó en escolta de provisiones que se meten, enmudecen todos, que no les oirán una palabra en muchas leguas que caminen. En que se marcha con un silencio, de forma que no se oye otra cosa que el tropel de patear de la caballería y bagaxe; que á no llevar este bestiamén, pasarían, á manera dicir, como las aves por el aire, sin sentirlo los enemigos.

En que no hay otro inconveniente sino es el rastro de las muchas veredillas que hace el escuadrón por do pasa marchando: en que siempre pasa la palabra de retaguardia á vanguardia ó de vanguardia á retaguardia en un instante, yendo marchando ó hecho alto, sin género de rumor; sí sólo volviendo la faz y barba al hombro, recibiendo y dando la orden que pasa. En que tienen más otra curiosidad; por no llamar ni dar voces de noche, tienen los soldados más pláticos y diestros de aquellas plazas y traen en las bolsas de las balas, con los pedernales y eslabón, un cuernecito corto de un novillo de un

año, muy acicalado y liso, con un corcho tapada la boca justamente, dexando sólo una abirtura á manera de flauta, que sonándola parece cárabo, de los que suenan de noche en algunas partes de España, de que también los hay en Berbería: el cual cornecito llaman los soldados de Orán *cárabo*, y á su reclamo llaman *carabear;* que por no dar voces los soldados, que por de noche se pierden de la conserva del escuadrón, mangas ó volantes donde van, le tocan; que verdaderamente parece la voz del páxaro deste nombre, que llaman *cárabo del monte*, que en Asturias llaman *coruxas*, de que hay infinidad dando voces de noche por las montañas y bosques. Y siendo así oída esta fingida voz en Berbería de noche, con que llaman los soldados, la responden los demás al reclamo con el mismo instrumento, que los más diestros y curiosos soldados llevan, como yo, autor desta historia, nunca anduve sin él, en el tiempo que en aquellas plazas milité; en que vimos á otros soldados sonarlo tan naturalmente, como las mismas aves deste nombre, haciéndolas venir de noche revolando por encima del que le tocaba.

Desta manera caminan los soldados de Orán por Berbería, especialmente saliendo á negocio de castigar al enemigo, que parece enmudecen en saliendo de la ciudad, diciendo todos:

—Pare la lengua y anden los pies y apercíbanse las manos y la mente, con Dios rogando cada uno le vuelva con bien á Orán.

En cuyas jornadas va ordinariamente el Capitán General en la vanguardia, en la medianía de

la frente del escuadrón, en igualdad con las banderas y estandartes de á caballo; y á un tiro de ballesta más adelante van los adalides, con la espía guiando; y si es de noche van allí cerca de la frente de la batalla, procurando siempre caminar por lo más desierto y secreto de los campos, fuera de camino y de pasos ordinarios; en que muchas veces se rodean muchas leguas por no topar con moros de paces que avisen á los enemigos. Y ansí siendo lexos donde se ha de tener la celada y la presa, se parte de Orán por la mañana, para caminar todo aquel día y la noche siguiente, porque otro día se ha de tomar la celada antes que amanezca, do quiera que esté; que siempre se procura tomar en parte secreta, apartada de caminos, en alguna rambla ú hondo valle, en que haya agua para la gente y bestias; y allí se descansa este día con todo silencio, sin género de rumor ninguno, ni se hace fuego, porque no salga humo, teniendo todo á la redonda buena guarda de atalayas á una parte y otra del campo.

Allí en la celada se declara el Capitán General adónde va, si son aduares ó lugar poblado de moros, como muchas veces hemos ido á saquear, y allí se dan las órdenes de lo que se ha de hacer en el repartimiento de la gente y en lo demás, so pena de castigo de muerte en el que lo quebranta; y apartando los soldados que han de quedar allí en guarda del bagaxe, juntamente con los que han llegado cansados, se nombra luego asimismo un caudillo, capitán ó alférez, plático soldado, que quede por cabo y gobierno de todo: en que siem-

pre quedan en tales celadas cerca de doscientos soldados, sin los mozos del bagaxe, que serán otros ciento, los más hombres de hecho, que si es menester pelearán con los mismos soldados.

Que ordinariamente salen aun no mil cabales de á pie y de á caballo; la cual gente suelta que sale de la celada, de á pie y á caballo, solamente llevan para esta noche y día siguiente hasta volver allí, un par de libras de pan cada uno y una calabaza ó bota de vino, y otro regalo el que se le ha llevado de Orán; dexando toda la demás mochila en la celada con el bagaxe de acémilas, no llevando si(no) solamente las de munición, cuerda, pólvora y balas, con la custodia que habemos dicho.

Y partiendo de allí á una ó dos (horas) antes que el sol trasmonte, caminando en demanda de los enemigos, se camina toda la tarde, con paso largo ó corto, según dicen la espía y adalides (que) están lexos (los moros): marchando siempre en la dicha orden de un hilo largo cada bandera, á la turquesca, porque desta manera se camina más á placer y más tierra en menos tiempo, horadando todos los boscaxes y espesuras detrás de sus capitanes y banderas, según que una hebra de hilo ó de seda camina detrás de la aguxa en que está ensartada; lo que humanamente no se puede hacer marchando en orden de hileras de siete, cinco ni tres, menos en tropa á la deshilada.

Y desta manera cada uno sigue á su compañero delante de sí, sin que le pierda de vista, así la caballería como la infantería, guardando siempre esta orden; en que se tiene ordinaria cuenta y vi-

gilancia de no hacer quiebra, para ir siempre en un peso de caminar pie con pie: sobre que se guardan otras órdenes en los puestos, que llevan las compañías de infantería, y son que la de la fortaleza de Marçaelquivir lleva siempre el costado derecho de la batalla y luego las demás de Orán por su orden; llevando otra el otro costado siniestro, y las demás por de dentro, cuatro por cada parte, yendo más afuera la que le toca salir de Orán á cualquier servicio, á que acostumbran salir por su vereda. De forma que la compañía ó compañías que úlptimamente salieron de Orán al campo, esas van más adentro de la batalla, á la faz y arrimadas al bagaje.

Lo mismo caminan las escuadras en su largo hilo: la primera que le toca el campo en la vanguardia; en pos della la segunda, tercera y las demás, conforme les cabe salir al campo de Orán por leña y á otros servicios; á que asimismo se acostumbran salir escuadras de todas compañías, y en particular de las mismas suyas, siendo de guarda, extramuros de la tierra en escuchas, canteras, caleras y fuente Mayor, cabeza de la ribera. Finalmente, es de manera que la úlptima escuadra que ha hecho tal servicio va en la retaguardia de toda su compañía, en que se trabaxa más que las que van delante de vanguardia: y de la misma manera van asimismo los cabos de escuadra, repartidos en todo el largo hilo de la compañía, como los estremos de una corona, cada uno delante de su escuadra, y á la cola de la que va delante della, para ir apercibiendo de que el hilo no se quiebre, ni soldado de

otra escuadra se interpole, ni menos otras personas que no sean de la compañía, sí que cada uno vaya en el puesto que le toca y se le ordena; lo cual toca gobernar mayormente á los sargentos de las compañías, que no deben tener puesto conocido, sí andar siempre reconociendo sus compañías, para que vayan en buena orden recogidas, sin hacer rumor.

A la hora de Ave María, cuando anochece, se detiene haciendo alto toda la gente á un tiempo, hincándose de rodillas la infantería; se reza la debida oración á la Reina de los Angeles y otras devociones los que las tienen; y en acabando, antes de comenzar á caminar, da el nombre el Capitán General del Santo ó Santa que le parece, pasando la palabra de vanguardia á retaguardia de boca en boca, con grande silencio y sosiego, á un mismo tiempo por todos los hilos y escuadrón hasta la retaguardia, que toda camina igual: en que no embargante que unas compañías sean de más gente que otras, las cercenan las colas para marchar, añadiéndolas á las más cortas, haciendo la retaguardia pareja, según la frente y vanguardia en que van los capitanes y General.

Y llegada la palabra del nombre á la cuadrilla de caballos, que va recogiendo, vuelve la palabra otra vez, de cómo ha llegado, hasta llegar al General que la dió; y con esto encomendándose todos á Dios y á los santos sus devotos, prosiguen su camino en demanda de los enemigos, con todo el silencio que es dicho; en que no se siente otra cosa que el tropel de las cabalgaduras, yendo todos

callando, sin hablar palabra en muchas leguas.

Aunque se dividan y aparten las compañías unas de otras y se desmembren soldados dellas, como muchas veces sucede, por no poder más, en estrechura de pasos angostos y espesura de boscaxes, en noches oscuras, tenebrosas, secretamente se llaman é vuelven á juntar, tocando solamente los dichos cáravos de cuerno, respondiéndose unos á otros hasta que se agregan.

Yendo así caminando de noche ó de día á hacer tales presas, si se encuentran algunos moros en el camino de la derrota y viaxe que se lleva, ó apartado della, que atraviesan ó vienen, luego, en siendo descubiertos, si es que ellos nos han visto, sale nuestra caballería, para prenderlos ó matarlos; y cuando alguno se escapa, siempre queda dudosa la suerte de la presa, por el aviso que dan, tocando arma por toda la tierra, avisando á los moros de guerra que se pongan en cobro, porque los cristianos vienen allí cerca; por lo cual se vuelve muchas veces la gente en Orán sin hacer nada.

Los cuales moros que de esta manera se toman de ida y vuelta para Orán, con presa ó sin ella, le llaman *encuentro*, y dicen los Capitanes Generales que es suyo y se alzan con ello; que muchas veces suele ser más que la principal á que se sale de propósito; que cierto es, contra justicia y razón, que haga un hombre suyo lo que muchos ganan á lanzadas, con riesgo de la vida, siendo libres en la Real milicia, y no esclavos, ni sus criados.

En que muchas veces por estos encuentros de moros, que se toman ó no se toman, se suele vol-

ver la gente á Orán, de muy lejos y de cerca del enemigo: otras veces salen caballería de moros y se muestran, al tiempo que se sale de Orán ó á pocas leguas: esto es cuando son guardas de los mismos aduares de guerra á que se va, ó de otros semejantes, que viven con recato: de forma que siendo sentidos de moros que no se pueden prender ni matar, se vuelven los cristianos desde allí sin presa, cerca de Orán ó lexos, según donde les descubren: en que es de ordinario el mayor inconveniente y causa porque se vuelven, que atravesando moros de una parte á otra por los campos, hallan el rastro de los cristianos, que siempre dejan señalado por do quiera que van en cualquier tiempo, y por él siguen á los cristianos hasta la misma celada, de donde les hacen salir, dando voces y echando fuego por los montes, tocando arma.

Otras veces se vuelven por grandes pluvias de aguas, y por atafogarse con grandes calores, aunque la calor pocas veces ataja la jornada, porque no son en general (en ella) los cansados atafogados, que mandan volver para Orán, con un cabo de escuadra que les gobierna. También sucede llegar hasta el puesto de los aduares enemigos, sin contraste ni inconveniente ninguno, y no hallar nada, por haberse mudado aquella misma noche ó día antes, por sentimiento ó miedo que tuvieron de los cristianos, ó por otras causas de sus ordinarias mudanzas; en que ha sucedido hallar la ceniza caliente y fuego do tuvieron las tiendas de sus aduares; como muchas veces nos ha sucedido volver á Orán sin presa ninguna, hechos pedazos del largo

camino á pie, como la infantería de Orán campea ordinariamente por la Berbería: y cuando ningún impedimento á la jornada se antepone, llegando cerca de los enemigos, que siempre es de la media noche adelante, cerca del día, hace alto y se detiene toda la gente, sin género ninguno de rumor, y entre tanto llegan los adalides, con otros pláticos soldados, á reconocer otra vez los aduares, que llaman *tentar*, á ver si están en el mismo sitio que les dexaron, cuando les vinieron á ver con la espía, ó si hay algún mal paso para llegar á ellos, y cuántos aduares son; para que según esto llevar la gente, que es menester, para cercarles; que siendo dos ó tres se reparten dos ó tres compañías para cada uno; y siendo uno solo y grande, como muchas veces sucede, siendo de moros caballeros, le ciñen todas las compañías en dos hilos y la caballería nuestra en otro por más afuera.

Empero cuando están de guerra, con recato y puestos en armas, encadenados, como habemos dicho están algunas veces, sin temor de los cristianos, se les acomete de tropel y batallón, incorporadamente las banderas, atropellándoles del uno y del otro cabo de sus estancias y tiendas, matando é hiriendo moros y caballos, y entonces no se acomete en silencio, sino á toque de caxas y trompetas, para más atemorizarles; y cuando se ha de acometer así, con certidumbre de que es poderoso el enemigo, no se dexa celada ni se divide el exército, si que todo va junto, poco á poco, hasta que llegado para arremeter, hace alto el bagaxe, con la retaguardia de la infantería, en cuanto la vanguardia

baraja los enemigos, y allí queda el General con alguna caballería y capitanes, con las trompetas para tocar á recoxer, cuando le parece ser tiempo.

Empero no siendo aduares en esta forma armados, sí distintos y apartados unos de otros, les ciñen las compañías en un hilo largo, como van marchando, por una parte y otra de los aduares, los capitanes delante, armados, á pie con sus rodelas, y en pos dellos los alféreces con las banderas coxidas, siguiéndoles la infantería, interpoladas picas con arcabuces; y desta manera, duplicados ó sencillos los hilos, cercan los aduares con silencio, sin que nadie les toque, hasta que se juntan de la otra parte los capitanes y banderas, y la caballería por más afuera en la misma orden, para que el moro que se escapare de la infantería caiga á manos de los de á caballo.

Cuando los soldados de Orán florecían en tiempo de mi milicia en aquellas plazas, eran en esto y en lo demás diestros y puntuales, y desta forma se hacían las presas con todo el peso y sufrimiento que tenemos dicho: en que sucedió muchas veces tener los moros cercados más de dos horas con silencio, esperando el día, sin menearse nadie: es verdad que no se llevan las cuerdas encendidas, ni se encienden, hasta que se da el *Santiago:* entonces las encienden todos con brevedad, con sus aderezos que llevan, y en el fuego de los mismos moros.

En el tiempo, cuando yo salí de Orán, año de 1604, ya no había aquel sufrimiento de disciplina en la gente de guerra de aquellas plazas, que en llegando á los duares, antes que se abran los

hilos para ceñirlos, meten mano á las espadas y arremeten dando voces, por manera que los moros y moras que son de la otra parte del círculo del aduar, tienen lugar de irse antes que los cristianos lleguen por una y otra parte, y (el) corral del ganado, que está en medio de todas las tiendas, como hemos dicho.

Es cosa de ver cuando se da *Santiago* en los aduares enemigos, invocando principalmente este Santo Patrón de las Españas, y el del nombre que se lleva, porque no se maten unos á otros en la bulla de la refriega, mayormente si hace escuro, que muchas veces el centellear de las espadas y alfanges de los moros dan luz en la pendencia furiosa que se trae, á solas cuchilladas y lanzadas, mayormente si son caballeros y el aduar se ha cercado bien, que no hay por do huyan; donde no hace poco el español que va cansado del largo camino y sin dormir, que rinde á prisión ó mata al gallardo y descansado moro, con su lanza y alfange en la mano.

Donde el que lo pudiese ver todo con muchos ojos, vería, en tales ocasiones, muchas pendencias desta manera, cuerpo á cuerpo, peleando cristianos y moros, porque la arcabucería no puede servir allí; andando todo mezclado se matarían muchos cristianos unos á otros, y desta manera de armas medidas se conocen los contrarios de cerca: los soldados de punta nunca cargan de despojos ni se embarazan con ellos, sí sólo prenden esclavos, matando al que se defiende: y si algunos toman despojos de ropa y otras cosas embarazosas, si la

orden dada lo permite, lo cargan en algunas bestias que se toman ó acémilas del bagaje, si han llegado; y de otra forma no lo toman para lo llevar acuestas hasta Orán, especialmente si se siente serán menester las manos en la retirada del camino, de vuelta para Orán: porque lo que una vez se toma para llevar no se ha de dexar público, porque no se animen los enemigos á apretar con furia á los cristianos, visto que van alixando: y cuando á la retirada se siente pujanza de enemigos, que ordenan batalla para embestir, entonces se ordena el escuadrón, formado, guarnecido é interpolado de arcabuces y picas, cuadrado ó de terreno, con su volante allí cerca y mangas de mosquetería y arcabucería, para ir rociando y desviando al enemigo, turco ó moro, si se llega, como muchas veces nos ha sucedido y en esta historia se verá; lleva el centro del escuadrón su fondo y plaza de armas, en que marcha el bagaxe y la presa, si se ha hecho: y desta manera, con firmeza cada uno en su puesto, se marcha la vía de Orán, poco á poco, peleando, si no es que la pujanza y desverguenza del enemigo es demasiada, que necesita esperar para embestirle, como ha sucedido muchas veces, siendo forzoso hacer *diente de anguila*, como dicen, dándoles una estampida, escurrevanda, para que se alarguen y nos dexen caminar.

Cuando se hace cerca de Orán la presa, á siete ú ocho leguas de aquella plaza, y no se siente fuerzas de enemigos que vengan picando la retaguardia, se trae todo el ganado, grande y menor, para que los soldados hagan carne y lleven á sus

casas, muerta y viva, y la demás se vende para aumentar sus partes y ventajas.

Y cuando la presa así se acierta, cerca ó lejos de Orán, y el moro espía que la ha vendido, siente que los demás tienen noticia dello, no osa quedar entre ellos, y se viene á Orán con los cristianos, donde le dan libres á su muger é hijos y demás familia que tiene, según lo sacan todos en condición cuando venden la presa: y al truxamán della le dan asimismo lo que se concertaron, por cada cabeza de prisionero tantas doblas. Este tal moro espía se queda en Orán, donde se le da plaza de sueldo sencilla; do hay destos, por lo menos de ordinario, media docena de moros, con nombre de *almogatazes*, que en su lengua significa traidores. A éstos si les coxen los demás moros de guerra les hacen pedazos, porque siempre sirven de espías por el Reyno y por su medio se hacen muchas presas, como es dicho.

También sucede en esto arrepentirse muchas veces las espías, después de haber sacado á los cristianos de Orán, haciéndoles andar devaneando, fingiendo que no aciertan y desatinan la tierra, y poniendo otros achaques y escusas para que la presa no se haga: á los cuales les suelen los Capitanes Generales de Orán dar el pago de las burlas, matándolos á arcabuzazos en campaña, atados á algún árbol, antes de volver á Orán, como sucedió en tiempo del Maestre de Montesa y del Duque de Cardona en aquel Reyno, de que yo soy testigo, en tiempo de mi milicia en él.

Lo mismo ha sucedido algunas veces haber trai-

cionado, siendo la espía doble, vendiendo á los cristianos, siendo enviado de los mismos moros de guerra, y tener entre tanto apercibidas grandes celadas de caballería y peonaje de morisma, por de fuera, apartado de los aduares, para en llegando los cristianos cercarles y acometerles á un tiempo por las espaldas: y han desta manera armado trampas, con zanjas con cavas junto á las tiendas de sus aduares, tapando las zanjas por encima, para que tropiecen y caigan los cristianos al tiempo de la arremetida, para alancearles allí más á su salvo.

Cuya traición y manera de armatoste sucedió especialmente una vez en tiempo del Conde Don Martín, que después murió sobre Mostagán, como me certificaron los mismos adalides de Orán que reconocieron, yendo á tentar los mismos aduares, para hacer la presa en ellos, que fué por el mes de Noviembre del año 1549. Después desto se ordenó otra semejante en tiempo del Marqués Don Martín de Córdoba, hijo del mismo Conde Don Martín, año de 1577, tiempo de mi milicia en aquellas plazas, en que quiso Dios librarnos, volviéndonos á ellas, sin llegar á los aduares, viéndolos puestos en arma con estraordinarias formas, altas las tiendas, con grande fuego en cada una: en que supimos después en Orán por cosa cierta nos tenía vendido el moro, espía doble, por media dobla cada soldado de infantería y una el de á caballo: mas no permitió Dios tuviese efecto su pésima intención, y aunque aquella noche se nos escapó la espía, mañosamente con buenas palabras,

so color de que habían sido sentidos nuestros caballos, y que en otra ocasión haríamos la presa más en salvo y de lleno, disimulando desta manera la manganilla que tenía ordenada con doble trato, se alargó; mas no faltó después modo al prudentísimo D. Martín de Córdoba como le hubiese á las manos, sabiendo la traición, y nos lo entregó á la infantería de Orán para que lo arcabuceásemos, como lo arcabuceamos, enfrente de la ciudad, junto á la *Torre Gorda*, sobre las caleras, do le arrimamos á un palo hincado en tierra y le acribillamos á arcabuzazos, por el mes de Enero del año 1579, viniendo mi compañía del campo.

Muchas veces sucede, asimismo, en tales retiradas de jornadas lexos de Orán, con presas y sin ellas, salir los turcos de Tremecén, Mostagán y torre de Maxcara de Bent Arax, á pelear con los soldados de Orán, picando por la retaguardia y un costado y otro del escuadrón, haciendo daño, con heridas y muertes de algunos soldados. Empero como los cristianos ven esto, siendo la jornada hasta Orán muy larga, se ponen luego en orden para acometerles, dándoles una estampida á punta de pica y espada, de que los turcos temen y se rehusan siempre de venir á las manos con los soldados de Orán de esta manera en campaña rasa, como la experiencia les ha mostrado este valor de aquellas plazas, en las veces que con ellas se han enfrentado.

Es mayormente en tiempo de verano y en fin de la cosecha del pan, cuando los turcos se hallan en tales ocasiones en campaña, en que andan cobrando las garramas y tributos de los moros. Hanse

hallado desta manera con ellos muchas veces los soldados de Orán: la una vez en el tiempo del gobierno en aquellas plazas de D. Felipe de Borja, como en esta historia se verá, y después dél otras tres ó cuatro veces, en tiempo del Marqués Don Martín de Córdoba y de su sobrino Don Francisco de Córdoba, Conde de Alcaudete, de que (de) todas soy testigo de vista, por hallarme en tales y otras ocasiones de su tiempo.

También se hacen presas de cabalgadas en los moros, en sola una noche de jornada, en algunos aduares que son de guerra, que se llegan á Orán al revuelo de los que son de paces y tienen seguros de los cristianos, y en otros que se les acaba (la comida?) y no les vienen á refrescar; y entre éstos se suelen captivar algunos otros moros de paces, que están revueltos y aparentados con los de guerra, y teniéndose por seguros, pensando que todos son de paces, no se recatan de (los de) guerra; donde también se captivan á otros que aciertan á ser huéspedes aquella noche en que se hace la presa; á los cuales que así captivan se les da libertad con sus haciendas, averiguando su seguro y paces con Orán.

Otras veces, por error de la espía y de los adalides cristianos no acertar se yerran los aduares de guerra y se hace totalmente la presa en los de paz, ó porque la espía se engañó ó los moros de guerra se mudaron, trocando el puesto, como muchas veces ha sucedido ponerse aduares de paces en el mismo sitio que dexan otros de guerra, y de esta manera errar el tiro de la jornada los cristianos, y serles forzoso soltar la presa en el camino ó en lle-

gando á Orán, como sucedió al Maestre de Montesa y á otros sus antecesores y sucesores en el gobierno de aquellas plazas y Reyno. En que también se hacen presas públicas de día, aguardando á los moros en pasos, con celadas, tomando á ellos y á sus recuas, que llevan de *cafilas* de bastimentos y mercancías de Tremecén á Mostagán y á otras partes; y lo mismo armando emboscadas á caballería de moros de guerra enemigos, cuando se sabe que andan corriendo la tierra, reconociendo las entradas y salidas de Orán, atajando las provisiones y bastimentos que traen los demás moros amigos de paces, y lo mismo si andan reconociendo si salen los cristianos á hacer presas, como de esta manera andan siempre muchos, haciendo tales daños; en las cuales celadas y alcances suelen haber bravas lanzadas, con muertes y heridas de ambas partes, y lo mismo con los que vienen á correr á vista de Orán; en que, tocando arma, sale toda la gente de á pie y de á caballo á darles alcance y echarles de la tierra, con muertes, heridas y captiverio de algunos dellos, lo mismo de los cristianos.

Lo mismo en el mar y costa de aquel Reyno se han tomado algunos baxeles de moros y turcos, en las calas y abrigos, con furia de arcabucería de tierra, hasta rendirles, y no haber quien tome los remos; otras veces cogiendo á los moros y turcos de improviso, descuidados en tierra, fuera de sus baxeles. Por lo cual tienen siempre los cosarios de Argel y su costa grandísimo temor de acostar á las marinas cercanas de Orán, á siete y ocho leguas por Levante y Poniente de aquellas plazas, desde

Arceo á Cabo Figal; en cuyo término muchas veces les habemos castigado bravamente arrimándose á aquella costa.

Cuando se trae presa de moros, caminando para Orán, haciendo alto de noche, que siempre, si se hizo lexos, se duerme una en el camino; donde si es invierno, tiempo de frío, en que mayormente se hacen las cabalgadas, por ser más largas las noches, se arriman los soldados á algún bosque de leña, donde hacen cada escuadra un grande fuego para calentarse y asar carne si la traen; porque el viaxe de la vuelta no es con silencio, como á la ida á hacer la presa: en que las más veces tienen á cargo y ponen en cobro cada soldado los prisioneros que trae y ha captivado; otras veces por aquella noche los juntan todos, como en una parva de mies, recogidos en medio de la estancia, á cargo de una compañía de infantería, que los tienen en guarda con grande vigilancia hasta que amanece, que cada soldado va á tomar el suyo, para marchar para Orán, donde siempre entran en este mismo día. Y antes de entrar en ella, habiendo certificación que la presa es de guerra, se detiene y hace alto el exército; en que se toma muestra y reseña de toda la gente que salió á la jornada, hasta los bagaxeros mozos de las acémilas, de que ya se sabe el número que fué, por la cuenta que se tuvo al salir por las puertas de Orán, que siempre son hasta mil personas las que van, á lo más largo de cuenta por todos; y allí asientan en un libro los nombres de los soldados que traen esclavos, y cuántos cada uno. En cuyas jornadas

acontece muchas veces traer un soldado cuatro y cinco moros; y aun yo he visto entre dos, que iban á la parte, juntos de conformidad, captivar y traer doce esclavos presos en una ocasión de jornada: donde el que pasa por su pie en la muestra, se le paga después la presa á veinte reales, sólo de la toma, y diez reales por el pequeño, que no puede andar: lo cual se paga á cada soldado demás de sus partes y ventajas, si las merecen sus servicios de atrás desta jornada y en ella.

Allí se reconoce la enteración de los prisioneros que se traen, por lista escripta dellos, donde cada soldado alarga el que trae, porque todos se juntan para entrar en la ciudad en una tropa, á cargo de una compañía.

También se toma allí muestra de todas las acémilas, mulas y machos de carga que fueron á la jornada, y lo mismo de las que en ella se han tomado de silla y albarda, y se cuenta el ganado vacuno que hasta allí ha llegado vivo si se trae; porque de aquella hora en adelante no se puede matar carne ninguna della; la cual salen á pastar después los días adelante, y la guardan en el campo una escuadra de soldados de infantería y otra de caballos. En cuanto[1] se pesa en las carnicerías ó se vende á los moros, que muchas veces las rescatan, especialmente si son camellos ó ganado menudo, cabras y ovejas, de que algunas veces dan trigo y cebada en trueque y cambio deste ganado; empero lo vacuno nunca se les da ni admite rescate.

No se les quitan en Orán á los soldados de in-

(1) En seguida.

fantería ni de á caballo despojos ningunos que tomen y traigan, de oro, ni plata, ni otras joyas, aunque más sean y las manifiesten en público, cuando se hace muestra; en cuyas ocasiones de jornadas de presas se ha ofrecido algunas veces hallarse algunos soldados gran cantidad de moneda, doblas y zequíes meticales, y de otras varias formas de oro y plata labrado, hasta tres y cuatro mil ducados, y no quitárselos; sí sólo mandarles dar algunas limosnas á su voluntad. Es verdad que los soldados, si sienten que han menester las manos á la retirada, no se carga ninguno de ropa, por no dexarla en el camino, para pelear con los moros; sólo se suele echar alguna sobre las bestias acémilas que se llevan y demás que en la presa se toman, y otra que traen los esclavos á cuestas.

Nómbranse asimismo allí, antes de entrar en la ciudad, cuatro sobrestantes ó *cuadrilleros* que llaman, que son como veedores y mayordomos de la presa, para que tengan cuenta con ella y la beneficien, en nombre de toda la gente de guerra que la fué á hacer: son estos cuatro cuadrilleros ordinariamente capitanes, á quien por el trabajo se les dan ciertas sobreventajas demás de las que les tocan de ordinario con sus partes, para lo cual no eligen siempre unos, sí variando por todos.

Hechas estas diligencias, con intervención de uno de los oficiales del sueldo, veedor ó contador de aquellas plazas, se entran en la ciudad, donde se les hacen grandes salvas de artillería de las fuerzas; salen á recibir al Capitán General los frailes y perlados de los Conventos de Orán, Santo Do-

mingo y de San Francisco y la Merced, por cuyas puertas pasan de ordinario las presas y la infantería que las llevan; lo mismo por la Iglesia Mayor, matriz de aquellas plazas, de la advocación de Santa María de la Victoria; y lo mismo si es de día pasa la presa de los esclavos por el cimenterio y puerta del Hospital; y pasando por las demás calles principales de la ciudad, los suben á la Alcazaba, donde les entran en una grande casa fuerte que allí está, nombrada el *Baño*, hecha á posta para esto; y dexando allí á los sanos, traen los heridos y enfermos al hospital para beneficiarlos.

Fué muchos años costumbre en Orán, estando aquellas plazas y Reynos á cargo de los Marqueses de Comares y Condes de Alcaudete, quedarse con todas las presas que se hacían en los enemigos, por tierra y mar, dando solamente á cada soldado de á pie y de á caballo á razón de tres ó cuatro reales cada día, por el trabaxo en que se ocupan en la jornada, como á manera de jornal. Esto duró muchos años en aquellas plazas, desde que se ganó Marçaelquivir, año de 1506, hasta el de 1565, en que la Magestad del Rey Felipe Segundo, por aviso de Hernando Tello de Guzmán, natural de Arévalo en Castilla la Vieja, á quien en el dicho año envió por Visitador de aquellas plazas, dió orden como se hiciesen los repartimientos y distribución de las presas y cabalgadas, como todo se verá cumplidamente en el capítulo 7.° desta Primera Parte, por ser como es allí su propio lugar y tiempo en que se hicieron éstas y otras ordenanzas en beneficio de aquellas plazas.

CAPÍTULO SEXTO.

De los Capitanes Generales y Gobernadores que hubo en Marçaelquivir y Orán desde su presa hasta el año 1558, *con la relación de lo que en tiempo de cada uno sucedió de guerra en el Reyno.*

Ya habemos dicho cómo el Cardenal dexó por Capitán General de Orán á D. Diego Fernández de Córdoba, Alcaide de los Donceles y primer Marqués de Comares, que con orden del quinto Rey D. Fernando había ganado el puerto de mar y fuerza de Marçaelquivir tres años antes de la presa de Orán: la cual ciudad se ganó por su industria y medio, como en su lugar se ha visto.

Estuvo el dicho Marqués en el cargo de aquellas plazas y Reynos de Tremecén y Ténez, hasta el año de 1512, en que fué provehido por Virrey de Navarra: yéndolo á recibir dexó por su lugarteniente, en el cargo de Orán, á Martín de Argote, su deudo y teniente, que asimismo (lo) había sido suyo en Marçaelquivir, siendo Orán de moros; el que diximos captivó en la rota que este Marqués tuvo junto á Orán, en el año de 1507, y estando en aquella ciudad esclavo de los alcaides de sus puertas, ordenó el trato della que es dicho ya: pocos días después de hecho, fué llevado á la ciudad de

Tremecén, antes que Orán se ganase; y siendo ganada, en las paces que el Rey moro de Tremecén hizo, hubo libertad este caballero, deudo del Marqués, y como tal le dexó en su lugar en Africa. De forma que á una misma sazón y tiempo de años tenía á cargo de Visorrey y Capitán General dos famosos Reynos, el de Tremecén y Navarra, hasta el año 1517, como luego veremos.

Entre tanto que el Marqués de Comares estuvo en Pamplona por Visorrey de Navarra, ausente de Orán, sucedió, como ya vimos, que los famosos cosarios dos hermanos, nombrados Horux y Hariadín Barbas Roxas, habiendo acaudalado fuerzas, robando muchos baxeles por el Mar Mediterráneo, con que se atrevieron á poner sitio á Bugía, estando dentro, por alcaide y capitán, Mosén Carrós, caballero valenciano. Por lo cual el Rey Don Fernando, en este mismo año que fué de 1514, con parecer de su Consejo pleno de Estado y Guerra, mandó poner cobro en las plazas de Orán y Marçaelquivir, donde se perfecionaron y fortalecieron sus murallas y se fabricó de nuevo á toda prisa, dentro deste dicho año, el castillo que dicen *Arazelcazar*, que diximos está arrimado á la ciudad, y otra torre, que dicen de los *Santos*, sobre el valle y canal, en que están las huertas.

Y lo mismo en este mismo año y ocasión se hizo el repartimiento de las haciendas de la ciudad entre los españoles que habían ido á su conquista y quedado en su primera guarda; cuyo repartimiento había cinco años estaba por hacer de casas, molinos y huertas y demás cosas de los tér-

minos del campo, para sembrar y coxer pan y poner viñas, hasta dos y tres leguas de Orán, Maçarquivir y Canastel.

Proveyóse asimismo la ciudad de Oficios públicos Reales, Regidores, Escribanos; con que juntamente los Serenísimos Reyes Fernando y Doña Juana, su hija, dieron muchos privilegios y franquezas á aquellas plazas, de que hoy gozan y guardan en sus archivos; de que todo tenemos copia para la general Historia de aquellas plazas y Reynos.

Después desto los dichos dos hermanos cosarios turcos, habiendo ya tomado la ciudad de Argel y un castillo de cristianos que allí estaba, en el año de 1515, en que luego en el siguiente de 1516 fué sobre aquella ciudad un capitán nombrado Diego de Vera, con una armada de España, de que los dos caudillos turcos se defendieron valerosamente, donde con estas vitorias y ánimo que tomaron, en el año 1517 se apoderaron asimismo industriosamente de las provincias y alcaidías Ténez, Alcalá de Bent Arax y famosa ciudad de Tremecén, finalmente de todo su Reyno; cuyos Reyes y demás alcaides caudillos dellas, como vasallos que eran de la Corona de España, se vinieron todos á Orán, á pedir favor para cobrar sus señoríos. Al cual acudió, por Real orden y á toda prisa, el dicho Marqués de Comares, como Capitán General de aquellas plazas y Reynos, llevando para ello mucha gente de guerra extraordinaria y todo lo demás necesario, con que pasó á Orán en fin del año 1517: donde, con ayuda de los moros amigos del

Reyno, vasallos de España, echó primeramente á los turcos de Alcalá de Bent Arax y Ténez, en la primavera del año 1518. Y estando en las cosas desta guerra falleció el buen Marqués de Comares en la Alcazaba de Orán, por el mes de Mayo del mismo año: en que le sucedió en el estado y asimismo en el cargo de Capitán General de Orán y su Reyno su hijo Don Luis Fernández de Córdoba, que fué segundo Marqués de Comares, y se hallaba á la sazón con su padre en Orán; el cual acabó la guerra comenzada con los turcos, echándoles asimismo de la ciudad de Tremecén, con la muerte de todos ellos y de su caudillo Horux Barbaroxa, que en la guarda de Argel había dexado al otro su hermano nombrado Hariadín Barbaroxa, que después fué gran baxá de la armada del turco.

Acabados que fueron de echar los turcos de la ciudad de Tremecén y sus alcaidías cercanas de Orán, la armada que á esto había ido de España fué en este mismo año sobre Argel, para acabar de desarraigar de allí á los turcos: la cual jornada llevó á cargo un capitán nombrado Don Hugo de Moncada, de los Reynos de Aragón, sobre que habiéndose capitulado y concertado en Orán con los moros del Reyno, especialmente los de las provincias de Ténez y Argel, le vernían todos á esperar por tierra, los cuales no cumplieron su palabra; do juntamente con esto, por ser ya tarde, á boca de invierno, hizo gran tormenta en la mar que desbarató la armada en la bahía de Argel; por donde Don Hugo no pudo hacer nada, y se volvió con grande pérdida de gente y navíos, dexando á

los turcos de aquella ladronera vitoriosos y triunfantes, con muchos despojos de cristianos.

Año de 1520 el Marqués de Comares pasó de Orán en España, dexando en su lugar en aquellas plazas y Reynos á un caballero nombrado Luis de Cárdenas, natural de Córdoba, á cuya ciudad acudió el Marqués, porque no se levantase en voz de las Comunidades; y tomando para ello la vara de Alguacil mayor, en cuanto las alteraciones duraron en España, tuvo prudentísimamente el freno á aquella noble república y contorno della, hasta que el Emperador Don Carlos vino en España; de donde volviendo el Marqués de Comares en Orán, con la Marquesa su mujer, hija del Conde de Cabra, la cual, en el siguiente año de 1524, parió en Orán un hijo nombrado, como su abuelo, Don Diego Fernández de Córdoba, que fué tercero Marqués de Comares, y asimismo después fué dos veces Capitán General de Orán, la última siendo Duque de Cardona en Cataluña, por su mujer la Duquesa propietaria de aquel antiguo Señorío, como en su lugar en fin desta Historia se verá.

Año de 1528, sin haber sucedido otras cosas memorables en aquel Reyno hasta ahora, por ser todo él y sus caudillos vasallos tributarios de la Corona de España, pasó á ella desde Orán el Marqués de Comares, dexando en su lugar por teniente á Pedro de Godoy, natural de Córdoba, el cual gobernó aquellas plazas y Reyno á beneplácito de su milicia y república, en ausencia del dicho Marqués, hasta el año de 1534. En cuyo tiempo sucedió en la costa de aquel Reyno, que en el año 1531

Don Alvaro Bazán el viejo, siendo Capitán General de las galeras de España, ganó de los moros la villa de One en las marinas de la ciudad de Tremecén, veinte leguas á Poniente de Orán, y en el siguiente año de 1532 el Príncipe Andrea Doria, con su escuadra de galeras de Génova, por mandado del Emperador Carlos Quinto, llegó de improviso y saqueó la villa de Sargel; donde asimismo quemó las galeras y galeotas que allí estaban, aunque con daño propio, porque perdió muchos soldados en el saco de la tierra, por no ser diestros en ella.

También sucedió dentro de este tiempo, que saliendo los soldados de la frontera y plaza de Bugía á hacer una presa en los moros Azuagos de aquella sierra, siendo capitán el Alcaide Per Afán de Rivera, les armaron los moros celada, en que mataron á todos los cristianos que del presidio de Bugía salieron; de la cual rota se escapó á uña de caballo el mismo su capitán, con solos dos ginetes de caballo que le pudieron seguir.

En el año de 1534, hallándose en España el Marqués de Comares, pidió en la corte, que estaba en Segovia, donde hizo súplica en dexación del cargo de la tenencia de Orán y su Reyno, por largos inconvenientes que para ello representó, por lo cual fué provehido en su lugar D. Martín de Córdova, Conde de Alcaudete, Señor de la Casa de Montemayor en el Andalucía, que era su cuñado del dicho Marqués de Comares, casado con su hermana, y al Conde se le dió el mismo cargo y título de Capitán General de Orán y su Reyno y moros amigos dél, según lo habían tenido los di-

chos Marqueses de Comares, su suegro y cuñado; en cuya provisión se le concedió merced de que pudiese dejar en sus ausencias de Orán á cualquiera de sus hijos, Don Alonso, Don Francisco y Don Martín, porque otro que tenía, llamado Don Diego, era de la Iglesia, que fué Obispo de Calahorra, en Navarra.

Diósele asimismo al Conde Don Martín por orden, en un capítulo de la provisión, que embarcándose en Málaga en las galeras de España, fuese de camino por la villa nueva presidio de One, en las marinas de la ciudad de Tremecén, y la desmantelase, por ser plaza impertinente y sin provecho, y que llevase á Orán la gente, artillería, municiones, bastimentos y todo lo demás que allí había. Allegado que fué el Conde Don Martín á Málaga, cayó enfermo en aquella ciudad, de que estuvo á punto de muerte; por lo cual, en su lugar y nombre, pasó á Orán á recibir el dicho cargo su mayor hijo Don Alonso de Córdova, el cual, embarcándose en las galeras de España, que eran á cargo de Don Álvaro de Bazán, el que había ganado la dicha fuerza de One, y pasando por allí de camino la desmantelaron, poniendo en todo cumplida execución en el Real mandato, llevaron á Orán las cosas que allí estaban; sólo la artillería no quiso dar ni dexar en Orán el Don Álvaro de Bazán, diciendo que era de su cargo y galeras de que la había sacado, para dexarla allí, cuando ganó de los moros aquel lugar tres años había; sobre que hubo muchas pesadumbres en demandas y respuestas en Orán entre los dichos dos caballeros, que

son largas para referir en esta historia, en que se reservan para la general de aquellas plazas y Reynos que pensamos sacar á luz.

Año de 1535, habiendo sanado el Conde Don Martín de su enfermedad en Alcaudete, á donde había ido á se beneficiar desde Málaga, vuelto á aquella ciudad se embarcó para Orán en el dicho año, como por orden tenía; do llegado que fué á aquellas plazas, halló en ellas al Rey de Tremecén, nombrado *Muley Abdilá*, que había más de un año estaba esperando favor de España para cobrar su señorío, que un tío suyo, nombrado *Muley Hamet*, le tenía usurpado. Por lo cual el Conde envió en su favor setecientos soldados viejos, diestros en las armas, que la mitad dellos eran de los que en el año antes habían salido de la plaza de One, y los demás eran escogidos de los de Orán y Marçaelquivir: los cuales todos fueron á cargo en esta jornada de un capitán nombrado Alonso de Angulo, que era Alcaide del castillo de Alcaudete, tierra de dicho Conde: el cual, por su mal gobierno y poca prudencia y grande arrogancia, se perdieron todos, y él con ellos, en una batalla muy porfiada y bien reñida de ambas partes, que tuvieron con los moros, y gran mortandad dellos á tres leguas de antes de llegar á la ciudad de Tremecén, junto al río Izer, á diez y seis leguas de Orán, entre las ruínas de unos edificios antiguos que allí están, que nombran *Tibda*.

Desta manera entró el Conde Don Martín en Orán con mal pie; donde en más tiempo de veinte y cuatro años que tuvo la dicha tenencia y cargo

de aquellas plazas y Reyno, jamás nunca acertó, ni hizo en ellos cosa próspera, sin daño propio, hasta que últimamente acabó sus días con un grueso exército de gente de guerra en la conquista de Mostagán, como en su lugar veremos.

Año de 1541 fué el Emperador Carlos Quinto en persona, con caudalosa armada, sobre Argel: mas no permitió Dios que espugnase aquella ladronera, sí que se conserve y sirva de azote del pueblo cristiano; cuya imperial armada padeció grande naufragio de tormenta, por ir, como fué, fuera de sazón y tiempo, á boca de invierno, á aquella jornada que se debía hacer en verano.

Año de 1542 amanecieron grande cantidad de turcos junto á la fuerza de Marçaelquivir, en lo alto de una montaña, que tiene por padrasto de la parte de Poniente, donde diximos en su descripción se plantó, veinte años después desto, una nueva fuerza, que se nombró San Salvador, que estando á media defensa la ocupó el turco, año de 1563, como en su tiempo veremos.

Vinieron allí aquellos turcos desde Argel por la mar, con desinio de ocupar aquella fuerza y puerto de Marçaelquivir repentinamente de improviso, por industria y parecer que les dió en Argel un renegado, que había sido muchos años soldado de aquella fuerza é ídose della al enemigo, con esta mala intención duplicada en traición.

Empero no les sucedió como pensaban, porque fueron descubiertos con tiempo, permitiendo Dios que no supiesen tomar el puesto de la celada para su disinio, como el renegado les dixo habían de

hacer cuando saltaron en tierra; do no se atrevieron á llevarle por el mismo temor de espía doble que podría ser con algún trato con los cristianos. Y ansí saltando en tierra, sin esta espía, se pusieron en parte que fueron descubiertos y acometidos de cincuenta soldados de Marçaelquivir, una mañana, por el mes de Julio deste año, donde pasaron los más de ellos á punta de pica y espada, y los que escaparon de sus manos se despeñaron y ahogaron en el mar, por embarcarse en las galeotas en que habían venido de Argel.

Año de 1543 fué el Conde Don Martín de Córdoba, Señor de Montemayor de Andalucía, con grande exército por tierra, en favor del Rey de Tremecén, para ponerle en el señorío de aquella ciudad y jurisdicción della, de que le había sacado un deudo suyo. Llegó el Conde á Tremecén, y después de haber tenido muchas escaramuzas en el camino con los moros, y mal tiempo de muchas aguas, que les llovió, por ser, como era, la jornada en Febrero de dicho año; y después de haber saqueado la ciudad, estuvieron los cristianos dentro della cerca de un mes, por el mal tiempo que hacía para salir y volver á Orán: y estando allí se perdieron cerca de dos mil soldados por mala orden en el campo, donde les mataron los moros en diferentes salidas que hicieron de la ciudad, en que buscando ganancia de despojos, buscaron la muerte, como siempre sucede, en semejantes tiempos y ocasiones, donde se desordenan soldados en tierra del enemigo.

Dexando, pues, el Conde en la ciudad de Tre-

mecén á su Rey moro por señor y caudillo della y vasallo de la Corona de España, como de antes lo había sido, se volvió para Orán; donde haciendo reseña y muestra de la gente que había llevado á la jornada, halló que faltaban dos mil y trescientos y tantos soldados, y mozos dellos, mochileros y bagaxeros; y con los que traía comenzó luego á dar orden para ir este verano sobre Mostagán, que dista catorce leguas por Levante de Orán, en la misma costa del mar, á poca distancia della; y reformando para hacer la jornada la mayor parte de las compañías del exército, dexando en Orán la gente herida y enferma y demás inútil, partió para Mostagán con el resto. Mas no le sucedió esta jornada como pensaba, á causa de que habiendo escarmentado los moros de aquel lugar y sus términos, como dicen, en cabeza agena, pusiéronse todos con valor á la defensa en el camino, á media jornada antes de llegar á Mostagán, que no dieron lugar á los cristianos de llegar desta vez á reconocer sus murallas; donde, sin hacer ningún efecto la jornada, se volvió el Conde para Orán, con más pérdida que ganancia.

Año de 1546, el mismo Conde de Alcaudete, con la gente de guerra más diestra y plática de Orán y otra mucha bisoña, que con orden de nuevo se levantó en España, fué á poner en el señorío de la ciudad de Tremecén á otro su Rey, nombrado Almanzor bent Bogani, que en los años antes había sido competidor enemigo de los Reyes pasados de aquel Reyno, vasallos de España, especialmente siendo en ayuda de su tío Muley Hamet, en el año

1535, en que rompieron los cristianos en Tibda, como queda visto: y porque ahora los turcos le habían escluído del Reyno, para cobrarle, se hubo de favorecer del Rey de España, por medio del Conde Don Martín, Capitán General de Orán, con promesa y obligación de ser siempre vasallo de la Corona de España, según lo habían sido sus antecesores, después que se ganó la ciudad de Orán; de donde salió el Conde á esta jornada en favor del dicho Rey moro, y antes de allegar á la ciudad de Tremecén supo cómo los turcos habían salido della huyendo la vía de Argel.

Por esta causa no tuvo necesidad el Conde de llegar á Tremecén con Almanzor, porque él solo con los moros de su banda, deudos, amigos y vasallos suyos, se ofreció á acabar desde allí la jornada que de su parte se hacía; y despidiéndose del Conde, á diez leguas de Orán y nueve de la ciudad de Tremecén, se entró en ella, donde fué bien recibido: y el Conde Don Martín, hallándose en campaña fuera de Orán, con bastante exército y á tiempo y ocasión suficiente, determinó ir desde allí sobre Mostagán segunda vez, para lo cual envió á su hijo Don Martín á Orán por la artillería que era menester; y siendo llegada do la esperó el Conde en las riberas del río Zique, cerca de los campos que dicen de Habra, á ocho ó nueve leguas de Orán, caminó de allí para Mostagán, á la cual puso sitio que duró algunos días, y al fin dellos, viendo que no hacía nada y el invierno se iba llegando, la dexó por esta vez y levantó el sitio, sin hacer efecto su jornada, se volvió para Orán, con

pérdida de mucha gente que llevó y le mató el enemigo en los asaltos de la villa y en la retirada camino de Orán; en que los moros no cesaron de venir, picando á los cristianos por todas partes, hasta que llegaron á los puertos de Arzeo, en medio de la distancia entre Orán y Mostagán, do están las ruínas de aquella antigua y gran ciudad, que se llamó *Arzina* ó *Arzenaria*, de quien tomaron aquellos puertos de mar nombre Arzeo, como de todo trataremos más largamente en la general Historia de aquel Reyno.

Año de 1548 volvieron á ocupar los turcos la ciudad de Tremecén, y en el de 49 salió una pequeña *mahala* de turcos de aquella ciudad, con parecer de un renegadillo atambor, que se había ido de Orán; con que vino el mismo por adalid para armar una celada junto á Orán, debaxo de su artillería, á las espaldas del castillo nombrado Arazelcazar; donde se metieron de noche secretamente en una ramblilla que dicen *las Fontezuelas*, para que en subiendo y llegando á descubrir otro día por la mañana los cristianos, soldados del dicho castillo, como entonces y ahora se acostumbra descubrir cada mañana todas las ramblas y ámbitos del dicho castillo y los demás extramuros de la ciudad de Orán, antes que nadie salga della, se ataja y reconoce siempre cada día por la mañana todo; y habiéndose emboscado en la dicha ramblilla los turcos, donde luego que por la mañana llegaron los soldados, sin saber nada, les salieron de improviso, do mataron algunos, y dando alcance á los demás los siguieron hasta las puertas del

mismo castillo do habían salido; adonde mayormente llegaron algunos moros de á caballo que habían venido en compañía de los turcos; y arrimándose un moro de á caballo al pie de la muralla del castillo de la parte de la mar, entretanto que los cristianos entraban por la otra parte en la fuerza, se paró embebecido á mirar la ciudad que desde allí se descubre toda frontero; donde una mujer de un soldado, viendo la ocasión, derribó una almena con una palanca ó espeque de una pieza de artillería, con que mató al moro, haciéndole pedazos á él y á su caballo, allí do estaba, que no se meneó un paso atrás ni delante.

En la entrada del año 1550, el Conde Don Martín dexó en el gobierno de Orán y su Reyno á Don Martín, su hijo menor, como otras veces le había dexado, y ansimismo á los demás sus hermanos Don Alonso y Don Francisco, fué el Conde en Alemania, á la Corte do estaba el Emperador Carlos Quinto, Rey de las Españas, y fué á pedirle las galeras de España, para que las mandase dar, á cargo de uno de los dichos sus tres hijos, con obligación y promesa que hizo el dicho Conde de las sustentar, con muy menos costa de la que hacían al Real Patrimonio de España, y emplearlas mejor en su servicio y utilidad de los Reynos: y con esto se las concedió el Emperador; mas no tuvo efecto la provisión, porque se la contrastó en España el Príncipe Don Felipe, que fué segundo deste nombre Rey de España; el cual mandó que no se las quitasen á Don Bernardino de Mendoza, que en aquel tiempo las tenía á cargo.

Estuvo desta vez más de cuatro años el Conde Don Martín ausente de Orán, en que suplió Don Martín, su hijo, y pasaron en aquellas plazas y Reynos muchas cosas dignas de memoria, de muchas buenas presas de cabalgadas, que hizo en los moros enemigos.

Y en este mismo año de 1550, los hijos de los Xarifes, Reyes de Fez y Marruecos, vinieron con gran exército de caballería, de su tierra y devoción, á correr la tierra de Tremecén; do atravesaron por medio de su primera provincia y la de Orán, y llegaron hasta la villa de Mostagán; y dando vuelta desde allí, para volver á Fez, dieron vista á Orán y Marçaelquivir, sin hacer molestia ninguna en sus términos ni heredades, ni á los moros de paces, amigos de aquellas plazas; y se llevaron desta vez los dichos moros Xarifes al Reyno de Fez aquella famosa parcialidad de moros, que nombraban los *Galanes de Meliona*, que su propio nombre en arábigo es *Mediona* ó *Meniona*, en la provincia de Orán, de adonde son naturales.

Por el mes de Mayo de 1552 viniendo de Argel un caudillo turco para la ciudad de Tremecén, acompañado con otros turcos y moros, quisieron, pasando de camino, dar vista y reconocer la ciudad de Orán y sus fuerzas; de adonde le salió el dicho Don Martín de Córdoba, y dándole alcance al dicho caudillo turco, le prendió y trajo á Orán captivo, con algunas otras personas de moros y turcos, y al cabo de pocos días le soltó y dió libertad, fiando de su palabra el concierto y coste del rescate en que se concertaron.

En el mismo mes y año de 52 mataron los moros azuagos de las Sierras de Bugía al alcaide y Capitán General de aquella fuerza Don Luis Carrillo de Peralta. Matáronle con otros muchos soldados en una celada que les armaron, saliendo por yerba para los caballos: en que nos certificaron muchas personas fidedignas que en la misma refriega se hallaron, que lo hizo en ella maravillosamente de bien Don Alonso Carrillo de Peralta, su hijo, que allí se halló, y le sucedió en aquella tenencia que después perdió.

Año de 1554 pasó cerca de Orán Sahl Arráez, Gobernador de Argel, con un grande campo de turcos, para poner en el Señorío del Reyno de Fez á un su caudillo, nombrado Muley Buhazón; y pasando de camino por la ciudad de Tremecén, mandó ahorcar al alcaide turco que allí estaba, porque había llegado á Orán á ser preso y esclavo de los cristianos, y enviado á Don Martín parte del rescate.

En este mismo año de 54, volvió á Orán el Conde Don Martín, y en el 1555, saliendo los turcos de Tremecén, por orden de Sahl Arráez, Gobernador de Argel, para ir á sitiar á Bugía, quisieron asimismo dar vista á Orán y saquear unos aduares de paces que estaban junto aquella ciudad: donde el Conde Don Martín, teniendo con tiempo noticia de la venida de los turcos, un día antes que llegasen, y queriendo salir á armar celada dentro de los mismos aduares de los moros amigos, que estaban á un tiro de arcabuz de la ciudad, en la misma prima noche, antes que llegasen los turcos,

para les recibir, como merecían, el hospedaje, no lo pudo hacer el Conde, á causa de un visitador papelista, que pocos días antes allí había llegado, nombrado el Comendador de la Madadena, enviado de la Corte de España; el cual con fuerza de papeles y de comisiones que traía para entrometerse en todo, y con requerimientos que hizo ató las manos al Conde y le quitó dellas una honrosa suerte, con que por ventura atajara al enemigo la jornada y presa que en este año hizo de Bugía: do sucedió lo mismo con el pobre Don Alonso Carrillo de Peralta, al tiempo que le tenía apretado el dicho enemigo, queriendo por dos veces á la media noche echar fuera una tropa de gente suelta, para dar de improviso una encamisada á los turcos y clavarles la artillería, para entretenerse en cuanto le allegava el socorro, se lo estorbó y contrastó, con los mismos papeles y requerimientos, otro visitador que allí fué al mismo tiempo, nombrado Luis Godínez; el cual no tan solamente apremió en esto al pobre alcaide Don Alonso Carrillo de Peralta, mas le forzó á que rindiese la fuerza, según que tenemos verdaderas certificaciones de muchas fidedinas personas que allí se hallaron y por otros papeles originales, que á su tiempo se verán en la general Historia de aquel Reyno.

Sólo pudo el Conde Don Martín, en esta noche de su ocasión, echar fuera de la ciudad de Orán cient soldados de infantería, á cargo de Don Gabriel de la Cueva, hijo del Duque de Alburquerque, que á la sazón estaba desterrado en aquellas fuerzas, que en saliendo dellas heredó el dicho es-

tado del Duque, el cual salió de Orán con estos soldados á dar sólo calor á los moros amigos, para que se defendiesen de los turcos cuando llegasen; donde asimismo el dicho Don Gabriel, no pudiendo tener á los soldados, que viendo á los turcos salieron de la celada para ellos desalados, les hubo de dar una estampida corta, por ser de noche; en que mataron algunos y prendieron uno, y retirándose los demás pasaron á Argel, do fueron con su Gobernador á sitiar y ganar á Bugía, como queda referido.

Regalado el enemigo turco, Gobernador de Argel, con la presa de Bugía, concibió ánimo para poner asimismo sitio sobre Orán y Marçaelquivir; y viendo que era conquista de más consideración y peso que la de Bugía, para que las fuerzas de Argel y su jurisdicción no bastaban, envió á pedir en el gobierno deste año al Gran Turco Solimán la armada de Levante, la cual le concedió, á cargo del Baxa que se nombraba Alí Portuco, debaxo de fianzas de seguridad y mantenimientos de la armada, á que se obligó el mismo Sahl Arráez, Gobernador de Argel.

Mas no le sucedió al pagano como pensó, porque saliendo de Argel en una galeota á recibir la armada, por el mes de Junio del año 1556, le dió la peste en Cabo de Montefús, y volvió á morir á Argel, antes que la armada llegase, que eran cincuenta galeras reales; y hallando en Argel la prevención hecha, no por eso cesó la jornada de la conquista de Orán, porque la tomaron á cargo el mismo Alí Portuco y Hasçán Corço, á quien los

turcos de Argel habían alzado por Virrey, y lo mismo un hijo de Sahl Arráez muerto, que había ido á llamar la armada, nombrado Hamat Bay.

Los cuales, allegados que fueron en Orán, por el mes de Agosto deste año, comenzáronla á apretar bravamente con gruesa artillería en tres plataformas, dando batería á la Alcazaba y lienzo de muralla de la ciudad que mira contra Mediodía, do estaba una de sus puertas, nombrada de Tremecén, que sale á aquella parte contra tierra. Empero entretanto que la armada enemiga de Levante abajó á Poniente por la costa de Berbería, y se previno con la de Argel para la jornada de la conquista de Orán, Don Bernardino de Mendoza, Capitán General de las galeras de España, estando enemistado con el Conde Don Martín, porque le había pretendido quitar las galeras y otros largos negocios, huyendo de no hallarse á mano, para que no le mandasen socorrer, teniendo con tiempo noticia de que el enemigo turco le venía á sitiar, se alargó de España para Levante: do juntándose con las galeras de Génova, Nápoles y Sicilia, subieron al Archipiélago y costa de la Morea, quemando y saqueando lugares de turcos y griegos; tanto que de presto llegó el aviso á Costantinopla, donde el turco Solimán mandó despachar de presto un correo por su armada á Orán, con orden que dexase luego aquella conquista y viniese en Levante en guarda de sus mares y fuerzas.

Por manera que huyendo Don Bernardino de Mendoza de socorrer á Orán, le socorrió muy mejor que si estuviera á mano muy prevenido para

ello, con las demás escuadras de galeras reforzadas de Levante, conque fue á picar al turco dentro de sus términos y casa.

De esta manera ordenó Dios el socorro de Orán y Marçaelquivir, con maravillosa presteza, con industria no pensada, de adonde el enemigo se retiró, sin haber dado asalto ninguno á la tierra: sólo la había dado batería dos días continuos.

Año 1557 hubo grande peste en Orán, de que murió la mayor parte de la gente de aquel lugar, los vecinos naturales dél, mayormente mugeres y muchachos, porque los hombres, gente de guerra, los sacó el Conde en campaña, mudándoles cada día en diferentes puestos en contorno de la ciudad; afuera de la cual se ordenó asimismo un hospital en el campo, en un sitio, con cava espaciosa, de la falda de la montaña de la Silla, en que diximos se plantó el Castillo de Santa Cruz, y allí cerca de la marina, donde dicen el *Majuelo*, llevaban á todos los que hería la peste dentro de la ciudad y fuera della, que estaban en los molinos y huertas. Duró la mortandad en Orán cerca de medio año, y antes que cesase, fué el Conde Don Martín en España, dejando otra vez en su lugar en Orán á su hijo Don Martín, porque le quería más que á ninguno de los demás hijos que tenia, Don Alonso, Don Diego y Don Francisco, y para el gobierno de Orán y su Reyno hallaba más diestro y suficiente á Don Martín que á ninguno de sus hermanos, aunque era el menor dellos, como en la provisión del Conde queda visto.

Habíase tratado en el año pasado de 56 y en

este de 7, asiento de paces y ligas con el moro Xarife, Rey de Fez y Marruecos con España, para echar los turcos de todo el Reyno de Tremecén, Argel y sus alcaidías, á causa de ciertas molestias que el dicho Xarife dellos había recibido; cuyas condiciones del asiento de las paces y liga con el Xarife se capitularon á su pedimento en la corte de España, donde fué remitida la entera conclusión de lo capitulado al Conde Don Martín en Orán: donde de nuevo se vieron y ordenaron algunas adiciones y condiciones de lo que era necesario y conveniente al asiento y buena orden que debía haber en la guerra, y lo mismo el beneficio y señorío que había de haber cada uno della; según que todo consta de los mismos capítulos y asiento que en mi poder tengo, como en la general Historia de aquel Reyno se verá; y es así, que para la cumplida enteración destas cosas, envió el Conde Don Martín, desde Orán á Marruecos, un embajador, con la misma autoridad Real de España, para más enteramente establecer la guerra contra los turcos.

Por esta causa pasó en esta ocasión y tiempo el Conde Don Martín, de Orán en España, á pedir en su corte, que estaba en Valladolid, bastante exército de gente de guerra para ello, según se le concedió comisión para levantar doce mil hombres bisoños en España, desde el río Tajo contra Mediodía en las Manchas, de las Órdenes Santiago y Calatrava, y en la Andalucía, Reynos de Granada y Murcia: aunque para esto tuvo el Conde Don Martín justos contrarios pareceres en la corte y sus

Consejos de Estado y Guerra. Empero al cabo salió con su intención, facilitando la vitoria, y exemplificando y sinificando la que había tenido en la de Tremecén catorce años había, y mostrando asimismo el grande odio y enemistad que todos los moros de los cuatro Reynos de Berbería, Marruecos, Fez, Tremecén y Túnez, tienen á los turcos tiranizadores de su señorío. Desta manera levantó el dicho número de gente de guerra en España, en el distrito nombrado della é invierno deste año 1557; y en la primavera del 58, ordenando el Conde las embarcaciones en Málaga y en Cartagena, do se embarcó con el mayor número de gente por el mes de Julio, año de 1558; y estando en aquel puerto, dando orden en las demás cosas necesarias para la jornada, y enviando correos á dar prisa á la embarcación de Málaga, llegó á Cartagena el embajador que había enviado de Orán á Marruecos, con aviso de que el Xarife no podía acudir en aquel año y ocasión á cumplir con lo capitulado, por muchas causas que en esta escusa antepuso.

Entendido esto, el Conde debía cesar su determinación y mandar despedir el exército que tenía levantado, por no ser bastante para entrar con él solo por Berbería, como tenía determinado, con la ayuda del Xarife. Empero no embargante, que vido le faltaba de lo puesto, siendo en Cartagena, cargado de lisonjas del mismo capitán Gonzalo Hernández, que había ido por embajador á Marruecos, y de otros ignorantes, que le hicieron confiar en la ayuda de los moros del Reyno de Tremecén, provincia de Orán y las demás: ha-

ciendo pie desto, con haberle burlado dos ó tres veces en otras ocasiones, pasó el Conde adelante inconsiderada é imprudentemente, con las pocas fuerzas que prevenidas tenía: donde en lugar de acometer luego como llegó á Orán, con tal exército de improviso á Mostagán, como fácilmente pudo, no se curó deso, antes fué con toda la gente bisoña, mal plática, que trajo de España, y la disciplinada de Orán, á enseñar su grandeza, ó por mejor decir, flaqueza, á la Berbería adentro, por las sierras que dicen de Gabel y Tazel, á nueve y diez leguas de Orán por su medio día: donde viendo los moros del Reyno la mala orden que llevaba, no curaron de mostrarse favorables á los cristianos, sí antes hacerles guerra, por complacer á los turcos, con quien ulptimamente habían de quedar por fuerza: porque si en el Conde vieran la buena orden y entera prevención que debía llevar, todavía se mostraran algunos de su parte, cuando no fueran todos los del Reyno en general, como el Conde había entendido lo hicieran algunos; y llegado el aviso de su desorden y flaqueza en Argel, puso ánimo á Hasçán Baja, Gobernador de aquella ladronera, hijo de Hariadin Barbaroxa, para venir á socorrer á Mostagán, á pedimento de aquel lugar, do era la común voz de la jornada del Conde Don Martín.

El mismo llamamiento de Hasçán Baja hizo asimismo, con grande instancia, el Alcaide turco, que á la sazón era de la ciudad de Tremecén, que siempre anduvo en campaña con sus turcos, en asechanza del Conde dende que salió de Orán;

de que nacieron muchos avisos y correos que envió á menudo á Argel, facilitando la vitoria á Hasçán Baja, hasta que le hizo salir con su exército por tierra y las galeotas y galeras, que en Argel había de cosarios, por mar; los cuales llegaron todos casi al mismo tiempo con el Conde á Mostagán, do no había si(no) solos dos días que había llegado y comenzado á poner la batería á las murallas de la villa, cuando llegó sobre él todo el mundo, como dicen, de enemigos moros y turcos, por tierra, y mar: donde le desbarataron en torpe huída y desorden, un viernes á 26 de Agosto del dicho año 1558, con la muerte del mismo Conde y la mayor parte de su exército, y el demás captivo, con su hijo Don Martín, de quien no quiso tomar el Conde parecer que le dió y más convenía. Habiendo visto con sus ojos que el capital enemigo llegaba, aconsejó á su padre en secreto le diese á deshora una encamisada y estampida, de improviso, á la media noche, á los turcos; los cuales viniendo, como venían, cansados del largo camino y calor por tierra, no se podía dejar de hacer buena y próspera suerte en ellos, y continuar el sitio de Mostagán, ó á lo menos retirarse la vía de Orán, más á su salvo que se retiraron. Este acometimiento repentino al enemigo, se ofreció á hacer el mismo Don Martín: empero el Conde, su padre, siguió otros pareceres de pusilánimes capitanes, que le aconsejaron al contrario, con que le quitaron la vida y á todo su exército de doce mil hombres españoles, que allí llevó, porfiando con su Mostagán, do le llamaba la muerte; en que es

cierto que no le sucediera tan mal la jornada, si siguiera el parecer del hijo, que aunque mozo de poca edad, era prudentísimo soldado, experimentado en la guerra de aquel Reyno con moros y turcos, y en todo más astuto y plático que el Conde su padre; en cuyas ausencias hasta en este año había él tenido casi en todas á cargo el gobierno de Orán y su Reyno, y como tal salió siempre bien acertado y venturoso, en cuantas cosas de guerra puso mano, antes y después de su captiverio: como se vió en el calamitoso sitio que el enemigo turco le puso á la fortaleza de Marçaelquivir el año 1563, y después en dos veces que fué Capitán General de aquellas plazas y Reynos, como luego veremos.

Es cierto que si el enemigo turco, después que rompió al Conde Don Martín en Mostagán, enviara las galeras y galeotas que allí tenía todas, hasta veinte bajeles á Orán, con una banda de turcos por tierra, ocuparan fácilmente aquellas plazas, sin desnudar espada, por quedar, como quedaron, desapercibidas, sin gente de consideración, si no eran enfermos, y algunos viejos, niños y mujeres; mas quiso Dios que el pagano se contentase con la vitoria habida del Conde y su exército, que no lo estimó poco Hasçán Bajá, según volaba su fama por los Reynos de Berbería, y de su gran valor le habían significado en Argel, cuando vino á tomar aquella tenencia, enviado por el Gran Turco de Costantinopla.

CAPÍTULO SÉPTIMO.

De los demás caudillos y sucesos de guerra de Orán y su Reyno, hasta que fué á cargo del Maestre de Montesa.

En los días que el Conde Don Martín se perdió, como queda referido, acertó á hallarse en el puerto de Cartagena Don Francisco de Córdoba, su hijo segundo, con tres galeras de su cargo de la escuadra de España: el cual, sabida la muerte de su padre, acudió luego al socorro de Orán y Marçaelquivir, sin esperar orden de la corte: donde, al cabo de pocos días, se proveyó por Capitán General de aquellas plazas y Reyno su hermano Don Alonso de Córdoba, que, muerto su padre, ya era Conde de Alcaudete, con el mismo título que su padre y abuelo y tío, los Marqueses de Comares lo habían tenido: porque, como en el precedente capítulo queda visto, el Conde Don Martín fué casado con hija de Don Diego Fernández de Córdoba, Alcaide de los Donceles, y primero Marqués de Comares, que ganó á Maçarquibir y fué en la truxamanía de Orán, como queda referido.

Las cuales fuerzas y Reyno gobernó ahora su nieto, el dicho Conde de Alcaudete, seis años, á cumplido beneplácito de su milicia y república, y de

toda república, no menos del Real servicio: donde hizo seis ó siete presas de cabalgadas, y con la una rescató á su hermano Don Martín de Córdoba; y siendo en libertad, en fin del año de 1561, estuvieron los dos hermanos en Orán algunos meses tratando de sus negocios; y por el mes de Octubre del año 1562 los dichos dos hermanos saquearon con la gente de Orán un lugar de moros, nombrado Cidi Solimán, de que trujeron grande presa y esclavos y otras riquezas.

Año de 1563 el mismo Hasçán Bajá, que rompió al Conde Don Martín, teniendo noticia de la poca fuerza de armada de galeras con que España se hallaba, por haberse perdido en el año antes de 1560 las de Nápoles y Sicilia en los Gelves, y las de España, con tormenta, en la Herradura, en el de 62, juntándose á esto la súplica, que asimismo le vinieron á hacer los principales moros de Mostagán y estado de Bent Arax, representando los grandes daños y molestias que cada día recibían de los cristianos de Orán, suplicándole, con grande instancia, que viniese á tomar aquellas fuerzas, ofreciéndole para ello grandes ayudas de sus haciendas y personas. En forma que se juntaron todas estas cosas, para dar ánimo al enemigo turco en venir sobre Orán y Marçaelquivir, con solas las fuerzas de Argel y su Reyno y armada de los cosarios; conque todo se puso en orden para la jornada con su misma persona: el cual partió primero por tierra con el exército, en primero de Marzo deste año de 63; conque caminó poco á poco recogiendo todas las demás fuerzas de moros y turcos

del Reyno, conque allegó á vista de Orán, Sábado de Ramos, que se contaron 3 de Abril del mismo año, donde al mismo tiempo llegó Jafar Catania, Alcaide de Tremecén, con sus turcos y otra mucha morisma de su jurisdicción y distrito.

Dexó ordenado Hasçán Bajá en Argel á Chovali, que era capitán de la mar, que recogiendo toda la armada de galeras y galeotas de cosarios, de que todas había en aquel tiempo en Argel más de cincuenta bajeles, y entre ellos diez galeras Reales de fanal, y con algunas naves francesas de carga para llevar la artillería, municiones y bastimentos, le siguiese luego en haciendo en la mar buen tiempo de navegación para Orán: y entretanto el pagano comenzó á dar batería á aquella ciudad y sus fuerzas; donde se apoderó primeramente de una torre que nombran de *los Santos*, que es la más desviada de la ciudad, sobre la fuente grande, que fertiliza las huertas; y pareciéndoles á los caudillos turcos que sería lo mejor acertado y gastado tiempo poner el sitio sobre Marçaelquivir, para ocupar aquella fuerza y puerto, con tiempo en que se amparase su armada en llegando, para que si acaso les viniese algún tardío socorro á aquellas plazas, no hallase en que se guarecer su armada; cuanto y más decían y creían los turcos que si los cristianos de España una vez sabían la pérdida de la fuerza y puerto de Marçaelquivir, no se les daría nada por socorrer la ciudad de Orán.

Esto aconsejaban los capitanes turcos á Hasçán Bajá, por entender que no socorría el Rey de España á aquellas fuerzas, como había sucedido al

Peñón de Argel, cuando lo ocuparon los dos cosarios hermanos Horux y Ariadín Barbaroxa, año de 1515, y en el de 1551 á Trípoli de Berbería, y y en el de 1555 á Bugía y en el de 56 á Orán, de que por orden del gran turco se levantó el sitio de sobre aquellas fuerzas; y ansí ahora en esta ocasión, por no tener en España galeras, también afirmaban que no era posible que enviase socorro á aquel presidio ultramarino; demás desto sabían de muchos renegados de España los varios pareceres y tardías determinaciones de los Consejeros de guerra de la Corona de España; en que juntamente sabían los pareceres que en algunos había habido de dexar y desmantelar la ciudad de Orán y sustentar sólo á Marçaelquivir; lo cual habían litigado, mayormente cuando se perdió á Bugía, y en el año adelante de 56, después de retirada la armada enemiga de sobre Orán, como en su lugar queda referido.

Desta manera cegó Dios el entendimiento al enemigo turco en esta ocasión, para dexar la ciudad de Orán con poca apretura, á cargo del Alcaide de Tremecén, con los turcos y moros de su partido; y con el mayor resto del exército pasó Hasçán Bajá á sitiar las fortalezas de Marçaelquivir; donde pasaron gallardas cosas de armas y ardides de guerra, en tiempo de más de dos meses en que se continuó el sitio por mar y tierra, y en demandas y respuestas, dando y recibiendo golpes de muerte de la una y otra parte, según que todo se verá largamente en la general Historia de aquellas plazas.

En que gastó el enemigo casi todas sus fuerzas y tiempo en ocupar el nuevo fuerte, que diximos se andaba fabricando, en aquella sazón y tiempo, sobre la montaña y padrasto que señorea á Marçaelquivir, que le nombraban el fuerte de *San Salvador;* do el pagano consumió sus bríos y despuntó la espada, que después le hizo falta para más necesitar la fuerza mayor; dentro de la cual se había metido con tiempo el valeroso Don Martín de Córdoba, que, como diximos, ya era en libertad; donde se mostró un nuevo Cipión y más que Alexandre Magno, defendiendo aquella plaza é importante puerto, que su abuelo de madre había ganado.

En cuyos hechos de armas se aventajó Don Martín de Córdoba á todo su linaje, de las cuatro ó cinco casas que son de Córdoba; del cual, así desta, como de otras muchas ocasiones, de que algunas yo soy testigo, se podría hacer particular historia.

Fué el sitio largo, las baterías y asaltos muy á menudo, y grandísima la hambre y necesidades que allí se padecieron; en forma que no tenían ya los sitiados caudal ni valor para sufrir el peso de la larga calamidad del sitio, en que estaban ya tan necesitadísimos y cansados, con sólo un asno jumento sarnoso que les había quedado, de muchos que habían comido, y les quedaba ahora éste sólo para comer. Estaban ya tan flacos y desviritados los pocos soldados que habían quedado, que ponían espanto á quien les veía; porque todos, ó los más dellos, tenían las mexillas derechas desquijadas y acardenaladas del continuo tirar y fuerza

de las coces de los arcabuces y mosquetes, en las prolijas baterías y asaltos.

Donde, juntamente con esto, estaban sin esperanza de socorro, ni aun nueva dél, por todo lo cual, habían ya todos determinado, un día Domingo á 6 de Junio, de conformidad, que en el Jueves siguiente, que era de Corpus Christe, recibirle todos de madrugada con su capitán el buen Don Martín de Córdoba, y salir con él al campo, á dar una encamisada al enemigo, al sueño del alba, para hacerle retirar ó morir todos allí y acabar de una vez, partiendo sus almas en solene procesión para el cielo.

Donde permitió el que le hizo, y á ellos había dado fuerzas y valor hasta aquel tiempo, que estando en esta úlptima y mayor agonía de extrema necesidad y confusión, el Martes, cuando amanecía, les llegó el socorro de los dos Reyes divino y humano, el cual socorro, como por certinidad sabemos, les fué desta manera enderezado.

Hallábase á esta saçón y tiempo por Visorrey y Capitán General del Reyno de Nápoles el Duque de Alcalá, el cual, teniendo noticia del sitio de Orán y Marçaelquivir, considerando, como prudentísimo príncipe y gran soldado, que España no se hallaba con galeras para hacer el socorro de aquellas plazas, el cual de fuerza había de mandar hacer el Rey de España, y encargársele primeramente á él y á Génova y á Sicilia, de quien era Visorrey el Duque de Medinaceli, aunque no tenía galeras, por haber perdido dos que le habían quedado de la jornada de los Gelbes, y cinco que

después había mandado hacer en Mecina, y viniendo todas siete de aquella ciudad para Palermo, las tomó Dragut Erraez, Virrey de Trípoli, junto á una isla que dicen *las Salinas*, cerca Lípar y Volcán.

Por esto el buen Duque comenzó luego de su parte á aprestar lo necesario para el socorro de Orán y Marçaelquivir, metiendo en orden las galeras y exército español de aquel Reyno, lo que tuvo todo tan prevenido y á tiempo, que no hubo bien llegado el aviso de Su Magestad á Nápoles, pidiendo al Duque socorro para Orán, cuando partió luego al momento la vía de aquellas plazas, do no llegara á tiempo, si el Duque esperara la orden para prevenir; y con tenerle tan aprestado, como le tuvo, se tardó mucho en llegar, á causa de los vientos, y mal tiempo de mar que hizo contrario á la armada, hasta que llegó á Cartagena: en que también el valeroso Príncipe Andrea Doria, puso toda fuerza y diligencia, mayormente estando en el puerto de Cartagena toda la armada junta, que había de hacer el socorro, no faltaron allí pusilánimes capitanes y otras personas, que dixeron no convenía arriscar la armada de improviso al socorro, no sabiendo si las plazas estaban perdidas ó no, y que lo mejor y más acertado era enviar primero algunas fragatas y bergantines á tomar lengua de lo que había en Orán y Marçaelquivir, y otros muchos rodeos y escusas que anteponían, por no hallarse á ver la cara del enemigo, en tierra ni en mar.

El Príncipe de Oria se opuso públicamente con-

tra todos los que eran deste parecer, con denodado semblante, diciendo que él tenía cartas muy encomendadas del Rey de España para socorrer con sus galeras á Orán y Marçaelquivir, y que para ese efecto había venido trabajando contra viento desde Génova hasta allí; y que perdidos ó ganados había de llegar á ver los muros de Orán y Marçaelquivir por quien estaban, y reconocer muy bien lo que había dentro y fuera para el descargo de su jornada; en la cual el que le quisiese acompañar ó quedarse allí en Cartagena se señalare luego, porque él de su parte se determinaba á hacer el socorro, que Su Magestad tanto le encarecía hiciese, sobre que ya de su parte le había hecho correo propio, en su particular, de cómo había llegado á Cartagena, de donde sin esperar respuesta se levaba con sus galeras la vía de Orán y Marçaelquivir, como por su Real Magestad le era mandado.

Donde vista la determinación del Príncipe Andrea d'Oria los demás capitanes de la armada, y que él sólo se quería arriscar á hacer el socorro de Orán y Marçaelquivir, y que de la pérdida ó ganancia de sus galeras no les podía ser á ellos bien contado en ninguna vía ni forma, así le hubieron de seguir y acompañar todos en hacer el socorro de aquellas plazas, que llegó á la ocasión y tiempo que tenemos dicho.

Año de 1564 concedió el Rey Felipe Segundo licencia al dicho conde Don Alonso para pasar en España; donde le fué á besar las manos en Monzón, do estaba en este año haciendo Cortes en los

Reynos de Aragón y Cataluña; donde Su Magestad proveyó al dicho Conde Don Alonso por Visorrey de Navarra; donde, yendo á recebir aquel cargo, murió, en acabando de llegar á la ciudad de Pamplona, habiendo dexado entretanto en su lugar en Orán á un deudo suyo, nombrado Diego Ponce de León, y por Alcaide de Marçaelquivir fué provehido en este año por Su Magestad Francisco de Valencia, que después fué Bailio de Lora, y del Consejo de guerra. Cuya provisión del uno y otro caudillo de Orán y Marçaelquivir era en el inter, en cuanto llegaba á aquellas plazas Don Alonso de la Cueva, que á la sazón se hallaba con cargo de la Goleta; á quien Su Magestad proveyó para Orán y Marçaelquivir en la misma saçón y tiempo cuando al Conde de Alcaudete para Navarra; en cuya ausencia en Orán no sucedió cosa de guerra que memorable sea.

Año de 1565 porque los caudillos de Orán y Marçaelquivir andaban discordes y en grande enemistad, fué necesario que entretanto que Don Alonso de la Cueva acababa de llegar, se proveyese para el entero gobierno de aquellas plazas á algún particular personaje de valor y prudencia, para que las visitase y tuviese á cargo; para lo cual se proveyó á Hernando Tello de Guzmán, natural de la villa de Arévalo en Castilla la Vieja, y Comendador de Vitoria de la Orden de Santiago, que era un grande soldado y buen cristiano; el cual llegó á Orán en una fragata de Málaga, por el mes de Marzo del dicho año de 1565.

Este caballero reformó grandemente las órdenes

de la milicia de aquellas plazas; en que asimismo informó y pidió á Su Magestad mandase hacer, en cristiandad y justicia, la orden de repartimiento de las presas en cabalgadas que por tierra y mar se hiciesen, que hasta allí se habían quedado los generales pasados con ellas, contra toda razón y justicia; sobre que Su Magestad mandó que siendo hechas las tales presas é inventarios dellas, se nombren cuatro procuradores, para en cada una dellas, que en Orán les nombran *cuadrilleros*, como ya vimos en el Capítulo quinto; y porque en él reservamos para éste su propio lugar la forma del repartimiento y distribución de las presas, como Su Magestad manda por su Real Cédula, lo diremos ahora aquí en el mismo tiempo en que se ordenó y comenzó á poner en execución.

Primeramente en el siguiente día del en que entra la presa en Orán, se hace el aprecio y tasación della de esclavos y bestias de carga, y lo mismo del ganado grande ó menor, si se ha traído; porque de las ropas y demás cosas menudas no se echa mano, por ser, como son, intereses y provechos de los soldados, porque salen de buena gana de Orán y se arriscan sin armas defensivas á prender y captivar los moros.

Y en esta ocasión de la visita, tasación y aprecio de la presa, manda Su Magestad que tome el Capitán General un esclavo ó esclava por su joya, y que lo demás con las bestias de carga y ganado, si se trajere, se venda todo en pública almoneda, con voz de pregonero, como hacienda de menores, apurando y rematando cada cabeza de es-

clavo en el que más diere por ella: y siendo vendida toda la presa y hecha la suma de lo que monta, se saca primeramente la costa que se ha hecho, pagando la toma de los propios esclavos, veinte reales por cada uno, y por el pequeño, que no puede andar, diez; aunque en el tiempo que yo pasé á Orán no se pagaba más de diez reales de la toma de cada esclavo ó esclava grande, y cinco por el pequeño, que pasaba la muestra (revista) en brazos de su padre ó madre; con esto se saca asimismo la costa del mantenimiento que los mismos esclavos hacen, en cuanto se venden y se curan los heridos y enfermos, y se paga asimismo la satisfacción de los cristianos muertos y heridos en la jornada, cada uno según su calidad y daño de su persona recibido, con juramento y declaración del cirujano que les cura; lo mismo el valor de los caballos muertos y heridos, con la misma declaración de los abeitares y herradores lo que valía cada uno, y las armas que se averigua se rompieron en la refriega de la presa, picas, lanzas, arcabuces, mosquetes; la cual costa toda dicen *Zanco.*

En pos desto se saca lo que se concertó el trujamán con la espía que vende la presa: cuyo oficio de trujamán hace siempre el Capitán General, como persona á quien siempre acuden y deben acudir todos los avisos; á quien siempre por esto pertenece particular interese, demás de su joya y partes y ventajas de Capitán General.

Cuartamente entra la lengua intérprete de aquellas plazas, sacando otra parte de quiñón, por cuyo medio el Capitán General entiende á la espía

y se entera de lo que dice, para determinar la jornada ó no, con intervención de los capitanes adalides descubridores del campo; cuyo voto y pareceres deben siempre ser preferidos á todos los demás, mayormente si son viejos experimentados en aquel Reyno.

Después desto saca el Capitán General de la presa lo que le parece, para dar ventajas á soldados beneméritos de á pie y á caballo y á su misma persona, y á los demás capitanes, alféreces, sargentos y cabos de escuadras; que los tales son las personas á quienes ordinariamente aventajan en Orán los Capitanes Generales de aquellas plazas.

Sexta y úlptimamente, se saca el quinto á Su Magestad perteneciente, que siempre entra con todas costas; de que muchas veces Su Magestad hace merced por sus Reales Ordenes á los mismos Capitanes Generales y Gobernadores de aquellas plazas y Reynos, y otras veces los manda distribuir en los reparos de las fuerzas, donde más conviene al Real servicio; y lo demás que últimamente resta se reparte entre la gente de guerra que fué á hacer la presa, dando á cada uno las partes, según la plaza y sueldo gana; y en general se dan dos partes á toda la caballería, caporales de infantería y mosqueteros, con otras ventajas demás desto; y á los demás soldados se les da una sola parte sencilla á cada uno, y lo mismo se da una parte á cada acémila que va á la jornada, y otra al mozo bagajero que la lleva á cargo.

Demás desto se les dan partes á los alcaides de los castillos y torres extramuros de la ciudad y al

de la alcazaba y puertas della, y lo mismo á las personas que tienen cuenta con las guardas y postas de las murallas: empero á ninguno destos que se quedan no se les permiten ventajas, sí sólo á los que van á arriscar sus personas á hacer la presa.

Hizo Hernán Tello de Guzmán, en el tiempo de su gobierno en aquellas plazas y Reynos, tres ó cuatro presas de cabalgadas en los enemigos moros y turcos, demás de otras correrías y alcances; en que las dos jornadas de cabalgadas fueron de grande riesgo y peligro, la una por fuego que los moros echaron en el campo á la retirada por grandes pajonales de yerva seca y rastrojos, por el mes de Agosto del año 1566; donde la gente de Orán pensó perecer de sed y la grandísima calor del sol y fuego con el humo, que, como no corría viento que le llevase, añeblaba toda la tierra por do caminaban; do se anticipaban los moros á echar fuego por todas partes de los caminos y derrotas de Orán; y juntamente con esto venían otras muchas bandas de moros picando y apretando á los cristianos por la reguardia y costados del escuadrón. Empero, como eran todos soldados de grande ánimo y valor, supieron bien salir de aquellas y otras muchas afrentas de apretura de batalla.

La úlptima presa de las tres que Hernán Tello hizo por tierra, fué en el mes de Diciembre del mismo año de 1566, en las vegas que dicen del *Tarahal de Abra*, á nueve leguas de Orán; en que además de no acertar bien la suerte, cargaron sobre los cristianos tan grandísima infinidad de alárabes de á pie y de á caballo, que había más de

mil moros para cada cristiano, según que nos certificaron muchas personas de verdad que allí se hallaron cristianos, y de los mismos moros; do cargaron sobre nuestro escuadrón, como furiosas olas del mar, y con grandes alaridos á su usanza, en forma que no les dexavan caminar, apretando por todas partes, como rabiosos perros, para atropellar y romper á los cristianos; á los cuales fué forzoso alargar algunos despojos para afirmarse bien en la orden, interpoladas, picas, lanzas y arcabuces, para tener fuerte la cara contra todas partes.

Acertó á estar allí un grande *morabuto*, nuevamente venido de la casa de Meca de Arabia, á los cuales siempre todos los demás moros tienen en gran veneración. Este ahora se metió por medio de los moros, dando voces, acaudillándolos y animándolos, sembrando buletas de perdón, escritas en papel y cortadas, como los dedos, de que traía un grande zurrón lleno; en que dicían todas que el moro que muriese peleando con los cristianos, llevando consigo aquella buleta iba salvo, á culpa y pena, de todos sus pecados al Paraíso. Con esto los moros se encoraginaban y animaban más denodadamente contra los cristianos, pequeño militar rebaño, el cual peleaba valerosamente contra todas partes, do los enemigos más se arrimaban, desbaratando á los que se anteponían estorbándoles el viaje: y peleando en esta forma trabajaron hasta que salieron dentre ellos, con grande daño suyo, según sale un encarnizado león con la presa que hace; así los soldados de Orán salieron desta ocasión con grande vitoria, sin perder si(no) solamen-

te un capitán adalid del campo, con algunos otros heridos y caballos muertos.

Rindieron asimismo los soldados de Orán, en tiempo de Hernán Tello de Guzmán, una gruesa galeota de turcos cosarios de Argel, de veinte y dos bancos por banda, por el mes de Marzo del año 1567, en la marina de Canastel ó Tagaste, do fué el natural de Sant Agustín, que está tres leguas por Levante de Orán junto á la mar: do había llegado aquella galera á hacer agua, donde dicen el *Chorrillo*, que es agua de la corriente de la misma fuente de Canastel, donde demás de fertilizar grandes huertas, llega hasta la mar: do estuvieron los soldados, tan en orden y á tiempo, que de la primera tempestad de rociada de quinientos arcabuceros, cortaron las jarcias del bajel, de que vino la entena abajo de golpe sobre la crujía; con la cual carga, y otras muchas que le dieron, mataron más de cient turcos que la galera traía, y dieron libertad á cincuenta cristianos de los que venían en cadena al remo, y escaparon de la muerte por haber saltado en tierra, primero de la carga, á hacer aguada con los barriles; y verdaderamente se trajeran los soldados de Orán la galera, si las demás de su conserva, no acudieran, que oyendo las salvas de arcabucería, de detrás de la punta de la Aguja de Orán, do estavan, saliéronse presto de socorro: empero llegaron tarde y á tiempo que no hallaron hombre sano sobre la galera ya rendida, y los cristianos ya retirándose la vía de Orán, con las dichas presas de libertad de cristianos, y algunos turcos captivos, que habían saltado en tie-

rra de guarda. Que todo ese sufrimiento tuvieron los soldados de Orán, emboscados en un cañaveral, hasta asegurar muy bien al enemigo, para hacer la suerte de lleno, como la hicieron todo lo que les fué posible; y la hicieran totalmente con la presa de la galera, sino la viniera tan breve socorro, que sólo pudo amparar el casco de la galera, maltratada y sin gente ninguna que sana estuviese.

Otras correrías y alcances de moros por tierra hizo Hernán Tello de Guzmán, en el tiempo que en Orán estuvo; lo cual y todo lo demás que como Visitador en aquellas plazas ordenó y reformó de guerra, se verá copiosamente en su lugar, con todo lo demás próspero y adverso de aquellas plazas y Reinos, de que como ya tenemos dicho trabajada una general Historia; y lo de ésta contenido sustancialmente por anales, servirá de luz y tabla de la entera expecificación de todo; que asimismo lo apuntamos para dar entera perfección y raíces á esta Historia, y se vea en ella quién fueron los antecesores y sucesores, Capitanes Generales y Gobernadores de aquellas plazas y Reinos del Maestre de Montesa; de quien particular y especialmente trata esta historia suya, que desmembramos de la general de aquel Reino, en que me parece no desaperficiona la una ni otra parte de mis obras, que se ponga y asome delante en esta lo próspero y adverso, que á cada uno de los antecesores y sucesores del Maestre de Montesa en aquellas plazas y Reinos pasó.

COMIENZA LA HISTORIA

DEL MAESTRE DE MONTESA EN ORÁN

Y SU REINO.

CAPÍTULO OCTAVO.

De la provisión y título del Maestre de Montesa por Capitán General de Orán y su Reino, y pleito homenaje que sobre ello hizo en la corte de España.

Estando Hernando Tello de Guzmán, como dicho es, en el gobierno de Orán y su Reino, murió Don Alonso de la Cueva, Alcaide de la Goleta, que como es dicho estaba provehido por Capitán General de aquellas plazas; el cual falleció en la ciudad de Nápoles, adonde ya había pasado desde la Goleta, para continuar su viaje en España y de allí para Orán; donde, sabida su muerte, la Magestad del Rey Felipe Segundo proveyó en su lugar y mismo cargo á Don Pedro Luis Galcerán de Borja, Maestre de Montesa, de la Orden de San Jorge y Marqués de Navarrex en el Reino de Valencia, caballero de la Casa de los Duques de Gandía.

Cuya provisión se le dió en fin del año 1566, en

cuyo tiempo andaban en la corte de España otros muchos pretendientes de aquel cargo, como siempre le pretenden y estiman muchos caballeros de España, por ser, como es, la de Orán y sus Reinos, tenencia muy honrosa y provechosa, aunque arriscada y peligrosa: la cual entre otros muchos pretensores que en la corte de España hubo de aquel cargo, fué uno dellos Don Diego Fernández de Córdoba, tercero Marqués de Comares, Señor de las villas de Lucena, Chillón y Espejo y de otros títulos y heredamientos que tiene en la Andalucía.

Fué á pedir este caballero el cargo y tenencia de Orán, por haber nacido, como nació, en aquellas plazas y haberlas ganado su abuelo del mismo nombre, como en su lugar se apuntó: por esto les tenía voluntad y grande afición; mas acudió tarde á la corte con esta demanda, donde ya era despachado el Maestre de Montesa para Valencia, para pasar de allí en Orán; donde cuando salió y le descargó el Rey de aquellas plazas, le sucedió en ellas el dicho Marqués de Comares, como en su lugar y tiempo veremos; y ahora, no embargante que había muchos caballeros de título y sin él, que pretendían la dicha tenencia y cargo, tuvo por bien Su Magestad de mandárselo dar por ahora al Maestre de Montesa, por las nuevas que cada día corrían de que el enemigo turco quería bajar otra vez sobre aquellas plazas; y ansí le mandó despachar y despachó con el título y provisión siguiente:

Don Felipe, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las Dos Sicilias, de

Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de las islas de Canaria, Indias, Tierra firme del mar Occéano, Conde de Barcelona, Señor de Vizcaya y de Molina, Duque de Atenas y de Neopatria, Conde de Ruisellón y de Zerdania, Marqués de Oristán y de Gociano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña y de Bravante y de Molina, y Conde de Flandes y del Tirol, etc. A vos Don Pedro Luis Galcerán de Borja, Maestre de la Orden de Montesa, sabed: que estando, como al presente está, vaco el cargo de nuestro Capitán General de los Reinos de Tremecén y Ténez, e Alcaide de la fortaleza y alcazaba de la Ciudad de Orán y villa de Marçaelquivir, que son en África, confiando de vuestra fidelidad e suficiencia y grande celo que habéis tenido y tenéis á nuestro servicio, y entendiendo que así conviene á la conservación de la buena guardia y seguridad de la dicha ciudad de Orán y villa de Marçaelquivir, habemos acordado de vos elegir y nombrar, como por la presente vos elegimos y nombramos y provehemos del dicho cargo de nuestro Capitán General de los dichos Reinos de Tremecén y Ténez, e que juntamente con ello seaes nuestro Alcaide e tenedor de la dicha ciudad de Orán e su alcazaba e fortaleza de Aras el cázar, e de la villa e fortaleza de Marçaelquivir, e queremos que useis el dicho cargo de nuestro Capitán General de los dichos Reynos, e Alcaide de la dicha ciudad y villa y fortalezas,

agora y de aquí adelante, en cuanto nuestra merced y voluntad fuere, en todas las cosas e casos al dicho cargo de Capitán General e Alcaide anejas y concernientes, e que administréis todas las cosas de justicia y guerra que en los dichos Reinos e ciudad y villa, e sus fortalezas e fronteras se ofreciere, según e de la manera que hasta aquí lo administraba y debieron administrar el Conde de Alcaudete, ya difunto, y los que antes dél tuvieron y sirvieron el dicho cargo; e que libréis y hagáis pagar á toda la gente de guerra e vecinos de la ciudad de Orán e villa de Marçaelquivir todo el sueldo que han e hobieren de haber, por nóminas y libranzas vuestras y de los veedores y oficiales, que para ello en la dicha ciudad residen y dello tuvieren cargo; á la cual dicha gente recibiréis alarde, muestras y reseñas, cada y cuando que viéredes que conviene, y los que no fueren útiles á nuestro servicio los despidáis, y pongáis á otros que lo sean en su lugar; e fagáis, e cumpláis e executéis todas las cosas e cada una dellas, que como nuestro Capitán General y Justicia Mayor de la dicha ciudad de Orán y villa de Marçaelquivir, podáis y debáis hacer, según como lo hizo y debió hacer el dicho Conde de Alcaudete e los otros que antes dél fueron, por virtud de los títulos que tenían para ello: y mandamos á los capitanes de gente de á caballo y de á pie de infantería ordinaria y extraordinaria que allá residiere, e á los contadores, provehedores e tenedores de bastimentos, municiones y otros oficiales, que tienen y tuvieren cargo de los libros y pagas e proveer el sueldo que

han e hobieren de haber, que todos juntamente e cada uno por sí, en lo que les toca e atañe e atañer pueda, os hayan y tengan por nuestro Capitán General de los dichos Reinos é por nuestro Alcaide e Justicia mayor de las dichas ciudad y villas y sus fortalezas, y que como á tal os honren y obedezcan, y acaten y cumplan vuestras cartas e mandamientos de escripto y por palabra, bien ansí tan cumplidamente, como nos mismo vos lo mandamos, y que vayan y vengan, donde y como y á los tiempos que por vos les fuere mandado; e que os guarden e hagan guardar todas las honras e gracias, preeminencias e libertades y otras cosas al dicho cargo, tenencia y administración de la nuestra justicia concernientes, según y como lo hicieron e debieron hacer con el dicho Conde de Alcaudete y los otros Capitanes generales y Gobernadores que antes dél fueron y tuvieron el dicho cargo de aquellas plazas y Reinos. Por manera que á la sciencia de vuestro cargo no falte ni mengüe cosa alguna; y otrosí mandamos á los maestres y capitanes de cualesquier naos ó galeras y otros cualesquier navíos, que á los puertos de la dicha ciudad de Orán y villa de Marçaelquivir llegaren, que os hayan y tengan por tal nuestro Capitán General e Alcaide, e que como á tal os obedezcan y acaten y den la obediencia de sus navíos, que como nuestros súbditos e naturales son obligados á dar, e fagan y cumplan vuestro mandamiento, en todo e por todo, según y como son obligados á fazerlos y nos mismo se lo mandamos; y que conforme á derecho vos y los oficiales que para ello nombrá-

redes podáis y puedan, ansí en la dicha ciudad de Orán como en la villa de Marçaelquivir, administrar entera e públicamente justicia en todas las cosas civiles y criminales que se ofrecieren, así entre la gente de guerra que allí reside, como entre los vecinos y moradores y gente de mar que allí acudiere, acaeciere llegar y estar, y que en todo lo demás uséis y exerzáis el dicho cargo de nuestro Capitán General de los Reinos de Tremecén y Ténez, e ciudad de Orán e villa de Marçaelquivir e su alcazaba e fortalezas della, e de cada una dellas, en todas las cosas y casos á los dichos cargos anejos y concernientes, y con libre y general administración, que para ello vos damos: para lo cual todo lo que dicho es, y para cada una cosa, y parte dello y para todo lo en ello anejo y dependiente, os damos poder cumplido, con todas sus incidencias y dependencias, anexidades y conexidades, según é como lo tenía el dicho Conde de Alcaudete; la cual dicha merced vos facemos en la manera que dicha es, con tanto que sirvais y residáis en el dicho cargo por vuestra persona continuamente: y otrosí mandamos que hayáis y llevéis con el dicho cargo de nuestro Capitán General á razón de 3.630 maravedís cada día, para el gasto de vuestro plato, todo el tiempo que sirviéredes y residiéredes en Orán personalmente; y que demás desto se os libren y paguen de ordinario 550.000 maravedís, en cada un año, por nuestro Alcaide de las dichas plazas; los trescientos mil maravedís por la tenencia de Orán y su alcazaba e castillo de Araz el Cázar, e los otros doscientos y cincuen-

ta mil maravedís por la de Marçaelquivir, como se daba al dicho Conde de Alcaudete. De los cuales dichos quinientos y cincuenta mil maravedís, por Alcaide de las dichas fortalezas, hayaes de gozar y gocéis, desde el día que, con este título del dicho cargo, tomáredes la posesión dellas en Orán ó Marçaelquivir personalmente, y no de otra manera; y de los dichos tres mil y seiscientos y treinta maravedís cada día para vuestro plato, desde el día que partiéredes de vuestra casa para lo ir á servir, por el tiempo que nuestra voluntad fuere, e residiéredes en el dicho cargo con vuestra persona.

Y por ésta nuestra carta mandamos á los nuestros Contadores mayores que os libren el dicho salario y plato, todo ello juntamente, según e cómo e de la manera y en el tiempo que se libraba y pagaba al dicho Conde de Alcaudete, al cual con el dicho cargo se le daban, y que se os libre y pague acá, conforme á lo que está dicho, por Cédula nuestra, librada en el nuestro Consejo de guerra, con testimonio de Escribano público del número de la dicha Orán, del tiempo que hubiéredes servido, para que aquél se os libre; y de ésta nuestra carta se tome traslado en los libros del sueldo de la nuestra Contaduría Mayor, y el original sobreescrito dellos se os vuelva, para lo en ello contenido se guarde y cumpla. Lo cual así mandamos se tome razón en los libros que están en la dicha Orán, para la cuenta que se tiene con todo lo demás que allí se hace y despacha; y mandamos á Hernán Tello, que al presente sirve el dicho cargo de nuestro Capitán General e Alcaide de la di-

cha Orán y Marçaelquivir y á otra cualquier persona ó personas en cuyo poder están, que habiendo hecho vos primeramente por ello el pleito homenaje y fidelidad, que en tal caso se requiere y debéis de hacer, en mano de Don Luis Fajardo, Caballero, hombre hijodalgo, por la dicha ciudad de Orán e villa de Marçaelquivir y sus fortalezas, que os las entreguen con todos sus pertrechos, armas y municiones, con que las hubiere recibido, sin esperar para ello otra nueva orden y mandamiento, segunda ni tercera junción, ni que intervenga en ello parte reconocido de nuestra Cámara, y las otras solenidades que de derecho se requieren, quedándolas y entregándolas á toda vuestra voluntad, por la presente alçamos e damos por libres e quitos del juramento y pleito homenaje que por ellas nos tienen hechos: y uséis y exerzáis el dicho cargo de Capitán General y Justicia Mayor de la dicha ciudad de Orán y villa de Marçaelquivir e gocéis del salario de vuestro plato e tenencias, y de todo lo demás al dicho cargo anejo y perteneciente, según y como está dicho; e los unos e los otros non fagades ende al por alguna manera. Dada en el Escorial a veinte y seis días del mes de Diziembre de mil y quinientos y sesenta y seis años. =Yo el Rey. =Yo Juan Vázquez de Salazar, Secretario de su Católica Magestad, lo fice escribir por su mandado.

Bajo de la dicha refrendación estaba escripto lo siguiente:

Tomóse traslado desta carta y provisión de Su Magestad en los libros del sueldo de su Contaduría Mayor, para el efecto y según que Su Ma-

gestad por ello manda. En Madrid á 18 días de Enero de 1567 años.=Sancho de Andoya.=Antonio Vázquez.

Y en las espaldas de la dicha Provisión Real estaba el sello Real, impreso sobre cera colorada, y á los lados escripto lo siguiente:

Registrada. Martín de Vergara, Procanciller.

Mandóse luego tomar al dicho Maestre de Montesa pleito homenaje en la villa de Madrid, como Alcaide y Capitán General de las dichas plazas y fortalezas que se le encargaban en la fidelidad y guarda dellas, aunque ausentes en Ultramar en la costa de Africa. Lo cual hizo el dicho Maestre, como mandaba Su Mag.[d], en manos del dicho Don Luis Fajardo, que á la sazón y tiempo se hallaba en Corte; donde se puso en execución la Real Orden y mandado, en las casas donde posaba el dicho Maestre, por ante Christóbal de Ariano (*sic*), Escribano público de los del número de aquella Villa y Corte: siendo testigos dello Don Joan de Aragón, Conde de Rivagorza, Gonzalo Fernández de Córdoba, Capitán de Su Mag.[d], y el Doctor Francisco García, jurista, estantes en la Corte de Su Mag.[d], donde los dichos Maestre y Don Luis Fajardo firmaron sus nombres, lo cual todo, uno en pos de otro, es en la forma y tenor siguiente:

En la villa de Madrid, estando en ella la Corte y Consejo de Su Magestad, á diez días del mes de Enero de mil y quinientos y sesenta y siete años, en presencia de mí el Escribano público y testigos de yuso escriptos, pareció presente el Muy Iltre.

Señor Don Pedro Luis Galcerán de Borja, Maestre de Montesa, su Orden de caballería, y dixo: Que por quanto Su Magestad del Rey Don Felipe, Nuestro Señor, por su Provisión Real le ha provehido y nombrado por su Capitán General de los Reinos de Tremecén y Ténez e Alcaide e tenedor de la ciudad de Orán e su alcazaba y fortaleza de Araz el Cázar y de la villa y fortaleza de Marçaelquivir, y mandado que se le entreguen aquéllas, haciéndole juramento e pleito homenaje por ellas que se acostumbra, en manos del Señor Don Luis Fajardo, hombre hijodalgo que estaba presente: por ende que el dicho Señor Maestre de Montesa, en cumplimiento de lo por Su Magestad mandado, le quiere hacer, e el dicho Señor Don Luis Fajardo le tomó e recibió dél, e teniendo el dicho Señor Maestre de Montesa las manos plegadas juntas, la una con la otra entre las manos del dicho Señor Don Luis Fajardo, dixo, que hacía juramento y pleito homenaje, como caballero hijodalgo, una, dos e tres veces, una, dos e tres veces, una, dos e tres veces, según fuero e costumbre de España, que entregándosele la dicha ciudad de Orán e su alcazaba e fortaleza de Araz el Cázar, e la dicha fortaleza de Marçaelquivir, como Su Magestad manda, las terná por su mandado y por su Corona Real, como su Alcaide, bien y fielmente y llanamente para su servicio, así en guerra como en paz, guardará sus mandamientos e acudirá con las dichas fuerzas, cada y cuando y á quien, como por Su Magestad le fuere mandado, airado ó pagado, llanamente, sin réplica alguna; e no las dará ni

entregará sino fuere á Su Magestad ó á su cierto mandado, e fará todo aquello que bueno e leal alcaide deve y es obligado hacer, so pena de caer en mal caso y en las otras penas en derecho establecidas contra los Alcaides que quebrantan las fees y pleito homenajes que hacen por castillos y fuerzas, en la fidelidad que deben á sus Reyes y Señores. E para ello dixo que obligaba e obligó su persona e bienes habidos e por haber en forma. E ambos lo firmaron de sus nombres, siendo á ello presentes por testigos el Señor Don Joan de Aragón, Conde de Rivagorza, e Gonzalo Fernández de Córdoba, Capitán de Su Mag.[d], y el Doctor Francisco García, Jurista, estantes en la Corte de Su Magestad. El Maestre. Don Luis Fajardo de Mendoza. E yo Christóbal de Arriano, Escribano del número de la dicha villa de Madrid e su tierra por Su Magestad, presente fuí á lo que dicho es, e doy fee que conozco á los dichos Señores Maestre de Montesa y Don Luis Fajardo, y en fe dello lo fice escribir e signé de mi signo á tal. En testimonio de verdad, Christóbal de Arriano, Escribano público.

Verdaderamente no sabemos la causa por qué Su Magestad mandó que el Maestre de Montesa hiciese pleito homenaje en Madrid, en ausencia de las plazas y fortalezas que tomaba á cargo, pues dentro dellas estaba quien se lo podía tomar, como se acostumbra hacer siempre en aquellas y otras plazas, como lo hacen de ordinario los Capitanes Generales, sucesores del mismo Maestre, que allí fueron Alcaides, al instante y mismo tiempo que

reciben las llaves dentro del Alcázar de Orán: donde el que sale de ella y demás fuerzas toma siempre el juramento y pleito homenaje al que va de nuevo, con solenes ceremonias y parlamentos, ante el Notario del Ayuntamiento Cabildo de Orán, siendo ordinariamente testigos todos ó los más capitanes de aquellas plazas, y lo mismo (los) castellanos Alcaides ordinarios de las fortalezas, estando asimismo presentes á ver esto algunos soldados viejos de plática militar. De las cuales fuerzas el nuevo Alcaide Capitán General que va, recibe y se hace cargo allí en público delante de todos, y el otro que sale y por Real Orden se las entrega á un tiempo con las llaves, que allí juntan todas en un grande manojo; desde adonde le nombra y señala con el dedo las fuerzas y castillos que á un mismo tiempo con sus llaves les entrega, en nombre del Rey de España y su Real Corona, señalando el nombre de los castellanos Alcaides dellas que están presentes, uno á uno, por sus nombres, que las tienen á cargo hasta aquel punto. En que asimismo le entrega la ciudad libre y sana, con sus puertas, Alcaides y llaves della, con el alcázar y fortaleza palacios de la ciudad de Orán, en que se hallan todos presentes: en que es gran cosa y tiene mucha fuerza en el Real servicio, que los Capitanes Generales y Alcaides de castillos y fortalezas, hagan el pleito homenaje dentro dellas, cuando se les entregan y de que se hacen cargo; porque si después el enemigo les necesitare con calamidad de sitios y les convidare con tratos, se acuerden del pleito homenaje y juramento y otras

obligaciones que dentro de los tales castillos y alcázares tienen hecho en su guarda y seguridad: en que lo mismo engendra no poco ánimo, si muy grande, en los mismos Alcaides particulares, que por sus Capitanes Generales tienen á cargo las tales fuerzas, verles actualmente hacer en obligación de su guarda tales diligencias y obligaciones de sus vidas y haciendas, según y como los mismos Capitanes Generales les toman á ellos mismos después tales juramentos y pleito homenaje, dentro de las mismas fuerzas que tienen á cargo, á cada uno dentro de la suya; en que es este punto de mucha consideración en fidelidad de nobles, que tienen á cargo fuerzas de su Rey y Señor.

En que demás de otros muchos exemplos tenemos el de Don Alonso Carrillo de Peralta, Alcaide de Bugía, el cual, si hubiera hecho pleito homenaje dentro de la fortaleza, en que después Luis Godínez, Visitador, le forzó á asentar capitulaciones de partido con el enemigo turco, nunca lo acetara ni consintiera acetar: porque verdaderamente encoleriza mucho á los caballeros hijosdalgo, y les pone grande ánimo en defensa de las fuerzas que tienen á cargo, el acordarse que tienen hecho juramento y pleito homenaje dentro dellas, para las defender hasta la muerte, como manda la ley de Partidas, libro segundo, título 18, Partida segunda.

En tiempo de treinta años, que fueron los de nuestra milicia en Orán y Marçaelquivir, vimos en aquellas plazas las dichas diligencias y solemnidades de tales pleito homenaje entre el Marqués

Don Martín de Córdoba y Don Pedro de Padilla, cada uno dos veces que tuvo aquel cargo, y el mismo Don Pedro al Duque de Cardona Marqués de Comares, y el Duque á Don Gabriel Niño de Zúñiga, y Don Gabriel al Conde de Alcaudete, y el Conde al Marqués de Hardales, Conde de Teba, que murió en Orán.

Así pudiera Su Magestad mandar lo hiciera el Maestre de Montesa, en manos de Hernando Tello de Guzmán, Comendador de Vitoria del hábito y orden de Santiago, y pues era tan caballero, noble como el que más, y gran soldado, buen cristiano, celoso del Real servicio, según y como el mismo Hernán Tello lo había hecho en manos de Andrés Ponce de León, á quien el Conde Don Alonso había dejado en su lugar en aquellas plazas. Empero parece que se siguió el tenor de la provisión y título del Maestre de Montesa, según como se le había dado al dicho Conde de Alcaudete, su antecesor en aquellas plazas, ocho años había; que como á la sazón y tiempo que le proveyeron para Orán, no había allá quien le tomase la jura y pleito homenaje, por haber el Conde de Alcaudete viejo, su padre, muerto en la conquista de Mostagán, como hemos dicho: por eso parece que se le tomó al Conde Don Alonso, su hijo, el pleito homenaje en la corte de España, donde se halló personalmente cuando le proveyeron, porque estaba en Toledo al tiempo que su padre se perdió, en oficio de Corregidor de aquella ciudad: y ansí parece que ahora se tuvo esta misma orden con el Maestre de Montesa, como está visto.

CAPÍTULO NONO.

De cómo el Maestre de Montesa llegó á Orán y recibió el cargo de aquellas plazas de mano de Hernando Tello de Guzmán.

Embarcóse el Maestre de Montesa en el puerto de Cartagena en diez y ocho galeras de la escuadra de España, de quien era caudillo Don Sancho de Leiva; y partiendo de allí con próspero tiempo llegaron á Orán y Marçaelquivir, sábado, á la hora que amanecía, que se contaban 29 de Junio, día de los Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, del mismo año 1567; donde se le hizo solene recebimiento con grandes salvas de artillería; y al tiempo que saltó en tierra le salieron á recibir fuera de la ciudad, á la marina, Hernando Tello de Guzmán y Don Felipe de Borja, hermano carnal del mismo Maestre, que había días estaba desterrado en aquellas fronteras; con los que le salieron á recibir y acompañar al Maestre todos los capitanes y gente lucida de Orán, á caballo, y llevando Hernán Tello el mejor de su caballeriza, con un costoso jaez, en que subió el Maestre; y en medio de todos le subieron de la marina á la ciudad y á su alcazaba, donde ya tenía Hernán Tello apercibido el aloxamiento, conforme á la calidad del huésped que le

venía á sacar de la posesión y cargo, que por Su Magestad tenía había dos años.

Vinieron á Orán en compañía del Maestre de Montesa muchos caballeros, sus deudos y amigos de su orden; que eran el Comendador D. Francisco de Monpalao, el Comendador Jaime Joan Falcón, el Comendador D. García y D. Jorge Vique y Don Pedro Vique y D. Gonzalo Lanzol de Romani, D. Gerónimo de Borja, D. Gerónimo de Híjar, D. Francisco Tallada, D. Luis Bou, el Comendador D. Fernando del Hospital, D. Joan Ferrer, y otros muchos caballeros del hábito y religión de Montesa, y otros, que como nobles naturales del famoso Reyno de Valencia, voluntariamente iban á acompañar al Maestre: el cual asimismo llevó una compañía de lucidos soldados de infantería visoños, que de nuevo mandó levantar en España para Orán. Do llegado que fué el Maestre, en habiendo comido, se retiraron juntos él y Hernán Tello en una de las salas del palacio, y paseando hablaron largamente acerca de las cosas del Reyno y estado en que se hallaban los moros de paces y guerra dél naturales, y la orden que en todo hasta aquella sazón allí se había tenido y debía tener adelante acerca de la reformación de aquellas plazas; que todavía estaba por hacer y poner en execución lo que el mismo Hernando Tello de Guzmán había informado á Su Magestad (como) conveniente allí de su Real servicio y beneficio de los soldados de Orán.

Otro día Domingo, úlptimo de Junio, presentó el Maestre la Real Provisión y título que traía para

que se le entregasen aquellas plazas y fortalezas dellas, y lo mismo presentó el pleito homenaje que en su fidelidad y guarda había hecho en la Corte de España. Lo cual todo obedeció Hernando Tello de Guzmán, y luego, delante de un escribano de los del número públicos de Orán, entregó las llaves della de sus puertas y alcázar en que se hallaban y demás fortalezas de extramuros al Maestre de Montesa, de una mano á otra, delante de los capitanes de aquellas plazas y demás caballeros que con el Maestre habían ido; las cuales recibió por virtud de la Real Orden que para ello traía y pleito homenaje hecho en España, que constó por la copia y testimonio que dello traía, y enseñó allí en presencia de todos; diciendo, que si era necesario, lo haría y volvería á hacer de nuevo en fidelidad del Real servicio, en defensa y ampliación de la Santa fe católica, de cuya profesión él era Maestre de la religión y hábito de su Orden en el Castillo de Montesa, do está su convento.

Otro día, Lunes primero de Julio, fueron el Maestre y Hernán Tello á la villa de Marçaelquivir, á ver las fábricas por la mar en una galera: donde el Maestre se holgó de ver el grande tráfago que andaba de fábrica en la fortificación de Marçaelquivir, que ya había cuatro años se continuaba á toda furia; en que andaban más de mil hombres trabajando, gastadores, almadaneros (mineros), abriendo el foso, que era de peña viva, y mucha maestranza en la mampostería de vizcaínos y trasmeranos, y en el puerto estaban muchas naves gruesas, que habían llevado grande cantidad de todas

maderas y cal de España y livanteria, con todas las demás obras de esparto, tapiales y pisones, y otros muchos pertrechos, que cada día mandaba enviar Su Magestad de todos los puertos de mar de España, desde Sevilla hasta Tortosa, y de Laredo y Bilbao las herramientas que eran menester, barras de todas formas y tamaños, almadanas, cuñas, hojas, picos, azadones, azadas, cinceles, palautres, cucharas; y para en los talleres de las maderas, hachas, sierras, azuelas, junteras, barrenas, escoplos; finalmente todo lo necesario; juntamente con esto abundancia de bastimentos de España, harina, vizcocho, vino, aceite, vinagre, queso, arroz, tocino, atún, habas, garbanzos, y todo lo demás que era menester para el sustento de la gente; juntamente con esto se pagaba cada sábado toda la maestranza y gastadores, en que se consumía grande suma de moneda cada mes, que su Magestad mandaba proveer de ordinario por la vía de Sevilla.

A esta causa costó cerca de tres millones la fortificación de Marçaelquivir, en la que se hallaba por enjeñero y maestro mayor de las fábricas, Babtista Antoneli, de nación italiana, provehido allí por Su Magestad para la continuación de aquellas fortificaciones, como trazador y disiniador que había sido dellas.

Estando en este día Lunes en Marçaelquivir, fué el Maestre donde llaman la *Mar Loca*, una cala arrimada á tierra de la banda del Norte de la fuerza, donde habían caído las piezas de la artillería gruesas, que los turcos habían echado á rodar, desde

el sitio y plataforma que tenían puestos á Marçaelquivir, cuando el socorro le llegó: donde el Maestre mandó que entrasen búzanos á ver si se podían sacar, y aunque los búzanos las hallaron, dixeron que era imposible sacarlas, porque, demás de ser muy gruesas, se habían encajado entre peñas, de forma, que humanamente no se podía hacer nada. Empero, con todo eso, los Señores Maestre y D. Sancho de Leiva mandaron á los búzanos volver á somorgullarse, con cabos de maroma fuertes para atarlas por alguna parte, y que tres ó cuatro galeras á un tiempo las tirasen; y aunque ataron la una, no fué posible moverla. Era la una un grosísimo basilisco, que tiraba cient libras de bala y otro tanto de pólvora, de fación entorchada por defuera, que un renegado flamenco fundidor la había hecho en Argel, en tiempo de Salh arráez, de las campanas y artillería menuda que tomó en Bugía; la cual pieza ya otra vez la habían traído los turcos, con otras muchas, en el primer sitio de Orán, año de 1556, como en su lugar se apuntó.

Era en aquella sazón Alcaide de Marzaelquivir Diego de Peralta, natural de Almería, lugar marítimo del Reyno de Granada, muy antiguo y grande soldado del tiempo del Emperador Carlos Quinto, al cual tomó el Maestre pleito-homenaje públicamente, en fidelidad de su cargo. Donde habiendo visitado esta fuerza y dado ánimo á la Maestranza della, se volvieron para Orán Hernán Tello y el Maestre; el cual quiso volver por tierra, ordinario camino de una legua, la media por la lengua del agua, volteando aquel caudaloso puer-

to, que se holgó de verle el Maestre; y llegados á vista de la ciudad de Orán, do estaba en aquel tiempo una mediana fuerza, que decían la *Torre del Hacho*, y ahora, siendo ampliado castillo, es del nombre de *San Gregorio*, como ya diximos en su descripción, que está en la falda de la montaña, en cuya cima y cumbre está otra fuerza, nombrada *Santa Cruz;* y subiendo el Maestre á la fuerza por una escala levadiza, que entonces tenía de la parte del Norte, la visitó y se holgó mucho de la vista que de allí se descubre de los términos de Orán, sus jardines y muchas torres levantadas y caídas que de allí se descubren; porque en el tiempo que Orán era de moros había cinco mil torres fuera de sus muros. Era, á la sazón que el Maestre fué á Orán, Alcaide desta fortaleza que ahora visitó Joan de Montesinos, soldado antiguo de aquellas plazas, al cual tomó pleito homenaje dentro della, en fidelidad de su guarda.

Otro día, Martes por la mañana, con la fresca, fueron Hernán Tello y el Maestre, con gente de guerra de guarda, á la ribera del río de Orán arriba, viendo los jardines y huertas, hasta la fuente grande, que las fertiliza y riega. Donde se maravilló el Maestre de ver tan caudalosa fuente, y más de que sale en tres ojos divisos, á igual distancia uno de otro y de una misma igualdad y cantidad de agua ordinariamente; que la misma naturaleza de las peñas parece que se extremaron en hacer tal compostura de secretas arcaduzadas medidas de la corriente de aquella agua, que toda junta hace un razonable río, de cerca de media legua de corrien-

te, desde su nacimiento á la mar; la cual fuente dixo el Maestre tenía necesidad de cierto reparo, para seguridad y guarda de la gente cristiana que allí viniese de la ciudad, como después lo mandó hacer, según veremos á su tiempo.

Y dando vuelta para Orán, vinieron de camino por la torre que dicen de los *Santos*, que señorea la dicha fuente y entradas del valle que hace el río; la cual torre está á la mano derecha de su corriente, cuyas caídas son más agras, inexpugnables y de menos jardines de aquella parte, que la otra de la mano derecha de la corriente del agua, que enviste el sol cuando sale; y sin entrar el Maestre en la torre, pasaron todos de largo por la misma cordillera del cejo que hace lo llano del campo sobre la ribera, á vista de la ciudad; donde habían estado allí en dos puestos, á las entradas y salidas della, dos torres muy menesterosas á la tierra, que á causa de la nueva cierta del sitio las había mandado derribar Don Alonso de Córdoba, Conde de Alcaudete, en la primavera del año 1563; y viéndolas el Maestre, dixo que era necesario volverlas á levantar, como después levantó y mandó hacerlas más conveniente, como en su lugar y tiempo se verá.

Y llegados que fueron al castillo de Araz el cázar, se hizo al Maestre grande salva de mucha y gruesa artillería que tiene sobre un grande baluarte, que el mismo Conde Don Alonso le había mandado levantar había cinco años; de la cual fortaleza era á la sazón Alcaide Luis Alvarez de Sotomayor, á quien después el Maestre tomó pleito

homenaje, dentro del dicho castillo, en fidelidad de su guarda mientras la tuviese á cargo; al cual después sacó de allí y puso otro en su lugar.

Desde este castillo se ve frontera y señorea muy bien la ciudad de Orán, sin que se encubra nada, sino es lo alto que llaman el *Xibel*, junto á la alcazaba; lo mismo (se) descubre todo el valle de la ribera; empero, como está siempre tan poblada de la arboleda y boscaxe de las huertas, no se reconoce nada del terreno; todo lo cual consideró y holgó mucho de ver el Maestre; el cual, vuelto á la ciudad, acompañado de los que le sacaron della, comieron él y Hernán Tello en la Alcazaba de Orán y algunos capitanes y caballeros que habían ido con el Maestre, y sobre mesa le encomendó grandemente Hernán Tello los soldados, gente de guerra de aquellas plazas, en una plática que hizo, del tenor siguiente:

Yo he militado desde mi tierna edad en servicio de la Corona de España en Italia, Flandes y Hungría, en que me nacieron las barbas y canas entre pláticos y valientes soldados españoles y de otras naciones. Empero como los de estas plazas no los he visto en mi vida de tanto valor y destreza, y sufridos en todos trabajos de hambre, sed, calor y frío; en que están tan acrisolados y experimentados, pasando cada día por estas miserias, que venidos á columbrar y enfrentarse con los enemigos, moros y turcos, olvidados de sí mismos, no hay quien les pueda tener sus corajes y rabia por embestir al enemigo á punta de pica, lanza y espada; en que certifico á V. S. Ilma. y demás presen-

tes Señores, que de tres jornadas que hice, saliendo para hacer presas, castigando á los moros de guerra, enemigos destas plazas, me ví en las dos empeñado y en grandísimo aprieto de infinidad de morisma de á pie y de á caballo y fuego del cielo, que hervía el sol los sentidos y meollos de la cabeza, porque era en los caniculares del mes de Agosto; demás desto al mismo tiempo fuego material de la tierra, que echaban los moros por todo el campo do caminábamos, de grande espesura de pajonales de yerba seca; donde la grande calor y humo con el polvo nos cegaba la vista, de forma que no veíamos la derrota del camino y viaje de Orán, como si fuera en escura noche; y con esto perecían todos de sed, que (no) podían los soldados despegar los labios de la boca, del sarro que les hacía intolerable; y los moros al mismo tiempo apretando por todas partes, dando alaridos y arremetiendo, tirando lanzas, como rabiosos perros: y con traer buena presa de esclavos, jamás se turbaron ni desordenaron los soldados de sus puestos y orden, que en tales tiempos y ocasiones acostumbran hacer en la Berbería; y ansí con grande silencio y cordura, sin dar voces, ni hablar palabra, sufrían el peso de la batalla, no perdiendo el caminar, resistiendo y peleando con ánimo denodado contra todas partes, defendiéndose valerosamente de tantos enemigos y batería de fuego, sed, lanzas y cansancio, y sin suceder desgracia de encendérseles la pólvora de los frascos con la demasiada calor y centellas que cruzaban, de que más me maravillé; que verdaderamente más mostraban ser ángeles que

hombres en el milagroso sufrimiento que tenían.

Y lo mismo sucedió en otra úlptima jornada que hice, en fin del año pasado, á siete leguas destas plazas: cargaron sobre nosotros, al tiempo de retirar, infinidad de moros de á caballo y peonaje, que había más de mil para cada cristiano; y con traer presa, aunque pequeña, no se les daba nada á los soldados de todo su tropel y alarido; sí con grande sosiego arrostrándoles en su orden, con grandes rociadas de arcabucería, y marchando poco á poco mirando á los traveses, como el león que lleva la presa en la boca; de las cuales una y otra afrenta salieron, con sólo pérdida de un soldado que se desordenó, por ser de cabo adalid destas plazas.

Suelen tener tanto valor y sufrimiento en las ocasiones, que los días pasados rindieron una galera de turcos cosarios de Argel, con dos rociadas que les dieron, de tierra, á tres leguas de aquí, do llaman Canastel, desta parte de la Aguxa de Orán; donde, de la primera rociada de balas que le tiraron, le cortaron las jarcias, y vino la entena abajo de golpe sobre la crujía, que mató muchos turcos y otros que captivaron en tierra, con muchos cristianos que dieron libertad, que habían saltado en tierra, con los barriles á hacer agua, con turcos de guarda; estando á todo los soldados con sufrimiento escondidos, á la mira, entre unos cañaverales junto al agua; y sin duda trajeran la galera si las de su conserva no la socorrieran á tiempo: la cual llevaron remolcando, porque no hallaron hombre sano dentro.

Serían largas de referir las cosas del valor deste

pequeño javardillo de los soldados de Orán y Marçaelquivir; que yo verdaderamente nunca entendiera que eran de tanta plática y valor, hasta que lo he visto por los ojos; de que asimismo soy informado de que han hecho maravillas en ánimo y valor de armas, en defensa destas plazas, dos veces que el enemigo las sitió, y la última vez que duró cerca de tres meses, hasta que le vino el deseado socorro. Así que á V. S. Ilma. le queda valerosísima gente de guerra, que aunque poca, es buena. V. S. la regale y estime en mucho, que yo le certifico le desempeñarán y sacarán de cualquier peligro en que caiga, que yo lo tengo dellos muy bien experimentado en el poco tiempo que he estado aquí, y con ellos he ganado honra y provecho, y ansí hará V. S. Ilma. placiendo á Dios en este Reyno.

Estuvieron el Maestre y todos los demás que á la tabla habían comido con gran silencio, escuchando á Hernán Tello, holgándose todos mucho de lo que representaba del valor de los soldados de Orán: y levantados de la mesa se despidió Hernán Tello del Maestre para irse á embarcar, con el cual bajaron todos á la marina acompañándole hasta la misma galera que le pasó en España, con las demás en que había ido el Maestre.

CAPÍTULO DÉCIMO.

De lo que comenzó á suceder de paz y guerra en Orán y su Reyno en los primeros días del Maestre de Montesa.

Luego que el Maestre de Montesa hubo recibido el cargo del gobierno de Orán y su Reyno, comenzó á tratar del sosiego y paces de los moros dél, que hasta aquella sazón habían sido de guerra, y quebrantados muchos dellos los seguros que los demás Capitanes Generales, sus antecesores, les habían dado; y ansimismo los que no lo habían tenido procuró con toda diligencia traerlos á todos al servicio de la Real Corona de España en aquellas plazas, por saber, como supo y fué informado, que en esto estriba el estar abastecidas de lo nesario, y para enflaquecer al enemigo turco, como se ha dicho arriba.

De los cuales moros vinieron primero algunos jeques de los que tenían seguros á refrendarles y hacerse conocer del dicho Maestre por amigos de aquellas plazas, vasallos del Rey de España: y ansimismo, en pos dellos, vinieron algunos de los que hasta entonces había mucho tiempo que no tenían seguro, ni le habían querido tener, vinieron á esta sazón á pedirle al Maestre, con promesa de

toda fidelidad; para lo cual de todo, los unos y los otros le trujeron muchos presentes de las cosas más preciadas de aquellos Reynos de Africa, alcones, jerifaltes, neblíes y alfaneques y también tagarotes, y tapetes y alfombras finas, con otras muchas cosas de valor.

Para mejor acertar el Maestre de Montesa en el gobierno de aquellas plazas y Reyno, mandó á llamar uno á uno á la Alcazaba y palacio de Orán á los hombres más viejos y antiguos de aquella ciudad, donde había algunos que se habían hallado en la conquista y presa della, y otros venido á su primera población; de los cuales todos, y cada uno, por sí se fué informando muy particularmente de la orden que habían tenido en aquel gobierno los Capitanes Generales, sus antecesores, y cuál lo había hecho mejor y en qué forma, para en todo seguir las más acertadas pisadas.

No se recataba el buen Maestre de Montesa de preguntar é informarse destas cosas de la gente popular y común de Orán y Marçaelquivir, con el grande ánimo que llevaba de acertar en todo, á beneplácito y servicio divino y humano; no como otros que aquéllas y otras plazas van á gobernar, llenos de vanagloria, hinchazón y soberbia, haciendo á su gusto, á diestro y siniestro, entendiendo que ellos se lo saben todo, no queriendo tomar parecer ni consejo de nadie, hasta que vienen á caer en alguna pérdida y desgracia de su Rey, de que podíamos traer aquí muchos ejemplos, que dejamos por no impropositar la prosecución y tela de la Historia.

Entendido que hubo el Maestre de Montesa las cosas del Reyno, tratos y parcialidades de los moros de la Provincia de Orán, en que sabiendo de muchos que eran de guerra, y no querían paces ni amistad con Orán, y se mostraban parciales y enemigos de los cristianos, comenzó luego á dar orden en cómo castigarles, haciendo presas y cabalgadas en ellos, como en tales enemigos del nombre cristiano: y viniéndole á vender algunos moros espías algunos aduares de guerra, en diferentes partes del Reyno, salió á ellos muchas veces en el otoño é invierno deste año primero de su gobierno: mas nunca acertó ninguna, por las razones varias que ya habemos dicho en el Capítulo Quinto desta Historia: y ansí en una de las infructuosas jornadas á que el maestre salió por Berbería, mandó arcabucear á un moro espía, que en esta ocasión le había sacado de Orán, con título de darle una buena presa; y porque se entendió dél se había arrepentido del trato, aviso y venta, y trajo al Maestre, con toda su gente, en rodeos y gran trabajo toda la noche en que se había de llegar y hacer la presa, hasta que vino el día, que ya no se podía acertar, y les fué forzoso volverse sin hacer nada. Por esto, en el camino de vuelta, le dieron los soldados el pago á la espía; por la burla que les hizo le arcabucearon arrimado á un árbol: y no faltó después tiempo al Maestre para hacer buenas presas, como en el discurso desta Historia veremos.

Lunes, que se contaron once del mes de Agosto deste año de 1567, tuvo aviso el Maestre de Mon-

tesa de como en el campo y término de Marçaelquivir, detrás de una montañuela, que llaman el *Cerro Gordo*, estaba una cuadrilla de moros de á caballo enemigos, puestos en celada, para en pasando gente cristiana de Orán á Marçaelquivir por tierra, como muchas veces pasan, salir á matarles, como otras veces había sucedido.

Teniendo este aviso el Maestre, en el dicho día Lunes por la mañana, salió de Orán con parte de la caballería é infantería, subiendo á la sierra que dicen de *Guisa*, y tomando á los moros la tierra por las espaldas dió de improviso sobre ellos, haciéndoles poner en huída; mataron nueve dellos y tomaron tres ó cuatro vivos, y los demás escaparon mal heridos, que después se hallaron muertos por aquella sierra, y otros se fueron á morir á sus aduares: no se escapara ninguno dellos si el Maestre tomara el parecer de algunos soldados pláticos en la tierra y guerra, que le decían tomase primero bien todos los pasos y salidas, que eran pocas y dificultosas de subir, porque el puesto en que se hallaban los moros le cerca una montaña y cordilleras de peñas inespugnables: empero el Maestre, codicioso de embestir á los moros, no escuchó en esta ocasión razones de nadie, diciendo que en la tardanza estaba el peligro de no acertar la suerte: y ansí con esta primera que hizo de cuatro moros y doce caballos, se volvió muy alegre para Orán: donde, tomando por su joya uno de los esclavos, mandó vender los demás con los caballos y repartirlo entre la gente de guerra, que había salido al rebato, como Su Magestad tenía mandado por su Real

Cédula, como es dicho, en el año de 1566, por aviso de Hernán Tello. Lo cual el Maestre confirmó de conciencia á Su Magestad, diciendo que los soldados de aquellas plazas se arriscaban sin armas corporales defensivas á captivar los moros, trayéndolos presos, peleando con los demás libres; en que todos sufren grandes trabajos y riesgo de vida, y que no sabía con qué cristiandad los Capitanes Generales, sus antecesores en aquellas plazas, les quitaban su legítimo derecho, ganado en justa guerra, á punta de lanza y espada, cuerpo á cuerpo, en campo raso, con armas iguales y medidas, los moros descansados en sus casas, y los cristianos llegando cansados á echarlos dellas. En que se muestra bien el valor de aquella milicia española, porque en defensa de su casa, vida y libertades el menor hombre es muy hombre, cuanto y más los moros, que la larga esperiencia nos ha mostrado su valor y sufricencia y coraxe que toman contra sus enemigos, mayormente contra el nombre cristiano, como tienen por preceto del falso Mahoma.

Sábado, que se contaron seis de Setiembre deste mismo año 1567, llegó á Orán desterrado el duque de Veraguas, Almirante de las Indias; donde fué bien recibido del Maestre y gente de guerra de aquellas plazas, en las cuales estuvo este caballero, cumpliendo su destierro, en compañía del Maestre y demás señores, hasta que murió como en su lugar veremos.

Miércoles por la mañana, que se contaron diez y siete de Setiembre del mismo año, vinieron gran cantidad de moros de los de á caballo, cerca de

dos mil de los de Bent Arax, á correr los campos de Orán, para tomar venganza de los cristianos por los moros que habían muerto y captivado en los campos y términos de Marçaelquivir, como es dicho, que eran sus deudos y amigos del estado de Bent Arax; y poniéndose á vista de la ciudad de Orán, comenzaron á llamar á los cristianos que saliesen á pelear, tantos á tantos en el campo, y no á traición, como á ellos habían sobresaltado; y para esto llamaban por sus nombres á los más conocidos y señalados de Orán en valentía y destreza de armas, capitanes y soldados de á caballo; y otros moros, deudos y amigos de los muertos en el campo de Marçaelquivir, decían á los de Orán:

—Salid acá, judíos, cornudos, hijos de maldición, traidores.

Y otras muchas cosas en su lengua.

Y entretanto el Maestre mandó que no se tocase arma pública de campanas, caxas y trompetas, ni se les tirase pieza, mosquete, ni arcabuz, ni se mostrase alteración, ni alboroto ninguno, si que les dexasen estar, como estaban, á vista de la ciudad, dando voces; y entretanto mandó salir á la sorda por la puerta que sale á la mar, dicha de Canastel, la mayor parte de la caballería é infantería más diestra y suelta de Orán. Y saliendo por el callejón de las huertas que sale á la torre dicha de *Madrigal*, no pudo ser tan secreto que los moros no lo sintiesen; y al tiempo que se comenzaron á poner en huída asomó nuestra gente á lo llano, y dándoles alcance más de legua y media, nunca quisieron aguardar el desafío, dicien-

do que dexasen los soldados arcabuceros de á pie y de á caballo, y esperarían de buena gana á toda nuestra caballería junta.

Es verdad que, lanza por lanza, son muy más diestros los moros de á caballo que los cristianos, por pláticos que sean; y ansí la caballería de Orán, ni la de otras plazas de la costa de Berbería, que han sido y ahora son de España, no osan salir fuera media legua de las fuerzas; y la infantería sola se alarga en Orán á diez y doce leguas á la tierra adentro, sin cabalgadura ninguna, sino son las acémilas que llevan con munición de pólvora, balas y cuerda y lo demás; y como los moros alárabes no tienen ni usan de arcabuces, temen grandemente la furia de las irreparables balas, sino es cuando se encolerizan, y acapitanadamente en batallón encoraginadamente arremeten, con instrucción y ánimo de algún grande marabuto suyo, venido de la casa de Meca, que les promete perdón de pecados al moro que en aquella tal batalla y ocasión muriere, como sucedió en la última salida, jornada que hizo Hernán Tello de Guzmán en los campos de *Habra* y *Ziret*, á nueve leguas de Orán, como ya vimos; donde un grande marabuto que allí tenían, recienvenido de la casa de Meca, sembrando mucha infinidad de buletillas, como el dedo, de papel, publicando perdón de pecados generalmente á todos los moros que allí muriesen; y ansí se arrimaban como desesperados, no temiendo la muerte: como, ni más ni menos, sucedió en otra jornada á Don Felipe de Borja, hermano del Maestre, como adelante se verá en esta Historia.

Fueron en este rebato y alcance que hizo el Maestre heridos algunos moros y sus caballos de nuestra arcabucería que les alcanzaba, siguiendo el alcance hasta los pozos que dicen de *Pedro Pérez*, donde los dexaron, y el Maestre se volvió á Orán.

CAPÍTULO ONCE.

De lo que sucedió en Orán y su Reyno, hasta en fin del año 1567.

A la sazón y tiempo que el Maestre de Montesa vino por Capitán General de Orán y sus Reinos, se hallaba por gobernador de Argel *Uchali*, que llamaban por renombre *Fartad*, que significa *Tiñoso;* dicíanle el *Tiñoso*, á diferencia de otro *Aluchali*, que hubo en Argel y su Reino, nombrado *Escandeliza*, que fué Alcaide de Tremecén, á tiempo que el Tiñoso era cosario en la mar, renegado, de nación calabrés, que después sucedió por Gran Bajá de la armada turquesca, y el otro Aluchali Escandeliza, aunque turco de nación, nunca tuvo el gobierno de Argel, ni le pretendió, aunque era muy amigo de Hascén Bajá.

De la ciudad de Tremecén y su partido se hallaba por Alcaide, cuando el Maestre de Montesa llegó á Orán, Ramadán Bajá, que después fué gobernador de Argel, que ayudó á Aluchali á tomar la Goleta, año de 1574, como es notorio en otras historias.

Martes, que se contaron nueve de Setiembre del mismo año 67, se mostraron á las plazas de Orán y Marçaelquivir cuatro galeotas de tres famosos

cosarios turcos de Argel, nombrados Hasçan calabrés, Dali Mami griego, Mami Arráez corso, todos tres renegados; los mismos que en el año antes de 66, andando al rededor de Orán los soldados de aquellas plazas, en tiempo de Hernán Tello de Guzmán, les rindieron una de las galeotas haciendo agua en la marina de Canastel, como en su lugar se vió, do libertaron muchos cristianos, y mataron y captivaron los turcos della.

Era el arráez, que entonces allí se escapó, el calabrés, y aunque entonces no traían más que tres galeotas, cada uno la suya, ahora traían cuatro, las dos del Mami corso, que todas eran de á diez y ocho y veinte bancos por banda. Venían con determinación de venganza á hacer cuanto mal pudiesen á los soldados de Orán, quitándoles las vituallas que de España les viniesen, porque tenían noticia que las galeras no estaban en parte que les pudiesen ofender ni acudir á Orán: y ansí, habiendo su acuerdo, determinaron que Dali Mami griego, estuviese siempre á la guarda sobre la misma bahía y entrada de Orán, puerto de Marçaelquivir, y las otras tres galeotas se anduviesen á lo largo en la mar, en los puertos de Arceo y engolfados, sin mostrarse á Orán; porque habían tenido nuevas que estaban prevenidos para pasar de España á Orán, por la vía de Málaga y de otras, muchos navíos cargados de bastimentos, provisiones y mercancías para aquellas plazas; y ansí no se desviaban mucho de las entradas destos puertos las tres galeotas, para ayudar á Dali Mami griego, si necesario fuese; á quien mandaron que aco-

metiese á cualquier nave por grande que fuese, entreteniéndola en cuanto ellos llegasen en su ayuda de refresco con las tres de la conserva.

La cual galeota de Mami griego vieron nuestras guardas, atalayas de las fuerzas de Orán, por las mañanas arrimarse á tierra en el cabo de la Aguxa de Orán, do llaman la *Horadada:* en que sucedió á esta sazón, que viniendo el bergantín de aquellas plazas de Cartagena, á tiempo que pasaba cerca del dicho cabo de la Aguxa le salió la galeota de través para le tomar; empero, como el bergantín era muy ligero y venía bien armado de remo y vela y no muy cargado, y con la ventaja de más de una legua, en que se halló cuando reconoció al enemigo, y con tiempo que le era favorable, se le escapó y entró en Orán debajo de su artillería; y no le pudiendo alcanzar, el cosario se volvió á entrar en la misma cala de la Aguxa, donde había salido.

Lo cual vió todo el propio Maestre de Montesa, desde el mirador del alcázar de Orán, como ya tenía noticia por medio de las guardas atalayas del castillo, que ahora dicen San Gregorio, de cómo había días que aquella galeota se entraba cada mañana allí; luego en este mismo día, Martes en la tarde, fueron allá cincuenta soldados por tierra, á cargo del adalid Marcos Ortiz y de Pedro de Toro, teniente de la compañía del Capitán Gil Hernández de Sotomayor, para que procurasen descubrir y reconocer qué navío era aquél; y les mandó y dió por orden el Maestre, que si la hallaban allí y no era más de una galeota, que hiciesen señas de ella

con una ahumada, y siendo dos lo mismo hiciesen dos ahumadas; finalmente, tantas ahumadas cuantas fuesen las galeotas, y todas á un mismo tiempo, desviadas unas de otras, para que mejor se entendiese en Orán, que de allí dista cinco leguas por Poniente.

Esta gente, porque no las sintiesen los turcos de las galeotas, no las fueron á reconocer por el camino que va derecho á la Aguxa, do llaman la Horadada, do estaba la galeota, que es orilla del mar por la fuente de la *Adelfa;* porque en llegando á Canastel, que es cerca de cuatro leguas de Orán, dexaron el dicho viaje de la orilla del mar, y tomaron otro camino, que va rodeando por más á Levante, á mano derecha, por unas peñas y aspereza, que dicen Canastel el Viejo, antigua Tagaste, patria de San Agustín, como se ha dicho, dexando los cristianos las ruínas de aquel lugar á la mano derecha, subiendo por una loma de montaña y á estos cerros, que llaman del *Morabitillo*, que están por cima de la Aguxa de Orán, do llegaron otro día miércoles por la mañana. Donde luego que hubieron descubierto la galeota, hicieron la concertada y ordenada seña con sola una ahumada, la cual no se vió de Orán ni de sus fuerzas, porque la hicieron de poco humo y el viento Poniente que corría no le dexaba subir; y estuvieron de atalaya todo el día sobre la galeota, hasta que vino la noche; en que los dos caudillos Marcos Ortiz y Pedro de Toro enviaron al Maestre cuatro soldados con el aviso de cómo la galeota estaba allí sola.

Donde luego que acabó de cerrar la noche se bajaron poco á poco por aquel monte abajo, aunque es muy áspera y fragosa sierra, hasta que llegaron á orilla del mar á vista de la galeota, donde vieron los turcos della aderezar de cenar en tierra, y á dos horas después de haber anochecido se fué la galeota de allí á la mar en fuera, como hacía cada noche. La cual, según que después se supo, atravesaba de allí á las islas de las Alhauinas y Alcozeba que llaman, al Poniente de Marçaelquivir cinco leguas; donde se detuvo todo el día Jueves siguiente, esperando que viniesen navíos de Málaga, porque refrescaba de aquella parte el viento Poniente maestral, con que acostumbran venir; y ansí no acudía la galeota este día Jueves al puesto ordinario de la Aguxa de Orán, que los días atrás había tenido allí en la Cala de la Horadada; donde los cristianos que allí la estaban esperando, visto que se había alargado, se llegaron, Jueves en la noche, más á la lengua del mar para la acometer y dar carga otro día por la mañana si volviese.

Hicieron los caudillos adalid y Pedro de Toro, el dicho día Jueves en la tarde, otra ahumada en lo alto de la montaña del Morabitillo, á vista de Orán, la cual seña se vió muy bien: donde el Maestre este mismo día y hora en que se vió la ahumada, y por el aviso que le fué de los cuatro soldados el día antes de que la galeota estaba allí en la Aguxa, mandó apercibir tres navíos de remos, que se hallaban en el puerto de Marçaelquivir, que eran el bergantín del Rey, que como se ha dicho había pocos días venido de España, á quien la misma ga-

leota dió caza, y otro grande bergantín que llamaban de Joan Griego de Málaga, y otra fragata de Orán, que llamaban de Maestre Joan; todos tres bajeles muy bien armados de gente de remo y arcabucería de los soldados de más confianza de Orán; con los cuales envió el Maestre por cabo caudillo de todo, navíos y gente, á su hermano Don Felipe de Borja, y por la tierra al mismo tiempo mandó que fuese la mayor parte de la gente de guerra de infantería y caballos de Orán, para que llegasen hasta donde más pudiesen por aquella costa, que no es poco fragosa para caballos: los cuales enviaba el Maestre, para que diesen calor y ayuda en lo que se ofreciese á su hermano y demás gente.

El cual por la mar y los demás por tierra llegaron todos, casi á un mismo tiempo, á Canastel, su ordinaria estancia de fuentes y huertas, cerca de las nueve de la noche del día Jueves, á once de Setiembre: donde mandó Don Felipe de Borja, que fuese una escuadra de soldados pláticos y sueltos adelante derecho al puerto donde se acogía la galeota, á saber si estaba allí ó no, y tomar lengua y aviso de los demás soldados que habían ido los días antes; cuyo caporal, que á esto fué delante con su escuadra de soldados, llamado Martín Ruiz, natural de Antequera, halló la demás gente junto á la Cala que dicen de la Horadada, misma punta y cabo de la Aguxa de Orán; donde luego por la mar llegó Don Felipe de Borja con sus tres bergantines bien armados de remo y armas, y saltando en tierra, á hora de las dos de la media noche, juntán-

dose con la demás gente que allí estaba; de quien supo cómo la galeota, que allí había estado y buscaba, se había ido de allí la noche antes, y no había vuelto en todo este día Jueves: sobre que tomando todos parecer de lo que se debía hacer en aquel negocio (determinaron) acometer la galeota, si viniese allí el Viernes por la mañana, como solía: y para tener con tiempo aviso della mandó Don Felipe de Borja esta noche, que antes que el día aclarase, se tomasen todas las atalayas de la mar en lo alto de las montañas, que sobre la Aguxa están, que son muy altas, desde donde se descubre gran trecho de mar, golfo y costa, con la bahía de Orán y puerto de Marçaelquivir.

La cual atalaya subió á tomar el caporal Martín Ruiz de Antequera, con cuatro soldados pláticos, el que ya diximos envió esta noche Don Felipe de Borja, delante de Canastel á la dicha Aguxa, por ser valiente y buen soldado; y ahora le dió por orden, que, en descubriendo cualquier bajel, le enviase luego aviso con uno de los soldados que llevaba, quedando su persona con los demás en la atalaya, para que él se apercibiese con tiempo en lo que más conviniese.

Subiendo, pues, el cabo de escuadra á tomar la atalaya antes que amaneciese, en lo más alto del monte, donde llamamos los soldados de Orán á la más alta cumbre la *Atalaya de los turcos*, porque siempre que llegan allí en las galeotas, especialmente viniendo de Levante contra Poniente, se suben allí algunos dellos, de donde descubren mucha mar, por ser como es levantada de montaña, desde

donde se ven algunas veces, estando la mar clara, la costa de España.

Donde luego que amaneció, el Caporal Martín Ruiz descubrió tres galeotas gruesas, que venían arrimadas á tierra de la parte de Levante, junto al *Morro gordo* que llaman, do están allí cerca los puertos de Arceo. Los cuales bajeles eran, á lo que se entendió, de la conserva del que se buscaba, y venían á tener noticia della; y siendo bien reconocidas las tres galeotas por el dicho cabo de escuadra y soldados, bajaron muy cuerdamente todos cinco de la atalaya, á dar noticia dello á Don Felipe de Borja, de cómo las tres galeotas venían de viaje derecho, donde su persona estaba con los bergantines, y que eran todas tres galeotas gruesas de artillería y muchos turcos de guarnición; á lo cual respondió Don Felipe que él no traía orden del Maestre su hermano para acometer, sí solamente á una galeota, cuanto más que aunque la trujera, no tenía caudal para competir con navíos de tanto caudal ni fuerza, como de necesidad traerían tres galeotas: y así se embarcó luego allí en la misma Cala de la Horadada, y caminó con sus tres bergantines la vuelta de Canastel, donde mandó se fuesen asimismo la demás gente que estaba allí en tierra, sin quedar ninguno á la guarda; y á poco trecho que navegó, tierra á tierra, encontró que venía por ella caminando el Capitán Baltasar de Morales, con su compañía de infantería, con otros soldados de las demás que estaban en Canastel.

El cual capitán, viendo volverse á Don Felipe de

Borja con sus navíos, y supo que la demás gente de la Aguxa se volvía también, retirando sin aguardarla, se volvió á Canastel con toda la gente que llevaba; y á este mismo tiempo, viniendo Don Felipe junto á tierra navegando, mandó que la gente que de la Aguxa venía, á cargo del adalid Marcos Ortiz y Pedro de Toro, se quedasen en la fuente que dicen de *la Adelfa*, que nace cerca de la mar, entre unas espesas adelfas y otros boscaxes, y se entrasen y pusiesen allí en celada, imaginando podrían llegar á hacer allí agua, como habían hecho aquellas mismas galeotas y otras. Mandóles que se emboscasen, sin llegar con muchos pasos al agua, ni hacer pisadas, ni rastro cerca ni desviados della, y que se entrasen luego bien á derecho, dexándoles las entradas desembarazadas; y viendo buena ocasión y tiempo les acometiesen de improviso con rociada de arcabucería á las galeotas, y á los que estuviesen en tierra á cuchilladas y picazos, con buena orden, en cuanto eran socorridos de la demás gente que en Canastel estaba, á media legua pequeña de allí; y si viesen que las galeotas se pasaban de largo á la playa de Canastel, las dexasen pasar, sin mostrarse ni dar sentimiento de sí.

Habiendo enviado Don Felipe de Borja esta orden y aviso con un soldado, que para ello mandó echar en tierra, á la demás gente y cabos della, caminó con sus bergantines á Canastel, do estaba la demás gente de guerra de á pie y de á caballo, que en su ayuda habían ido por tierra, como se ha dicho. Y saltando allí en tierra con los soldados

que se quisieron desembarcar, y á los demás con la gente de los bergantines, les mandó se fuesen á Orán; y entretanto el dicho Don Felipe, con la demás infantería que allí tenía, se puso asimismo en celada, junto al agua que baja de la Fuente de Canastel, do dicen el *Chorrillo*, junto á la mar, donde se armó animosamente con su gente, entre unos cañaverales que allí hay, do mayormente los cosarios de Argel acostumbraban hacer agua, por ser allí más que adelante contra la Aguxa, do dicen la Adelfa, do dexaba la otra celada y armatoste á los turcos, por si acaso allí saltasen á tomar agua y porque si de allí se escapasen, pretendiendo tomarla en Canastel, cayesen en sus manos, no embargante que sabía eran tres galeotas gruesas, como le habían dicho, y que podían traer mucha fuerza de artillería y gente; porque lo que era por la mar, como se ha dicho, no traía orden del Maestre su hermano, ni fuerza, para enfrentarse con ellos; mas empero en tierra se determinó el animoso caballero á acometer á todos los que en ella saltasen: habían hecho allí, pocos días había, los soldados de Orán una buena suerte en otra galeota, en tiempo de Hernán Tello de Guzmán, como en su lugar vimos en el año 1566.

La demás gente que se había hallado con Don Felipe de Borja en la Aguxa de Orán, y les había mandado poner en celada en la agua de la Adelfa, no pudieron llegar allí tan presto como se entendía, porque demás de ser como es mal camino, al tiempo que partieron de la Aguxa, cuando Don Felipe por mar, se cayó un soldado muerto de su es-

tado, viniendo caminando con los demás, llamado de sobre(nombre) Montilla, que parece era natural de la villa deste nombre en la Andalucía; certificáronme muchas personas que allí venían, no venía menos sano, alegre y animoso que los demás; y esperando que volviese en sí estuvieron los demás soldados con él cerca de una hora, hasta que casi se acabó de enfriar el cuerpo; no embargante que esperaban también cuando asomaban las tres galeotas allí junto, por el Cabo y punta de la Horadada, cuyo viaje y derrota traían, según el cabo de escuadra Martín Ruiz había visto y dado aviso á D. Felipe, como es dicho.

Dexando, pues, allí el soldado muerto, mal enterrado, por no haber recaudo para ello, caminaron poco á poco á la dicha fuente de la Adelfa, y entrándose allí en celada, como por orden tenían, estuvieron buen espacio aguardando que se mostrasen y viniesen las galeotas. Do visto que no venían, los dos cabos, adalid y Pedro de Toro y demás soldados, comenzaron á decir que el caporal Martín Ruiz se había engañado, y que no había visto galeota ninguna y había engañado á Don Felipe, quitándole de las manos una honrosa suerte y vitoria, que pudiera haber de la galeota, que de fuerza habría de venir y acudido aquel día como los demás, y que sin duda era la que había visto y se le habían antoxado ser tres, si acaso era verdad había visto algo.

El cabo de escuadra Martín Ruiz se persuadía enojadamente, diciendo que lo que él decía era verdad; y queriendo el adalid Marcos Ortiz volver

allá con la gente que allí tenía á espiar y reconocer bien lo que era, lo volvió á tomar á cargo el mismo cabo de escuadra, con los cuatro soldados que la otra vez llevó, con propósito de volver á tomar la misma atalaya de lo alto del monte, desde donde había visto venir las galeotas. Las cuales y cosarios dellas se habían detenido aquella mañana en una pequeña ensenadilla y rincón de mar, que dicen la *Cala de la Higuera*, entre los puertos de Arceo y la misma Aguxa de Orán, donde habían saltado los turcos en tierra cuasi todos á aderezar de comer: do se detuvieron en grande zofra y banquete; y estando allí, enviaron los arraeces algunos turcos á tomar la cima de la montaña y atalaya, que llaman en Orán de *los Turcos*, por saber de la galeota de su conserva de Dali Mami griego, que en el remate y bajo de aquella montaña y cabo se solía recoger, y que, como se ha dicho, de Orán había sido vista; y como los turcos desde lo alto de la montaña vieron ir de la otra parte de Canastel la vía de Orán los tres bergantines nuestros que Don Felipe de Borja había enviado, y el mayor de ellos, que era el de Joan Griego de Málaga, iba detrás de los dos, entendieron ser la galeota de su conserva de Dali Mami, que iba dando caza á los otros dos navíos de cristianos que iban huyendo della, y en ver que todos tres llevaban la vía de Orán se certificaron más en ello.

Estando todos embebecidos en la dicha cima de la montaña, mirando los bergantines que iban la vía de Orán, echando juicios sobre lo que podía ser, pues no veían que iban peleando, lle-

gó el dicho cabo de escuadra Martín Ruiz al pie de la montaña, donde los turcos estaban en la atalaya que él iba á tomar; y visto que le tenían el sitio ocupado y que estaban lexos dél, donde no le podían ofender, determinó de mostrarse á ellos, para hacerles bajar y traerles en pos de sí con sus bajeles á la celada, para satisfacer á los que en ella habían quedado, como sucedió que vinieron. Para esto el caporal mandó á sus compañeros disparar dos arcabuzazos, dando asimismo grita á los turcos desde el pie de la montaña: hecho esto, se volvieron los soldados luego, por la misma vereda, para la fuente de la Adelfa, do había quedado la demás gente en celada.

Los turcos entonces acabaron de entender, que uno de los navíos que caminaba la vía de Orán era la galeota de su conserva, que iba en caza de las demás, y que aquellos cristianos, que por allí andaban, eran soldados mal pláticos, bisoños, que se habían quedado por allí perdidos, y que por no conocerles les habían tirado aquellos arcabuzazos: mas, con todo eso, no baxaron de la montaña, antes fueron á la otra parte á dar aviso á los demás turcos de las galeotas de lo que habían visto en la mar y en tierra.

Donde luego los cosarios turcos, que estaban en tierra, en la dicha Cala de la Higuera, medio borrachos, enviaron á decir á Mami, arráez corso, que no se había querido desembarcar de su navío, que fuese presto con él á ver qué era aquello, en cuanto ellos se embarcaban y le seguían. El cual, partiendo con brevedad con su galeota, en un pensamiento,

asomó á la Punta de la Horadada; donde viendo allí cerca á los cinco cristianos, que iban caminando por la vereda, que va de allí á la fuente de la Adelfa, apretó la boga de los remos para alcanzarla, tirándoles los turcos muchos escopetazos y los cristianos á ellos, aunque marchaban por asperísimo peligroso camino, que no lo hay peor en todo el Reyno de Tremecén, porque son despeñaderos, laxas deslizantes sobre la mar, por donde muchas veces yo he caminado de noche y de día con las armas y mochilas á cuestas.

Así que, no embargante la asperidad y mal camino, se venían defendiendo los cristianos de los turcos, con alguna ventaja de camino de vanguardia, hasta que llegaron á la celada donde habían salido; y antes que llegasen allí, así huyendo, como venían, dió el cabo de escuadra Martín Ruiz por orden á los cuatro compañeros que traía, que no parasen ni detuviesen poco ni mucho en la celada con la demás gente del boscaxe, antes pasasen de largo, como que no había allí nadie y que iban todavía huyendo; y que en habiendo pasado la celada se fingiesen cansados y cortados de miedo, mostrando no poder más huir, se dexasen caer en el suelo, cada uno por su parte, en un pequeño llano, que allí está, en pasando la fuente, contra Canastel.

Llegando, pues, los cinco soldados donde los demás estaban en emboscada, les avisó el caporal de cómo le venía siguiendo una gruesa galeota, costeando y escopeteándole todos los turcos con las armas en las manos, en los cuales se podía hacer

una buena suerte, si estaban quedos y tenían sufrimiento, hasta que saltasen en tierra, como lo traía pensado y les pensaba armar, dándoles ocasión para saltar en tierra, armándoles, con flaqueza que les pensaba representar allí luego. Y diciendo esto pasó de presto la agua, no teniendo lugar de detenerse más, ni encarecerles el sufrimiento y orden que debían tener, porque venía ya la galeota cerca, pareciéndose el calces y cimera del árbol; y habiendo pasado, el caporal y soldados comenzaron á enseñar flaqueza á los turcos, para hacerles saltar en tierra, para (la) que ya venían con las escalas en las manos alistadas por proa, para saltar en tierra de golpe, porque hasta allí no habían podido desembarcar por la fragosidad de la tierra.

Empero la gente que allí estaba no tuvieron el sufrimiento que convenía, antes salieron de la celada juntos á un tiempo á recibir la galeota, antes que turco ninguno della saltase en tierra; los cuales, como venían con las armas en las manos y los nuestros los salieron á recibir de la misma forma, se comenzó una brava refriega de tierra y mar, peleando valerosamente de ambas partes; de tal modo que los nuestros tuvieron la galeota rendida dende afuera, á fuerza de arcabucería, y sin duda la tomaran, porque no quedó en ella quien pelease ni moviese remo.

A este tiempo salió debajo de cubierta un turco desnudando una damasquina ó alfanje, con que cortó de presto un brazo á un captivo cristiano del remo por junto al hombro, con el cual comenzó á

dar golpes á los demás cristianos de la cadena, hasta que les hizo alargar la galeota de tierra; el cual turco se entendió que era el mismo Mami griego, arráez de la galeota: y á este tiempo que se alargó de tierra asomaron por el cabo de la Aguxa, Punta de la Horadada, las otras dos galeotas de su conserva, que habían quedado en la Cala de la Higuera, que no sabían nada de lo que pasaba, por ser en traspuesta, sólo cuanto oían el rumor de la arcabucería de la refriega; y así les fué forzoso á los cristianos retirarse con tiempo de allí, antes que llegasen de socorro aquellos bajeles, aunque también les venía á ellos á toda prisa socorro de Canastel, que Don Felipe enviaba de la otra celada que tenía armada; y aunque le envió luego, á la primera salva que sintió, no pudieron llegar con tiempo de ayudar, por ser algo lejos y mal camino.

Fuera esta suerte semejante á la que en la primavera deste año tuvieron allí, en el Chorrillo de Canastel, los mismos soldados de Orán, como se ha dicho, do ahora estaba en celada Don Felipe de Borja, con la misma esperanza de refriega; mas no tuvieron sufrimiento los caudillos, especialmente el Pedro de Toro, teniente de capitán, que fué el primero que salió de la celada, á recibir los turcos, así como asomó la galeota, y ansí fué el primero que murió de los nuestros, de una primera sátira de flecha turquesca que le clavó el corazón. Murieron asimismo otros dos soldados, de escopetazos, porque salieron de la celada á mal tiempo, contra la voluntad del adalid Marcos

Ortiz y demás soldados, que les había parecido bien la traza y ardid del caporal Martín Ruiz; empero siendo dos cabezas en un sujeto y cuerpo de mando, jamás no se ha visto acertar cosa buena: salieron de aquella refriega algunos otros soldados heridos, y dexando á los dos por sepultar en unas matas, trujeron á Canastel solamente el cuerpo de Pedro de Toro, sobre cuatro ó seis picas tendido, á cuestas; hubo libertad un cristiano de los que venían á la cadena, porque, hallándose desherrado, se arrojó á la mar á ventura de morir ó haber libertad, como la hubo, por estar, como estaban, los cristianos cerca de la galeota; de la cual se supo después murieron y escaparon heridos muchos turcos y pobres cristianos captivos del remo. Llegado que hubo el adalid Marcos Ortiz á Canastel, con el captivo libre cristiano y el difunto Pedro de Toro, caminó Don Felipe de Borja para Orán, más triste que alegre, por la muerte de los cuatro cristianos que perdió en esta jornada.

Martes en la noche, que se contaron 18 de Noviembre deste mismo año 1567, envió el Maestre de Montesa dos escuadras de infantería, para que armasen celada á ciertos moros alarbes de guerra, enemigos de aquellas plazas, que venían á correr cada día los términos dellas: á los cuales fueron á armar celada en los *Embocaderos*, que dicen, á media legua de Orán; donde al tiempo que amanecía, el Miércoles á 19, llegaron allí los mismos moros á quien aguardaban, que eran hasta doscientos, todos de á caballo; y entrando en una ram-

bla, que dicen de las *Piletas,* les salieron los soldados por parte encubierta, de forma que no fueron sentidos de los moros, hasta que les acometieron de improviso, do mataron cuatro dellos y captivaron tres, y tomaron sus caballos; en que demás desto fueron otros muchos mal heridos, que murieron antes de llegar á sus aduares, que eran de la Provincia de Tremecén, linage Uled Muza.

Después desto, Lunes, que se contaron dos de Diciembre deste mismo año, llegaron á Orán y su playa doce captivos, que venían huyendo de Argel, en una pequeña barquilla, que ellos mismos habían hecho fuera de Argel; que puso espanto á toda la gente que la vió, de pequeño bajel que era, como una cuna, á manera de decir, como nos certificaron muchas personas fidedinas que lo vieron, que apenas cabían en él los doce captivos, y de que hubiesen podido navegar de Argel á Orán más de sesenta leguas de mar y más de invierno, que siempre está soberbio y tempestuoso. Eran cristianos de todas naciones de España y de Italia.

CAPÍTULO DOCE.

De lo que hizo el Maestre de Montesa en los primeros meses del año 1568.

Viernes por la mañana, que se contaron 23 de Enero del año 1568, tuvo aviso el Maestre de Montesa de cómo en los campos que dicen de *Butior*, á cuatro leguas de Orán á la tierra adentro, habían asentado el día antes ciertos aduares de moros de guerra del linage de los Alaxeses, que eran enemigos de aquellas plazas; y queriendo el Maestre castigarles, haciendo presa en ellos, como en tales enemigos de Su Magestad y del nombre cristiano, para lo cual salió de Orán en este dicho día Viernes, cuando amanecía, con parte de la gente de guerra de Orán y Marçaelquivir, dexando la demás en guarda de las dichas fuerzas; y caminando la vía de los enemigos, no embargante que no cesaba de llover en toda la noche, y con muy grande escuridad que hacía, de forma que el Maestre y Capitán estuvieron dos veces de parecer de volverse á Orán, y fuera lo más acertado conforme sucedió la jornada: mas, al fin, determinaron de pasar adelante, por ser la tierra y camino que llevaban apacible y limpio de boscaxe y piedras, aunque de grandes barrizales, que no les era de menos incon-

veniente para caminar. De manera que era ya de día claro, el Sábado á 24, cuando llegaron al sitio, do entendían hallar los moros enemigos que iban á buscar y castigar, los cuales erró la espía que los había vendido y el adalid que los fué á reconocer y tentar; por ser, como era, muy grande la escuridad de la noche, no supieron acertar á guiar el ejército derecho á ellos; en que erradamente guiaron y llegaron á otro aduar, que allí cerca estaba, que era de paces de los ordinarios amigos de Orán, linage que dicen de *Xafar*, entendiendo que eran los de guerra que se pretendían; y queriéndolos cercar y dar Santiago, hallaron el aduar casi todo cercado por su ámbito de una honda barranquera de barriscales, como un foso de fortaleza hecho á mano; de forma que la infantería, al tiempo del acometer, se detuvo á la asomada y borde del ribazo, no osando arrojarse por la dificultosa hondura del paso; y como el Maestre vió que los moros del aduar se iban dél huyendo por la otra parte, apeóse del caballo, poniendo mano á la espada, diciendo:

—Qué es esto, señores soldados de Orán; Santiago, Santiago en los moros, que se nos van todos.

Y diciendo esto partió con grande denuedo derecho al aduar delante de todos, y eslizandosele los pies fué rodando la barrisquera abaxo hasta lo más hondo del barranco. Do viendo esto los soldados que su Capitán General se apeaba y acometía al paso para llegar á los moros, se arrojaron de golpe á un mismo tiempo de la una y otra parte dél, resbalando y rodando unos por cima de otros hasta lo hondo, y desde allí, hincando los dedos y agarran-

do, como gatos, cada cual como mejor pudo, para subir de la otra parte de la barranquera, que por ser de gredales mojados no se podían tener los soldados.

Mas en fin, cada uno, como pudo, subieron do estaba el aduar, donde, por la tardanza y rumor grande que se hizo, no se prendieron si(no) treinta y cinco moros y moras de todas edades; porque los demás, con el lugar que tubieron, se habían escapado huyendo, y también como los soldados sintieron que eran de paces no se curaron de seguirlos, ni tomar sus ganados, porque todos los moros presos comenzaron á dar voces y apellidar en su lengua.

—*Temi, temi a la yanzor soltan España.* Que sinifica, *seguro, seguro tenemos del Rey de España, que Dios guarde.*

Entendido esto por el Maestre, por medio del intérprete, que nunca faltan en Orán, les mandó responder á los moros, que no tuviesen pena, que si seguro tenían, él les daba la palabra, como caballero, en nombre del Rey de España, su Señor, de se les guardar y mantener justicia, soltándoles antes de llegar á la ciudad de Orán, como lo cumplió.

Salió el Maestre muy maltratado de la barranquera, porque rodó hasta lo hondo della; donde nos certificaron personas fidedinas, que pasaron más de veinte soldados por cima del mismo Maestre, de tropel, por no poderse tener y ser el paso angosto, y lo mismo por cima de otros soldados, que se arrojaron y arrollaron delante hasta lo más

hondo. Y con todo eso el Maestre daba voces:

—Adelante, españoles.

Sacáronle de allí bien molido y cansado y cubierto todo de lodo y barro el rostro y ropa, y vomitando, por causa de que al rodar se había mareado la cabeza; y con ser, como era, hombre de grande cuerpo y en días mostraba el ánimo, como un mozo de treinta años, y con alegre semblante, como si por él tal cosa no pasara, y lleno de risa, y decía á los soldados que le sacudían y quitaban el barro:

—Dexadlo estar, hermanos, que esas son las medallas de la guerra y grangerías della.

Con esta pequeña presa caminó el Maestre para Orán, do llegó en el mismo día Sábado, á hora de vísperas, á 24 del dicho (mes); do antes de entrar en la ciudad, á vista della, hizo alto, junto á la torre que dicen de *Abroxo*, y envió de allí á la ciudad por los libros de los registros de los seguros; y hallando en ellos ser los moros que traía de paces, los mandó soltar luego allí á todos, antes de entrar en la ciudad, como se lo había prometido, y les mandó dar toda su hacienda de ropa y demás despojos que los soldados les habían tomado; y lo demás que no pareció, de que los moros hacían demanda, les contentó y pagó de su casa; de forma que antes quedaron mejorados de sus haciendas que en menoscabo dellas.

Habíase en este tiempo convertido á nuestra Santa Fe Católica y recebido la agua de baptismo, un judío de la sinagoga de Orán, llamado Zafico; y arrepintiéndose de la cristiandad se volvió á la

Judería á su cansada y vieja ley de Moisén; al cual mandó el Maestre sacar, y un Viernes, que se contaron 26 de Febrero deste año, le dieron doscientos azotes por las calles acostumbradas de la ciudad de Orán, y le mandó el Maestre echar por diez años á galeras, do le envió á cumplirlos.

Demás desta otras muchas veces han hecho burla los judíos de Orán de nuestro nombre cristiano: do hemos visto á muchos, con esta voz de volverse cristianos, salirse de la Judería, entrándose en los monasterios y en casas de cristianos, en son y voz de catecúmenos, tratando y andando solamente con cristianos, oyendo los divinos oficios de misa y sermones, mostrando en todo gran cristiandad, y al cabo de la jornada, cuando ya entendíamos se habían de baptizar, se volvían á su Judería de pertinacia y cansada ley, haciendo mofas del nombre cristiano, cosa que nos parece digna de ejemplar castigo: sólo vimos en tiempo de treinta años, que fueron los de nuestra milicia en aquellas plazas, babtizarse dos judíos, la una muger, á la cual la gente de guerra dimos cuatro reales cada uno de limosna para su dote y casamiento, por ser doncella; y al judío, que era hijo de Cansino, lengua de Orán, Su Magestad le mandó dar de comer, treinta escudos cada mes en Madrid, que después se le permutó en el Reyno de Nápoles.

En la entrada y primavera deste año 1568 tuvo aviso el Maestre de cómo el enemigo turco, gobernador de Argel, con ayuda de la armada que esperaba de Levante, que había enviado á pedir á Constantinopla, quería venir tercera vez por mar

y tierra á poner sitio á aquellas plazas; y poniendo el Maestre toda la diligencia por medio de espías, para saber la verdad, teniendo grande voluntad de tomar alguna lengua de turcos, supo un Domingo, á 18 de Abril del mismo año 68, de cómo en los puertos de Arceo, á siete leguas por Levante de Orán, estaban ciertas galeotas de turcos, y para tomar alguno, de quien se pudiese informar, si por ventura saltaban en tierra, mandó, en este mismo día que lo supo, que fuese allí el adalid Antón de Palma, con cient soldados escogidos por más pláticos, de entera satisfacción, como en Orán se acostumbra hacer en semejantes ocasiones.

En que ha sido y es asimismo costumbre en aquellas plazas haber dos adalides, capitanes de campo en ella, descubridores y diestros en las cosas de la campaña, y ahora en el tiempo que fué á Orán el Maestre de Montesa y muchos años después lo eran dos soldados viejos, nombrados Marcos Ortiz, natural de Illora, término de Granada, y Antón de Palma, natural de Olvera, cerca de Ronda, vasallo del Duque de Osuna; al cual envió ahora el Maestre con cient soldados á este negocio á los puertos de Arceo; do hallaron dos galeotas arrimadas cerca de tierra, por la gran tormenta que hacía de viento trasmontana.

Estuvieron sobre las galeotas de atalaya hasta el Martes 20 del dicho, en que salieron muchos turcos en tierra á una cueva cerca del mar; donde, estando guisando de comer, llegaron los cristianos por parte que no fueron sentidos, hasta que dieron de improviso sobre ellos; do captivaron cuatro tur-

cos, y mataron otros que se arrojaron á la mar, pensando escaparse, mas no pudieron, pues entretanto que parte de los cristianos acometieron á la cueva, los demás dieron grandes rociadas de arcabucería á las galeotas; donde mataron muchos turcos, como después se supo por relación de moros de Mostagán, que muchas veces vienen á Orán de paces á vender sus mercancías.

Do llegado que fué el adalid Antón de Palma, con los cuatro turcos captivos y su gente, sin recibir daño, apretándoles el Maestre no pudo apurar ni saber dellos más de que en Argel se hacía grande aparato y prevención de guerra, mas que no sabiendo para dónde era; de lo cual avisó luego á Su Magestad, para que con tiempo le mandase proveer de socorro de gente, vituallas y municiones, para esperar al enemigo, si le viniese á poner sitio; para lo cual mandó Su Magestad levantar de presto en España dos mil hombres de guerra para Orán; de los cuales nombró por Coronel y cabo á Don Joan de Borja, hermano del mismo Maestre, con orden de que estuviese con ellos á la mira apercibidos, en la costa de Murcia y Cartagena, para socorrer á su hermano, en avisando desde Orán; la cual gente estuvo alistada, esperando la embarcación de Orán hasta en fin deste año, en que fué bien menester para acudir con ella á otra ocasión no pensada, que fué la rebelión de los moros del Reyno de Granada; en que se vino á mostrar que la prevención de guerra que se hacía en Argel era para su ayuda y calor, también para al mismo tiempo ocupar el Reyno de Túnez, como en éste le

ocuparon, por industria del mismo Aluch Alí, Gobernador de Argel.

Tomó el Maestre por su joya á uno de los turcos de la presa, y de los otros tres mandó hacer venta y repartimiento del dinero entre los soldados y su capitán del campo, adalid con quien habían ido; al cual mandó que sirviese de cuadrillero y repartidor de la presa, que montó dos mil y cuatrocientos y cincuenta y cinco reales; de los cuales sacada alguna costa, tocó al quinto á Su Magestad perteneciente, 431 reales, y de lo que restó por repartir, que fueron 1.624 reales, se hicieron 162 partes, á diez reales cada parte, que se dió cada uno, según la plaza y sueldo ganaba, como Su Magestad tenía mandado por su Real Cédula, como se ha visto, por aviso de Hernán Tello de Guzmán.

Viernes, que se contaron 14 de Mayo deste año 1568, llegaron á vista de la ciudad de Orán una grande banda de moros de guerra de á caballo, que andaban en cuadrilla, que llaman *de gazia*, y todos muy bien armados á su usanza, de finas cotas, lanzas y adargas, todos muy diestros y valientes, de los que llaman de Bent Arax.

Llegados que fueron á vista de Orán, enviaron á decir al Maestre que saliese á escaramuzar con ellos, con su afamada caballería de su persona y gente; entendido esto el Maestre, no fué (un) punto perezoso en salir con su gente bien apercibida y en buena orden, acometiendo luego que llegó á los moros, que la estaban esperando, en orden de batalla, puestos en ala; do se trabó con ellos escaramuza, que duró media hora; en que luego se

mostró el valor de los cristianos soldados de Orán maravillosamente, como siempre; porque en buena ordenanza, juntos en un cuerpo de batalla, llevando al Maestre, su caudillo, en medio del escuadrón, apretaron valerosamente sobre los moros, de tal manera que les hicieron perder la orden y sitio que tenían, con muertes y heridas de muchos dellos.

En cuyo alcance cayó su caudillo del caballo en tierra, por recoger su gente delante; el cual nunca se quiso rendir á prisión, aunque estaba apeado y ceñido de lanzas cristianas, sin esperanza de socorro de los suyos; y al fin le mataron los nuestros allí á lanzadas, y le cortaron la cabeza; visto lo cual, los demás moros se alargaron de paso y viaje por donde habían venido, dexando muerto á su capitán, que era un famoso morabuto, entrellos muy estimado; también fueron algunos dellos y sus caballos mal heridos de nuestra arcabucería que les alcanzó. Y con esta vitoria volvió el Maestre á entrar este mismo día en Orán.

CAPÍTULO TRECE.

De la primera presa cabalgada que hizo el Maestre en el Reyno de Tremecén.

Martes en la noche, que se contaron 15 de Junio del mismo año 1568, tuvo aviso el Maestre de cómo en los campos que dicen de Mediona, á nueve leguas de Orán contra Occidente, en el viaje de la ciudad de Tremecén, estaban asentados ciertos aduares de moros de guerra del linaje de los Alaxeses, que eran de guerra, enemigos de aquellas plazas; y queriéndoles castigar y hacer presa en ellos, como enemigos de Su Magestad y del nombre cristiano, para les hacer desviar y alargar de los términos de aquel presidio, para cuyo efeto partió el Miércoles por la mañana, á 16 de Junio, víspera de Corpus Christe, con parte de la gente de guerra de Orán y de Marçaelquivir, dexando la demás en guarda de las dichas fuerzas; y caminando el Maestre con el resto, en demanda de los enemigos, subió por lo alto de la sierra que dicen de *Guisa*, que es por Occidente de la ciudad de Orán y meridiano de la de Marçaelquivir, y fueron á amanecer otro día, Jueves de Corpus Christe, en una rambla y pequeño valle que hace la misma sierra, corriente al mediodía, cuyo sitio llaman

los soldados de Orán la *Celada de Hernán Tello de Guzmán;* porque este caballero, antecesor del Maestre en el gobierno de aquellas plazas, como se ha dicho, había tenido allí mismo celada, yendo á hacer una presa que no acertó, y siempre después acá le quedó á aquel sitio de rambla el nombre de Celada de Hernán Tello, como le llaman hoy día los soldados de Orán, conservando allí el nombre de aquel caballero, gran soldado y buen cristiano.

En este sitio estuvo el Maestre con su gente de celada, Jueves día de Corpus Christe, á donde su capellán dijo misa; porque siempre el Maestre de Montesa tuvo de costumbre todas las veces que salía de Orán en el campo, mayormente á hacer presa, como supiese que había de amanecer y estar días fuera de las fuerzas, mandaba llevar todo recaudo para decir misa, con un pequeño y devoto retablo armado en gonzes; y ansí, adonde quiera que le amanecía en campaña, mandaba asentar el campo, armar el altar y decir misa, en parte que todos la oyesen y viesen alzar el Santísimo Sacramento; y al mismo tiempo, entretanto que la misa se decía, mandaba á la mayor parte de la gente de guerra aprestar las armas en las manos y estar muy en alerta apercibidamente, para que si acaso en este tiempo los enemigos sobreviniesen de improviso, como podría suceder estando en su tierra, hallasen resistencia y diesen lugar para acabar la misa.

Lo cual, aunque no sucedió al Maestre, porque no le sucediese, mandaba siempre tener esta bue-

na orden y vigilante recato, porque no aconteciese á su ejército y capellán, como sucedió á Don Berenguer, Capitán del Rey Don Jaime de Aragón el Conquistador, estando con sus soldados dentro del castillo de Chío, les acometieron los moros, estando recogidos oyendo misa, les pusieron en grandísimo aprieto, y escándalo y turbación del sacerdote, que se hallaba en el primer *Memento;* y lo mismo á nuestros leoneses castellanos sucedió muchas veces con los moros.

Así, por esta causa, nunca mandaba el Maestre decir misa en el campo á la vuelta que hacía para Orán, que hubiese acertado ó no la presa; sí á la ida, que no tenían los enemigos sentimiento dél; y porque á la vuelta nunca se para ni puede detener en el exército, en horas y tiempo que se pueda decir misa, si no es algún pequeño espacio que se hace alto para comer y de noche para reposar, de donde ordinariamente se parte, antes que amanezca, el ejército su viaje de Orán; en que no se puede decir misa, por el peligro que tenemos dicho, á causa de estar el Reyno alborotado y los enemigos puestos en arma, lo que no están al tiempo cuando se camina y va á hacer la presa, en que siempre se pretende salir con todo silencio por tierra despoblada, fuera de caminos trillados pasajeros.

Estuvo el Maestre en celada este día de Corpus Xpte., hasta que se puso el sol, que á esta hora partió de allí con todo su exército junto, sin dexar el bagaje en la celada, como se acostumbra; y caminando toda esta noche en demanda de los ene-

migos, alargó el paso, por ser, como son, en aquel tiempo las noches cortas; llegaron á los aduares cuando comenzaba á aclarar el día, Viernes á 18 de Junio, y acometiendo á tres aduares se dió *Santiago* en ellos á un tiempo; do se prendieron y captivaron 193 personas, varones y mugeres de todas edades, y á otros muchos mataron, porque hacían armas, no queriendo rendirse á prisión, de que escaparon algunos heridos.

Tomáronse asimismo más de siete mil cabezas de todo ganado, las dos mil vacas y bueyes, lo demás ganado menudo, ovejuno y cabruno, que me afirmaron era el más hermoso y gordo ganado que se había visto en este Reyno muchos años había; tomaron asimismo cient bestias de silla y albarda, yeguas, caballos, jumentos, y otros muchos buenos despojos, ropas y armas de los moros, xaeces y aderezos de caballos y muchas doblas que algunos hallaron, porque estaban aquel linaje de moros muy prósperos y ricos, los cuales permitió Dios no matasen cristiano ninguno en la refriega: sólo hirieron á cuatro ó cinco soldados de pequeñas heridas, aunque es verdad que nos mataron é hirieron algunos caballos de nuestra gente, al tiempo que se dió el Santiago en los aduares.

Hecha la presa, el Maestre comenzóse á retirar la vía de Orán, adonde salieron alguna caballería de moros, haciendo acometimientos y picando por la retaguardia de nuestro exército, con muchas bandéretas y flámulas en sus lanzas, sin osar llegar cerca del escuadrón, sí sólo dando voces á su usanza; los cuales no hicieron otro daño más que capti-

varon dos soldados, que á la ida á hacer la presa cerca de los aduares della se habían quedado dormidos; á los cuales captivaron los moros que por la mañana vinieron á reconocer los cristianos, que no eran de los aduares en que se había hecho la presa, sí de otros linajes asimismo de guerra, enemigos de Orán, de las parcialidades de Uled Abdelá y Uled Muza, que vivían por allí cerca. Estos captivaron los dos soldados, que hallaron durmiendo, porque si los encontraran los de los aduares alaxeses en que se hizo la presa, los hicieran pedazos.

A los cuales rescató después el Maestre de la misma cabalgada, como se dirá; con la cual llegó á Orán, Sábado á mediodía á los 19 del dicho, con mucha alegría y contento por haber acertado á hacer presa en moros de guerra, de que ya estaba cansado de salir, sin haber acertado hasta ahora nada. Y sobre todo venía el Maestre más contento de que no le habían muerto ningún cristiano, sólo los dos que ya sabía quedaban captivos.

Y antes de entrar en la ciudad, mandó á los capitanes y demás gente de cabo que nombrasen de ellos mismos, por sus votos y pareceres, los cuatro cuadrilleros que se debían elegir y nombrar, para beneficiar y repartir la presa, como Su Magestad manda; y siendo nombrados, les tomó juramento el Maestre, en nombre de Su Magestad. Hecho esto y el inventario de la presa, y alarde y lista de la gente que la había ido á hacer, entró en la ciudad, con grandes salvas de artillería y arcabucería y repique de campanas.

Tomó el Maestre por su joya solamente un es-

clavo, y mandó dar libertad á otros cuatro moros que se averiguó ser de paces, amigos de Orán; que acaso aquella noche habían sido huéspedes, viniendo de camino, á dormir á aquellos aduares en que la presa se hizo; y mandó que de los esclavos y ganado y bestias se hiciese venta y repartimiento, como Su Magestad manda; y demás del esclavo que el Maestre tomó de su joya, y los cuatro que mandó soltar por ser de paces, se murieron así mismo en Orán otros tres, el uno de su enfermedad, y dos de heridas que habían recibido en su captiverio, y otra muger esclava, que el Maestre y cuadrilleros de la presa quisieron dar al hospital de Orán para su servicio.

De forma que se vendieron 184 esclavos, de los cuales y el valor del ganado y bestias, montó todo el valor de la presa 221.823 reales; de los cuales, siendo sacadas las costas del *zanco*, y para la espía, lengua y truxamán, y para ventajas y el quinto á Su Magestad perteneciente, que fueron treinta y tres mil reales, restaron para repartir ciento y veinte y nueve mil y quince reales; de los cuales se hicieron mil y trescientas y sesenta y dos partes y media, á razón de noventa y cuatro reales cada parte: la cual cabalgada se repartió solamente entre las personas que la fueron á hacer, sin entremeter á otras ningunas que en Orán quedasen sin ir á la jornada; lo cual por esta vez mandó así el Maestre, hasta que otra cosa Su Magestad sobre esto proveyese: las cuales partes dieron y repartieron á cada uno las que había de haber, conforme la plaza y sueldo ganaba; y sobraron del reparti-

miento quinientos y setenta y cinco reales, los cuales mandó el Maestre repartir en obras pías, y lo mismo en ayuda del rescate de los dos soldados que en esta jornada habían captivado, como es dicho; y lo demás que para su redención fué menester, se contó y entró en la costa del *zanco,* que llaman, que es lo primero que se saca de las presas cabalgadas, como ya mostramos en el capítulo..... desta Historia.

Celebróse la fiesta de Corpus Christe en su otavario, que por causa de la jornada no se pudo celebrar en su lugar; mas no dexó por eso de ser triunfante y con grandes invenciones, como siempre en aquellas plazas se celebra, que no le hace ventaja ciudad ninguna de España.

Fué también á esta jornada de la primera presa que hizo el Maestre, el Duque de Veraguas, Almirante de las Indias, que, como en su lugar se apuntó, ya había un año que estaba en Orán desterrado, y había salido con el Maestre á todas las demás jornadas, que no acertó, en varias partes y puestos deste Reino de Tremecén, siendo muy llano y afable caballero, muy amigo de los soldados y del Maestre, siendo para con todos muy franco, en forma que vino á morir en Orán pobre, como á su tiempo se verá en esta historia.

CAPÍTULO CATORCE.

De cómo Don Juan de Austria, hermano del Rey Felipe Segundo, fué á Orán y Marçaelquivir la primavera que se embarcó en las galeras de España, y el recibimiento que el Maestre de Montesa le hizo.

Miércoles por la mañana, que se contaban catorce de Julio deste año, llegó al puerto de Marçaelquivir Don Joan de Austria, hermano de la Magestad del Rey Felipe Segundo, el cual se había embarcado en Cartagena, en las galeras de España, que andaban á cargo de Don Sancho de Leiva; y eran 28 galeras las que entonces tenía la escuadra de España, de quien andaban por capitanes cuatralbos dellas, Gil de Andrada, Don Francisco de Vargas, Don Guillén de Rocafús, Don Luis Vique, Don Pedro Cevellón, Don Diego Osorio, y de las otras cuatro era cuatralbo el mismo Don Sancho de Leiva.

Estaban asimismo con las de España ahora otras tres galeras de particulares: una del Abad Lupián, otra de Don Joachín Zentellas, otra de Don Berenguel de Olmos; que por todas eran treinta y una galeras las que ahora halló de España Su Alteza en Cartagena, en que se embarcó esta primera vez que entró en la mar, llevando por su teniente á

Don Luis de Zúñiga, Comendador Mayor de Castilla, á quien seguían y acompañaban otros muchos caballeros de la nobleza de Castilla y León.

Embarcóse Su Alteza un..... que se contaban..... de Mayo deste año, cuya Real Capitana se había apercibido en Sevilla, y había tenido de costa más de diez mil ducados en dorar la popa y otras cosas.

Embarcáronse con Su Alteza ahora en Cartagena siete compañías de soldados, bisoños, nuevamente levantados en España; con la cual española armada comenzó el invito Príncipe á entrar en el mar Mediterráneo, para limpiarle de cosarios turcos y moros, que entonces andaban muchos dellos en nuestros mares, molestando al pueblo cristiano de España é Italia, mayormente los que salían de la ladronera de Argel.

Y pareciéndole á Su Alteza que sería bueno comenzar desde el Estrecho de Gibraltar, para desde allí discurrir por la costa de Berbería, visitando las plazas de aquellas marinas, que eran del Rey Felipe, su hermano, desde el Peñón devante, porque las demás contenidas desde allí al Poniente eran entonces de los Reyes de Portugal; para cuyo efeto de limpiar del todo el Mediterráneo mar, partió Su Alteza de Cartagena por la costa del Reino de Granada la vía de Poniente, dando vista á todos sus lugares marítimos hasta el Estrecho de Gibraltar; y entrando en el mar Océano llegó hasta *Arenas Gordas*, y volviendo á San Lúcar y Puerto de Santa María; donde, entretanto que las galeras tomaban refresco y despalmaban, fué Su Alte-

za, en compañía del Duque de Medina, á Jerez de la Frontera, con otros caballeros de aquella costa; donde se le hizo grande recibimiento y tuvieron grandes fiestas la nobleza y caballería de aquella ciudad; y haciendo un juego de cañas, se encendió una grande pendencia de cuchilladas entre los Avilas y Villavicencios, naturales della, estando Su Alteza mirándoles dende las casas del Corregidor, en la plaza que dicen del Arenal; y para ponerles en paz envió Su Alteza allá un guante, acudiendo á ello así mismo los tudescos de su guarda. Y tornándose á embarcar volvió otra vez á Málaga, á saber de los provehedores y oficiales de la Real Hacienda de aquel otro canal y puerto, en qué plazas de la costa de Berbería de la Magestad del Rey su hermano había necesidad de bastimentos y municiones para socorrerlas. Y sabiendo que en Orán y Marçaelquivir había más falta de provisiones que en otra parte ninguna, mandó Su Alteza fletar allí medianamente las galeras de bizcocho y otras vituallas y municiones de pólvora, cuerdas, balas y plomos para hacer los arcubuces, mosquetes, picas y otras cosas; en que especialmente se cargaron cinco mil quintales de bizcocho, repartidos entre todas las galeras, escepto la Real y Patrona.

Dieron noticia al Señor Don Joan en Málaga el Corregidor y Regidores de aquella Ciudad, del grande daño que ordinariamente recibían sus moradores y de sus términos y alcarías de los moros cosarios que salían de Tetuán, y lo mismo en la mar, donde no osaban hacer noche barca ninguna, ni

laúd de pescador, por temor de los dichos cosarios, y lo mismo de los de Argel; para cuyo remedio suplicaron á Su Alteza lo poco que alcanzaban, que fuese con su armada á ocupar aquella ladronera de Tetuán, por ser, como es, más vecina de aquella costa, significándole ansí mismo el gran beneficio que le había hecho la Magestad del Rey Felipe, su hermano, en haber cobrado el Peñón de Vélez de la Gomera, intolerable padrastro de Málaga y su costa hasta el Estrecho de Gibraltar; en que ahora no lo era menor Tetuán, asombrando ordinariamente sus cosarios aquellas marinas; y tratándose de qué forma es Tetuán y sitio que tiene para poderle entrar á deshora de noche y no de día, con público sitio largo, que allí no se puede hacer por la infinidad de morisma que cargaría; en que le dieron á entender á Su Alteza los que lo sabían y entendían, como es lugar, que no embargante es lugar..... empero está muy desviado de la tierra adentro á..... del mar; donde no se puede desembarcar ni llegar á él sin ser sentido, ni menos, en caso que se ocupe, se puede sustentar, sino es que sea todo el restante de la costa de aquel Reino de cristianos, no sólo lo marítimo, más los lugares de la tierra adentro, distantes cuatro y cinco leguas del mar; y ansí se fué esta plática por ahora, acudiendo á lo que Su Alteza pedía.

Traía así mismo el Señor Don Joan en este viaje dos lijeras fragatas; el cual, habiendo tomado en Málaga las dichas provisiones, atravesó luego desde allí á la costa de Berbería, con desinio de saquear un lugar de moros nombrado *Targa*, en la

dicha costa de Berbería, entre el Peñón de Vélez y Tetuán; do, no pudiendo hacer nada, porque les faltó el tiempo y amaneció antes de reconocer la tierra, no pudieron desembarcarse nadie en ella; donde se pusieron todos los moros en arma, con grandes alaridos á su usanza, luego que descubrieron la armada en su marina. De manera que el Señor Don Juan mandó que no se desembarcase nadie ni se hiciese tal demostración, como que no se les daba nada por su tierra.

Pasó desde allí Su Alteza al Peñón de Vélez de la Gomera, cuya plaza había solos cuatro años se había cobrado de poder de infieles, moros y turcos, que la habían poseído muchos años, aunque la habían fabricado cristianos.

La primera casa en que entró Don Joan de Austria desta fuerza, acertó á ser de un soldado, entendiendo que era paso de una puerta á otra; y acertó á ser á tiempo su entrada, que la muger del soldado estaba parida en la cama, á la cual mandó dar una buena limosna para mantillas y el baptismo: y en este día que allí se detuvo, anduvo mirando las fortificaciones de aquella plaza, que á la sazón se andaban fabricando con mucha ventaja, según de antes era, después que el Conde Don Pedro Navarro la fundó sobre aquella peña aislada, año de 1408, la cual se perdió después en el de 1522, siendo Alcaide della Joan de Villalobos.

Y habiendo estado el Señor Don Joan todo este día en el Peñón, partió para Melilla, costeando tierra á tierra, con tiempo favorable: en cuya distancia entre las dos plazas, antes de llegar á Melilla, ha-

llaron nuestras galeras dos galeotas gruesas, en una cala, de á veinte bancos por banda cada una; las cuales tenían allí una nave presa, que habían captivado pocos días antes en el Estrecho de Gibraltar; y como los cosarios vieron venir las galeras por su Occidente, dexaron el navío y pusiéronse luego en huída, proejando contra el viento con que las mismas galeras venían, porque sobre aquella parte sabían que no las podían seguir ni dar mucha caza, como sucedió, que aunque las siguieron buen trecho de mar en fuera, en que al fin se les escaparon por esta vez, como navíos más ligeros, aunque después se volvieron á encontrar en este mismo viaje, en que tomaron la una, como luego veremos.

Detuviéronse nuestras galeras dos ó tres días en la misma cala y abrigo, do hallaron las galeotas, por el mal tiempo que hacía para su navegación y viaje que llevaban; y allí se pensaron perder una noche, con grande tormenta de borrasca gregal, que desamarraba las galeras, haciéndoles dar unas con otras, de forma que se rompieron de algunas los exporones; y aunque probaron dos veces á salir, les fué forzoso volverse á la misma cala y mal abrigo que tenían, hasta el cuarto día que abonanzó la mar y reposó el viento, saliendo de allí con la nave á jorro, remolcándola las galeras, remudándose por cuadrillas, la llevaron á Melilla; do estuvo el Señor Don Joan esta noche y día siguiente, visitando así mismo aquella fuerza, y entendiendo el cuidado y vigilancia que en la guarda della había.

Pasó Su Alteza desde Melilla á la laguna de su nombre, que dista tres leguas, por Levante, en

cuya ensenada entraron las galeras una á una, por ser angosta su entrada. Detúvose allí el Señor Don Joan un día, mirando por medio de un engeniero que traía, si se podía hacer allí una fuerza en la boca de aquella laguna; do mirándolo bien, hallaron que no se podía plantar ni levantar allí fuerza ninguna, por ser todo arena, y ansí se dexó de entender en ello.

Y pasó Su Alteza adelante la vía de Orán y Marçaelquivir, siempre costeando por Berbería; adonde, viniendo por las marinas del Reino y propia Provincia de Tremecén, tornóse á encontrar, un Martes por la mañana, con las mismas dos galeotas, que los días antes se le habían escapado: las cuales halló que iban saliendo de las bocas del río Risgol de Tremecén, junto á una pequeña isla que allí está, nombrada los *Alimaques*, que dista veinte leguas por Occidente de Orán, junto á la misma costa de tierra y boca del dicho río: cuyos cosarios, viendo venir las galeras, se comenzaron á salir á la mar, poniéndose en huída, como la otra vez, contra viento, para escaparse también ahora en que no era el viento tan forzoso. Siendo descubiertas de nuestras galeras, se pusieron luego en su seguimiento y caza, siguiendo el Señor Don Joan con su Real galera detrás de la una, y la Patrona de España en pos de la otra, á fuerza de remo. En fin la Real, como bajel más poderoso, de presto se puso con la galera que le cupo en suerte, aunque ambas eran muy bien armadas; y como esta una se vió muy apretada de la galera Real, se acoxió á tierra, junto á las ruínas de la villa de One; donde antes

que volviesen ni diesen el timón, el erráez turco y los demás del baxel desherraron de presto los cristianos que traían captivos á la cadena, y á tiempo que llegaron á zabordar en tierra les echaron delante por el espolón de la galeota á palos y á cuchilladas, matando al que no quería salir de la galeota: do luego que los turcos della fueron en tierra, haciendo desviar del mar los captivos, volvieron los rostros de lo alto de una lometa á la galera Real que les había seguido, y comenzáronla á escopetear á prisa, con algunos moros de la tierra, que allí llaman de Tara y Bulhaza; que también tienen escopetas y sirven á los Alcaides turcos de Tremecén, cuando les llaman y son menester.

El piloto y cómitre Real de la galera del Señor Don Joan, viendo que la galeota iba á encallar en tierra, se detuvieron ziando el baxel, por no perderle, y mayormente viendo el lugar do zabordó la galeota, que es un caxón de mar, angosto, como una manga y baxio, por do no podía entrar la galera, sin grande riesgo; por lo cual, desde afuera en la mar, Su Alteza mandó disparar toda la artillería y mosquetería de su galera á los turcos y moros de tierra, en cuanto llegaban las demás, que echaron los esquifes á la mar, con infantería suelta, buenos tiradores, para hacer desviar los enemigos y diesen lugar para sacar la galeota, la cual, siendo sacada, caminó con ella Su Alteza la vía de Orán.

La galera Patrona y las demás, aunque dieron caza siguiendo la otra galeota, no la pudieron al-

canzar, porque como salieron á la mar hallaron más viento, que proejando todos contra él, la turquesca, como más ligero y sotil bajel, cortaba mejor el viento, corriendo con más velocidad que nuestras galeras que la seguían. Eran estas galeotas de los cosarios Mami Erráez, corso, y Dali Mami, griego, de Argel, que tuvieron la pendencia con los soldados de Orán en la agua de la Adelfa, como en el capítulo once diximos; do la galeota de Mami Erráez, corso, fué la que ahora tomó Su Alteza, aunque el pagano se escapó con sus turcos y esclavos cristianos, como es dicho, por tierra de Tremecén.

Habían estas galeotas vuelto á pasar á Levante delante de las galeras, al tiempo que estuvieron en el Peñón de Vélez de la Gomera; porque pensaron los turcos que nuestras galeras habían atravesado desde la Cala, do les quitaron la nave, á las costas de España, ó pasado de largo á Levante, no recatándose que quedaban en el Peñón, ni llevaban todas un viaje, costeando por Berbería hacia Orán.

Dió vista la armada á la fuerza de Marçaelquivir, asomando á la punta de tierra, que dicen *Cala Blanca,* al tiempo que amanecía, un día Miércoles á 14 de Julio, como es dicho; donde ya habían llegado el día antes, Martes por la mañana, las dos fragatas de la armada, las cuales se habían adelantado de las galeras el Lunes en la noche, antes de llegar á Cabo de One, para dar aviso al Maestre de Montesa del huésped que le venía.

Pasaron las dos fragatas de noche muy cerca de

las dos galeotas, que estaban en la isla de los Alimaques, boca del río Risgol de Tremecén, donde si pasaran de día, no podían dexar de verlas y salirles en caza; y ansí por la tardanza del tiempo en que se detuvieron las galeras con las galeotas el Martes todo el día, se tardaron de llegar á Marçaelquivir, de donde ya se querían ir las dos fragatas de la armada, la vía de Cartajena, entendiendo que el Señor Don Joan había atravesado desde las marinas de Tremecén, do le dejaron, á las costas de España, sin querer llegar á Orán.

El cual, como fué llegado á la dicha hora á Marçaelquivir, el Alcaide ó castellano, que á la sazón estaba en aquella fuerza, nombrado Diego de Peralta, natural de Vélez Málaga, envió á toda prisa á avisar al Maestre á la ciudad de Orán, de cómo era llegado á aquel puerto y fuerza el Señor Don Joan de Austria, hermano del Rey de las Españas; y entre tanto que iba llegando y entrando en el puerto, el dicho Alcaide mandó hacer la salva con toda la artillería gruesa y menuda de la fuerza y la arcabucería asomada por la muralla y nuevos baluartes, que se andaban fabricando. Dió fondo la Real de Su Alteza en el úlptimo rincón del *Puerto Viejo*, que dicen, donde disparó sólo un cañón, sin que otra ninguna galera de la armada disparase, y al tiempo que saltó en tierra en el dicho Puerto Viejo, se le volvió á hacer otra segunda salva, por el tenor de la pasada; do el primero que saltó en tierra fué el mismo Señor Don Juan, vestido de damasco naranjado, con montera de lo propio y jubón de brocado de tela de oro, y tahalí del

mismo color, de que pendía una cortiancha espada á su lado; con el cual hábito, postura y brío mostraba ya el valeroso Príncipe su nuevo orgullo y bravosidad militar, que de su nueva inclinación apetecía y amaba de voluntad, según que después bien lo mostró en las obras de sus manos, en el poco tiempo que vivió, así en la quietud de la rebelión de los moros del Reino de Granada, como después siendo Generalísimo de la Santa Liga de Pío Quinto contra el turco, año de 1571; y habiendo salido de ella los venecianos, pasó al Reino de Túnez á echar de allí á los turcos, y después desto acudió á las alteraciones y nuevas guerras de Flandes, donde murió; y lo que más hiciera este invencible Príncipe, si duraran más sus días, lo dexamos á la buena consideración de los que lo entienden y alcanzan, y conocieron su magnánimo natural, y grande ingenio y celo que tenía de la ampliación del nombre cristiano, destruyendo á sus enemigos: Dios, por nuestros pecados, le cortó el hilo de la vida y nos quitó de nuestro amparo aquella diamantina espada, que tan temida era ya de los enemigos de la Santa Fe Católica, mahometanos y herexes.

Desembarcado que fué este Príncipe, subía en una carrera por aquellas peñas arriba, hasta que llegó á la fuerza; con el cual desembarcaron al mismo tiempo el Comendador Mayor de Castilla y muchos capitanes y caballeros que en la armada venían; á los cuales salió á recibir el Alcaide de la dicha fuerza, con los soldados della en orden, y también le salió á recibir Joan Baptista Antoneli,

engeñero de Su Magestad, que tenía á cargo la continuación de las fortificaciones de aquella fuerza; en la cual, habiendo entrado Su Alteza, fué derecho á la Iglesia que es de la vocación de San Miguel, donde oyó misa, y luego se fué á ver las fábricas que se andaban levantando, nuevos baluartes, traveses, cortinas, y abriendo fosos de peña viva.

Donde dixo Su Alteza al engeñero Joan Baptista Antoneli, que según los grandes tesoros que la Magestad del Rey, su hermano, había gastado y gastaba en estas fortificaciones, parece en ellas muy poco hecho ni puesto en defensa: á lo cual respondió el engeñero, representando la grande costa que tenían, puestos allí, los pertrechos, materiales, maestranza y gastadores que eran menester, y demás el sustento necesario de todo.

Volvióse á embarcar Su Alteza, á hora de las nueve de dicho día, y se levó su galera la vía de Orán; y siguiéndola las demás, dieron fondo en la misma playa de Orán, donde se le hizo otra muy más grande salva de artillería y arcabucería de la ciudad y sus fuerzas; á cuyo tiempo ya estaba el Maestre en la marina, á la lengua de la agua, con todos los capitanes y otra caballería, con el mejor caballo y xaeces de su caballeriza aprestado, en el cual subió Don Joan, y el Comendador Mayor en otro; y dando á Su Alteza lugar debido, partieron de la marina para la ciudad de Orán acompañados de muchos otros caballeros y capitanes de la armada y de la tierra; do estaba, como es dicho, el Duque de Veraguas, Almirante de las Indias, des-

terrado, y otros muchos caballeros Comendadores de Montesa, que estaban en compañía de su Maestre en aquellas plazas; donde verdaderamente parecía que estaba la Corte de España en Orán, tantos alabarderos de las dos guardas de Don Joan y del Maestre y mucha bizarría de Comendadores de todas órdenes y galanes soldados; con lo cual todo estaba el Maestre muy alegre y contento, y más de tener tal huésped en su casa y plazas de su cargo.

Entrados que fueron en la ciudad por la puerta que dicen de Canastel, que responde á la mar, llegando delante de la Iglesia Mayor, se apeó Don Joan, y entró en ella á hacer oración, y anduvo mirando su antiguo edificio, que en aquel tiempo era la obra vieja, mezquita que había sido, siendo Orán de moros; y alzando los ojos, preguntó que cuyo era aquel capelo roxo que allí colgaba de la techumbre de la Iglesia, delante del Altar Mayor. Respondieron los clérigos que allí estaban, que el capelo era el que allí había dexado por memoria el Cardenal fray Don Francisco Ximénez, Arzobispo de Toledo, cuando ganó aquella ciudad de poder de moros, cincuenta y nueve años había en el de 1509.

—Grande fraile fué aquél, respondió el Señor Don Joan, que gobernó dos veces á España, y mediatamente, entre una y otra, echó á cordonazos los moros desta ciudad, aumentando el señorío español.

Entró el Señor Don Joan de Austria en Orán con el mismo vestido que entró en Marçaelquivir: sólo

había dexado la montera, y traía ahora un sombrero verde con plumas y costosa toquilla y medalla; y habiendo hecho oración, volvió á cabalgar, y acompañado, como venía, del Maestre y demás caballeros y capitanes, caminaron á la Alcazaba; y pasando por medio de la plaza de la ciudad de Orán, se le hizo otra grande salva de arcabucería, al tiempo que pasó por medio de un escuadrón que en la misma plaza estaba ordenado, aunque diviso, con plaza de paso abierta para dar lugar al dicho Príncipe y caballería que le acompañaba.

Y subiendo á la Alcazaba y entrando en ella el Señor Don Joan, se asomó á sus balcones y mirador, desde donde se descubre toda la ciudad, y mayor parte de la ribera, sus huertas y jardines, y lo mismo las fuerzas de extramuros de la ciudad, con un gran término de mar y tierra; de que no se holgó poco Su Alteza, y volviéndose al Maestre, dixo:

—Buen puesto tiene este Alcázar: cierto es bueno para Real palacio.

Respondió á esto un capitán antiguo de Orán:

—Así lo fué antiguamente, siendo Orán de moros, y antes en tiempo de la gentilidad.

CAPÍTULO QUINCE.

De las cosas en que se ocupó en Orán y Marçaelquivir el Señor Don Joan de Austria en los días que allí estuvo.

En estos días que el Señor Don Joan de Austria llegó á Orán, estaban todavía por vender algunos esclavos de la presa que el Maestre había hecho en los campos de Mediona, como se ha dicho; cuya forma de venta se holgó mucho Su Alteza ver en la plaza pública de Orán, á voz de pregonero, y lo mismo de saber la orden que en su repartimiento se tiene, por mandado del Rey, su hermano.

En cuanto las galeras dieron este día la carga que para Orán traían de vizcocho y otras vituallas y municiones, descansó en tierra Don Joan y comió con el Maestre en la Alcazaba de Orán, y lo mismo los demás caballeros y capitanes de la tierra y de la armada; y en este mismo día, habiendo tratado sobre mesa cosas de aquel Reino, á las cuatro de la tarde subieron á caballo Su Alteza y el Maestre, con grandes regocijos, juntamente con el Duque de Veraguas, Almirante de las Indias y otros caballeros y capitanes, llevando sus ordinarios guardas y doscientos arcabuceros de infantería; y saliendo por la puerta que dicen de

Tremecén, que corresponde á tierra, fueron la ribera del río arriba, hasta la fuente grande, holgándose de ver las huertas, que aquella agua fertiliza, llenas de arboledas de diversas frutas; y viendo Su Alteza la fuente, se maravilló de su grande caudal de agua, en tres ojos divisos, á igual distancia uno de otro, de su misma naturaleza compuesto y ordenado; y dando la vuelta para Orán, fueron de camino á ver el castillo de Araz el Cázar, que está junto á la ciudad; donde al tiempo que entró el Señor Don Joan se le hizo una grande salva de artillería y arcabucería que había dentro; donde andando Su Alteza visitando la fuerza, un tudesco alemán de los de su guarda, leyendo las letras de una de las piezas de artillería que allí están, se comenzó á reir, y viéndolo Su Alteza, le preguntó de qué se reía; el tudesco respondió, señalándola con el dedo:

—Aquella pieza, Señor, es una de las muchas que el Emperador, vuestro padre, tomó á los Duques de Sajonia y Landgrave en Alemania, y estas letras (dixo poniendo la mano encima) dicen una grande blasfemia y mofa del Santo Padre Romano Pontífice.

Oyendo esto el Señor Don Joan, como celoso Príncipe de la Santa Fe Católica, mandó que viniese luego allí el cabo maestro de la Artillería de aquellas plazas, con un artífice de cincel y limatón, y rayesen bien aquellas letras, sin dexar memoria ni figura dellas; lo cual se cumplió así luego aquel mismo día y en el siguiente, por mano de un maestro de fragua y lima, llamado Andrés de Peñafiel:

es ésta una gruesa pieza de las de aquel castillo viejo, á la cual llaman el *Salvaje,* porque le tiene figurado monstruosamente, con un bastón en las manos.

Hízosele á Su Alteza otra grande salva al tiempo que salió de la fuerza, y vueltos á la ciudad, con la fresca desta misma tarde, dieron vuelta, paseando por las más principales calles; donde el Señor Don Joan se holgó de ver las damas africanas, y las alabó de hermosas y cortesanas en discreción de su plática, y esta noche se volvió á dormir á su galera; y aunque el Maestre le convidó con posada en tierra no la quiso recibir; y siendo embarcado, se fueron las galeras al puerto de Marçaelquivir, y otro día, Jueves por la mañana, se volvió á la playa de Orán, donde el Maestre y caballería le volvió salir á recibir; y habiendo oído misa en el Monesterio de San Francisco, subieron á la Alcazaba, donde ya el Maestre tenía apercibida la comida; el cual, si buen servicio tuvo el día antes, mejor le tuvo éste, tanto que dixo Su Alteza asentándose á comer:

—Certifícoos, Maestre, que hacéis en vuestro tanto mejor tabla que el Rey mi hermano.

Tenía de postre, por ser verano, todo género de frutas, hasta cerezas y guindas, que, aunque no las hay en Orán, le habían traído un presente dellas de Tremecén, un día antes que Don Joan llegase.

Y habiendo comido, se trató sobre mesa de las cosas del Reyno, su fertilidad y excelencias, y de los moros y turcos que le poseen, y su modo de guerra y paces que con ellos se asientan, y mane-

ra como se hacen en los enemigos presas, y de otras muchas cosas de aquellos Reynos se trataron allí; de que Su Alteza gustó mucho oir relación, y mostró así mismo grande sentimiento de ver provincias tan abundantes y fértiles, vecinas de España, en poder de infieles; mas, como animoso Príncipe, mostró grandes esperanzas de su general y total conquista, estendiendo por aquella región el nombre cristiano, con destruición de sus enemigos.

Mandó Su Alteza que en este día, con la fresca de la tarde, se armase un juego de pelota de viento en la plaza de Orán, según lo acostumbraban hacer muchas veces los capitanes y soldados de aquellas plazas; donde Su Alteza se hartó muy bien de jugar, do perdió 1.500 reales; y salió este día con calzón boquiancho harriero, largo, de tafetán amarillo, y jubón de raso blanco, bordado de hilo de oro, y la montera naranjada.

Este día un mal plático bisoño soldado, de los nuevos en Orán, dió al Señor Don Joan un memorial, en su nombre y de todos los demás de aquellas plazas, sin su voluntad ni consentimiento, ni haber llegado á noticia de ninguno; en que mostraba estaban todos quexosos del Maestre, diciendo que lo hacía muy mal con ellos; sobre que para dar buen color á su mal pecho y malicia, so color de la razón que mostraba tener, iba el memorial lleno de otras muchas mentiras y maldades sacadas de su cabeza, cosas descompasadas fuera de toda razón, que jamás no podían caber en la virtud y bondad del Maestre y calidad de su

persona; y como el Señor Don Joan vió la sustancia del memorial, se lo dió al Maestre, diciendo:

—Mirad qué es eso que dice ese soldado.

El Maestre, habiendo leído el memorial, se sonrió un poco, diciendo:

—No hay que hacer caudal destas cosas; cuanto y más que en partes está vuestra Alteza do se podrá bien informar de la verdad, si esto que el soldado dice es así ó no.

—No hay que averiguar ni tratar eso, respondió el Señor Don Joan de Austria, porque bien satisfecho está el Rey, mi hermano, de vuestro servicio y buen celo que tenéis, aquí y á donde quier, y sabe la manera cómo van las cosas destas plazas: lo que os mando es que luego le mandéis ahorcar á este desvergonzado soldado que dió el memorial, con el pregón y título de la causa escripta á las espaldas del mismo memorial puesto en los pechos.

Oído esto el Maestre hincó la rodilla en tierra, pidiéndole de merced que no le mandase quitar por eso la vida, porque era un loco, mentecato, y que por ventura debía estar borracho de vino ó de enojo de haber perdido alguna miseria en el juego; y así, embriago de cólera, se había atrevido á hacer tal disparate y locura, y que él daba la palabra á Su Alteza, como caballero, de que á otra ocasión que diese lo pagaría todo junto.

—El loco por la pena es cuerdo, respondió el Señor Don Joan; mas pues vos, que os debéis sentir y quexar desto, como injustamente injuriado, le queréis perdonar, sea en hora buena, como vos quisiéredes; haced en ello lo que os pareciere que más

convenga, y quedad satisfecho y enterado que lo estamos de vuestro buen gobierno y celo de vuestro servicio.

Entre tanto el soldado que dió el memorial, sintiendo el premio que Su Alteza le mandaba dar, deslizóse de allí por entre la gente, desapareciéndose de presto, se fué á retraer en lo alto de la torre de la iglesia mayor de Orán; porque fuera de la ciudad no podía salir á esconderse en el campo, á causa de que siempre ordinariamente, cuando van galeras á aquellas plazas, se ponen oficiales de cabo en las puertas, para que no dexen salir soldado de la tierra sin licencia del Capitán General.

Aprovechárale muy poco al soldado encastillarse, porque si el Maestre no le fuera tan buen amigo y padrino como le fué, el Señor Don Joan le mandara luego sacar, según tomó y estimó el desacato: en que fué estimada grandemente esta magnificencia y grandeza del Maestre, de todos los demás caballeros y capitanes que allí estaban de la armada y de la tierra, y mayormente el Señor Don Joan le tuvo por buen cristiano, generoso, y alabó muchas veces después al Maestre fuera de Orán, sobre semejantes negocios de ofensas, de que le venían á pedir venganza de soldados.

Sosegado que fué el negocio, el Maestre envió al soldado un guante de los suyos de seguridad, para que baxase de la torre, debaxo de su palabra; y siendo fuera, le mandó embarcar secretamente en las mismas galeras del Señor Don Joan, para que se fuese con Dios en España ó á donde quisiese, con una amplia licencia que le mandó dar y

cient reales para el camino, del sueldo que había ganado.

Y subiendo este día á cenar temprano Su Alteza con el Maestre, al punto que anocheció, se volvió á embarcar en las galeras, y fueron á dormir al puerto de Marçaelquivir: y otro día, Viernes á 18 de Julio, visto el Maestre que el Señor Don Joan no venía á la playa de Orán, como los días antes, imaginando que se quería ir en España desde Marçaelquivir, le mandó enviar de presto esta mañana mucho refresco de comidas aderezadas y frutas, con mucho vizcocho blanco; y ansí mismo le envió de presente tres esclavas blancas, mozas de á catorce ó quince años cada una, las más hermosas que halló en Orán, vestidas á la morisca, con tabaques blancos en las cabezas, llenos de regalos de comidas.

Lo cual todo envió el Maestre con un alabardero, llamado Joan García de la Puente, natural africano, el cual fué en una galera de las que aquella mañana habían ido á la boca del río de Orán á hacer agua; y luego, tras del presente, partió el Maestre en otra galera á despedirse de Su Alteza; do casi llegaron á un tiempo el presente y el Maestre á Marçaelquivir, do estaba el Señor Don Juan jugando á las damas en la popa de su galera, con el Comendador Mayor de Castilla, que siempre andaba en su compañía: donde recibió el presente con alegre semblante, y lo mismo al Maestre, que entró luego en pos dél en la galera.

Había estado este día, Viernes por la mañana, Su Alteza en tierra, dentro de la fuerza de Marçael-

quivir, oyendo misa: donde, saliendo de la Iglesia, que es de la advocación de San Miguel, se asentó él y los demás caballeros en sillas, que allí mandó sacar el Alcaide castellano de la fuerza, tomando el frescor de la mañana, á la sombra de la misma Iglesia; do estando platicando y muchos soldados á la mira, un tirador de barra que traía Don Joan, muy afamado, de España, de tierra de Toledo, nombrado Don Vasco, alzó una barra de hierro, de muchas que por allí estaban de las fábricas, y hizo un tiro con ella delante de Su Alteza, diciendo si habría hombre en aquella fuerza que osase tirar con él; á lo cual respondió el Alcaide castellano de la fuerza:

—Sí, aquí tengo yo un soldado que tira bien.

—Hágalo venir, dixo Su Alteza; mas no creo yo tirará tan bien como Don Vasco, porque no hay en España quien le gane ni alcance á sus fuerzas.

Señaló el Alcaide su soldado, que allí con los demás en el corrillo estaba, llamado Joan de Illora, que era el Sargento de la compañía de la fuerza, que en el sitio que le puso el enemigo turco había cinco años, en que había hecho maravillas en su defensa, peleando por su persona valerosamente; donde mató muchos turcos cuerpo á cuerpo, á bote de alabarda, pica y lanza, en todas las arremetidas y asaltos; el cual pasó después á ser Alférez de infantería de una de las cinco compañías ordinarias de la ciudad de Orán, y de allí pasó á ser Alcaide de una de las dos puertas de la ciudad, nombrada de Canastel, que sale contra el Levante y á la mar, en cuyo cargo y oficio murió, dejando más pobreza

que riqueza á sus hijas, en premio de sus servicios.

Al cual siendo, como es dicho, ahora Sargento de la fuerza de Marçaelquivir, le mandó Su Alteza tomar la barra y tirar con Don Vasco; y tirando cada uno tres tiros, le ganó Joan de Illora barra y media, y á barra hecha incada siempre en los tres tiros, porque la despedía de la mano rodando ó torciendo, como un huso ó rodezno de molino, hasta hincarla, donde alcanzaba en tierra, derecha, y Don Vasco la tendía en el suelo; de lo cual se maravilló Su Alteza, y dixo á Don Vasco:

—Hallado habéis forma de vuestro zapato en Marçaelquivir.

—¡Que sea posible que en esta grajera, dixo Don Vasco, haya quien me gane y tire tan bien y desenfadadamente, lo que no he hallado en toda España! ¡Válate el diablo por soldado, carne de perro ahumada!

Respondió el Señor Don Joan:

—¿No veis que la tiene enjuta, hecha de bizcocho y mal pasar y correosa, no como la vuestra y la mía, hechas de manjar blanco y almondiguillas?

Y con esto volvió Su Alteza la cara al Alcaide de la fuerza, pidiéndole aquel soldado, para llevarle consigo en las galeras.

—No permitirá vuestra Alteza, respondió el Alcaide Diego de Peralta, que se saque del amparo y defensa de esta fuerza un soldado, como este Sargento della, en que demás desto está otorgado en casamiento con una honrada doncella, hija de otro valeroso Capitán y Sargento mayor destas plazas, que está en Orán.

A esto respondió Don Luis de Zúñiga, Comendador Mayor de Castilla, que así mismo allí estaba asentado:

—No permita Dios que vengamos aquí á estorbar ni á impedir tales conformidades, ni á descasar casados; el soldado está muy bien empleado en esta fuerza, muy mejor que en otra parte ninguna.

Con estas razones se levantaron todos de los asientos y se fué á embarcar el Señor Don Joan; do al cabo de poco espacio de tiempo llegó el Maestre, como es dicho, y estuvieron hablando en la galera hasta hora de las cinco de la tarde, que se comenzó á levar la Real la vía de Levante, saliendo luego todas las demás en su seguimiento: en que el Maestre fué más de una grande legua acompañando y hablando con Su Alteza, al cual mandó que le volviese una galera de las otras y echáronle en tierra; en cuyo trecho vino jugando el Maestre con el Capitán de la misma galera, al cual ganó más de tres mil reales á los dados; la cual moneda repartió el Maestre entre los forzados y soldados de la galera, y echándole en tierra, en la marina de Orán, donde estaba esperándole su guarda, caballeros y capitanes, con quien se entró en la ciudad. Y siguiendo la galera á las demás, que iban la vía de Levante, las alcanzó á la Aguja de Orán, porque llevaba Su Alteza disinio de discurrir este verano, de llegar hasta Malta y Sicilia, visitando á Mallorca y Menorca de camino, y lo mismo á Cerdeña y Córcega, llegando hasta Mecina, para volver por la costa del Reino

de Nápoles, Romanía, Génova y Francia, hasta tornar en la de España por Cataluña y Valencia. Empero no lo pudo hacer y le sucedió de otra manera, como luego veremos.

Discurrió Su Alteza la vía de Levante, costa de Berbería, del Reino de Tremecén, dando vista á los lugares marítimos que el turco en ella tiene, Mazagrán, Mostagán, Ténez, Brixcar, Sargel, desde adonde atravesó derecho á Mallorca, sin dar vista á Argel, aunque bien le vieron turcos y cristianos, que estaban haciendo madera y leña en las Caxines.

Estando Su Alteza en Mallorca llegó la triste nueva de cómo un Sábado, á los 24 de Julio, había muerto en la villa de Madrid el Príncipe Don Carlos, que no lo sintió poco Su Alteza, así por el parentesco, como porque se habían criado juntos; y ansí mandó cubrir luego de luto la galera Real y la chusma y soldados della, y lo mismo teñir de negro toda su palamenta, árboles y entenas; y á esta causa hubo de dexar la vía de Italia y demás islas que quería visitar: y atravesó luego desde allí á la costa de España en Cataluña, surgiendo en la playa de Barcelona, donde partió para la corte, donde estuvo hasta que en fin deste año se levantaron los moros del Reino de Granada; do comenzó aquella guerra, tan notoria en España, de que otros muchos autores escriben, y del mismo Señor Don Joan, hasta que murió en Flandes, año de 1577, con grande dolor de toda la milicia española, y contento de los enemigos de la Santa Fe Católica, moros, turcos y hereges.

CAPÍTULO DIEZ Y SEIS.

De lo demás de guerra y segunda presa que hizo el Maestre de Montesa.

Lunes en la noche, que se contaron 16 de Agosto del mismo año 1568, tuvo aviso el Maestre de que cierta cantidad de moros de á caballo de guerra, habían de venir otro día, Martes por la mañana, á correr los términos de la ciudad de Orán. Salió della luego en esta misma noche, con parte de la gente de guerra de á pie y de á caballo, y fué á ponerse en celada en una rambla que dicen de *Alaix*, á media legua de Orán, donde vinieron los moros al punto de la media noche, al mismo puesto donde los cristianos estaban.

Los cuales, viendo venir los moros, les dexaron llegar todo lo posible cerca, y luego les salieron de improviso, dándoles alcance; prendieron uno dellos, aunque mal herido, y mataron otros cuatro, demás de otros que fueron heridos; y por ser de noche no quiso el Maestre que les siguiesen más ni derramase su gente, como prudentísimo Capitán, diciendo que no quería más de solamente darles á entender su recato y vigilancia.

Y con esto se volvió á entrar en la ciudad antes que amaneciese el Martes; en que sólo murió un

cristiano de á caballo, de una grande caída que dió del caballo abaxo yendo corriendo aquella noche, en que murió luego, y le trajeron muerto á Orán, y otro herido de una lanzada, de que sanó, por buena diligencia del cirujano.

Martes en la noche, que se contaron 21 de Septiembre del mismo año, tuvo aviso el Maestre de Montesa de cómo en los campos que dicen de *Zirete* y *el Tarahal,* á nueve leguas de Orán á la tierra adentro de África, estaban asentados ciertos aduares de moros de los linages y parcialidades de Uled Brahem y de los de Habra, con otros villanos de Uled Abdallah, todos mixturados y revueltos; los cuales eran de guerra, enemigos de aquellas plazas, y tenían la amistad de los turcos, siendo así mismo contrarios y grandes enemigos de todos los demás moros del Reino que tenían paz y amistad con los cristianos, é impedían el paso á los que traían bastimentos á Orán.

Y determinando el Maestre salir á castigarles, como á tales enemigos de Su Magestad y del nombre cristiano, partió de Orán el Miércoles á medio día, á los 22 de Septiembre, con parte de la gente de guerra de Orán y Marçaelquivir y cient hombres de las fábricas que tenían de ordinario y sabían manejar armas de fuego y asta; y dexando la demás gente de guerra y fábrica en guarda de las fuerzas, caminó el buen Maestre con el resto en demanda de los enemigos, y fué esta noche á cenar á los pozos que dicen de *Thelemín*, á tres leguas de Orán; do llegó nuestra gente cuando se ponía el sol, y allí se murió y ahogó de calor un

soldado nombrado Francisco de Morales, y afirmaron muchos que se ahogó con el mucho vino que había bebido saliendo de Orán, do era casado; y dexándole enterrado allí do murió, y habiendo cenado el exército, refrescándose en la agua de aquellos pozos, aunque no es muy buena, prosiguió el Maestre el viaje de los enemigos, y caminando toda la noche el campo junto, sin dexar el bagaxe, llegaron á ellos otro día, Viernes á 23 del dicho, una hora antes que amaneciese, y cercando tres aduares, dieron Santiago á un tiempo en ellos; do prendieron y capturaron 420 moros y moras de todas edades, y otros muchos que mataron porque hacían armas, no queriendo rendirse á prisión.

Tomáronse así mismo 120 caballos y yeguas y 60 jumentos, asnos y borricas, y otros muchos despojos, de que los soldados vinieron muy ricos y aprovechados de muchas doblas, que algunos hallaron y ropa, sin que los moros matasen á ningún cristiano, ni quedó otro en la jornada, sí sólo el que diximos se afogó en el camino á la ida; aunque es verdad que en la refriega hirieron los moros á doce soldados, de heridas de que después sanaron.

Mataron así mismo siete caballos á nuestra gente; y con tan honrosa presa caminó el Maestre la vuelta de Orán muy triunfante y alegre, no curándose de traer ganados, aunque había grande cantidad dellos, vacas, cabras, ovejas y carneros, todo muy lucido y gordo; y no lo antecogieron, porque se contentó el vitorioso Capitán General Maes-

tre con la presa hecha, y porque se entendió que habría aquel día grandes refriegas á la retirada con los moros del Reino, como sucede de ordinario en tales ocasiones; y aunque se mostraron cantidad de moros de á pie y á caballo á reconocer los cristianos, nunca se arrimaron mucho á ellos, por temor de la arcabucería; sí siempre vinieron desviadamente, por una y otra parte del exército, en bandas, dando voces y alaridos á su usanza, de que los soldados de Orán no se les da nada.

Y con esta presa llegaron á Orán, Sábado á los 25 del dicho, á hora del mediodía; y antes de entrar en la ciudad mandó el Maestre á los capitanes y demás gente de cabo, que por sus votos nombrasen y señalasen de ellos mismos á los cuatro cuadrilleros que se debían elegir y nombrar para beneficiar la hacienda de la presa hecha; y siendo nombrados, el Maestre los aprobó y tomó juramento de que harían bien y fielmente su oficio, como Su Magestad manda.

Hecho esto y el inventario de la presa y muestra y alarde de la gente que la había ido á hacer, se entraron en Orán con grande salva de artillería de las fuerzas y baluartes, y la misma infantería con sus arcabuces.

Murióse en el camino antes de llegar á Orán un moro pequeño, y el Maestre tomó por su joya otro esclavo grande, y de los demás 418 mandó hacer aprecio y venta y partición. Montó el valor de la presa 453.070 reales; de los cuales, siendo sacadas las ordinarias costas del zanco y lo que tocaba á la espía, lengua y trujamán, y para las ventajas, de

lo que restó, perteneció al quinto de Su Magestad 66.000 reales; restaron para repartir 264.000 reales, de los cuales se hicieron 1.491 partes, á razón de 177 reales, que se repartieron á cada una de las personas que fueron á la jornada, las que había de haber, conforme la plaza y sueldo ganaba, solamente entre la gente que había hecho la presa; porque entonces no se acostumbraba dar partes á los que se quedaban en Orán, como después acá se acostumbra, no sólo á los Alcaides de las fuerzas y puertas de la ciudad y Alcazaba, mas á otras muchas personas inméritas que no lo merecen sus oficios.

Fué ésta la mayor presa y mejor repartida que los soldados de Orán han hecho después que se ganaron aquellas plazas á los moros, hasta que esta Historia se escribió; porque de todas las presas cabalgadas que se han hecho en aquellas partes, tenemos entera noticia y cierta relación para la general Historia que de todo aquel Reino tenemos trabajada para sacarla á luz.

Mandó el Maestre repartir bien esta presa, cristiana y fielmente, entre la gente de guerra que la había ido á hacer, como persona que vió por experiencia el grande trabajo que sufrían y pasaban en tales jornadas de hambre, sed, calor y frío y cansancio, sin dormir en cuatro días ni sentarse á reposar; y con todo esto siempre constantes y firmes en sus buenas órdenes y sin género de temor á los moros, aunque más fuesen.

También mandó el Maestre repartir las sobras que hubo desta presa en cosas olvidadas de su re-

partimiento del zanco y ventajas, y en otras obras pías, á que siempre el Maestre fué inclinado.

Lunes, que se contaban 18 de Octubre deste año, se hicieron en Orán las honras del Príncipe Don Carlos, primogénito del Rey Felipe Segundo, que había fallecido en la villa de Madrid, á los 24 de Julio deste año. Los cuales funerales ó sequias se hicieron en la Iglesia del Monesterio de San Francisco de Orán, en que parece gastó aquella ciudad largamente de las rentas de sus propios, como parece por mandamiento escripto del Mayordomo que entonces era de aquella ciudad, y firmado de los Regidores della.

CAPÍTULO DIEZ Y SIETE.

De lo demás que sucedió en este año en Orán y su Reino, y discordias que hubo entre los moros dél naturales.

Nunca en todo este año cesó de haber nuevas en Orán de que en Argel se prevenía grande armada para venir sobre aquellas plazas, y lo mismo en Costantinopla se hacían grandes aparatos para ello, á pedimento de Uchalí, Rey de Argel. Lo cual todo, según que después pareció, era para ocupar el Reino de Túnez, como se ha dicho le ocuparon los turcos pocos días después, con calor de algunos moros del Reino mal contentos y desavenidos de sus caudillos.

También pareció después se apercibían así mismo en Argel para favorecer á los moriscos del Reino de Granada, como luego se mostró, pues confiados en la ayuda y socorro de los turcos y demás moros de los Reinos de Berbería, se rebelaron contra la Real Corona de España en fin deste dicho año; que no dieron poco en que entender, molestando á toda nuestra España, de la cual se debieron expeler y desarraigar en aquella ocasión totalmente, como se desarraigaron después en los años 1610 y en el de 11 y 12, por otro repiquete de

alteración general que querían hacer para alzarse con España toda.

Sucedió, pues, en Orán en estos mismos días que andaba esta voz de que el enemigo turco venía sobre estas plazas, que vino allá un judío de la Sinagoga de Salóniche (Salónica) y Costantinopla, por la vía de Argel, nombrado Brahén Cazez, como muchas veces vienen allí de varias juderías de Levante y de otras partes de Berbería, á tratar con la de Orán; el cual, luego que entró en aquella ciudad, se sospechó dél que era espía de los turcos, so color de ser mercader, por las cosas en que se metía y preguntaba, muy fuera del común trato de los judíos que á Orán suelen venir.

Llegado esto á noticia del Maestre le mandó echar en prisión; en que habiéndole tomado confesión á qué había venido y preguntaba de los castillos y fuerzas y artillería della, y prevenciones de las armadas de España, sus puertos y muelles y casas de municiones, finalmente, de todas las cosas reservadas y sólo pertenecientes á Capitanes Generales y otras personas de calidad, celosas del Real servicio; en que visto el Maestre que el judío en todo negaba, no queriendo conocer para qué andaba inquiriendo y preguntando las cosas que averiguadamente se le probaban, le mandó dar tormento en la Alcazaba de Orán, un Viernes en la noche, que se contaban 19 de Noviembre del dicho año 1568.

En que viendo el pérfido judío que le querían dar tormento, para apurar y sacar dél la verdad del secreto en que andaba, tomó el infiel un cuchi-

llo de la mesa en que estaba escribiendo el Notario de la causa, haciendo la averiguación en nombre del Maestre, se lo metió por su misma barriga, de que cayó luego muerto en tierra, delante de todos los que allí estaban presentes. Con lo cual se confirmó la verdad de la nueva que había de la venida del enemigo sobre aquellas plazas en el año siguiente venidero de 69, y que el judío era sin duda espía, pues así se había muerto con sus mismas manos, por no descubrir en el tormento el trato en que andaba.

Semejante cosa como ésta refiere la Sagrada Escriptura pasó, cuando Nicanor, Capitán del Rey Demetrio de Siria, vino á hacer guerra á Judas Machabeo en Jerusalén, donde no pudiéndole haber en sus manos, hecho una ponzoña de coraje, envió á prender á un judío viejo anciano, nombrado Razías, á quien todos los demás tenían en grande veneración; y enviando por él para matarle y tomar lengua dél do estaba Judas Machabeo para tomar venganza dél, en que viendo el judío Razías entrar en su casa una escuadra de soldados á prenderle, tomó un cuchillo y se lo metió por el vientre, con desinio de matarse con sus manos, queriendo más morir de aquella manera, que no atormentado á manos de sus enemigos; y viendo que con todo eso le prendían y que no moría tan pronto como quería, se arrojó de una azotea ó corredor abaxo, y de allí se acabó de despeñar, de otro gran salto, de una peña abajo, arrancándose, y despedazándose las tripas que se le salían por la puñalada y desgarrón que se echó al vientre, hasta que se

acabó de matar, á vista de los que iban á prenderle, por no venir á manos de sus enemigos á sufrir tormentos injustos.

Empero este otro judío en Orán se mató por no decir la verdad y descubrir el secreto del negocio, en que andaba espiando y trujamaneando. En que luego á la misma hora que esto sucedió en la Alcazaba de Orán, que sería á hora de las ocho de la noche del dicho día Viernes, despachó el Maestre aviso á Su Magestad con Don Felipe de Borja, su hermano, el cual partió de la playa de Orán al punto de la media noche, en el bergantín ordinario de aquellas plazas, el cual surgió en el puerto de Cartagena, Domingo, á 21 del mismo mes y año, y á dos horas antes que amaneciese. Y en desembarcando y siendo de día, luego partió el mismo Don Felipe de Borja de Cartagena, por la posta, con el aviso para Su Magestad, y á los veinte días volvió allí con la respuesta y despacho de la corte, de lo que se había de hacer en el socorro de Orán y Marçaelquivir.

Donde el Maestre, su hermano, mandó hacer las honras de la Reina Doña Isabel, que nombraban *de la Paz*, tercera muger del Rey Felipe Segundo, que había muerto en la Villa de Madrid, un día Lunes, que se contaban cuatro de Otubre deste año, de achaque de mal parida de un hijo: las cuales osequias Reales se celebraron, con grande sentimiento de todas las gentes de aquellas plazas, Lunes, que se contaban 20 de Diciembre deste año, en la iglesia del Monesterio de Sant Francisco de aquella ciudad, donde más plena-

mente se hacen los oficios divinos, por haber, como siempre hay allí, más cumplidamente sacerdotes que en los otros dos Conventos de aquella ciudad.

Hiciéronse estas honras con muchas lágrimas en Orán, como era razón, perdiendo los Reinos de España tan buena y católica Reina, cristianísima en las obras, conforme al nombre de los Reyes de Francia; y aquellas plazas perdían en ella grande amparo y protetora, porque en el gran sitio que el enemigo turco le puso, año 1563, como á su tiempo se ha dicho, quien con más instancia solicitó el socorro dellas fué la dicha Serenísima Reina, acordándoselo cada momento á Su Magestad exemplicándole para ello la pérdida de Rodas, Castilnovo, Trípol de Berbería, Bugía y otras plazas, que por falta de socorro se perdieron.

Gastó la ciudad largamente de sus rentas propias en este gasto por tres días, asistiendo de ordinario en el ámbito del suntuoso túmbulo negro el Maestre, con los capitanes, regidores, nobleza y caballería de aquellas plazas, todos cubiertos de luto hasta los pies y encapuzadas las cabezas.

Estuvo Don Felipe de Borja en Cartagena hasta en fin deste año, aguardando buen tiempo, para volver á pasar á Orán; y estando en aquella ciudad llegaron correos un Martes úlptimo de las fiestas de Navidad, enviados por las ciudades Murcia, Lorca, Baza, Guadix, Almería y otros lugares, como aviso de cómo el Viernes antes, á los 24 de Diciembre, en la misma víspera y noche del nacimiento del Señor, se habían rebelado y levan-

tado los moros mudejáres del Reino de Granada, su Alpujarra, Serranías de Ronda y Marbella, todos á un mismo tiempo y hora concertada, pregonando y publicando su Alcorán y falsa seta de Mahoma, martirizando á los cristianos viejos que en sus lugares estaban, sacerdotes y justicias, y todos con voz de tener nuevo Rey moro, contra la Real Corona de León y Castilla; mostrándose aún más enemigos del nombre cristiano que lo habían sido sus antecesores en España y fuera della.

Despachó este aviso de nuevas de Cartagena para Orán Don Felipe de Borja, en una fregatilla ligera, á la ventura, con muy mal tiempo, de forma que no se atrevió á pasar en ella ni en otro ningún bajel: comíase el buen caballero las manos de coraje, porque quisiera ser él el correo de aquellos avisos, de lo que había negociado en la Corte con Su Magestad y del nuevo levantamiento, como un relámpago, de los moros de España.

Quiso Dios llevar en salvamento la fregatilla en Orán, aunque con grandísimo trabajo y riesgo de perderse, con tormentas y viento contrario, que siempre le hizo; de que recibiendo el Maestre los despachos de su hermano, y entendido por ellos lo que pasaba de nuevo en España del levantamiento de los moriscos, luego tuvo por más cierto el sitio sobre aquellas plazas, y ser cosa ya madura y concertada entre el turco y dichos moros de España, para que entre tanto que ellos meneaban las armas en ella contra los cristianos, dando en qué entender con esta guerra dentro de casa al Rey Católico, bajar el dicho enemigo turco á sitiar aquellas pla-

zas; en que mayormente divertirían y contrastarían más por entero su socorro, si se levantaban generalmente todos los moros de España, así los del Reino de Valencia y Aragón, como los de Granada.

No causó poca turbación y tristeza en Orán y Marçaelquivir la nueva de la alteración de los moros de España, entendiendo por esto el general desasosiego y grandísimos gastos que de fuerza había de nacer en ella; en que no podía ser menos sino que de allí había de nacer el olvido de las provisiones de aquellas plazas. Esto era, por lo menos, y al mejor negociar, de que entretanto que el enemigo turco no bajase sobre ellas, como el Maestre decía parecer estar tramado y haber enviado aquel judío espía para por su medio tener noticia, así de la prevención y vigilancia de Orán y Marçaelquivir, como de la determinación y aparato de guerra que tenían los moros de España para su rebelión, y á qué tiempo había de ser; finalmente, se temía grandemente la gente de guerra de aquellas plazas de que vernía sobre ellas el verano venidero de 69 un calamitoso sitio, como el otro que habían padecido había cinco años; y que teniendo España en qué se ocuparan la guerra en casa, sería con gran dificultad enviar socorro á Orán y Marçaelquivir.

Había mandado Su Magestad en el invierno deste año, por el aviso del Maestre de Montesa, levantar de presto dos mil hombres de guerra en la Mancha y Reinos de Murcia y Valencia, y que se llegasen á la costa del Reino de Murcia, á orden

del Marqués de los Vélez, General de aquella costa; do estuviesen á la mira para socorrer á Orán, teniendo aviso del Maestre, en la primavera del año que entraba de 1569, en la que esperaba el sitio del enemigo turco, como había certificado por las cartas; de la cual gente se había nombrado por Coronel, para hacer el socorro, á Don Joan de Borja, hermano del mismo Maestre: la cual apercibida gente de guerra fué bien menester y vino á buen tiempo hallarla levantada, para comenzar á oprimir y tener el freno á los moros de las Alpujarras, en cuanto el resto de España acudía al mismo reparo; que no le costó pocos hijos aquel repiquete, y más le costara si al mismo tiempo los moros de Aragón y Valencia se levantaran, como estaban concertados, en que sólo esperaban la armada del turco, á quien habían enviado á pedir favor, con promesa de los puertos de Tortosa, Denia y Cartagena. Empero el pagano no se quiso arriscar ni ocupar en venir á España, sí acometer á la isla de Chipre, con quien está más á mano y segura, como lo hizo, aprovechándose mejor de la ocasión de las revueltas de España.

Este aviso tuvo en Orán el Maestre de unos captivos cristianos, que se huyeron de Argel á Orán, por el mes de Mayo de 69, y de cómo con esta ocasión Aluchalí, Rey de Argel, había ocupado el Reyno de Túnez, con disinio de que si la guerra de Granada duraba, venir á sitiar á Orán y Marçaelquivir tercera vez, para poder desde allí dar mejor calor y ayuda á los moros de España.

Hubo en este año grandes discordias entre los

moros del Reino de Tremecén, especialmente de la provincia de Orán, con los demás que eran de guerra, enemigos de aquellas plazas: movióse mayormente la pendencia sobre las posisiones de las tierras en que habían de sembrar sus cosechas de trigo y cebada; fueron sobre esto discordes los linajes de Uled Abdalá, Uled Brahén contra los Alaxeses, otra parcialidad muy grande; los cuales vinieron á las manos en el campo que dicen *Tilijuana* y *Telata*, do anduvieron á lanzadas un día entero, á 9 de Noviembre deste año; donde murieron hasta 150 moros de á caballo, y hubo otros muchos heridos de ambas partes, y entre ellos murieron siete xeques moros principales.

Juntóse á esto que los turcos de la ciudad de Tremecén, por industria y mandamiento de Aluchalí, gobernador de Argel, enviaron un morabuto, venido de la Casa de Meca en Arabia, que en arábigo llaman *Haxid* á los tales romeros, *moros santos* que llaman, para que, en nombre de Mahoma, predicase y descomulgase á todos los moros del Reino que fuesen amigos de los cristianos y les metiesen provisiones de comer ni otras cosas, para necesitar aquellas plazas y más facilitar la conquista, en la ocasión de la rebelión de los moros de España.

Pues, como este morabuto anduviese predicando por entre los moros de paces, amigos de Orán, tratándoles de traidores á su ley y estatutos de Mahoma, y que les caería su maldición y fuego del cielo si no se apartaban de la amistad de los cristianos, contra quien antes debían ser enemigos y rayos de

guerra, como su Alcorán mandaba; empero, con todo eso, aunque de algunos aduares de moros, amigos de Orán, se alargaron de sus términos y amistad por temor del morabuto, no se quisieron ir todos ni desnaturalizarse de su patria, dando por descargo al morabuto que ellos no inviolaban su Alcorán por tener paces con los cristianos, y que se hallaban mejor y vivían más seguros dellos y de los turcos sustentando la amistad del Rey de España, que siendo sus enemigos; y que demás desto ellos tenían sus tierras y heredamientos en los términos y provincia de Orán, de donde eran antiguos patrones conocidos, y que no les estaba bien ir á conocer nuevas tierras, ni ser pecheros de extraños señores; y que lo que era el asentar y mantener paces y amistad moros con cristianos, no era cosa nueva en el mundo, porque en España, siendo parte della de moros, se había hecho muchas veces con los Reyes cristianos; y lo mismo, después que ganaron á Orán, habían los Reyes de Tremecén tenido paces con España muchos años, antes que los turcos les tiranizasen aquel Reino, y lo mismo habían hecho los Reyes Hamidas de Túnez.

Oyéndose estas respuestas, el morabuto se alargó de los moros amigos de Orán, amenazándoles de grande castigo en las almas y de hacer venir á los turcos á castigarles corporalmente y con otra mucha morisma del Reino, como se juntaron y vinieron en la primavera del año que entró de 69, y se acercaron á Orán, de donde fueron castigados, como se verá luego.

CAPÍTULO DIEZ Y OCHO.

De la orden que tienen los turcos del Reino de Tremecén en cobrar sus garramas y rentas de los moros.

Las Alcaidías del Reino de Tremecén, que en nuestros tiempos son poseídas de los turcos, cobran su tributo, que llaman *garrama*, en esta forma:

El Alcaide turco de la antigua famosa ciudad de Tremecén, cobra la garrama de toda su provincia y parte de la de Orán, en que entra todo el estado de la *Regidia*, que por otro nombre moderno llaman de Bent Arax, do son las villas *Alcalá* y el *Carte*, con otras muchas poblaciones.

El Alcaide que ahora es de Mostagán, cuya Alcaidía y sus términos pertenecía antiguamente y la cobranza de sus rentas á la ciudad de Orán, como cabeza que era de toda su Provincia, que ahora aunque pequeña y de desmembrado de su término lo de Mostagán, cobran sus turcos la garrama de su contorno, por ser, como es, Orán de cristianos, y lo que no cobraba Mostagán cóbralo Tremecén, como dicho es; salvo si los moros son muchos amigos de Orán, que amparándose de los cristianos no quieren tributar á los turcos, como sucede muchas veces.

La Alcaidía de Ténez cobra así mismo lo que le pertenece parte de su antiguo término, riberas del río *Gilefe* y sierras de *Magora* y la *Magaragua*, do andan muchos y varios linajes de moros, y á los principales llaman *Zuetes*, cuyos caudillos llaman Hamidas, que vienen de los antiguos Reyes de Túnez; desta jurisdicción, pertenecientes á la villa de Ténez, solían ser antiguamente las poblaciones de sus términos y contornos, *Mazona*, *Brixcar*, *Sargel* y *Meliana*, que ahora están desmembradas, cada una por sí, con su Alcaide turco, diviso de la dicha Ténez.

Argel, cabeza de su antigua provincia, cobra el tributo y garramas de toda ella y parte del Reino de Túnez, que han hecho los turcos de su jurisdicción, y la ciudad de Costantina con sus términos; y no sólo esto han hecho los turcos de Argel, mas de todo el Reino de Tremecén han hecho cabeza aquella marítima ladronera, cuyos moros sus vecinos, que andan en aduares, son los más acosados y molestados que otros ningunos del Reino.

La antigua Alcaidía de Bugía cobraba, cuando estaba en su prosperidad, de moros de toda su provincia que dicen de la Azuagua, Sierras que llaman del Cuco y el Alabez, tierra mayormente toda poblada de casas á uso de la Europa, de buena fábrica de pared, madera y texa; gente que alcanzan poca tierra llana, que por eso no andan por allí aduares, viviendas movedizas, como en las demás provincias del Reino, Ténez, Orán y Tremecén; cuyas garramas y tributos de los moros destas Sierras, provincia de Bugía, cobraron algún tiem-

po los turcos, después que se apoderaron de Argel, teniendo amistad con los moros dellas, por medio de casamientos y parentelas; de forma que, mientras su amistad duró, cobraron los turcos de Argel el tributo y garrama, salvamente de su provincia y de la de Bugía y Costantina, que antiguamente había sido siempre del Reino de Túnez, lo cual todo incorporaron en la provincia de Argel; mas ahora, á nuestros tiempos, muchos años há que están aquellos moros enemistados y rebeldes contra los turcos, por grandes molestias y maltratamiento y (mala) vecindad que les han hecho y hacen cada día; por lo cual, no tan solamente no les pagan pechos ni garramas, mas les hacen cruda guerra.

Lo mismo Costantina, Medía, Meliana, pueblos súbditos á Argel, cobran sus Alcaides turcos las garramas de los moros alárabes y zenetes de su contorno y distritos, para pagarse de sus sueldos y acudir con lo demás que sobra al gobernador de Argel; á quien cada uno acude con lo que le toca y pertenece de rentas, para pagar los turcos de la misma ciudad de Argel, que ya está tanteado poco más ó menos lo que cae en el año en cada provincia destas, y lo que es menester para pagar sus turcos y las alcaidías que son pequeñas, que se han desmembrado de las mayores provincias, que solían ser, como ya es dicho, la de Tremecén, Orán, Ténez, Argel y Bugía.

Envían los alcaides dellas sus cobradores, como en España, (por) las alcabalas y pechos; y no queriéndolos pagar algunos aduares ó pueblos, van los mismos turcos armados á hacer la cobranza;

en que cobran doblemente por el mal tratamiento que les hacen, castigando la rebeldía que tienen del servicio del Gran Turco, que ellos llaman Gran Señor.

Esta cobranza hacen mayormente los turcos de las alcaidías de Costantina, Medía, Meliana, Mazona, Ténez, Mostagán, Alcalá de Bent Arax, Mascara, Bugía, Chichar ó Gixar, por ser de pequeñas jurisdicciones, que si no son la de Ténez y Bugía, las demás son desmembradas de las provincias mayores; porque Mazona y Meliana eran antiguamente, antes que los turcos ocupasen este Reino, de la provincia y jurisdicción de Ténez; y Mascara y Alcalá de Bent Arax y Mostagán eran de las de Orán, Medía de la de Argel, como es ahora de su jurisdicción, lo mismo Bugía, con todas sus Serranías, que llaman de la Azuagua, Cuco y el Alabez, á que también han arrimado á Costantina la llana, que, como es dicho, era antiguamente del Reino de Túnez.

Por manera, que no hay ahora provincia entera conforme antiguamente, sino son la de Tremecén y Argel, y éstas grandemente ampliadas con las de Orán y Bugía; porque la de Orán se ha repartido en cuatro partes: la mayor se incluye y tomaron los turcos de Tremecén; las otras dos partes más orientales desta provincia, vecinas de la de Ténez, pertenecientes á Mostagán y estado de Bent Arax, se desmembró, como es dicho, en otras dos alcaidías; la medianía de la dicha provincia de Orán, términos y vecinos de aquellas plazas, las poseen la mayor parte, de ordinario, moros de pa-

ces, porque no pueden vivir de otra manera; éstos acuden con el servicio al Rey de España, por medio del Capitán General de Orán y Marçaelquivir, por el seguro que les da y favor, cuando lo han menester, contra los demás moros sus enemigos y los turcos que les vienen á ofender: el cual tributo y servicio de España traen de ordinario en trigo y cebada á aquellas plazas, con que las abastecen, que algunas veces sobra para hacer saca; y algunas veces les es forzoso pagar á Orán y pagar á los turcos, cuando les sobresaltan apartados de Orán, que los cristianos no les pueden favorecer; empero, cuando son muchos los moros de paces y amigos de Orán, y con tiempo tienen noticia de que los turcos salen á ellos, se juntan todos, y arrimándose cerca de aquellas plazas, debajo de su artillería, no les quieren pagar, diciendo que ellos son vasallos del Rey de España, y que como tales se declaran por sus capitales enemigos; sobre que han venido muchas veces grandes *mahalas* (ó) escuadrones de turcos de Argel y sus alcaidías á castigarles y cobrar por fuerza, y sobre ello venir muchas veces á las manos con los soldados de Orán á vista de sus murallas, por defender á los amigos; en que siempre, por la bondad de Dios, tuvieron los de Orán vitoria, con grandísimo daño del enemigo, como de ello soy buen testigo en cuatro ó cinco veces que vinieron, en tiempo de mi milicia en aquellas plazas, en que yo no fuí perezoso, y hice lo que consta de mis *recaudos*.

Por manera que las provincias de Tremecén y Argel son las mayores del Reino en estos tiempos,

por haberse estendido por las demás sus vecinas, como dicho es, las de Orán y Bugía, después de haber ganado los cristianos sus cabezas (que eran) dichas plazas. Así la de Tremecén tiene más que cobrar y más dificultoso que la de Argel, por rebelársele los moros de ordinario, con calor de los cristianos de Orán; porque los de la provincia de Argel, como no tienen refugio, están de ordinario más avasallados y pagan siempre de fuerza ó de grado; lo mismo los de las demás alcaidías desmembradas: por esta razón es más estimada y de más honra la alcaidía de Tremecén que ninguna de las demás del Reino, después de la de Argel, do está la silla de todo él.

Pertenecen á la provincia de Tremecén, de que cobra garrama, más de cincuenta leguas de término, por longitud de Occidente contra Oriente, y 150 de latitud del mar Mediterráneo contra Mediodía, (la) tierra de (los) negros; que cobra de ordinario demás de doscientas mil doblas cada año. Para lo cual le es forzoso al dicho Alcaide de Tremecén y á los demás del Reino, una vez ó dos en cada año, nombrar y señalar, en cada estado y parte de tierra, un Xeque principal de los caudillos de la caballería de aquella parte, para cobrar en nombre de los turcos la garrama de todos los moros villanos que la acostumbran pagar, porque los caballeros no pagan nada, digo los que son cabezas de linages, ni sus deudos, ni ramos, como en España los mayorazgos de título y sus deudos; porque este asiento mejor y más seguramente se haga y guarde de ambas partes las condiciones

puestas, les piden los turcos á los tales caballeros moros rehenes de sus hijos y hermanos, en firmeza de que darán las tantas mil doblas que les pertenece de recoger del término de tierra y linages de moros, de que se obliga y le señalan; en que siempre asienta el tal moro Xeque con condición, que si hubiere menester ayuda para la dicha cobranza de algunos linages que se suelen rebelar, se la han de dar los mismos turcos.

Este Xeque mayor, que ellos llaman, si ha de cobrar ciento y cincuenta mil doblas, cobra doscientas mil, y de allí arriba; porque aquéllas son sus ganancias, de que se aprovecha, y ansí mismo paga á algunos sus amigos y parientes, de que siempre lleva una banda de moros que le acompañan, guardan y ayudan á la cobranza; el cual aprovechamiento ó sobras que así toman, demás de lo que los turcos les dan con nombre de sueldo por el Gran Turco, porque van en su servicio y bandera, que llevan, aunque los turcos lo sepan lo disimulan, por quitarse del trabajo de la cobranza; al cual Xeque por eso le dan la bandera que llaman de la *Xequía*, para que la lleven en nombre del Gran Turco, para que por ella todos le obedezcan y respeten.

Y para la cobranza de la provincia de Orán, suelen los Alcaides turcos de Tremecén dar esta preeminencia y cargo á un Xeque principal de uno de los tres linages principales della, Uled Abdalá, Uled Musa, Uled Brahén ó de otra parcialidad, que llaman Alaxeses, que son los más estimados cuatro linages del Reino, que no se les igualan

otros, sí sólo los que dicen Bent Acoror, Bent Jafar de bent Arax y los Hamidas Zuetes de la provincia de Ténez: y sobre cuáles serán cobradores xeques de los turcos, que llevan su bandera, suele haber, muchas veces entre ellos grandes invidias, pasiones y aun pendencias y muertes, por la honra y provecho que se les sigue; aunque algunas veces sucede también que pagan más de lo que cobran, porque se les rebelan y levantan los mejores aduares de moros por no pagarles, yéndose á la *Zahara* huyendo; y si son amigos de los cristianos, se vienen á amparar dellos á Orán, como es dicho.

Empero ordinariamente las más veces lo cobran todo buenamente, según es el caballero á quien esto se le encarga y tiene la calidad y reputación en el Reino: por eso los turcos le buscan siempre tal como les conviene; el cual nombramiento hacen siempre y de ordinario dos veces en el año: la primera en Junio, principio de la cosecha del pan, y la otra en Otubre, cuando comienzan á sembrar; porque desta manera y en tal tiempo se hace mejor la cobranza de la garrama que en otra ninguna del año, porque les hallan ocupados en sus haciendas, y fuera dellas no les pueden dominar los tales xeques cobradores ni los propios turcos: en que también acontece algunas veces dexar por un año el tal Xeque, y aun elexirle y nombrarle dos ó tres años, uno en pos de otro, mayormente si cumple bien.

CAPÍTULO DIEZ Y NUEVE.

De la tercera presa cabalgada que hizo el Maestre de Montesa en el Reino de Tremecén.

Nombraron los turcos de Tremecén para cobrar la garrama de la cosecha y sementera del año de 1569, á un principal moro Xeque, nombrado Garduba, del linage de Uled Brahén, uno de los principales del Reino; el cual, con el orgullo y bandera de Xeque de los turcos, y á petición del morabuto, que en el precedente capítulo vimos pretendía apartar los moros de la amistad de Orán, vinieron él y el dicho Xeque de los turcos Garduba, con infinidad de aduares, morisma de á caballo y á pie, á asentar á tres leguas de Orán, haciendo bravatas de destruir á todos los moros sus amigos y aloxar sus aduares en la ribera y jardines de Orán, y llegar á hincar sus lanzas y alfanges en sus mismas puertas, á pesar de los cristianos.

Habían dado los años antes los alcaides turcos de Tremecén la xequía á uno de los xeques de los linages Uled Abdalá ó Uled Musa; y porque en este año la dieron al dicho Xeque Garduba, del linage de Uled Brahén, se agraviaron dello los demás xeques, pretendientes del estandarte del turco; y sintiéndolo mucho, determinaron dar noticia dello al Maestre de Montesa, Capitán General de Orán, no

embargante eran todos de guerra, enemigos de aquellas plazas, y son todos tres linages hermanos, descendientes de los antiguos reyes de Tremecén.

No venía en esta junta de aduares la parcialidad de Uled Musa, sí la de Uled Abdalá y Uled Brahén, de que era cabeza el dicho Xeque Garduba, amigo de los turcos, y todos con sus parcialidades y villanaje, y con ellos muchos de los Alaxeses, y otros ramos de varios linages, aunque sus Xeques todos estaban enemistados de callada, por la dicha causa, especialmente el Xeque mayor que allí venía, igual ó mayor que Garduba de Uled Abdalá; el cual, por esta causa, envió secretamente á Orán á su *chirivi* ó teniente, con el aviso al Maestre, para que le saliese á castigar y hacer presa en sus aduares.

Llamábase el moro que trajo al Maestre el aviso Bulcasén Ben Zahag, el cual lo negoció con todo silencio, so color de ciertos desafíos y fieros de nombre de enemistad y guerra, en cuya voz todos estaban allí juntos, á llamamiento del morabuto y del Xeque Garduba, amigo de los turcos, de quien principalmente había salido el atrevimiento de llegarse tanto á Orán, con la calor y ayuda que sentían de los turcos, que entrando el verano les vernían á ayudar, si fuese menester, para castigar sus rebeldes y necesitar á los cristianos de Orán y Marçaelquivir.

El Maestre de Montesa, que de esto no sabía nada, ni en qué linage estaba provehida para el año que entraba la bandera de la Xequía turquesca, se holgó mucho de saberlo, y más de que estu-

viese tan cerca y á mano para castigarle con su gran morabuto, como á enteros y conocidos enemigos de la Corona de España. Porque, aunque se sabía que todos aquellos linages que allí se habían juntado eran de guerra, no se sabía que fuesen amigos de los turcos ninguno de ellos ni que tuviesen su bandera: antes se imaginaba que se acercaban á aquellas plazas para venir á pedir seguro dellas; y estando el Maestre, de un día á otro, que le viniesen á demandar para dársele, en nombre del Rey de España, como se acostumbra, le vino el dicho aviso de lo que pasaba, como dicho es, y de los fieros, bravatas y amenazas que el Xeque Garduba venía haciendo contra Orán; á quien se allegaban estas parcialidades de moros, por el mes de Enero del año 1569, asentando en los campos que llaman de *Bent Román* y *Tafaragua y Butior*, pastando sus ganados hasta junto de Orán, con grande bravosidad y orgullo, diciendo que no se lo osaría el Maestre salir á defender, con su gente bravata de Orán.

Avisóle así mismo la espía disimuladamente en qué sitio estaba el aduar del Xeque Garduba, amigo de los turcos, y que no tan solamente le habían elegido y nombrado por su Xeque para la dicha cobranza, si que él mismo en persona la había ido á demandar á la ciudad de Tremecén y para molestar á los cristianos de Orán.

Entendido esto el animoso Maestre de Montesa determinó de irle á castigar y prender á él y á todos sus vasallos, como á enemigos de Su Magestad y del nombre cristiano; y no poniéndosele por de-

lante la muchedumbre de moros que había, se determinó el valeroso Príncipe y salió de Orán, cuando anochecía, Martes, día primero de Febrero del dicho año 1569, con la mayor parte de la gente de guerra de aquellas plazas, y así mismo cient gastadores de la fábrica de Marçaelquivir con sus armas; y, dexando cobro en la ciudad y fuerzas, caminó con el resto, que serían mil hombres, en demanda de los enemigos, marchando poco á poco, por estar, como estaban, cerca, hasta tres ó cuatro leguas de Orán, y estaba la tierra llovida, muy blanda, de malos caminos; y ansí llegaron á los aduares antes que aclarase, el día Miércoles, á dos de Febrero, donde no quiso el Maestre acometer ni dar Santiago en los primeros aduares que halló en llegando, en que pudiera hacer muy mejor presa que hizo; porque mandó pasar adelante, en buena orden, con todo silencio, por entre otros muchos aduares de guerra, por llegar á prender al dicho Xeque Garduba y á su aduar, por ser, como era, más entero y declarado enemigo de la Corona de España, confederado con los turcos.

Estaba el aduar de este Xeque enemigo algo más adelante de los que estaban á la cara de como el Maestre llegó; y llegado á él, por medio de la espía, le mandó cercar y dar Santiago en él y otros dos allí cercanos; donde se prendieron y captivaron 177 personas de esclavos de todas edades, y entre ellos el dicho Xeque Garduba, con su mujer y hijos; que lo estimó más el Maestre que á toda la demás presa; en que mataron los soldados más

de otros quinientos moros de valor, que se defendían y no querían rendirse á prisión; en que hubo una brava pendencia aquella mañana de picazos y lanzadas y por la espada; tomáronse así mismo cerca de cient bestias de carga, silla y albarda, yeguas, caballos, mulas y jumentos.

También dexó el Maestre de acometer y hacer presa en los primeros aduares que halló, por ser, como eran, del Xeque que le había dado el aviso; el cual, fingiendo tener grande enemistad con los cristianos, había tomado á su cargo la guarda de aquella parte contra Orán, por donde habían de llegar si viniesen. Mandó así mismo el Maestre que no se tomase ganado ninguno, aunque había mucho y estaban cerca de Orán, por no antecoxer á las vueltas algunos de los demás moros que allí estaban, en nombre y son de amigos, por el aviso que le habían dado y lugar para pasar; y también se dexó de antecoxer el ganado, porque se entendió entre el Maestre y capitanes que serían bien menester las manos aquel día de la retirada de entre tanta multitud de morisma de guerra, como allí había recogida, que de fuerza procurarían defenderse con daño de los cristianos; mas como el Xeque amigo de Uled Abdalá, que secretamente había vendido la presa y holgádose mucho de que se hubiese acertado y castigado á su enemigo, no quiso salir á los cristianos, aunque sus moros se pusieron en arma á caballo para salir á pelear con ellos: mas, como no sintieron calor ni ayuda en el Xeque que les quedaba, no se acabaron de acaudillar ni llegaron á los cristianos;

y pidiendo al dicho Xeque tomase á cargo juntarlos y acapitanarlos para salir á quitar la presa á los cristianos, les respondió, diciendo:

—Dexad á los cristianos ir, que nuestro pago tenemos, pues nos allegamos sin tener su seguro tan cerca de Orán, confiados en las bravatas del Xeque Garduba, que va captivo; y de salir á pelear con los cristianos no podemos ganar nada, sí antes perder muchos moros; que pues ellos se han atrevido á llegar y entrar en medio de nuestra grande junta de *zafinas* á hacer presa, grande fuerza traerán de gente diestra para defenderse.

Retirado que fué el Maestre de Montesa de los enemigos, sin perder ningún cristiano, sólo algunos heridos, que después sanaron, vino á comer este día Miércoles, á hora de las doce, con toda su gente, á los pozos que llaman *del Higuerón*, á dos leguas de Orán; y partiendo de allí, llegó á aquella ciudad á las tres de la tarde del mismo día, muy contento y alegre, mayormente por traer, como traía, preso al Xeque Garduba, enemigo de Su Magestad; y antes de entrar en la ciudad, mandó el Maestre, como es costumbre, á los capitanes y alféreces de infantería y caballos, que de ellos mismos nombrasen y señalasen por sus votos á los cuatro cuadrilleros que se debían hacer y nombrar para beneficiar y hacer el repartimiento de la presa, como Su Magestad manda: y siendo nombrados, el Maestre los aprobó y tomó juramento de que harían bien y fielmente su oficio.

Hecho esto y el inventario de la presa y alarde y lista de la gente que le había ido á hacer, en-

traron en la ciudad con grandes salvas de artillería y arcabucería. Tomó el Maestre por su joya al mismo Xeque Garduba, con otras siete personas de su casa y familia, hijos y mugeres; alargóse el Maestre á tomar de esta presa más de una cabeza, pieza de esclavo que le tocaba, porque se lo aconsejaron y advirtieron los cuatro capitanes, á quien habían nombrado por cuadrilleros, para beneficio de la presa, ó por mejor decir, maleficio della y de todas las que después en Orán se hicieron; pues tan mala costumbre pusieron contra la Real Hacienda de Su Magestad por sus quintos pertenecientes, y lo mismo notable injuria y agravio de la gente de guerra que sale á hacer las presas, á quien pertenece la hacienda dellas.

Afirmaron en esta presa los dichos capitanes al Maestre de Montesa, diciendo, que una joya se podía tomar y enterpretar por una casa y toda su parentela, si era necesario, en aprovechamiento del Capitán General: por donde se entabló la costumbre, que después acá han tomado todos generalmente, uno en pos de otro, contra la Real orden de tales repartimientos de presas, que de cada una manda tomar una cabeza sola, como hasta esta presa tomó el dicho Maestre, y tomó de las demás que hizo por la misma orden desta, como se verá, hallando calor para ello en los capitanes y veedores y contadores de aquellas plazas, que se lo debían defender y no aconsejar, por no poner tan mala costumbre, como en esto se puso, en aquellas plazas; en que ha pasado tan adelante este negocio, que no toman ya solamente las mejores cabezas de

esclavos que les parece luego cuando entra y se aprecia la presa, como se acostumbraba, y antes de que se venda, sí que, después de vendida, van tomando aquellos esclavos y esclavas que más montaron y subieron de precio en su venta; de forma, que por lo menos se toman desta manera cerca de la media presa, sin lo que después les pertenece de sus partes y ventajas y la truxamanía, como todo yo lo he visto y me consta de los libros de presa y repartimientos que para verificación desta y otra Historia tuve en mi poder dentro en Orán.

Mandó el Maestre de Montesa que todos los demás esclavos y bestias que había traído en esta presa, se hiciese de ellos aprecio y venta para los repartir, como Su Magestad manda: muriéronse, en llegando á Orán, cuatro moros de esta presa, de las heridas recibidas en ella; de manera que se vendieron por la cabalgada 165 esclavos, los cuales y las bestias de silla y albarda que se trujeron montó su valor 131.587 reales; de los cuales, sacadas las costas del zanco, y para la espía, lengua y truxamán, y para las ventajas y el quinto á Su Magestad perteneciente, que fueron 17.664 reales, restaron para repartir 70.594 reales, de los cuales se hicieron 1.626 partes, á razón de 43 reales cada parte, que se repartieron á cada uno las que había de haber, conforme la plaza y sueldo ganaba.

Tampoco no se habían dado hasta ahora partes nengunas á personas que no salían á las tales jornadas, y en ésta se dieron, por intercesión de los dichos cuatro capitanes, cuadrilleros de ella, á al-

gunas personas que se quedaron en Orán, por razón de sus títulos y oficios; y así se aumentaron más de cincuenta partes en este repartimiento, y después se fueron dando siempre cada día más partes á muchas personas que no salen á hacer las tales presas, como son los alcaides de la Alcazaba y fuerzas de extramuros de la ciudad y de sus puertas, y gente de cabo y soldados que quedan en su guarda.

A los cuales que ansí quedan en guarda de las fuerzas, cosa es puesta en razón y justicia, se les dé algún premio de las presas que se hacen, especialmente los soldados que las velan y guardan de noche y de día, entre tanto que los cabalgadores van y vuelven, asegurándoles la plaza de lo que entre tanto de su ausencia podrá sobrevenir, como en muchas partes y en diferentes tiempos ha sucedido, y en Orán estuvo dos ó tres veces á pique de suceder, según que en la general Historia de aquellas plazas y Reino veremos; que por no ser éste su lugar no lo narramos aquí lo de Orán y de otras tales plazas fronterizas de España contra moros, y en otras varias partes del mundo, en que basta decir que Orán debe quedar con vigilancia y premiada de sus partes.

CAPÍTULO VEINTE.

De la cuarta presa cabalgada que hizo el Maestre de Montesa.

Viernes, que se contaron 24 de Junio del mismo año de 69, tuvo aviso el Maestre de cómo en lo alto de la sierra de Gabel, en la parte por cima de los campos que dicen de Tamazogán, estaban asentados ciertos aduares de moros del linage que llaman de Beni Melín, villanaje de Hamianes y Jafar, que eran de guerra, enemigos de aquellas plazas y de los demás moros que tenían paces y seguros de Orán.

Los cuales impedían que no metiesen bastimentos ni otras vituallas á los cristianos de aquella ciudad; y queriéndoles el Maestre castigar y hacer presa en ellos, como á tales enemigos de Su Magestad y del nombre cristiano, partió de Orán, Sábado, á hora de las cinco de la tarde, á los 25 del dicho, con parte de la gente de guerra de aquellas plazas; dexando la demás en guarda della, caminó en demanda de los dichos enemigos; y sabiendo cómo estaban en lo más alto de aquellos montes y sierras, en sitio fuerte que no se podía llegar á ellos, subiendo derecho, por causa de las guardas que tenían en el camino que sube de Orán á la dicha sierra, que es una angosta vereda laderosa,

el Maestre, guiándole la espía por otra parte, les hurtó el paso: y llegando cerca, se detuvo con parte del exército, enviando delante quinientos soldados de infantería suelta, sin caballos, por la fragosidad de la sierra, para que acometiesen á los moros, que estaban en un gran aduar de más de cient tiendas de los dichos linages de moros enemigos; y sintiendo el Maestre que ya daban Santiago, mandó subir allá de presto cincuenta ginetes, hombres diestros de á caballo, á cargo de uno de los alféreces de la caballería, nombrado Gerónimo Martínez de Angulo, valeroso soldado de á pie y á caballo, hijo del Capitán de caballos Jorge de Angulo el Viejo. Envió el Maestre estos caballos para que ayudasen á la infantería á hacer la presa y recoger el ganado, por ser cerca de Orán, como siete leguas de camino.

Habían sentido los moros subir la infantería antes que llegase, aunque marchaban con todo silencio, y ansí se huyeron los más moros del aduar; de forma que no pudieron tomar ni captivar, sí 52 personas de todas edades, hombres y mugeres; y á éstos tomaron en el alcance fuera del aduar, huyendo por aquellas laderas, de noche, antes que amaneciese, el Domingo á los 26; donde los caballos, no habiendo podido llegar á tiempo de tomar esclavo, antecoxieron el ganado grande y menudo, 800 vacas y 2.000 carneros, ovejas y cabras, que todo estaba muy gordo y reluciente: donde, á las vueltas de tomarlo, mataron nuestra gente de á caballo algunos moros, que lo defendían á lanzadas y á pedradas; mas, como lle-

vaban la peor suerte los moros, ofendidos de nuestra arcabucería, siendo ya de día claro, no embargante tenían tomado lo más alto de la montaña, se hubieron de retirar, dexando á los cristianos llevar su presa, como leones encarnizados.

Tomáronse así mismo setenta bestias de carga, caballos, yeguas y jumentos, y otros muchos despojos de ropas de los moros y armas y xaeces de sus caballos; con que muchos soldados vinieron ricos, sin que los moros matasen á ninguno de ellos, ni caballo nuestro, por la buena orden y valor que se tuvo; sólo hirieron tres soldados de lanzadas, heridas liviñas, de que sanaron después.

Junto que fué el exército, los que fueron á dar Santiago con el resto que quedó con el Maestre, volvió muy alegre la vuelta de Orán, sin que ningún moro le osase seguir y enojar; vino este día en la noche el Maestre á dormir á los pozos, que dicen de *Aguas blancas*, atravesando la laguna grande por medio, aunque entonces estaba enjuta por ser tiempo de calor, y otro día, Lunes 27, por la mañana, llegaron á Orán; do antes de entrar en la ciudad, mandó el Maestre á los capitanes y demás gente de cabo señalasen y nombrasen dellos mismos, por su voto, los cuatro cuadrilleros que se debían hacer y nombrar para beneficiar la dicha presa; y siendo así nombrados, el Maestre los aprobó y tomó juramento debido y acostumbrado, como Su Magestad manda, de que harían bien y fielmente su oficio. Hecho esto y el inventario de los esclavos y demás hacienda de la presa, y alarde y muestra de la gente que la había ido á hacer, se

entró en la ciudad, con grandes salvas de artillería de las fuerzas y baluartes de adentro y fuera de Orán y arcabucería de los mismos soldados.

Tomó el Maestre por su joya cuatro esclavos, con título de una casa y familia, y mandó así mismo dar libertad á un moro, que se averiguó ser de paz, de otros aduares que tenían seguro de otros linages de moros, que aquella noche había llegado á hospedarse y dormir en los mismos aduares, á quien se había ido á castigar. Murióse también otro moro de la presa en llegando á Orán de las heridas recibidas en su captiverio; de forma que solamente quedaron 46 esclavos por la cabalgada.

De los cuales y del ganado y bestias mandó el Maestre hacer aprecio y venta y repartimiento, como Su Magestad manda; lo cual todo montó 26.065 reales, de los cuales, siendo sacadas las ordinarias costas del zanco y lo que se debía á la espía, lengua y truxamán, y para ventajas, y el quinto á Su Magestad perteneciente de 3.122 reales, restaron para repartir 12.576 reales, de que se hicieron 1.072 partes, á razón de 8 reales cada parte, que se repartieron á cada uno, los que había de haber, conforme la plaza y sueldo ganaba, así á los que habían ido á la jornada, como á los que no habían ido, por la autoridad de sus oficios y cargos, como se ha dicho.

CAPÍTULO VEINTIUNO.

De lo demás que sucedió de paz y guerra al Maestre de Montesa hasta en fin del año 1569.

Miércoles, que se contaron 27 de Julio del año 1569, tuvo aviso el Maestre de Montesa de cómo en las riberas del río que dicen *Maquerra*, que por otro nombre más arriba de su corriente llaman el *Río de los Álamos*, y más abajo contra su boca ó sumideros, do se consume en las vegas que dicen Habra y Tarahal, llaman el río *Zique*, en la mediania del cual, pues, do le comienzan á decir Zique, está un lugar de moros zenetes, nombrado Tiçilete, que eran de guerra, enemigos de Orán, y, como tales, salían muchas veces de allí á saltear y tomar las cáfilas y recuas de moros, que traían bastimentos y vituallas á Orán. Cuyo lugarejo de moros estaba de aquellas plazas, cuando era poblado, diez leguas, por las diez del día meridiano, sol de invierno, en la ribera del dicho río Maquerra; en la cual, al tiempo que la ciudad de Orán se ganó de los moros, había otros dos lugares dellos, nombrados *Textiguí* y el otro *Elfar* ó *Benifre*, del nombre de los moros que en él nombraban: al cual lugar dicho Tiçilete, de que dieron aviso al Maestre, ya le había saqueado otra vez el Conde Don Martín de Córdoba, muchos años

antes, como se contiene en la general historia de aquellas plazas y reinos, que en borradores tenemos recogida.

Teniendo, pues, el Maestre de Montesa aviso deste lugar de enemigos, aunque en tiempo de grandes calores, determinó de salir á castigarles y hacer en ellos presa, como en tales enemigos de Su Magestad y del nombre cristiano; para lo cual partió de Orán, Jueves en la noche, á los 28 del dicho mes y año, con parte de la gente de guerra de aquellas plazas y otros cient gastadores, hombres de las fábricas de Marçaelquivir; que en aquel tiempo andaba á toda furia la fortificación de aquella fuerza, por mandado del Rey Felipe Segundo; los cuales cient gastadores, *almadaneros* que llaman, descogidos entre otros muchos que allí había, tenían para esto siempre sus armas alistadas en orden, para éstas y otras ocasiones que se ofrecían de guerra en campaña.

Dexó el Maestre la demás gente de guerra y fábrica en guarda de las fuerzas, y caminando con el resto de mil hombres toda la noche, fué á tener la celada, otro día Viernes á 29, en el río que dicen de Tirilete, camino que llaman de los *Acebuchares;* y poniéndose el sol salió de allí el Maestre con su gente, en demanda del dicho lugar de enemigos, caminando la ribera del río arriba; y al tiempo que llegaron al pueblo, como era verano, en que andan y duermen muchos moros fuera de sus casas y tiendas, sintieron venir los cristianos ciertos moros, que guardaban unos colmenares que había en una resolana, antes de llegar al pueblo, por

temor de muchos ladrones, de los mismos moros del Reyno, que andan siempre en pasos de hurtar colmenas, ganados y otras cosas. Tenían los moros de aquel lugar muchos y grandes colmenares por aquellas laderas, por ser resolanas y tierras calientes, apropiadas para ello; y apellidando el pueblo los moros de unas cuevas que por allí había, se huyeron todos con tiempo, antes que llegasen los cristianos; donde no hallaron moro ninguno, sí dos ó tres valientes mancebos, que quisieron esperar á ver lo que era, y experimentar el valor de los soldados de Orán; de los cuales moros murieron los dos peleando valerosamente con su lanza y alfange, y el otro tomaron vivo, con algunas heridas. Y con esta pequeña presa, comenzó el Maestre á caminar la vuelta de Orán con su exército: donde les comenzaron á seguir algunos moros de á pie y de á caballo, picando por la retaguardia, y arrimándose por uno y otro costado, entre el boscaxe y tierra montuosa, tirando lanzas y pedradas con honda, con que hacían algún daño á nuestra gente, que algún tanto soldados mal pláticos se habían desmandado á coxer fruta de las huertas de los moros y panales de miel de sus colmenares: en que sucedió que, atajando cient moros á cinco soldados, dos arcabuceros y tres piqueros, tomándoles el paso y apretándoles para matarles, pelearon de manera que mataron más de veinte moros á bote de pica y arcabuzazos, hasta que escaparon de sus manos, hasta recoxerse al escuadrón, aunque es verdad que el Maestre les mandó socorrer con cincuenta caballos; empe-

ro cuando llegaron ya habían hecho riza los soldados en los moros.

Con esto mandó así mismo el Maestre tocar la trompeta á recoxer el exército, como siempre de ordinario se da por orden, que en oyendo la trompeta se recoxan todos al escuadrón, infantería y caballos á sus puestos ordenados: esto mandó ahora el Maestre, como prudentísimo y diestro capitán, porque no le matasen ningún soldado en la desorden; y viendo que los moros venían siempre siguiendo y picando la retaguardia y costados del escuadrón, mandó quedar escondidos en una isleta, que hacía la misma corriente del río, alguna gente de á caballo é infantería, puestos en celada, entre el mismo boscaxe de tarahes y espinales y otros árboles, que acompañan la corriente de aquel río: donde, como los moros llegaron descuidadamente, no recatándose ni sabiendo nada de la celada que los cristianos les tenían armada, entendiendo que iban caminando adelante, les salieron de improviso de la emboscada, dándoles una estampida mataron cantidad dellos; donde, visto lo cual, los demás moros se volvieron desde allí, no osando seguir á los cristianos.

Holgóse en extremo el Maestre de ver esta escurrebanda, no embargante venía algo enojado, porque no había acertado la presa; empero consolóse con otras buenas que había hecho, y esperaba hacer, dándole Dios vida y salud. Caminóse este día poco á poco por la grande calor que hacía, y detuviéronse en la siesta en las mismas riberas del río Zique, hasta que el sol iba cayendo, y con la

fresca de la tarde y á prima noche, atravesaron los campos de *Zirete*, por el mismo camino y pisadas que habían ido.

Llegó el Maestre en Orán con su gente en salvamento, Domingo úlptimo de Julio, con solamente dos soldados heridos y un solo moro prisionero, también herido: el cual dió el Maestre al Capitán Gil Hernández de Sotomayor, que lo era de una compañía de á caballos de aquellas plazas, que así mismo era lengua é intérprete dellas, que era grande amigo del Maestre, quien principalmente le había facilitado y hecho que tomase las personas de esclavos que quisiese por su joya de las presas de cabalgadas, como ya habemos dicho, aunque contra la Real Orden y Hacienda de sus quintos.

Por este mismo tiempo y mes de Julio deste año se ciñió y fortificó de tapias reales y gruesas el sitio donde nace la fuente mayor de Orán, que fertiliza su ribera, como en su lugar vimos, atajando su entrada de la parte del campo cerca de los mismos ojos de la agua, y por cima del tercero dellos, que nace más vecino á la rambla y hondo del valle; donde se dejó un arco de cantería con una gruesa reja de hierro, por do corre la agua de las plubias, que abajan de aquella parte de las faldas de la sierra de Guixa.

Atajaron con este reparo la canal del río con las dichas tapias reales de más de codo y medio de alto de una parte á otra, de peñascos que allí se hacen, que fortifican las demás entradas del río y su ribera, y las paredes y espesuras de sus jardines. La cual fortificación mandó hacer el Maestre

de Montesa, porque los moros enemigos no pudiesen entrar por allí el río abajo, de noche ni de día, como hasta entonces en este tiempo habían entrado fácilmente y hecho grandes daños en las huertas y muerto á hortelanos, y lo mismo en los molinos á los molineros, llevándoles captivos con otras muchas personas: la cual obra se dió á destajo á un albañil nombrado Francisco de Cobaleda, como parece por un auto de mandamiento del Comendador Don Jaime Juan Falcón, Auditor y Alcalde Mayor, que á la sazón era de aquellas plazas, su data en 18 de Julio deste año; en que manda á Rodrigo de Sayavedra el viejo y á Gonzalo Bermúdez, alarifes de fábricas de la ciudad de Orán, vayan, como tales, á ver la dicha obra del reparo del sitio de la fuente grande de Orán, que había hecho Francisco de Cobaleda en este mismo mes de Julio; en cuyo mandamiento decía y ponía las condiciones que había de tener la dicha obra, cuando se la mandaron hacer y él la tomó á cargo: el cual mandamiento, firmado del dicho Don Jaime Juan Falcón, pasó por ante Martín de Ortega, notario público y uno de los del número de la ciudad de Orán, en el dicho día, mes y año de 18 de Julio, en que los dichos alarifes de fábrica, habiendo visto la dicha obra de reparo, declararon por escrito á las espaldas del mismo mandamiento, diciendo que no estaban bien hechas las tapias ni sus cimientos, y que estaban torcidas y mal pisadas, por lo cual no tenían firmeza, y que se cairían presto antes de muchos años; y que no era aquella obra, que se debía de hacer de aque-

lla manera, ni darla á destajo, ni en forma de aprecio; sí, que la debía hacer el Rey de propósito, de argamasa y hormigón, tapiones reales de cinco palmos de ancho, y más altos y fuertemente pisados con buen cimiento.

Hizo en este año Su Magestad merced al Maestre de Montesa de las tres cuartas partes de los quintos á su real servicio pertenecientes, de todas las presas y cabalgadas que hiciese por mar y por tierra, por una Real Cédula suya de 13 de Agosto del mismo año de 1569; en que así mismo ordenó y mandó el dicho Católico Príncipe el Rey, que la otra cuarta parte de sus quintos se distribuyese dentro de Orán y Marçaelquivir en obras pías de limosnas y en dotar doncellas en sus casamientos, y en redempciones de cristianos captivos y en otras obras de caridad.

Y por virtud de esta Real Orden gozó el Maestre de las dichas tres cuartas partes de cada quinto hasta en los 23 de Octubre del año 1571, según mandaba Su Magestad por su Real Orden.

Viernes, que se contaron 28 de Otubre deste año, tuvo aviso el Maestre de Montesa de cómo en los campos que dicen de *Mendohag*, que distan ocho leguas de Orán por su Mediodía, estaban asentados ciertos aduares de moros de guerra, enemigos de aquellas plazas, que eran del linage que llaman de *Ulalda* y villanage de los Alaxeses, que así mismo se mostraban enemigos de los demás moros que tenían paces y seguros de los cristianos de Orán, y estorbaban que le metiesen bastimentos, mercancías ni otras vituallas ningunas.

El animoso Maestre, teniendo dellos noticia, por medio de una espía que le vino con el aviso, determinó de irles á castigar, como á tales enemigos de Su Magestad y del nombre cristiano; para lo cual salió de Orán, Sábado á 29, á hora de las tres de la tarde del mismo mes y año, con parte de la gente de guerra y fábricas de aquellas plazas: dexando á la demás en guarda della, caminó á la dicha hora en demanda del enemigo, sin parar lo que quedaba de día y noche siguiente, guiando la espía y adalides, que, como ya vimos en el capítulo 12, se nombraban Marcos Ortiz, natural de Illora, y Antón de Palma, de Olvera, llegó el Maestre con su gente al puesto, junto á los aduares, Domingo 30 del dicho, una hora antes que aclarase el día; donde no acertando la espía á guiar los cristianos á los aduares de quien había dado aviso y vendido, ó porque se arrepintió, ó por lo que él se supo, finalmente, guió á los cristianos á otros aduares, que allí cerca estaban, de seguro del mismo Maestre y amigos de Orán, del linage que dicen villanos de Xafar; y llegando á ellos, cercaron un solo aduar de ochenta tiendas, y dando Santiago en él, entendiendo que era el de guerra que buscaban, prendieron y captivaron 219 personas de moros y moras de todas edades, y demás desto mataron algunos otros que se defendían, no embargante daban todos voces en su lengua, diciendo:

—*Temi, temi, á la yanzor soltán de España.*

Que significa en castellano, *seguro, seguro y paz tenemos del Rey de España, que Dios guarde por medio de su General de Orán.*

Entendido esto, el Maestre, por medio de la lengua é intérprete, les mandó responder que no se aflijiesen, porque si seguro tenían, él les prometía y daba la palabra, como caballero, en nombre del Rey de España, de se lo mantener y guardar llegando á Orán, en cuanto examinaba y sabía, si entre ellos fuese alguno de guerra, para tomarle por esclavo, para pagar siquiera la mochila y trabajo de los soldados. Y habiendo mandado saber esto á los moros, el Maestre comenzó á caminar la vuelta de Orán en buena ordenanza; y siendo retirado del aduar en que se había hecho la mal acertada presa, vieron todos cómo allí junto estaban otros dos pequeños aduares, cuyos moros dellos ya habían huído, oyendo el rumor y alarido en el otro aduar.

Entendido el Maestre el engaño, echó de ver por entero que la presa hecha era de paces, y aquellos aduares que allí habían quedado eran los de guerra enemigos, á quien había salido á castigar; mas, con todo eso, nunca les quiso soltar hasta que llegase á Orán, porque no habían acabado de mostrar el seguro que decían tener suyo del Maestre. Y viniendo caminando el exército y á más de una legua del sitio do se había hecho la presa, vino un moro de á caballo, corriendo, con el papel del seguro en la mano, dando voces detrás de los cristianos, diciendo en su lengua:

—Esperad, esperad, Señor, Señor Maestre; mandad que no me tiren y dadme seguro para que allegue, porque aquí traigo vuestro seguro, que nos habéis dado pocos días há, en nombre del Rey

de España, que Dios guarde con vuestra persona.

Los soldados, que no quisieran que tuvieran seguro, viendo al moro venir por la retaguardia, con el papel abierto en las manos, antes que llegase á noticia del Maestre, que iba en la vanguardia caminando, le tiraron algunos arcabuzazos, aunque no le acertó ninguno; y llegando á noticia del Maestre, mandó que no le tirasen, y le llamasen y dexasen llegar salvamente debaxo de su palabra; y llegado el moro al escuadrón, conoció el Maestre su firma y sello en el seguro que traía, y se lo volvió diciendo:

—Toma, y guárdalo; vente conmigo á Orán, que allí te daré la presa, sin falta ninguna de la gente y demás despojos, porque aquí en el campo no se puede bien averiguar, ni sacar bien de las manos de los soldados.

Y con esto caminó el Maestre la vía de Orán, do llegó el Lunes, úlptimo de Otubre, á hora de las cuatro de la tarde; y antes de entrar en la ciudad, mandó quitar á los soldados todos los despojos que traían, y entregarlos á personas de confianza por inventario; y porque la presa no se había de vender no mandó señalar cuadrilleros para ella, ni mandó hacer muestra ni alarde de la gente, y envió á mandar con tiempo á las fuerzas que no le hiciesen salva de artillería, pues no había acertado la presa, y así entró en la ciudad á la sorda: do luego mandó poner cobro en la presa de los moros que traía, en nombre y voz de esclavos; y averiguando que si entre ellos venía alguno que fuese de guerra de los aduares enemigos, que allí cerca

de los suyos estaban, á quien había salido ó de otros, no hallaron ninguno que no fuese de paces; y entretanto el Maestre mandó que se les buscasen y se les restituyesen todas las haciendas y despojos que se les habían tomado; y lo que no pareció que los moros demandaban, se lo mandó pagar el Maestre de su hacienda, y en cuenta de la primera presa cabalgada que se hiciese. Y habiéndoles contentado, mandó, al cabo de algunos días (de) llegado á Orán, que les soltasen libremente á todos, dándoles desembarazada puerta, como á moros amigos, vasallos del Rey de España, habiéndoles primero mandado dar bien de comer, según que los demás días que les habían tenido presos, y lo mismo para el camino hasta llegar á sus casas y deudos.

Y para echarles fuera de aquellas plazas, como amigos dellos, volviéndoles su honra, de que habían sido imputados por enemigos, mandó el Maestre que les acompañasen hasta salir de las torres afuera, extramuros de Orán, parte de la gente de guerra, con las banderas, trompetas y caxas tocando, á la orden de marchar, delante dellos; á los cuales moros mandó decir que viesen los que verdaderamente se averiguase les hubiesen muerto en la ocasión en que les había acometido erradamente, como sabían, en que él les satisfaría cumplidamente á las partes agraviadas á quien más tocasen los muertos. Y con esto se volvió nuestra gente á la ciudad y los moros se fueron para sus tierras, alabando mucho la bondad del Maestre, ellos y todos los demás del Reyno que á su noticia llegó;

de quien jamás se quexaron, sí de la espía, que había sido doble para hacerles aquella molestia y daño, había fingido no acertar á los enemigos.

Vinieron cuatro soldados heridos de esta jornada, que se curaron en cuenta de la primera que adelante después se hizo, como se acostumbra en estas ocasiones en Orán; supliendo la que se acierta las costas de las que no se aciertan en cosas cuantiosas de consideración, como heridas de hombres y muertes de caballos, y otras cosas semejantes de acémilas ó municiones que se pierden de Su Magestad.

Domingo, que se contaban 18 de Septiembre deste año, llegó en Orán una grande cáfila, recua de todas bestias, cargadas de lienzos de todas suertes, que los cosarios de la ladronera de Argel habían tomado en unas naves bretonas y holandesas que captivaron al cabo de San Vicente. Los cuales judíos dieron aviso de que toda la prevención que en Argel y Costantinopla se había hecho en el año pasado de 68, había sido con disinio y ánimo de venir sobre Orán y Marçaelquivir, entre tanto que el Rey de España andaba ocupado en la guerra de la alteración de los moros del Reyno de Granada; y lo mismo para dende allí, entre tanto que los ejércitos de tierra necesitaban y ocupaban aquellas plazas, dar calor con la armada á los moros de España.

Empero porque no lo habían osado poner por obra, por saber cómo estaba por Capitán General de aquellas plazas el Maestre de Montesa: en que siendo, como era, no tan solamente caudillo de su

caballería, era así mesmo natural del Reyno de Valencia, tan cercano y vecino del de Argel y Orán, como todo el mundo sabía: donde todos vernían en su socorro, en cualesquier género de navíos que hallasen, según que otra vez lo habían hecho los valencianos, socorriendo de su motivo á Mosén Carrós, Alcaide de Bugía, teniéndola sitiada los dos famosos cosarios hermanos Hayradín y Horux Barbarroxas, año de 1514, como era notorio á todo el mundo, que por aquel socorro que entró á Bugía y no pensado, no la ocuparon aquella vez; cuanto y más ahora, que por la continua vecindad de los cosarios de Argel estaba todo el Reyno de Valencia bien prevenido en el exercicio de las armas; y encoraginados, viendo á su Maestre sitiado, su caballería y no caballería pasarían, aunque fuese á nado, á socorrerle.

Lo mesmo que estos judíos certificaron después algunos renegados y cristianos que vinieron á Orán, huyendo de la misma Argel, de que por la dicha causa el enemigo turco no se atrevió á acometer á Orán y Marçaelquivir, como Aluchalí, Gobernador de Argel, lo había facilitado, habiendo de socorrer y favorecer al mismo tiempo á los moros de España; sobre que certificaron haber habido entre ellos grandes demandas y respuestas entre los capitanes y genízaros turcos de Argel, en que se resolvieron que por las causas referidas no se podía hacer nada. Así lo hubo de avisar el mismo Aluchalí á Costantinopla, donde el turco, viéndose prevenido, acordó de enderezar y emplear las fuerzas que tenía, en orden en sitiar y ocu-

par el Reino de Chipre, como en este año lo comenzó á poner en orden para en el siguiente de 1570; y Aluchalí, Gobernador de Argel, con lo que de su parte tenía prevenido, acordó de ocupar luego, dentro del mesmo año pasado, el Reino de Túnez, como lo hizo, y después se fué á juntar con la armada sobre Chipre, y vino en ella, al tiempo que el Señor Don Juan de Austria la rompió, á 7 de Otubre de 1571.

Juntóse así mesmo á lo dicho el temor que nó haría nada la armada sobre Orán; el sentir, como sentían, en Argel, que todos los moros del Reino de Tremecén, especialmente los de la provincia y estado de Bent Arax y de la misma Orán, estaban grandemente disgustados con los turcos, que nuevamente tenían en una nueva fuerza, nombrada Maxcara, en el mismo estado de Bent Arax, de á donde les pretendían echar, con favor del mismo Maestre de Montesa, según después lo intentaron poner por obra, como á su tiempo se verá en esta historia; en que demás de esto, con castigar, como castigaba, el Maestre á los moros enemigos del Reino, según habemos narrado, lo querían y estimaban todos en mucho; y así se querían favorecer de su valor para expeler los turcos de su tierra: y con esta fama y lo referido de ser, como era, el Maestre de su Religión de Montesa, y de allí cerca, vecino de Orán y Argel, afirmaron todos no se atrevieron á acometer á aquellas plazas, viendo que estaba dentro, con buena gente de guerra del remaniente de los dos pasados sitios que les habían puesto, como queda apuntado en

su lugar y tiempo; demás de lo que de fuerza le vernían de socorro de España sus patriosos valencianos y catalanes, en caso que de Castilla no le pudiese venir, por la dicha causa de los moros, que se habían de levantar, como se levantaron. De manera que según esto importó mucho que el Maestre se hallase dentro de aquellas (plazas) con el cargo dellas, á tiempo que Su Magestad andaba tan ocupado.

Domingo, á hora de medio día, que se contaron 4 de Diciembre del mismo año 1569, llegó á la ciudad de Orán una grande cáfila ó recua de camellos, mulas, yeguas y caballos, todo cargado de azúcar y confitura de muchas maneras, que venía del Reino de Fez, á cargo de un judío muy rico de aquel Reino, que venía acompañado de otros, y de mucha caballería de moros, á su sueldo, para asegurarle de salteadores hasta Orán. Truxeron más de cinco mil arrobas desta mercancía, de que abastecieron la ciudad de Orán y villa de Marçaelquivir, para más de siete años siguientes, demás de mucha cantidad que se llevó en España, por ser barato y bueno, que ninguno de la Europa le hacía ventaja.

Venían estos azúcares de un lugar del Reino de Fez, nombrado Tafilete, que dista de Orán más de doscientas leguas contra Poniente, tierra fertilísima y abundante de caña dulce y de grandes ingenios de todas maneras de azúcar y confituras.

Truxeron más los judíos y moros ciertas cartas del Xarife, Rey de Fez y Marruecos, en lengua

arábiga, para el Maestre de Montesa, y otras en castellano de algunos captivos, personas de calidad españoles, valencianos y aragoneses, que estaban captivos en aquellos Reinos, para que el Maestre negociase sus redempciones, y de otros avisos.

CAPÍTULO VEINTE Y DOS.

De la quinta presa cabalgada que hizo el Maestre, con otras cosas que pasaron hasta en fin del mes de Agosto del año 1570.

Domingo de Pascua de Resurección, en la tarde, cuando se ponía el sol, que se contaban 26 de Marzo del año del Señor 1570, tuvo á esta dicha hora aviso el Maestre de Montesa de cómo en los campos que dicen de *Mazarquín*, que distan dos leguas de Orán, por su mediodía ó tres de la tarde, junto á un pequeño río que allí corre de una fuente, estaba asentado un aduar de moros de guerra, interpolado con otros muchos que allí estaban de paces, amigos de Orán, con firmes seguros del mismo Maestre y de otros caudillos de Orán, sus antecesores. Y este aduar de guerra, que con calor de las paces se había llegado y pensaba encubrirse, era de un linaje que llamaban de Uled Merién, ramo de Uled Muça.

Teniendo el Maestre este aviso por cierta espía de los mismos moros de paces, que lo sabían muy bien, y averiguando primero el Maestre si eran de paces, y sabiendo que no tenían seguro, por medio de los libros de los registros y de la lengua é intérprete de aquellas plazas, conforme los demás moros que allí estaban, determinó de salirles á

castigar, como á tales enemigos de Su Magestad y del nombre cristiano; para lo cual envió el Maestre esta misma tarde á llamar la gente de guerra de Marçaelquivir, con orden de que quedase guarda en la fuerza; y llegada á Orán, con la brevedad posible partió de aquella ciudad, dexando así mismo recaudo en ella: salió á tres horas de la noche, y caminando á mediano paso, por ser la jornada corta y de no muy buen camino, llegaron al aduar de los enemigos al cuarto de la alba, rendida la segunda vela, dos horas antes del día, Lunes de Pascua, á los 27 del dicho, donde viendo los capitanes tanta multitud de aduares juntos, en que habían más de veinte mil moros que podían tomar armas de á pie y caballo, aunque de paces, amigos de Orán, fueron de parecer muchos que no se acometiese con voz de guerra al aduar enemigo que entre ellos tenían, por cuanto se podían alterar todos y tomar las armas, rompiendo el seguro y paces que tenían con Orán, y ponerlos en grande aprieto en aquella ocasión.

—Peor será volvernos sin hacer nada, respondió el buen Maestre de Montesa, sabiendo que salimos á castigar los enemigos y no osamos acometerles; y pues ya salimos á eso y estamos acá, no conviene aquí si(no) apretar los puños en hacer la presa en los enemigos, y reparar redondo si se alteraren los amigos, cuanto más que yo sé que no lo osarán hacer.

Y diciendo esto mandó cercar el aduar, y dando Santiago, prendieron y captivaron 161 personas de esclavos, varones y hembras de todas eda-

des; en que demás desto mataron algunos que se defendieron haciendo armas; y se tomaron así mismo 300 camellos y 100 caballos, yeguas y jumentos, y más de 3.000 cabezas de ganado menudo, carneros y ovejas; de que se pudiera tomar mayor cantidad de ganado menudo y vacuno, si no se mezclara y envolviera con lo de los demás moros amigos, por lo cual fué forzoso dexarlo, sino fué la dicha primera cantidad, que con tiempo se antecoxió de dentro del mismo aduar.

Y comenzado á veredear la vuelta de Orán, tomaron así mismo otros muchos despojos de armas, ropas y otras cosas de la usanza de los moros de aquellos reinos, especialmente buenas y finas cotas y adargas, y sillas y otros xaeces y aderezos de caballos de la gineta morisca caballería, por ser como era aquel aduar de moros caballeros; los cuales plugo á Dios que no mataron ningún cristiano en esta jornada, sólo hirieron seis cristianos de lanzadas y cuchilladas de que ninguno dellos murió. Y con esta buena presa caminó el Maestre muy alegre y triunfante para Orán, do llegó el dicho día Lunes de Pascua, á medio día; donde antes de entrar en la ciudad, viniendo caminando, supo y averiguó cómo algunos moros de los que venían captivos en traílla eran de paces, amigos de Orán, que aquella noche habían quedado á dormir, siendo convidados, en aquel aduar de guerra, sin saber que lo fuese; y demás destos otros, algunos que los soldados se habían desordenado á tomar de los de paces, por hallarse junto á los de guerra; á los cuales mandó el Maestre dar

libertad antes de llegar á Orán, que por todos eran nueve moros y moras, y lo mismo los despojos que les habían quitado; y luego allí mismo en aquel puesto, do había para esto hecho alto, antes de entrar en la ciudad, mandó señalar y nombrar los cuatro cuadrilleros que se debían hacer y elegir para beneficio de la presa hecha.

Y siendo nombrados, con votos y pareceres de los demás capitanes y gente de cabo del exército, el Maestre los aprobó y tomó juramento sobre la cruz de sus mismas espadas que ellos ciñían, de que harían bien y fielmente su oficio, como Su Magestad manda. Hecho esto y el inventario de la presa, alarde y muestra de la gente que la había ido á hacer, se entraron en la ciudad, con grandes salvas de artillería y arcabucería; y otro día Martes mandó el Maestre soltar otros once moros de la presa, en que ya estaban inventariados y apreciados, porque decían eran de paces, sino era trato entre ellos y la lengua, siendo en ello interesada, como puede suceder y muchas veces ha sucedido en aquellas plazas en tales ocasiones de presa.

Es verdad que hallamos en el mismo libro de la venta y distribución desta presa, que el Maestre mandó dar á estos úlptimos 11 moros que soltó 230 ducados, por costa de la misma presa, por el daño y menoscabo que en sus personas habían recibido en su captiverio, que verdaderamente, si no fueran de paces, no se los dieran. Demás destos tomó el Maestre por su joya otros seis esclavos, con nombre y título de una casa y familia; y de los de-

más, que eran 136, mandó hacer venta y repartimiento, como Su Magestad manda. De los cuales y de los camellos y demás bestias y ganado, montó la suma y valor de todo 74.312 reales; de los cuales, siendo sacadas las ordinarias costas del zanco, y lo perteneciente á la espía, lengua y truxamán, y para ventajas que de tales presas se dan á soldados beneméritos, tocó de lo que quedó al quinto de Su Magestad 9.645 reales; restaron para repartir 37.574 reales, de los cuales se hicieron 1.391 partes, á razón de 27 reales cada parte, que se repartieron á las personas que fueron á hacer la dicha presa y á otras que no fueron, á cada uno las partes que había de haber, conforme la plaza y sueldo ganaba y la calidad de sus oficios.

Martes, que se contaron 4 de Julio deste año, á hora de las cuatro de la tarde, llegaron á la playa de Orán 14 cristianos, que venían huyendo de la esclavitud de Argel en una barca hecha de cueros de baca por curtir, clavada sobre la madera, armazón de la barca, que era cosa de maravilla ver la flaqueza del navío; el cual certificaron con juramento los captivos que en él venían le habían obrado en menos tiempo de ocho horas del día de San Joan deste año 1570: empero tenían prevenido para ello lo necesario poco á poco los días antes; y después de haberle hecho y dexado escondido en las Caxinas, tres leguas á Poniente de Argel, volvieron á aquella ciudad con sus acémilas cargadas de leña, como acostumbraban; y volviendo á salir prevenidos para la navegación del camino, se embarcaron en el mismo día de los Apóstoles San

Pedro y San Pablo, y llegaron á Orán en salvamento el dicho día Martes á 4 de Julio, donde fueron alegremente recibidos. Eran de todas naciones, españoles, italianos é insulares del Mar Mediterráneo, los cinco castellanos y un portugués.

Sábado que se contaron 15 del mismo mes y año, salió de Orán una fragata en corso por la costa de aquel Reino, contra Poniente, marinas de la ciudad de Tremecén; cuyo bergantín salió armado doblemente de gente de remo y guerra de la buena, escogida de Orán, y por su caudillo del baxel iba un buen marinero, nombrado Miguel del Castillo, que era patrón del bergantín de aquellas plazas; y para en lo de tierra, cabo de los soldados, iba el adalid Antón de Palma con sus acompañados, que por todos eran 50 hombres para saltar en tierra, sin los del navío, remeros y marineros.

Y llegando cerca de la boca del río Risgol, que es en la marina de la ciudad de Tremecén, Lunes á los 17 del dicho mes y año, fueron descubiertos de los moros de tierra, los cuales dieron aviso dello á un cosario de Argel, que á la sazón allí acertó á estar, nombrado Alí Erráez, que estaba esperando ciertas mercaderías de la ciudad de Tremecén, que dista de allí seis leguas tierra adentro.

Era ésta una gruesa galeota de 20 bancos por banda, la cual había pocos días llegado allí de Argel, discurriendo por la costa de Berbería abajo, en demanda de los captivos que se habían huído en la barquilla que hemos dicho; y como no la pudo alcanzar, y supo en Mostagán, catorce leguas antes de llegar á Orán, cómo ya los huídos escla–

vos estaban en aquella ciudad, pasó de largo á la marina de la ciudad de Tremecén; do estando como dicho es, á tiempo que llegó allí el bergantín de Orán, teniendo noticia dél, le salió de presto, y acometiéndole, le hizo zabordar en tierra, y le tomó con todos los cristianos que en él venían; de los cuales dieron algunos á los moros que dieron el aviso y les ayudaron á tomar en tierra los que huían, y á los demás llevaron á Argel con la misma fragata en que les tomaron.

Fué entre ellos Cristóbal Rubio de Riogordo, natural de Orán, donde, después de rescatado, fué cabo de escuadra, y sargento y alférez de la compañía de que yo era soldado en aquellas plazas, y le dexé vivo cuando salí dellas, año 1604, y era un gran soldado mi amigo.

También se huyó del captiverio, al cabo de algunos días, el adalid Antón de Palma, milagrosamente de entre los alarbes, que sabiendo que era la guía de la gente de Orán y descubridor de la tierra, fué el primero que pidieron al arráez turco para quemarle, como le querían quemar; para lo cual le tenían aherroxado fuertemente en los aduares de los moros Zuetes, más á Levante de Orán, en los Campos de *Magora* de la Provincia de Ténez, donde una noche, despertándole una becerrilla á topetones, se halló suelto de las prisiones, y siguiendo á la becerra, se salió de los aduares, sin ser sentido, y se vino á Orán en salvamento; donde le conocimos muchos años después en el dicho oficio de adalid y jubilado por viejo, hasta que murió.

CAPÍTULO VEINTE Y TRES.

De las discordias y guerras que en este tiempo había entre los moros más principales del Reino de Tremecén.

Estaban en este tiempo grandemente enemistados unos con otros los más principales linajes de moros del Reino de Tremecén, por viejas y nuevas pasiones y rencores, porque las parcialidades nombradas los Alaxeses y Uled Brahén traían de conformidad liga y bando contra los de Uled Abdallah, sobre las tierras en que siembran sus panes y pastan sus ganados; que éstas son de ordinario las causas porque mayormente se mueven entre ellos las pasiones y pendencias.

Y habiendo en la primavera deste año ido á la Zahara la parcialidad de Uled Abdalá á pastar sus camellos, desviándoles de lo marítimo destas provincias de Tremecén, do se cría siempre en primavera y verano cierta yerba que llaman los moros *elhegna* ó el *güelfa*, que paciéndola los camellos les mata luego, sin remedio ninguno: por esto les apartan y desvían della en el dicho tiempo de verano, hasta que se seca, llevándolos á la Zahara, tierra circunvecina de la nación negra, donde nunca nace esta dicha yerba.

Volviendo, pues, en fin del mes de Julio los dichos

moros deste Reino y Provincia de Orán, do tenían sus tierras y antiguos heredamientos, para coxer los panes que habían dexado sembrados del invierno del año pasado, las cuales cosechas les habían tomado y señoreado dellas los dichos sus contrarios Alaxeses y Uled Brahem, con bravosidad y á título de más poderoso y sustentarlo á fuerza de armas, cuando le viniesen de la Zahara; para cuyo efecto, y ansí mismo para quitarles las mercaderías que de la Zahara trujesen, juntaron todas sus fuerzas, llamando á los turcos de Tremecén en su ayuda; y siendo apercibidos, cuando sabían que venían, les salieron al camino en un paso angosto del río de Maquerra, se trabó entre ellos una cruda y encendida batalla, como si fueran mortales enemigos de diferentes naciones y ley; la cual batalla, según que algunos moros dellos me contaron, pasó desta manera.

Aguardáronles en celada en las riberas del dicho río Maquerra, que es en el mismo meridiano de Orán, á doce leguas de aquellas plazas, derecho á tierra adentro; donde estando aguardando en la emboscada con los turcos, llegaron los contrarios al angosto paso y vado del río, donde les tenían el armatoste entre mucho boscaxe que allí hay de la una y otra parte de aquella corriente de agua; donde dexando pasar mucha gente de la que venía y su camellaje, estando la medianía de la gran cáfila multitud de moros y camellos en el paso del río, les salieron de improviso, acometiendo á la vanguardia, antecoxendo á los camellos y matando á los moros que les defendían, que ma-

yormente eran de á pie, pastores que les guardaban y allí venían guiando.

En este tiempo la mayor fuerza de la caballería suya venía en la retaguardia, no sabiendo nada de la celada y batalla que les estaba apercibida; venían descuidadamente caminando, porque ocupaba su tropa y máquina de camellaje, gente y demás ganados y bestias, más de dos grandes leguas de término á la larga y una de ancho.

Y llegándoles de presto el aviso de la vanguardia á la retaguardia, donde ya habían sentido las voces y alaridos, pasaron de presto por uno y otro costado de su escuadrón de bagaxe y gente inútil, á la vanguardia á socorrer los suyos; donde como fueron pasando por la orilla del boscaxe que acompaña aquel río, les dieron los turcos una carga de escopetería desde la misma encubierta celada do estaban, donde mataron muchos moros y caballos, y entre ellos algunos principales Xeques, cuyos nombres luego veremos.

Llegados que fueron á la vanguardia los que de allí escaparon, se trabó la batalla de nuevo, con más veras y mortandad de ambas partes; donde se mataban con más coraxe y rabiosamente que si fueran capitales enemigos de estrañas naciones y leyes; y en cuanto esto pasaba en la vanguardia, de la otra parte del río, los turcos, que aparte por través estaban, con grande caballería de su bando, viendo la batalla trabada, grandemente encendida á lanzadas en la vanguardia, acudieron á la retaguardia que venía sola, y al camellaje y demás bestias de carga, que pasaban de quince mil, casi

todas cargadas de negros, varones y mujeres, y gran cantidad de dátiles y fina pluma, con otras muchas mercaderías de Thiopía, y otras partes de las tierras de negros, que ellos mismos traen á vender á los confines de los blancos, do son las poblaciones que dicen Tigurari, Figui y Faififa: venían así mismo sobre el camellaje y demás bestiamén todas las familias, hijos y mujeres, casa de la dicha caballería alárabe, mujeres, niños y viejos, finalmente, toda gente inútil y cosas del servicio dellos: y queriéndolo guiar todo y antecoxer los moros contrarios y turcos á una parte para llevárselo, en cuanto la batalla andaba, se abalanzó de golpe todo el camellaje al vado del río, por ser cuesta abaxo, que no se pudieron tener en la furia de carrera y tropel que hicieron; de forma que se amontonaron en un angosto paso una grande suma de camellos y de ganado vacuno y otras muchas bestias de carga, según que los moros destos Reinos ordinariamente traen consigo do quiera que se mudan, mayormente cuando van muchos aduares de caballeros juntos, como ahora venían; donde me certificaron (algunos) moros había más de treinta mil cabezas de ganado y bestias, sin lo menudo, cabras y ovejas, que venían caminando por una y otra parte fuera y desviadamente por aquellos campos derramado, á buena distancia del batallón de moros y camellaje: el cual, como en aquel angosto lugar entre dos montañuelas y vado del río, se apretó tanto uno con otro este bestiamén, que se ahogaron más de cuatro mil camellos y dos mil personas que venían sobre ellos, muje-

res, muchachos y hombres viejos, sin que pudiesen ser socorridos de la una ni de la otra parte del río, porque como los camellos son bestias muy pesadas, corpulentas y torpes, se cayeron unos encima de otros, do se ahogaron con el peso enhacinados y con la grande calor que hacía.

En cuanto esto pasaba no cesaba todavía la batalla entre la caballería y turcos á toda furia, hasta que con igual ventaja les apartó la noche: murieron en esta pendencia, demás de los inútiles ahogados, cerca de tres mil moros de ambas partes; donde los que más perdieron fueron los de Uled Abdalá, que venían de la Zahara; porque demás de perder allí la mayor parte de sus bienes muebles, así en mercaderías, como en otras cosas, se ahogaron, como dicho es, atropelladamente y de calor, sus mugeres é hijos: y en la batalla, entre la caballería que murió, les mataron cinco Xeques principales, nombrados Yagob (Yacob), Benbrahén (Ben Ibrahim), Beniagob (Ben Yacob), su hijo, y Zaerar ben-Dever, y Udana Hamalacán, negro, Mahax ben Alhax (Alhach), por cuya muerte deste último nacieron entre ellos largas enemistades y guerras.

Sucedió esta batalla, dicen los mismos moros, á trece días de la luna de Julio, cuyo mes llaman el *Jahar eleif*, porque los moros siempre cuentan por la luna.

Andaban, á esta sazón y tiempo, la parcialidad y linaje de Uled Muça de por sí aparte, que es el segundo ramo del señorío y nobleza de los moros del Reino de Tremecén; no intervinieron en estas discordias, acostándose ni dando calor á ninguno

de los otros dos linages sus hermanos, el mayor Uled Abdalá y menor Uled Brahén, contrarios uno del otro: en que solamente solicitaban poner paz entre ellos, por medio de casamientos y treguas puestas por sus morabutos.

Acompañaba en este tiempo por otra parte al dicho pacífico linaje de Uled Muça una parcialidad y pequeño ramo de Uled Brahén, nombrado Azemir ben Boraz, que no se quiso hallar ni ligar con los Alaxeses para enojar á los de Uled Abdalá, conforme lo hicieron los demás ramos deste linage de Uled Brahén, toda su caballería y villanaje, para hacer guerra á fuego y sangre á la dicha parcialidad de Uled Abdalá, su cabeza y mayorazgo: y ansí por esta causa los de Uled Muça no se hallaron en estas discordias y batalla de los dichos dos linajes sus hermanos con los Alaxeses, que fueron los principales autores y trujamanes de la guerra, por la dicha causa del señorío de las tierras; porque cada uno dellos decía le pertenecía de derecho antigua posesión, en que los Alaxeses dicen que son los más antiguos naturales deste Reino de Tremecén, provincia de Orán, descendientes de los primeros pobladores desta región, después de las aguas del universal diluvio de Noé; los demás linajes y parcialidades de moros deste Reino, que son alárabes del Orientes, Palestina y Arabias, secuaces de Mahoma, dicen que las tierras son suyas porque las conquistaron sus pasados á fuerza de armas.

En que siempre por esto duran entre ellos grandes enemistades y guerras, matándose en ellas á

lanzadas, y también por otras causas, según que más copiosamente se contiene en la general Historia de aquellas plazas y reinos, que tenemos en borradores.

CAPÍTULO VEINTE Y CUATRO.

De la sesta presa que hizo el Maestre de Montesa en el Reino de Tremecén.

Lunes en la noche, que se contaron 25 de Septiembre del mismo año 1570, tuvo aviso el Maestre de Montesa de cómo en los campos que dicen *Zirete*, á ocho leguas de Orán la tierra adentro, cerca del río *Zique*, estaba asentado un aduar de moros del linage que dicen Habra, por ser, como son, naturales de los términos de toda aquella tierra, que se nombra de Habra; cuyo Xeque deste aduar llamaban Magaragua, que eran de guerra, enemigos de Orán, y de los demás moros que tenían su seguro y amistad: y queriéndoles castigar el Maestre y hacer presa en ellos, como á tales enemigos de Su Magestad y del nombre cristiano, partió de aquellas plazas, á los 26 del dicho, á hora de las 3 de la tarde, con parte de la gente de guerra de Orán y Marçaelquivir y alguna de las fábricas, con sus armas, dexando recaudo de bastante guarda en las dichas fuerzas; y caminando lo que había de claro deste día y noche siguiente, llegaron á los enemigos otro día, Miércoles, á 27 del dicho, dos horas antes que amaneciese. Donde cercaron y dieron Santiago en el dicho aduar enemigo, que era de 150 tiendas, del cual ya se habían huído

muchos moros que ya habían sentido á los cristianos antes que llegasen; los cuales solamente pudieron prender y captivar 81 personas, varones y mugeres de todas edades, sin otros muchos que mataron, porque se defendían haciendo armas.

Tomáronse así mesmo 400 bestias de carga, camellos, caballos, yeguas y jumentos, y ansí mismo mil vacas muy gordas, y muchos despojos de ropa y otras cosas del hábito y traje morisco de Africa y jaeces de caballos y armas, sin que los moros matasen á ningún cristiano, por la buena orden y valor que tuvieron; sólo hirieron á cinco soldados, de que después sanaron: empero mataron de nuestra caballería tres caballos á lanzadas en el acometimiento y refriega que hubo á la retirada, en que los moros se arrimaron bravamente peleando; donde hubieron bien menester las manos los soldados de Orán en esta ocasión y retirada, hasta venir á medida de bote de pica y lanza, á manteniente y á cuchilladas, con la mucha morisma que acudió á la arma de otros aduares de guerra comarcanos, de á pie y de á caballo; que como llegaron de refresco gallardos, dieron un apretón de romanía, acapitanadamente, en una tropa de caballos, á nuestras mangas y escuadrón volante, que les hicieron dar una encoxida al refugio y amparo del escuadrón, de adonde les salió el socorro de arcabuceros y picas; y dándoles otra estampida á los moros con carga de arcabucería y bote de pica al que se acercaba, les hicieron alargar con grandes rociadas de plomo y pólvora, hasta que les hicieron retirar y alargar de sí, con muertes y he-

ridas de muchos dellos, demás de los que pelearon en el aduar y llevaban en traílla presos á Orán; para donde caminó el Maestre muy alegre, donde llegó á los 28 del dicho, á las dos del medio día, y antes de entrar en la ciudad mandó hacer las ordinarias diligencias en el nombramiento y elección de los cuatro cuadrilleros que se debían nombrar para beneficiar la presa y el inventario della, con el alarde y muestra de la gente que la había ido á hacer: entraron en la ciudad con grandes salvas de artillería y arcabucería.

Tomó el Maestre por su joya desta presa cinco esclavos, y de los demás y bestias con el ganado mandó hacer venta y repartimiento, como Su Magestad manda; la cual presa montó todo su valor 35.650 reales: de los cuales, siendo sacadas las ordinarias sangrías, la costa del Zanco, y para la espía, lengua y trujamán, y para ventajas, y el quinto perteneciente á Su Magestad, á quien tocaron 4.397 reales, restaron para repartir 17.551 reales, de los cuales se hicieron 1.462 partes y 6 dozavos y medio de partes que hubo de haber, á razón de 12 reales cada parte, que se repartieron á cada uno las que había de haber conforme la plaza y sueldo ganaba; y sobraron del repartimiento 50 reales, los cuales el Maestre mandó distribuir en cosas olvidadas de la dicha cabalgada en su repartimiento.

Pocos días después de ser vendida y distribuído el dinero del valor desta presa, vinieron á Orán ciertos Xeques amigos de aquellas plazas, que tenían seguro dellas, á pedir al Maestre algunos mo-

ros que en la dicha cabalgada se habían traído esclavos, diciendo que eran de sus aduares, amigos de Orán, que yendo de camino á otros aduares de sus deudos, habían acertado á hallarse aquella noche en el dicho aduar en que se hizo la presa y venido con los demás moros enemigos captivos á Orán. A la cual demanda respondió el Maestre que por qué no habían acudido con tiempo á averiguar este pleito, antes que la presa se vendiese, ni distribuyese su valor entre la gente de guerra que la había hecho dos meses había; porque siempre tarda la presa, que más presto se vende y distribuye, más de dos meses de tiempo por lo menos en vender la presa y cobrar el dinero dellas. Esto se entiende cuando es á luego pagar, porque cuando se venden fiadas se da término por lo menos de medio año, y al cabo se pagan y distribuyen en pólizas para mercaderes que dan ropa á los soldados por sus partes.

Vendíanse en otro tiempo las presas en Orán *á luego pagar*, y ansí las pagaban los tesoreros en dinero á los soldados hasta el año 1578, de que yo gocé parte deste tiempo en aquellas plazas; y después de una cabalgada, que llaman del *Carriz*, que en el dicho año de 78 hizo el Marqués Don Martín de Córdoba, que fué de 61 reales por parte, nunca más ninguna se pagó en dineros á los soldados, sólo una al Duque de Cardona, como todo se contiene más copiosamente en la general Historia de aquellas plazas y reinos, y después adelante todas se han pagado en pólizas, como dicho es, á los mercaderes que compran esclavos y los pagan los

soldados de las partes que les tocan, por paños y lienzos para vestirse y otras cosas de comer.

Así, pues, esta sexta presa que hizo el Maestre de Montesa, que *á luego pagar* se vendió, según las demás que antes y después hizo, ya había más de dos meses que era vendida y uno que era repartida, cuando vinieron á Orán los Xeques amigos á pedir esclavos della en nombre de sus vasallos. En que apurando bien el Maestre la verdad, halló que no era así lo que los moros decían, ni había traído en esta presa ningún moro ni mora que seguro tuviese ni amistad con Orán, sí que todo era trato por parentela y amistad entre los mismos moros de paz y guerra para salir de esclavitud; de que se enoxó grandemente el Maestre y aun quiso castigar á los dichos Xeques amigos, que con estas mentiras y falsas relaciones le venían á engañar, contra el servicio de la Real Corona de España y su milicia en aquellas plazas, y ansí les reprehendió por medio de la lengua é intérprete de aquellas plazas, que mirasen cómo andaban y le tratasen verdad en todo.

CAPÍTULO VEINTE Y CINCO.

De la séptima presa cabalgada que hizo el Maestre y otras cosas de su gobierno.

Sábado en la noche, que se contaron 14 de Otubre deste año, tuvo aviso el Maestre de Montesa de cómo en los campos que dicen de *Zenán* ó *Cené*, á diez leguas á Poniente de Orán, en el camino y viaje que van á la ciudad de Tremecén, estaban asentados ciertos aduares de moros, del linage y parcialidad de los Alaxezes y Uled Muça, revueltos unos con otros, los cuales eran de guerra, enemigos de aquellas plazas y de los demás moros del Reino amigos de ellas, y queriéndoles castigar y hacer presa en ellos, como en tales enemigos de Su Magestad y del nombre cristiano, para cuyo efecto partió de Orán, Domingo á 15 del dicho, á hora de las seis, cuando anochecía, con parte de la gente de guerra dellas y más cient gastadores de las fábricas con sus armas, dexando bastantes guardas en las dichas fuerzas; y caminando toda esta noche sin parar, fueron á amanecer al río que llaman *Bent Autirán*, do estuvieron el Lunes todo el día en celada, y cuando se ponía el sol partieron de allí todos juntos en demanda de los enemigos, no queriendo el Maestre dexar allí el bagaxe; y caminando toda la noche llega–

ron á los aduares dos horas antes que aclarase el día, Martes, á 17; donde habían ya los moros sentido á los cristianos dos leguas antes que llegasen, por medio de las guardas y escuchas que tenían en los pasos y caminos que van de Orán á aquella tierra: las cuales guardas llegaron y dieron de presto aviso á sus aduares, como una hora de tiempo antes que los cristianos llegasen; en que se comenzaron á retirar, que en arábigo dicen *rehalar*, y á toda prisa se ponían en huída, dexando el sitio y aduares en que estaban, tocando arma con llamaradas de fuego encendido por aquellos montes y cerros, que en aquella tierra hay muchos y espesos picachos, avisándose de aquella manera unos á otros, como tienen de costumbre tocar arma y alborotar el Reino desta manera.

Nuestros adalides, que habían ido delante del Maestre, con una legua de ventaja, á tentar y reconocer los dichos aduares enemigos, hallándoles en arma y puestos en huída, volvieron de presto con el aviso al Maestre; el cual y demás gente de guerra de donde caminaban ya habían reconocido lo que pasaba y tenídolo por mala señal, y sabiendo que iban huyendo cerca de allí, mandó á la caballería picar de las espuelas á los caballos á toda prisa para que alcanzasen á los moros que, rehalándose, se iban, y les entretuviesen en cuanto llegase la infantería, y como era tierra muy áspera, montuosa, de herganales (arganales), que son unos espinos simples. Eran así mismo pedregales la parte por do se caminaba; do no pudiendo nuestra caballería romper ni pasar con la brevedad

que era menester y el Maestre pretendía, el cual, visto el inconveniente del paso, mandó que pues no podía caminar la caballería, trabajase la infantería de alcanzar los moros, y que prendiesen y matasen los que pudiesen.

La cual infantería, soltándoles la rienda, hendiendo y horadando la grande espesura del boscaxe, alcanzaron á los moros, que iban huyendo á toda prisa la vuelta de la ciudad de Tremecén, yendo á caballo en sus bestias la gente de ellos más inútil, mugeres, muchachos y viejos, y los demás á pie antecoxiendo; y aunque llevaban largo paso y algo lejos, prendieron y captivaron 198 personas, varones y mugeres de todas edades, y mataron así mismo otros muchos, porque peleaban bravamente y se defendían á lanzadas y á cuchilladas y grandes pedradas, á causa de hallarse con las armas en la mano al tiempo que los cristianos llegaron.

Tomaron así mismo 85 bestias de carga, caballos, mulas, yeguas y jumentos, y otros muchos despojos de ropa y cosas de que iban cargados, sin que los moros matasen ningún cristiano; solamente hirieron 12, algunos de malas y penetrantes heridas, de que llegados á Orán, con la buena diligencia que el Maestre en su beneficio y cura mandó poner, sanaron. Mataron así mismo los moros en esta ocasión algunos caballos nuestros que con la infantería llegaron á tiempo de pelear, en cuanto llegó el resto con el Maestre.

El cual con esta presa volvió muy alegre y triunfante para Orán, sin que los enemigos le im-

pidiesen: aunque se mostró gran caballería dellos á lo largo, nunca osaron acercarse al cristiano escuadrón, que en buena orden con sus mangas y volante caminaba. Llegó el Maestre á Orán con su gente á los 18 del dicho, que fué Miércoles; donde antes de entrar en la ciudad mandó á los capitanes y demás gente de cabo nombrasen y señalasen de sí mismos los cuatro que habían de hacer oficio de cuadrilleros de la presa; y siendo nombrados y elegidos, el Maestre les aprobó y tomó juramento de que harían bien y fielmente su oficio, como Su Magestad manda.

Y habiendo hecho esto con el inventario de la hacienda de la presa, y reseña y muestra de la gente de guerra, bagaxeros y acémilas que la habían ido á hacer, se entraron en la ciudad con grandes salvas de arcabucería de la misma gente de guerra y artillería de los baluartes y fuerzas de la ciudad y extramuros della.

Tomó el Maestre por su joya cinco esclavos desta presa, y mandó que de los demás y cabalgaduras que se habían traído se hiciesen aprecio y venta y repartimiento, como Su Magestad manda. No se trajo ganado desta jornada por ser lejos de Orán y de mal camino, lo cual también se dexó de traer porque se entendió hubiera á la retirada grandes escaramuzas con los moros, como las más veces acontece de ordinario en tales ocasiones y jornadas que se hacen tan desviadas de Orán, como ésta se hizo cerca de la ciudad de Tremecén.

Murióse en llegando á Orán un esclavo de los desta presa, de las heridas que había recibido el

día de su captiverio, de forma que se vendieron por la cabalgada 192 esclavos, de los cuales y de las bestias montó su valor 66.670 reales; de los cuales, siendo sacadas las ordinarias costas del Zanco y para la espía, lengua, y trajamán, y para ventajas, perteneció al quinto de Su Magestad 8.040 reales; restaron para repartir 32.233 reales, de los cuales se hicieron 1.465 partes, y dozavo y medio de una parte, á razón de 22 reales cada parte, que se repartieron entre las personas que fueron á la jornada, y á otras que no fueron por la autoridad de sus oficios: cuyas partes se dieron á cada uno las que había de haber, conforme la plaza y sueldo ganaba, que por eso resultan dozavos de partes y catorzavos en el repartimiento de tales presas, por los altibajos y desigualdad de plazas y sueldos que los hombres ganan y ventajas que tienen de Su Magestad, como manda su Real Orden en aquellas plazas sobre el repartimiento de las tales presas.

Parecióle al Maestre de Montesa en este año era cosa acertada y conveniente al servicio de Su Magestad y al bien de aquellas plazas, que en la entrada y salida de aquella ciudad contra el campo, en la boca de un callejón, que se hace entre unas huertas, que es el más ordinario camino para entrar en la ciudad de la parte de tierra, convenía hacer allí una torre en el sitio donde antes había estado otra que llamaban la *Torre Gorda*, según que mismo ahora llaman la que allí está y mandó hacer el Maestre, como vamos diciendo.

Habíase derribado la primera en el año 1556, en que la primera vez el enemigo turco sitió aquellas

plazas, y nunca más se había vuelto á levantar aquel edificio, y poner en él gente de guerra, para desarmar y quitar allí las lanzas á los moros que vienen á entrar en la tierra, como ahora después del gobierno del Maestre en aquellas plazas se hace, desarmando los moros antes que entren en la ciudad, que hasta aquel tiempo, en espacio de catorce años, por no haber allí fuerza ni vigilancia ninguna de guerra, llegaban los moros que querían venir, de paz ó de guerra, hasta las mismas puertas de la ciudad armados: do hacían algunos daños hiriendo y matando cristianos, volviéndose á salir sin ningún impedimento; donde mataron á un soldado nombrado Joan Angel, junto debaxo al mismo pie de la muralla de la ciudad y su puerta dicha de Tremecén, que sale al campo contra Mediodía.

Por estas dichas y otras muchas legítimas causas, mandó el Maestre, como es dicho, levantar esta torre para los dichos reparos de aquella ciudad; cuyo sitio es de la otra parte de lo hondo y canal y corriente del río y huertas, á la faz y cejo del campo, á vista de la ciudad, como un tiro de arcabuz de su distancia por el aire, sobre lo hondo y canal del río.

Mandó el Maestre hacer esta torre cuadrada y maciza hasta la tercera parte de su altura, con sólo un pequeño postigo, al peso del terraplén, que responde frontero de la ciudad, donde mandó que tuviese su escala levadiza, como son las entradas de las torres de la costa meridional de España, costas de los Reinos de Valencia, Murcia y Granada, que sirven de guardas.

En esta torre mandó el Maestre poner un Alcaide, con plaza de veinte mil maravedís cada año de sueldo, y con él ocho soldados, de ordinario noche y día, así para dar aviso de lo que sienten en su contorno, como para tomar las lanzas á los moros á cualquier hora que lleguen, como siempre después acá hasta ahora se guarda esta orden por buena: donde desde lo alto, sin abajar á baxo ni subir de la torre, piden los soldados las lanzas á los moros que llegan, en su lengua, echando abajo un cabo de cordel ó soga de esparto, en que las atan con sus señales para que después las conozcan, y las suben arriba y guardan hasta que los moros dueños vuelven á salir de la ciudad, y lo mismo sus alfanges, damasquinas, si las traen, han de dexar allí: y al que desta manera no quiere rendir las armas para entrar en el cristiano pueblo, les tiran (con) los arcabuces y piezas de artillería que tiene la torre, aunque pequeña; porque los moros que ansí buenamente no quieren dexar allí sus armas, manifiestan ser de guerra, y vienen á hacer daño á los cristianos: en la cual torre, á un estado y medio del suelo, debaxo del mismo postigo y escala, por do suben á entrar en ella, están esculpidas en una grande piedra estas letras siguientes:

ESTA TORRE MANDÓ HACER
EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR MAESTRE DE MONTESA, SIENDO CAPITÁN GENERAL EN ESTOS REINOS
EN EL AÑO DEL SEÑOR 1570.

CAPÍTULO VEINTE Y SEIS.

De los demás reparos de fábrica que en este tiempo hizo el Maestre en las fuerzas de Orán y Marçaelquivir, con otras cosas de su buen gobierno en aquellas plazas y Reinos.

Así mismo mandó el Maestre fabricar y levantar un bestión ó baluarte de muralla, en una de las esquinas que hacen los tres ángulos del muro que ciñen la ciudad, cuya fación triangular tiene su asiento como en su descripción vimos. La cual punta, esquina que el Maestre ahora mandó fabricar y levantar, es la que cae á la parte del campo, sobre la puente del río, junto á la puerta de la ciudad que sale contra aquella parte dicha de Tremecén, por do siempre mayormente entran y salen los moros.

Levantóse esta muralla donde mismo mataron los moros al soldado Joan Angel, que hemos dicho, cuyo muro estaba llano por el suelo; había muchos años se había caído toda aquella esquina, y había tenido hasta ahora sólo una estacada de faxina de rama y atocho por defensa, y siendo levantado el nuevo baluarte con mucha ventaja de como antes era, terraplenado y macizo, y algo á talux recostado, según deben ser los muros de tales fortalezas; sobre la cual muralla, en la misma

esquina y punta della mandó el Maestre hacer una garita voladiza, sobre grandes canes de piedra, donde se pusiese de ordinario un soldado de guarda en atalaya, con armas de fuego, para tirar á los moros que llegasen con armas á hacer daño por aquella parte del río y paso de la puente y molino que allí está debaxo de la misma muralla, demás del recato y vigilancia que habemos dicho tiene la torre que el Maestre mandó plantar y fabricar allí frontero en la entrada del valle del río términos de la ciudad; aunque después, para más seguridad desta entrada, se mandó poner de ordinario cada día, en el dicho puente del río, dos ó tres soldados de guarda, para quitar las armas á los moros que hasta allí las traen, por caso de descuido de la torre dicha.

Mas empero la principal guarda de la atalaya, que es la de la posta de la garita y punta de la muralla que habemos dicho, está allí ordinaria de día y de noche, que es la más importante posta y de más cuidado de cuantas se proveen en todo el circuito y ámbito de la ciudad de Orán, por lo mucho que tiene á cargo el soldado que allí se pone y debe escuchar y sentir de la parte de afuera de la ciudad y su ribera, sus molinos y bocas de callejones de las huertas y jardines, á la cara del campo de la Berbería; donde yo he hecho guarda más tiempo de treinta años continuos, que fueron los de mi milicia en aquellas plazas, por ser, como era, aquél el ordinario cuartel de la compañía de infantería española, de que yo fuí soldado todo el dicho tiempo allí.

Mandó el Maestre, así mismo, fabricar, en esta ocasión y tiempo un magacén (almacén), allí mismo, junto á la dicha esquina del baluarte y punta de muro que levantó, en cierta distancia de 150 pies, que se contienen entre la dicha punta y la puerta de la ciudad, para encerrar en él el trigo que los moros de paces del Reino traen de servicio á Su Magestad por el seguro que les manda dar, y también otro mucho que traen á vender por el dinero á aquellas plazas. Cuyo magacén se nombra el *Taburón*, en que de ordinario se encerraba, estando yo en Orán, grande cantidad de trigo para la gente de guerra.

Había habido hasta ahora en Orán grande falta de magacenes para encerrar trigo hasta este tiempo: sólo había algunos en la marina, aunque pequeños, fuera de la ciudad, para guardar el pan y demás provisiones que se traían de España; empero dentro de la ciudad no había de Su Magestad ningún magacén en que poner el trigo que los moros traían: aunque después acá se han fabricado junto á la dicha puerta de Orán que sale al campo, nombrada de Tremecén, dos grandísimos magacenes, uno sobre otro, en que caben más de veinte mil fanegas de trigo ó cebada.

Reparó así mismo el Maestre de Montesa, en el tiempo de su gobierno en estas plazas, muchas imperficiones de las murallas y torreones, que se habían caído por su antigüedad y estaban á pique de caerse por su flaqueza; donde mandó así mismo reparar y ceñir de tapias reales la entrada de la fuente grande de Orán que fertiliza sus jardines y

20

huertas, asegurándola de la parte del campo para que no puedan llegar á ella moros de á caballo y de á pie con grande peligro; cuyo puesto de aquel grande manantial de fuente había estado siempre hasta ahora exento al descubierto; do llegaban los moros á la hora que querían, á caballo, á la fuente; donde habían hecho algunos daños en la misma fuente y ribera de Orán, matando y captivando algunos cristianos dentro de las mismas huertas y molinos.

Continuó así mismo el Maestre á toda furia las fortificaciones de Marçaelquivir, como Su Magestad tenía ordenado, desde el año 1563, en que el enemigo turco había sitiado aquellas plazas segunda vez, como está dicho: cuya diligencia y solicitud de fábricas traía el Maestre de ordinario, yéndolas á visitar dos veces cada semana, para dar calor y ánimo á la gente con su buena presencia, haciendo cumplir todas las provisiones necesarias para ello, enviando á menudo á pedir al Rey lo que más convenía, dineros, bastimentos y los pertrechos de fábrica, que allá no podían haber, de maderas gruesas, carbón para las fraguas, livanes y las demás obras de esparto labrado, y otras muchas cosas: lo cual todo Su Magestad proveía siempre, muy cumplida y largamente, por la vía de Sevilla, Málaga, Cartagena y Alicante; conque se levantaron en su tiempo del Maestre de Montesa los mayores y más importantes baluartes y caballeros, con sus cortinas y traveses de aquella fuerza de hormigón y mampostería; en que así mismo se pusieron en perfición las dos puertas della que

salen á tierra y mar, según que el engeñero mayor Joan Batista Antoneli había trazado y disinado en la planta de la nueva fuerza: sobre las cuales puertas mandó el Maestre poner las armas Reales de la Corona de España, con sus epigramas escriptas en piedra, por memoria del Católico Rey Felipe Segundo; de que todo más largamente se verá en la general historia de aquellas plazas y Reinos, que tenemos en borradores para sacarla á luz cuando podamos.

Sobre la puerta desta Real fuerza, que responde contra Oriente, que llaman de *la Mar*, que sale al remate del promontorio ó punta de tierra y cabo en que está la fuerza, poco menos sitio que el que ella ocupa, que después del tiempo del Maestre de Montesa se fortaleció é incorporó con la dicha fuerza mayor de que ahora vamos tratando, llámase aquel sitio de afuera el *Calvario*, después que se ganó aquella fuerza, y los cristianos pusieron allí tres cruces; cuyo sitio, aunque está fortalecido de muros, no iguala con tanta ventaja como la fuerza mayor ni está poblado, sí lleno de traveses para reparo de la arcabucería y artillería que el enemigo pudiera tirar desde la montaña, por encima de la mayor fuerza, sitiándola otra vez. Donde á la mano derecha de lo alto de la puerta que allí sale, junto á las armas Reales que allí están, puso el Maestre de Montesa las suyas, con la memoria por escripto, en la forma y tenor siguiente:

REINANDO EN LAS ESPAÑAS DON PHELIPE SEGUNDO SE FORTIFICÓ DE NUEVO POR SU REAL MANDADO ESTA FORTALEZA DE MARZAQUIVIR, SIENDO SU CAPITÁN GENERAL DELLA Y DE LA CIUDAD DE ORÁN, REYNOS DE TREMECÉN Y TENES, DON PEDRO LUIS GALCERÁN DE BORJA, MAESTRE DE MONTESA, EN CUYO TIEMPO SE PUSO EN DEFENSA ESTA NUEVA FUERZA Y LEVANTARON ESTOS MUROS Y VALUARTES DELLA.

El escudo de armas del Maestre que allí mandó poner, ya no se parece su fación ni señal de las armas, y destas letras se parecen pocas, porque se ha gastado todo, por haberse puesto en piedra blanda, por descuido del artífice escultor y de quien le mandó poner esta memoria, en no mandarla poner en mejor y más fina piedra; porque allí cualquier labor y moldura en blanda piedra le come luego la salitre de aquel mar, cuyas humedades y rocíos siempre bañan aquellos muros y fuerza, donde lo contenido en este epitafio está y vimos en el mismo año que fuí á aquellas plazas de 1577; en que parece no se puso esta cuenta de la postura destas letras y memoria del Maestre, porque se iban continuando en su mismo tiempo, en que no se pudo acabar la fuerza, y duró después muchos años de sus sucesores en Orán.

En este año y en el pasado de 1569, no pudiendo Su Magestad proveer los pagamentos y demás

provisiones de aquellas plazas para gente de guerra y fábricas, á causa de las grandes ocupaciones y ordinarios gastos que traía en la guerra de los moros del Reino de Granada, en que no embargante que en Orán se hacían muchas presas cabalgadas, como se ha visto, no había en aquellas plazas monedas para las ventas y aprovechamiento dellas; para cuyo remedio de todo mandó el Maestre de Montesa hacer moneda en Orán, aunque no batida en cuño, con armas Reales, sí de hoja de lata quilatada, con cierto sello de una Real Corona marcada, de valor de reales de á cuatro, de á dos y sencillos, la cual moneda mandó el Maestre, por un solene bando que mandó echar dentro de la ciudad de Orán y fortaleza de Marçaelquivir, la tomasen y recibiesen toda la gente de su dominio, hombres y mujeres y los moros y judíos, esclavos y libres, como Real moneda de Su Magestad, en cuyo nombre la mandaba hacer y quilatar, para suplir en cuanto proveyese sus ordinarios pagamentos, en acabando de allanar la rebelión de los moros de España, donde, siendo venida la Real moneda, les satisfaría della por la de hoja de lata de su marca y sello.

Este bando militar mandó primero echar el Maestre, con caxas y trompetas, tocante á la gente de guerra, y seguidamente por pregonero de Consejo, so graves penas, á todas las personas que esta moneda rehusasen: la cual valió en aquellas plazas, como si fuera de fino oro y plata de subido valor, y se trocaba por menudos cuartos y cuartillos y toda más moneda que en España corre, y daban

los mercaderes á trueque della todo género de mercaderías, y lo mismo los moros que entraban de paces á vender sus haciendas y las daban á trueque desta moneda, visto que los cristianos la tomaban y estimaban, en confianza asimismo de que en viniendo la Real moneda de España se la trocarían y tomarían, como el Maestre mandaba notificar y certificar á todos los que la tomasen: como se cumplió, que llegado después á aquellas plazas una suma de más de cient mil ducados para el dicho cumplimiento, sobre que el Maestre había hecho relación á Su Magestad, y para nuevos pagamentos de la gente de guerra y fábricas, y llegada, mandó pregonar el Maestre que todos los cristianos, moros y judíos, que tuviesen de la moneda que él había mandado hacer, la fuesen á trocar en casa del pagador de Su Magestad por otra tanta del mismo valor de plata.

Algunos años después, en que yo pasé á aquellas plazas, ví en casa del pagador della, nombrado Cristóbal Rejón de Silva, natural de Medina del Campo, grandes arcazes llenos de monedas de hoja de lata que había hecho el Maestre, y el dicho pagador, por Real mandado, cambió y recibió, y á él se le tomó en cuenta de su descargo; y hoy día se hallan muchas monedas del Maestre en Orán y Marçaelquivir, no embargante que no valen nada, sí sólo conservan esta memoria.

CAPÍTULO VEINTE Y SIETE.

De cómo los moros del estado de Bent Arax, provincia de Orán, dieron entrada y asiento á los turcos en sus términos.

Ofreciósele en la fin deste año al Maestre de Montesa asentar paces de amistad, pedidas por parte de los moros caudillos del estado de Bent Arax, que por otro más antiguo nombre se llamaba *Regidia*, que es la más oriental meridional tierra de la provincia de Orán, do se levanta el sol en el mes de Diciembre. La cual amistad trataban y pedían los dichos Xeques, caudillos moros, en nombre de los demás sus vasallos, para desarraigar y echar de aquel estado á los turcos que usurpada les tenían la tierra y señorío: lo cual, para que mejor se entienda, traeremos esta materia algo de raíz, aunque sumariamente referido, la cual historia pasó desta manera certificadamente.

Ya queda visto en el Capítulo séptimo desta historia, cómo el Conde de Alcaudete, Don Alonso de Córdoba, siendo Capitán General de aquellas plazas y reinos, en el año 1562, en compañía de su hermano Don Martín de Córdoba, habiendo salido de esclavitud por deligencia y medio del dicho Conde, saquearon los dos, con la gente de guerra de aquellas plazas, un lugar de moros, nombrado

Cidi Solimán, que estaba en la ribera del río, que los moros de aquel reino llaman *luth Habra* (Uad Habra), once leguas de Orán, por entre Levante y Mediodía, entrada del estado y provincia Regidia, que llamaban antiguamente, y ahora de Bent Arax; del cual lugar los dichos dos hermanos, caudillos de Orán, trujeron una grande presa de más de 350 esclavos y esclavas de muy buen talle, por criarse en pueblo regalado, riberas de aquel río, en una resolana; donde los moros, que allí se escaparon de sus manos, persuadieron grandemente á los Xeques, principales caudillos de aquella tierra, que son los mismos de Bent Arax, á que fuesen á la ciudad de Argel á pedir á los turcos viniesen á sitiar aquellas plazas y las ocupasen por el Gran Turco, quitando de allí tan mal padrastro y sobrehueso como eran los cristianos.

Lo cual hicieron los dichos Xeques con brevedad, do se quexaron á Hasçán Bajá, hijo de Hariadín Barbarroxa, que á la sazón era Visorrey de la ladronera de Argel, que después de haber roto al Conde Don Martín en Mostagán, como se ha visto, había ido á Costantinopla á dar ciertos descargos que le pedían, y vuelto en Argel, con promesa de mayores servicios á la Casa Optomana, llegaron los dichos Xeques de Bent Arax con la dicha demanda, anteponiéndole que si no echaba á los cristianos de Orán y Marçaelquivir, no podían vivir en toda su provincia seguramente, ni pagarle sus garramas y tributo del Gran Señor: sobre lo cual le suplicaron, con grande encarecimiento, armase y juntase sus fuerzas, y viniese con ellas á

sitiar aquellas plazas, facilitándole la vitoria dellas, y ofreciendo de su parte toda ayuda con sus personas y haciendas: tanto era el odio y rabia que contra los soldados de Orán tenían.

Vínole á pelo de buena coyuntura y tiempo á Hasçán Bajá esta oferta de los moros de la provincia de Orán, conforme á su intención y promesa que había hecho en Costantinopla de ocupar á Orán y puerto de Marçaelquivir, para desde allí, poco á poco, ir teniendo entrada, en las ocasiones que ofrece el tiempo, para ocupar los reinos de Fez y Marruecos, en que se le facilitaba la vitoria de la presa de Orán y Marçaelquivir, por haber él mismo rompido, muerto y captivado toda la gente de guerra de aquellas plazas cuatro años había en Mostagán; y por otra parte las galeras de Italia y de España, que habían de hacer el socorro á Orán, se habían perdido en los Gelves y en la Herradura en este año y en el pasado; en que asimismo Dragut Erráez, Virrey de Trípol de Berbería, cosario, con siete galeras de su cargo y dos galeotas, tomó, en este mismo año de 62, siete galeras nuevas que había hecho el Reino de Sicilia; las cuales tomó juntas á un tiempo, viniendo de Mesina para Palermo, en las salinas que llaman de la *Isla*, junto á la de Lipar, siendo Capitán dellas Joan de Guimarán, caballero de Malta, y Virrey de aquel Reino el Duque de Medinaceli, que hizo la infelice jornada de los Gelves.

Por esta causa vino el dicho pagano turco sobre aquellas plazas, con grande poder por mar y tierra; en que no le sucedió la jornada como pen-

saba, de que escapó con grande pérdida, como es notorio en todo el mundo: en que visto los dichos caudillos moros de Bent Arax, nombrados Abderrahmán Bent Acoror y Almanzor Bent Xafar, el poco efeto que la jornada y sitio de los turcos había hecho en la presa de Orán, volvieron otra vez á Argel, donde suplicaron al mismo Hasçán Bajá, que pues no había podido echar á los cristianos de sus términos, cosa que ellos tanto deseaban, á lo menos les favoreciese con mandar hacerles una fuerza en Bent Arax, con presidio y guarnición de turcos y artillería, para seguridad de aquella tierra y sus comarcas; en forma que los cristianos de Orán no osasen alargarse contra aquella parte á hacer cabalgadas, ni otros daños, ni molestias, como hasta ahora les habían hecho. La cual fuerza mandó hacer luego Hasçán Baxá junto á la misma villa de Bent Arax, cabeza de aquella tierra y sus comarcas de campo y poblaciones: llámase por otro nombre aquella villa Maxcara, donde se hace la mejor feria de todo el Reino de Tremecén, donde más mercaderías de todo género se juntan. Tiene la fuerza el nombre de la villa que allí está, la cual comunmente le dicen la *Torre de Maxcara,* aunque no es en forma de torre su edificio, sino buena fortaleza cuadrada, como un castillo, aunque de sencillos muros, con una torre maciza en cada esquina, con buena plaza y espacio dentro, en que viven los turcos que allí están de guarnición. La cual fuerza está en sitio fuerte, de manera que tiene á caballero la villa; cuya provisión de los turcos y Alcaide della, y en las pre-

venciones de vituallas y lo demás de municiones y socorro, cuando lo há menester, todo está á orden del Gobernador turco Alcaide de la ciudad de Tremecén, que dista 27 leguas por Occidente de Bent Arax.

Siendo, pues, esta nueva fuerza fabricada á costa de los mismos moros que la pidieron, la mandó guarnecer el mismo Hasçán Bajá, Gobernador de Argel, con cincuenta turcos ordinarios y su Alcaide, con algunas piezas de artillería pequeña de campaña, que se llevaron de Mostagán, de las que allí tomaron al Conde Don Martín, cuando allí fué roto, año de 1558, por el mismo Hasçán Baxá. Pasando, pues, desta manera algunos años los moros de aquella jurisdicción y su comarca teniendo á los turcos por vecinos, sufrían dellos muchas injurias y molestias, quitándoles por fuerza sus haciendas y forzándoles sus mujeres é hijas, y lo mismo nefantemente á los muchachos morillos de buenos rostros, según la nación turquesca tiene por costumbre usar desta torpedad: demás desto hicieron forzoso venir á los principales Xeques de señores en vasallos y mozos de los turcos, mandándoles por fuerza, y muchas veces á palos, como justamente merecían por haberles llamado y traído á sus tierras y dádoles asiento en ellas.

CAPÍTULO VEINTE Y OCHO.

De cómo los moros de Bent Arax se arrepintieron de haber metido á los turcos en su tierra, y para volverles á echar della pidieron favor al Maestre de Montesa.

Viéndose los Xeques caudillos de Bent Arax tan sopeados y abatidos de los turcos, como dicho es, arrepintiéronse mucho de haberlos traído á sus tierras; y buscando modos y trazas para volverles á echar fuera, acordaron los dichos dos principales xeques Abderrahmán Bent Acoror y Almanzor Bent Jafar de asentar paces y amistad con los cristianos sus vecinos de Orán y Marçaelquivir, diciendo que más querían la amistad dellos, y pagar tributo á la Corona de España, aunque de diferente ley, que no á los turcos, falsos secuaces de su Alcorán. Sobre lo cual, habido su acuerdo, determinaron de venir á Orán á pedir favor y ayuda al Maestre de Montesa, Capitán General del Rey de España de aquellas plazas, para echar los turcos de su tierra. Y entre tanto que estos dos principales Xeques, acompañados de sus chirivíes, ó tenientes, y otros moros sus vasallos y criados, vinieron á pedir seguro y favor á Orán, los demás moros que en Bent Arax quedaron sitiaron la fuerza de los turcos de Max-

cara, para más molestarles y necesitarles, en cuanto los cristianos llegaban; les ciñeron la fuerza por todas partes á lo largo, por temor de su artillería y escopetería, por no tener los moros estas armas, sólo para impedirles el socorro de otros turcos, y de bastimentos y municiones que le podía venir de Tremecén y Mostagán, no haciendo con tiempo esta diligencia; en que pasaron muchas cosas y amenazas que hacían los moros á los turcos con los soldados de Orán, á quien estaban esperando, y los turcos á los moros de hacer en ellos exemplar castigo, porque los cristianos, decían, no eran tan necios ni imprudentes para alargarse tanto de Orán á poner sitio á una torrecilla como aquélla, tan de poco momento ni provecho á España.

Dieron todos los Xeques de aquella comarca, así los principales de aduares nobles de caballeros, como los demás (del) villanaje, á sus hijos para que les trujesen á Orán en rehenes de la paz, sabiendo que el Maestre no la acetaría de otra manera la ayuda que pretendían. Y llegados que fueron á Orán los mayores Xeques Almanzor Bent Xafar y Abderrahmán Bent Acoror, con los rehenes, que eran quince ó diez y seis mancebos moros de doce hasta veinte años, sus hijos, hermanos y sobrinos, de la nobleza y más gente labradoril de aquella tierra, fueron en Orán bien recibidos del Maestre; el cual, vista su demanda, les detuvo algunos días sin responder á su petición, y entre tanto la consultó por consejo de guerra con los capitanes, y hizo dello relación y aviso á Su Magestad en Es-

paña, para cumplir lo que sobre ello mandase y ordenase. Y entre tanto hubo en la Alcazaba de Orán grandes demandas y respuestas en el consejo de soldados, que el Maestre, sobre el negocio, mandaba cada día juntar, para ver y acrisolar lo que más convenía; sobre que hubo diferentes pareceres, en que los de poca prudencia, ni experiencia de las cosas de Berbería, ni firmeza de confederaciones de sus moros, parecíales que se les debía ahora dar la ayuda que demandaban, para echar los turcos de Bent Arax: los experimentados en tales guerras de aquel reino contradecían esto, con fundamentos y largos ejemplos, diciendo que ni por imaginación convenía arriscar cristianos en su ayuda.

El Maestre tenía voluntad de favorecer los moros; holgábase de los pareceres que concordaban con esto y pretendía tenerlo determinado, por si Su Magestad le remitía el negocio y parecer de la guerra; en que se resolvieron de dar ayuda y calor á los moros, en cuanto Su Magestad enviaba la determinación de su parecer y voluntad; y siendo hecha la averiguación y probanza de la filiación y parentela de los rehenes, que los moros traían ser firmes en grados de sangre, como dicían, se les dió entera respuesta de favorecerles, como demandaban, para lo cual se señalaron en Orán otros diez y seis cristianos, los más naturales de aquella ciudad, soldados de á caballo, para ir por rehenes con los moros.

Aunque yo, autor desta Historia, sea aficionado, como se ve en ella, al buen gobierno y nombre del

Maestre de Montesa en aquellas plazas y reinos, no dexaré, como soldado de experiencia en ellos, de reprehender á él y á los capitanes, que en aquella sazón había en Orán, que le aconsejaron esta determinación de prometer favor y ayuda á los dichos caudillos moros, para echar á los turcos del estado de Bent Arax; cosa que humanamente no se podía hacer con solamente la gente de guerra ordinaria de aquellas plazas, porque para ello eran menester más de 15.000 hombres, soldados viejos, bien diestros y disciplinados en la guerra de Bervería, y no de los de Italia ni de Flandes, que la experiencia muestra no valen nada en Africa, en batallas con moros y turcos, ni en el demás sufrimiento del peso de los trabaxos de aquellas partes: el cual número de gente de guerra no podía en aquella sazón sacar Su Magestad de las plazas de aquella costa, Orán, Maçalquivir, Melilla y el Peñón, ni menos sacarlos nuevamente de España visoños, porque en fin deste año no se había acabado de limpiar ni sosegar los moros del Reino de Granada y Serranías de Ronda, de que Su Magestad había quedado muy cansado y el Reino muy gastado con la continua guerra de casa en tiempo de dos años; y caso que así no hubiera sido y que Su Magestad le enviara al Maestre de Montesa á Orán bastante número de gente de guerra disciplinada ó visoña, no era cosa conveniente emprender jornada tanto adentro de Berbería, donde dista Bent Arax, do estavan y están los turcos, que los dichos moros querían echar, 16 leguas de Orán y de la más cercana marina y puerto de mar, que es

Arceo, desierto inmediatamente entre Orán y Mostagán, á 7 leguas de una y otra población; dista 12 leguas de allí Bent Arax. En que era negocio temerario entrar tanto á tierra adentro un ejército cristiano, con guerra pública, confiado en favor y ayuda de moros, que nunca han mantenido palabra ni capítulos de paces en liga militar que hayan puesto, como la experiencia les ha mostrado muchas veces en aquellos Reinos después que Orán se ganó, en varios tiempos y jornadas que pidieron favor á los cristianos de aquellas plazas, y al tiempo de la execución, habiéndolos entretenido y sacado de Orán en campaña, faltaron en lo capitulado y fe puesta: como lo tenemos bien averiguado en la general Historia de aquellas plazas y Reinos, que, en el año 1518, en que, después de haber los soldados de Orán muerto en la ciudad de Tremecén ó cerca della á Horux Barbarroxa, Don Hugo de Moncada, con la armada de España, fué sobre Argel, en confianza de los moros de aquella provincia y de la de Ténez y Bugía, que habían pedido favor al Rey de España para echar de Argel á los turcos, como habían hecho los de la provincia de Orán, Bent Arax y Tremecén: y aunque Don Hugo llegó á Argel con la armada y echó el ejército cristiano en tierra, nunca vinieron los moros á lo puesto, ni cumplieron la palabra; por donde Don Hugo de Moncada tuvo mal suceso en la jornada, y Hariadín Barbarroxa, hermano del muerto en este año en Tremecén, quedó con vitoria en Argel, molestando con sus cosarios al pueblo cristiano.

Después desto, en el año 1535, enviando el Conde Don Martín cerca de mil hombres, en favor del Rey de Tremecén, á meterle en aquella ciudad, en competencia de otro su deudo y en confianza de los moros que se mostraban de su parte, se desaparecieron al tiempo de la ocasión, siendo los cristianos fuera en campaña, y se pasaron á la parte contraria, y todos acometieron y rompieron á los cristianos, tres leguas antes de llegar á la ciudad de Tremecén, donde dicen *Tibda*, junto al río Izer, donde no escapó quien llevase nueva á Orán. Aunque es verdad que la culpa desta pérdida y mal suceso tuvo Alonso Martínez de Angulo, caudillo que llevaba los cristianos á cargo, en favor del Rey moro, que le persuadió en el camino, vista la rebeldía de sus moros, que se volviese para Orán, no quiso hacerlo.

Asimismo en el año 1543, en que el mismo Conde Don Martín de Córdoba, siendo, como es dicho, Capitán general de Orán y sus reinos, yendo, en este dicho año, á Tremecén á meter al dicho Rey en su estado, por mando del Emperador Carlos Quinto, para la cual jornada le prometieron grande ayuda los moros que se mostraban amigos de España, al tiempo del menester no pareció ninguno, si no fué para hacerle guerra al Conde é impedirle la jornada, inquietándole en el camino á la ida y vuelta para Orán, aunándose con los demás moros de guerra del Reino.

En que no escarmentando el dicho Conde, con estas adversas é infelices jornadas, su confianza de los moros del Reino de Tremecén, después de lo

referido, con las mismas esperanzas fué tres veces sobre Mostagán, y para la úlptima levantó en España un exército de 12.000 hombres de guerra, que se le concedieron á su petición y del Xarife, Rey de Fez y Marruecos, que prometió toda ayuda y favor á España para echar á los turcos de Argel y de todo el Reino de Tremecén, para que asimismo los mismos moros del Reino de Orán se confederaban y ligaban con los cristianos; en que después no sólo faltaron todos, mas les desbarataron y rompieron en Mostagán, pidiendo para ello ayuda á los turcos. Y lo mismo sucedió después en el Reino de Fez, donde los moros faltaron al Xarife Rey, á quien favorecía el Rey Don Sebastián, y se pasaron á la parte contraria del Meluco, para hacer guerra á los cristianos, que tanto como esto aborrecen nuestro nombre, en voz de guerra; y en otras muchas ocasiones han faltado y hecho falsías los moros de aquellos reinos, según que todo más largamente se contiene en la general Historia dellos.

En que demás desto, era cosa de poca consideración y momento echar los turcos de Bent Arax ó dexarles estar; porque demás de ser, como es, pequeño presidio, está lexos de Orán, como es dicho, y por ser, como son, pocos los turcos, nunca se osan alargar mucho, ni salir solos á dar vista á Orán, sino es juntándose con los de Argel, Ténez, Mostagán y Tremecén. En que dexando todos estos inconvenientes aparte, muy bien sabían el Maestre de Montesa y capitanes de Orán que el Gran Turco había roto las paces que tenía con venecia-

nos, de que tenían entera noticia, desde los 20 de Septiembre deste año, por unos captivos cristianos, que ahora habían venido huyendo de Argel, y por cartas de la secreta espía que el Maestre tenía en Argel, de como en primero de Julio del mismo año había llegado la armada turquesca, con grandes fuerzas sobre la isla de Chipre, con determinación de no levantar mano de su conquista hasta ocupar aquel Reino, y siendo ganada venir sobre Candía y Corfú y demás fuerzas venecianas: á cuya causa sabían asimismo el Maestre de Montesa y capitanes de Orán, y tenían ciertos avisos de la Corte de España de sus deudos y amigos, como Su Magestad se ponía en orden apercibiendo sus fuerzas para hacer liga con venecianos, á instancia suya y del Sumo Pontífice Romano Pío Quinto, para tener el freno al Turco de la parte de Levante. En que por estas dichas causas y las ordinarias alteraciones y guerras de Flandes, no podía acudir á una tan mínima minuta y cosa de poca consideración y de mucho peligro, como era echar los turcos de Bent Arax, en las entrañas de Berbería; donde por bien que sucediese la jornada no podía ser próspera, porque en cuatro días se juntarían allí fácilmente los turcos de Argel y todo su Reino, con inmensa infinidad de moros armados de á pie y de á caballo, necesitando y apretando á los cristianos; donde viéndoles los demás moros de paces en cualquier flaqueza, volverían luego la hoja, haciéndose de la banda contraria, como tienen de costumbre, y dicen, *viva quien vence*, de que tenemos muchos exemplos.

Lo que debían hacer el Maestre de Montesa y Capitanes de Orán, en tal ocasión y demanda, era hacerse aunar y entrar en una general liga á todos los principales caudillos moros del Reino de Tremecén contra los turcos; y primeramente á los zuetes de la Provincia de Ténez, que andan en las riberas del río *Xilef* y sierras que dicen de *Magora,* juntándoles con los tres linages hermanos de la Provincia de Orán, Tremecén, que son Uled Abdalá, Uled Muça, Uled Brahén, y á los *Alhageses* y *Uled Talha,* que son otras dos parcialidades de mucha y gallarda caballería, con todos sus ramos y villanaje, juntamente con los dichos de Bent Arax, en una voz contra los turcos, no solamente les echarían de Maxcara, que es un flaco castillejo, mas de Mostagán, Ténez, Tremecén; y de la misma ciudad de Argel y demás presidios del Reino de Tremecén les bastaba echarles fácilmente con sólo no pagarles las garramas, ni permitiéndoles bastimentos ni vituallas ningunas, necesitándoles los mismos presidios dende afuera con firme liga.

Esto era lo que el Maestre de Montesa debió hacer en aquella ocasión y demanda de los moros: trabaxar á traerles y entrarles en una voz y general liga contra los turcos, y no prometerles ayuda ni dar en su confianza rehenes ni exército ninguno; porque en Berbería, en materia de pública guerra del nombre cristiano, nunca conviene (obrar) arrojada é imprudentemente, sí con pie de plomo, ocupando, en comparación, en diez años diez palmos de terreno, y eso con largo ó ancho término, por

longitud costa á costa de Berbería, de Oriente á Occidente, fortificadamente de buenos castillos y lugares murados; para que si fuera necesario alguna vez en tal conquista, con las furias de la guerra y mutaciones della, retirar el pie atrás, que sea por dentro de casa y nuestras fuerzas con las espaldas y traveses seguros, según de la manera como se vino cobrando en nuestra España, sacándola poco á poco de poder de moros.

Así, pues, se debe hacer la conquista de África, y no arroxadas jornadas, inconsiderada y bárbaramente, como hasta ahora se han hecho en varias partes y tiempos en aquellos Reinos de Berbería, Túnez, Tremecén, Fez y Marruecos, según que éstos y otros avisos le dimos impresos al Rey Nuestro Señor Felipe Tercero en mano propia, y á todos sus Consejeros de Estado y Guerra, en la villa de Madrid, estando allí la corte, año de 1607.

La cual conquista de los dichos cuatro Reinos de Berbería está ahora muy más dificultosa y mala de hacer que estaba antes, hasta los años de 1610 y en el de 11, en que pasaron allá los moros de España, do siempre estarán suspirando y llenos de ponzoña contra España; y cuando los que salieron della se han muerto en Berbería, bastará uno de ellos que quede, hijo ó nieto, en cada lugar y provincia de África, para exhortar y animar á los demás moros y naturales della en su defensa y guarda, porque los cristianos no la ocupen. Contra quien demás desto tienen los moros, como es notorio, en sus antiguos preceptos de Mahoma, en perdón de pecados, al moro que muriere en la gue-

rra derramando sangre cristiana, que su lengua llama el *jaargh el guzu,* que significa *guerra justa y santa,* como en nuestra Santa Fe Católica la Bula de la Santa Cruzada es concedida contra infieles enemigos del nombre cristiano. Así, con esta voz, los moros de Africa, de hoy en adelante, animados é inducidos por los que de España pasaron, defenderán su terreno por no verse totalmente desterrados dél, escarmentando, como dicen, en cabeza agena.

CAPÍTULO VEINTE Y NUEVE.

De cómo el Maestre de Montesa comenzó á dar calor á los moros y asentó los capítulos de las paces, liga y condiciones della, y se dieron los rehenes de ambas partes, en cuanto venía la respuesta del Rey de España.

Determinado, pues, el Maestre de dar favor á los moros, sin exemplicar las muchas veces que en varias partes y tiempos habían faltado en tales paces y ligas en el mismo Reyno de Tremecén, en sus competencias y contra los turcos, no sólo, como dicho es, desamparando y dexando solos en campaña á los soldados de Orán, mas juntándose con los enemigos contrarios á hacer demanda común contra los cristianos, trabaxando de romperles, como todas estas cosas sabían muy bien los capitanes de Orán que asistían en tal consejo de guerra con el Maestre: el cual mandó apercibir la ayuda de los moros, entre tanto que la Magestad del Rey Felipe Segundo le enviaba entera orden de lo que se debía hacer en esta guerra; para la cual mandó ordenar luego los capítulos de las paces y liga, y la orden que se había de tener en la jornada, si de España se mandase hacer y enviase fuerzas para ello.

Primeramente se tomó juramento á los mismos moros caudillos Xeques de Bent Arax, Abderrah-

mán Bent Acoror, y á su compañero Almanzor Bent Jafar, juramentándoles en forma sobre su Alcorán de que manternían entera lealtad y amistad al Rey de España, permaneciendo en ella como nobles caballeros de la Casa Real de Tremecén, y que no irían ni consentirían ir ni venir contra esto en forma ni manera ninguna, mientras que España no rompiese lo puesto, perseverarían en su amistad, como dellos se confiaba y acreditaría, condescendiendo á su demanda y acudiendo á su presente necesidad, que sinificaban tener para cobrar su señoría: y que entre tanto, de presente, harían buen tratamiento á los cristianos rehenes que se les permitían y concedían, en cuanto se determinaba la jornada, y de que en ella serían siempre firmes y constantes en favorecer á los cristianos, sin doblez ni fraude ninguno.

2.° Que si la jornada no se efectuase, no permitiéndola el Rey de España, volverían los rehenes en salvamento á Orán, para tomar los suyos moros que en aquella ciudad dexaban en poder de los cristianos.

3.° Que efectuándose la guerra, como pidían, proveerían las provisiones que fuese menester para el exército cristiano, especialmente de pan y carne de carnero y vaca y de otras menudencias, leche, manteca, miel é higos pasados, dátiles y las demás cosas que los moros usan comer y tienen de su cosecha; empero que vino que los cristianos acostumbran beber, ni las municiones de su arcabucería y artillería, pólvora, cuerda, balas, que no tienen ni acostumbran estas cosas, era necesario traerlas de España y de Orán para esta guerra.

4.° Que pagarían por tiempo de seis meses á cinco ó seis mil soldados, que les parecía bastaría para hacer esta jornada, en monedas de oro, doblas finas, zeyenes de á escudo español cada uno, cumpliendo enteramente los sueldos á la infantería y caballería y á sus capitanes y demás oficiales mayores y menores de guerra, á la razón misma y cantidad de los sueldos y plazas que paga el Rey de España á su disciplinada milicia.

5.° Que llevarán la artillería que para la jornada fuera menester, con sus aderezos y municiones, desde Orán á Bent Arax, tiradas con mulas y bueyes y á brazo de los moros villanos de su partido, hasta ponerla en el puesto conveniente de sitio sobre los turcos.

6.° Que darán todo el bagaxe de cabalgaduras y carga de caballos, camellos, mulas, jumentos, para llevar las mochilas, municiones y vituallas, carruajes del exército desde Orán á Bent Arax, y lo mismo lo volverán á traer todo, acabada la jornada, sin costa ni trabajo de los cristianos.

7.° Que en cuanto durare la guerra y ausencia de los soldados de Orán en esta ocación, traerían á esta ciudad á todos los cristianos que en ella murieren, hirieren ó enfermaren, con ordinarias y seguras escoltas de su caballería y peonage de moros amigos de aquellas plazas, y lo mismo llevarán de Orán al dicho puesto de Bent Arax, segura y sanamente los cristianos, municiones y bastimentos que fuese menester llevar para el sitio contra los turcos, y en lo demás que fuere menester en la jornada hasta volver á Orán.

8.° Que echados que sean los turcos del castillo de Maxcara y toda la tierra de Bent Arax, permanecerán los dichos caudillos moros, con todos sus súbditos y vasallos, nobles y villanos, siempre en la amistad del Rey de España, proveyendo á las plazas de Orán y Marçaelquivir de las provisiones y vituallas que los moros de paces, amigos dellas, acostumbran traer.

9.° Que ayudarán á la Corona de España á echar asimismo á los turcos de Mostagán, Tremecén, Ténez y de Argel, si fuere menester, proveyendo al exército cristiano de lo que fuere necesario de vituallas y bagaxe, según que en esta jornada se obligan de presente.

10.° Que harán buen tratamiento á los cristianos que se les permiten ahora por rehenes, dándoles buen aloxamiento en sus mismas tiendas y aduares, haciéndoles guarda y sobreguardas, de rondas y centinelas de noche y atalayas de día, en seguridad de sus personas, en la misma guarda y custodia que sus rehenes moros quedaban dentro de las murallas y vigilancia de las fortalezas y murallas de Orán.

11.° Que porque la ganancia desta guerra no alcanzaba ni pertenecía nada della á la Corona de España, sí solamente á los moros, se obligaban asimismo, en prima recompensa deste beneficio, siendo libres de los turcos en Bent Arax, (a) traer ahora cincuenta mil fanegas de trigo y diez mil de cebada, demás de lo que gastarían en la dicha prima jornada con hombres y caballos con todo el bagaxe: la cual cantidad de trigo y cebada traerán á

Orán gratamente, sin paga de dineros, para la ordinaria provisión de aquellas plazas, para hacerlo bizcocho ó sacarlo dellas.

12.° Que tratarán y acabarán con los demás moros caudillos, Xeques principales del Reino de Tremecén, arriba nombrado, los Zuetes Hamidas de la Provincia de Ténez, y Abdalá, Uled Muza, Uled Brahén, Alaxeses y Uled Talha, con todos sus ramos y parentelas de nobleza y villanaje de las provincias de Orán y Tremecén, sean todos amigos del Rey de España; pidiendo paces á sus Capitanes Generales de aquellas plazas y guardando bien las condiciones del seguro, según y de la manera que los demás moros amigos de paces las acostumbran guardar, á beneplácito y servicio de la Corona de España; y dentro desta conformidad y lealtad de la Corona de España harán todos de mancomún, en una general liga, abiertamente la guerra á los turcos, procurando desterrarlos totalmente de todo el Reino de Tremecén, en que se comprende Argel con todos sus presidios marítimos y terrenos.

Todos estos doce capítulos y condiciones dellos mandó ordenar el Maestre de Montesa en lengua alxamía castellana y en la arábiga, para que los dichos caudillos moros lo leyesen y entendiesen y confirmasen otorgándolo todo públicamente, y jurándolo delante de treinta testigos, diez cristianos y diez moros principales y diez judíos. Todo otorgado ante el Notario público del Ayuntamiento de Orán y de las lenguas é intérpretes de aquellas plazas. Y en seguridad desto, demás de los rehenes

que dexaban, dieron sus fianzas en todo y por todo, nombrando por sus abonadores los judíos más ricos de la Judería de Orán.

Hecho esto el Maestre mandó recibir los rehenes moros y que se averiguase primero si eran personas principales, hijos y deudos de los dichos dos caudillos Xeques, como dicían, haciendo la probanza dello ante el mismo Escribano público del Ayuntamiento de Orán, y por medio é intervención de las lenguas é intérpretes de aquellas plazas, que eran el Capitán Gil Hernández de Sotomayor é Isac Cansino, judío, y de otros muchos cristianos arábigos que á ello se hallaban presentes; y tomando juramento á los testigos, á los mismos rehenes sobre su Alcorán de Mahoma, que se hace una solene cerimonia á su usanza de jurar y apurar la verdad; donde el moro que se apremia no se perjura por cuantas cosas hay en el mundo; en que algunos dellos tiemblan como azogados al tiempo que ponen la mano sobre su Alcorán. La cual jura toman desta manera: que siendo en el campo, fuera de poblado, donde se les toma juramento, en fidelidad de palabra, en guarda de confederación y liga ordenada y capitulada, según la que ahora se asentaba con ellos de parte de los cristianos, y lo mismo entre su misma nación, toman tres lanzas de las más largas que acostumbran, que sean iguales, atadas todas tres en un manoxo, por dos partes para que tengan fuerzas, y del medio de ello atan pendiente uno de sus Alcoranes de Mahoma, y alzándolos dos moros de á caballo en alto, ambos igualados en forma de puer-

ta, por debaxo de la cual van pasando los que han de jurar, poniendo la mano en l'Alcorán, prometiendo cumplir lo puesto y capitulado; y no siendo en campaña este juramento, siendo en poblado, le penden de un marco de puerta ó patio de casa, pasando por debajo haciendo lo mismo, y en testificaciones hacen otros juramentos que no decimos ahora.

Hecha que fué la diligencia en averiguación de que los rehenes moros eran caballeros, hijos y deudos de los dichos caudillos Xeques, nombró así mismo el Maestre los rehenes cristianos que habían de ir con los moros á Bent Arax; que fueron otros diez y seis mancebos, soldados de á caballo, los más dellos naturales de Orán, nietos de los ganadores y defensores de aquella plaza, los más diestros dellos á la gineta, y valientes por la lanza. Y entre ellos fué uno de los nombrados por el Maestre, Antón Sánchez Carrasco, tío de María de Velasco, mi muger, hermano de su madre, que después fué descubridor del campo, que en Orán llaman *atajador*, y Capitán de campaña, cabo de media compañía de caballos, que dicen *cuadrillero;* en cuyo oficio murió en aquellas plazas, habiendo sido un señalado soldado en ellas, de grande prudencia y consejo, como consta de sus recaudos; por virtud de los cuales Su Magestad le hizo merced de nueve escudos de ventaja por solicitud mía, en Madrid, año de 1606, en que murió sin gozarlos; y de éste y otros honrados soldados que fueron nombrados para esta ocasión me informé, y apuré la verdad desta jornada.

Nombró el Maestre por cabo y lengua desta gente al Capitán Luis Hernández, natural de Orán, hijo del Capitán Gonzalo Hernández y nieto del moro Alcaide de una de las puertas de la ciudad de Orán, el que hizo el trato con el Alcaide de los Donceles y de Marçaelquivir para entregarle al Rey de España, como lo hicieron él y el otro su compañero, al tiempo que llegó el exército que á esta jornada llevó Fray Don Francisco Ximénez, Arzobispo de Toledo, como en su lugar se vió.

Ordenó asimismo el Maestre al adalid Marcos Ortiz que fuese esta jornada con los rehenes cristianos, llevando en su compañía doce soldados de infantería escoxidos y los más pláticos en aquel Reino y en las armas; y ansí mismo mandó ir á un judío de los de Orán, para que ayudase á servir de lengua al Capitán Luis Hernández. Y con éstos se nombraron voluntariamente para ir á esta jornada el Alguacil Mayor, que á la sazón era de la ciudad de Orán, nombrado Manuel Suárez, y un paje de lanza del Maestre de Montesa, que llamaban Valdivieso, natural de las Montañas.

Con esta gente nombró asimismo por engeniero al Alcaide Montesinos, para reconocer el sitio y planta de la fuerza de los turcos, y que disinase las partes donde se le había de poner la batería, si menester fuese, y Su Magestad mandase favorecer en esto á los dichos moros; cosa que no podía ser por los grandes inconvenientes que á España se le ofrecían, como queda visto en el precedente capítulo.

Fueron nombrados para ir con los moros 46

personas cristianas, rehenes de á caballo y soldados de infantería y oficiales de cabo y sus mozos con las acémilas, sin el judío. Ordenóseles que en el caso que Su Magestad proveyese la dicha jornada, llegados á Bent Arax, reconociesen el sitio de la fuerza de los turcos, y cuántos cañones gruesos serían menester para su batería, y en qué parte y forma y á cuántos pasos; y que juntamente con esto animasen á los moros á necesitar y apretar á los turcos dentro. Y que hecho esto enviasen luego aviso y respuesta de todo al Maestre con el Adalid Marcos Ortiz y sus compañeros, para poner en orden lo que más menester fuese de artillería; y lo demás que le pareció al Maestre y capitanes, por relación de los moros, era menester llevar á su tiempo á la dicha jornada cuatro cañones gruesos de batir y media docena de piezas pequeñas de campaña, y pedreros para lo que se ofreciese con los mismos moros si rompiesen, y los que viniesen en favor de los turcos sitiados en la Torre de Maxcara.

Las demás cosas convenientes á la jornada, si Su Magestad la ordenaba se hiciese, se dexaron por ahora, y no se trataron en esta prima estancia de asiento de paces y liga, reservándose para su tiempo y lugar, después de venido el despacho y exército de España para la jornada, así en la prevención de cantidad vitualla de pan y carne, que debían proveer cada día para el exército y número de bagaxe, para la artillería, pertrechos y vituallas, y la cantidad de moneda de oro que sería menester para pagar cada mes al exército cristiano, se-

gún el número de españoles que hubiesen de ir á la jornada, que esto no se podía ahora tasar ni ordenar, hasta ver la campaña puesta en el camino y jornada: ni tampoco ahora se podía medir ni dar instrucción della, hasta venido al efecto, en que la experiencia, madre de la prudencia, la habían de gobernar, y no pareceres articulados desde afuera; porque averiguada cosa es que á la prudencia no se le pueden dar precetos ni reglas, sino que ella misma por su virtud, como hija de uso y curso de las cosas prósperas y adversas, como van cayendo de improviso las van reparando y remediando; lo que no sabrán hacer los hombres mal experimentados, que á unos y otros repiquetes, á un tiempo ó en diferentes ocasiones, se confunden y atan sin saber lo que se ordenan, faltándoles la abundancia que sobra á los experimentados soldados acompañados de su natural valor, según debe ser los que tales jornadas se les encomiendan diestros en tales guerras y provincias donde se emprenden. Sobre que pues viene á propósito, no puedo dexar de advertir aquí á mi Rey y natural Señor y Corona de España, que todas las veces que emprendiere jornada en los Reynos de Berbería, la debe primero considerar muy bien, y consultarla con los más pláticos soldados que se hallaren de aquellas partes, así para que sea para sólo picar en las marinas, saqueando y ocupando alguna plaza, ó para entrar á tierra adentro en favor de moros, como ahora se pretendía de Orán, que es lo que en todas maneras y tiempos se debe excusar el aceptar ni hacer tales inconsideradas jornadas,

sí con pie de plomo, y ancha y bien fortificada conquista, como es dicho. Y cuando en cualquier manera de jornada, en la dicha costa de Berbería, se ofrezca forzosa, ni por imaginación se debe encargar á soldados visoños, ni pláticos, de Italia ni Flandes, que sin remedio se perderán, como lo muestra la experiencia.

Han de ser el caudillo y soldados, para jornadas en Berbería, despiertos en ella y su militar disciplina, sacados de sus plazas, desde Orán á Mazagán, de adonde valen más mil soldados que cinco mil de otras partes, como la experiencia lo muestra cada día, y yo lo ví en Orán en los treinta años que allí milité, viéndonos muchas veces en campañas con soldados de Flandes y de Italia, interpolados con los de Orán, á la frente y envedixados con los enemigos moros y turcos; do eché de ver que no valen nada para acometer, alcanzar, ni retirar, ni guardar la demás disciplina militar de Africa.

Siendo Capitán General de Orán y Marçaelquivir el Marqués Don Martín de Córdoba, en el año 1582, llegó á aquellas plazas, día de S. Sebastián, el tercio de la Liga, de quien era Maestre de campo Don Lope de Figueroa, que había venido de Flandes en compañía de la Emperatriz Doña María, hermana del Rey Felipe Segundo; el cual, porque el dicho tercio no se derramase, mandóle meter en Orán, á cargo del Capitán Lázaro de Isla, porque Don Lope de Figueroa se quiso ir á la corte con la Emperatriz, que desembarcó en Rosas, costa de Cataluña, de diez y nueve galeras de Gé-

nova, que desde allí llevaron el dicho tercio derecho á Orán; do llegaron á 20 de Enero del dicho año, como Su Magestad mandaba; y había menester estos soldados para enviarles al mar Océano, como les envió, en este mismo año, á cargo del Marqués de Santa Cruz, donde rompieron la armada enemiga francesa, holandesa é inglesa, de quien era Capitán Felipe Estroço.

Y antes de ir á esta jornada estuvo el dicho tercio dos meses en Orán, donde, saliendo algunas veces en campaña, remolinaban paloteando el escuadrón con las picas, por cuatro morillos que parecían; y era una pesadilla muy torpe para pelear con moros á cureña rasa, como peleamos los soldados de Orán. Y á estos tiempos, saliendo de Orán en campaña con el tercio de la Liga, llevábamos los de aquellas plazas las mangas y el volante; donde el mismo tercio flamenco se maravillaba de nuestra firmeza, traza y ánimo contra los moros.

Y ansí el dicho Marqués Don Martín no se atrevió á emprender con ellos ninguna jornada en Bertería, aunque á esta sazón y tiempo se le ofrecieron muchas ocasiones de sacos de pueblos y ricos aduares de alarbes; porque á los moros y turcos se les debe tener firme la cara y tesón de la batalla, sin blandear, ni andar entonces ordenando hileras ni puestos, que ya han de estar ordenados, y callando, sin dar voces, se les ha de embestir; al contrario de lo que ellos hacen dando voces, cuando acometen en batalla, do el que calla en ella les atemoriza más, como lo hemos visto mu-

chas veces por experiencia en aquellos Reynos.

También vimos en el año 1612, yendo con el tercio deste Reino á la Calibia (Cabilia?) y á los Querquenes, costa del Reyno de Túnez, do se echó de ver por entero la mala orden y poca disciplina de los soldados, dando voces y acobardándose, saliendo de su orden y paso para huir á la marina. Y desta misma manera me certificaron se perdieron en la *Mahameta* más de 700 de Sicilia, año de 1607; donde á palos y á lanzadas, sin armas de fuego, les desbarataron en torpe huída, hasta la lengua de la agua. Y en otras muchas ocasiones, que no decimos aquí, se ha visto por experiencia no valen nada soldados ni caudillos de Italia ni Flandes, para Berbería; como se mostró así mismo, año de 1604, siendo Alcaide del Peñón, Gómez de Parada, natural de Huete, bravato y arrogante Capitán de Flandes, que pareciéndole reformar las costumbres militares órdenes de aquella fuerza, y arrojando inconsideradamente sus soldados fuera de ella para hacer presa, la perdió toda, sin escapar cristiano; por lo cual vimos después preso este Capitán en Valladolid, año de 1605.

Así me parece que no se debe emprender en aquellas partes con ellos solos jornada ninguna, sin que, por lo menos, no vayan interpolados con ellos otros tantos de Orán, Marçaelquivir, Melilla, el Peñón, Ceuta, Tánger, Alarache, Marzagán y de las demás plazas marítimas que la Corona de España ganare en aquellas partes; y no hallando Su Magestad en estos presidios caballeros diestros

disciplinados para elegirles por caudillos en tales jornadas, debe echar mano de cualquier Capitán viejo y más experimentado en aquellos presidios y africana guerra con moros y turcos.

Volviendo al propósito desta historia, no fué bien acordado en Orán que el Maestre de Montesa prometiese ayuda á los moros de Bent Arax, que por no poder más, pedían ahora favor á los cristianos para echar á los turcos de su tierra, visto que no tienen otro refugio ni amparo donde acudir á favorecerse, pues, como queda visto, contra ellos y para tenerles el freno llamaron y trujeron los mismos turcos á su tierra: y ansí, en caso que España les ayudara, sucediendo bien la jornada y quedaran los moros libres, señores de sus tierras, como pretendían y deseaban, pudiera suceder que al mismo tiempo del despedirse de los mismos cristianos, viéndose ya libres dellos y de los turcos, como gente que es variable y amiga de novedades, si acaso sentían de nuestra parte alguna flaqueza de ánimo ó mala orden de vuelta para Orán, podrían romper de improviso la amistad y paces, tomando las armas, como acostumbran, á las vueltas de los demás moros del Reino, enemigos de España y consortes de los turcos, que no podían dexar de salir al camino á los cristianos á la vuelta para Orán solos.

Cuanto y más que fuera imposible el buen suceso, por no tener Orán caudal para salir á esta guerra; y caso que le tuvieran aquellas plazas y las demás de la costa de Berbería, no se podían desamparar ni dexar solas en tal ocasión, por andar co-

mo andaba en este año la armada turquesca fuera, con grandes fuerzas de guerra, haciendo mal á venecianos en el oriental mar Mediterráneo, como es dicho; por lo cual, tampoco no podían venir á esta ocasión los tercios de Italia, Sicilia, Nápoles ni Milán, y menos de Flandes, por las ordinarias alteraciones de aquellos estados; y aunque los dichos exércitos vinieran á Orán en esta ocasión, no siendo diestros en África, no podía suceder bien la jornada tan adentro della, en que aún fuera más dificultosa con gente visoña nuevamente levantada en España.

También queremos notar aquí cinco puntos de advertencia que faltaron de orden en la provisión de los rehenes que, como soldado de larga experiencia en aquella guerra y tratos con los moros, sentimos se le debía ordenar á los cristianos en esta ocasión de ir por rehenes de las paces y liga con los moros contra los turcos, y á tentar y reconocerles las fuerzas y la de los moros y su ánimo.

En que lo primero se les debía ordenar y mandar fuesen con mucho recato y reposadamente por los caminos y aloxamientos de los moros, hasta llegar á Bent Arax, y que allá no se mostrasen soberbios ni arrogantes contra los moros de paces en descompostura ninguna, tratándoles mal de palabra ni obra, sí con mucha cordura y crianza, sin trabar con ellos porfías en demandas ni respuestas, ni tomarles género de cosas de sus haciendas contra su voluntad, sino con ella, pagándoselo muy bien, para que entendiesen cuánta

diferencia hay de nuestro trato al de los turcos, y ansí mismo para obligarles con esto á más firmeza en las paces y la liga contra los turcos del Reyno.

Lo mismo convenía darles por orden que siendo en Bent Arax no se derramasen ni dividiesen unos de otros, sí que anduviesen siempre juntos ó á lo menos la mitad incorporados, teniendo de ordinario sus guardas de centinelas de noche y atalayas de día, por lo que podía suceder en varias formas entre semejantes bárbaros como aquéllos, que nunca han sabido mantener fe ni palabra puesta con su misma nación, cuanto y más con cristianos, nombre tan aborrecido de los moros desde la antigüedad.

Debíaseles así mismo dar un sacerdote, fraile ó clérigo que fuese con ellos para lo que pudiese suceder en la jornada de confesiones y otros espirituales consuelos de las almas cristianas, por ser como era la jornada tanto más adentro de la Bervería, entre infieles, apartadamente de Orán: porque siempre se debe mostrar y resplandecer la cristiandad y fe católica do quiera que esté, en palabras y obras y por exhortación de sus santos ministros; y la milicia cristiana que desto no se acordare, no haya jamás cuenta de alcanzar vitoria de sus enemigos.

Debíaseles dar así mismo para que llevasen desde luego algunas acémilas cargadas de bastimento, bizcocho y vino y otras vitualias de comer, y cebada para los caballos, para suplir allá, teniéndolo guardado de respeto, las faltas que podían

hacer los moros, y para volverse para Orán, siendo necesario, como se volvieron después solos, según que después se verá en esta Historia, saliéndose casi á hurto de entre los moros, con grande riesgo de sus personas.

CAPÍTULO TREINTA.

De cómo los rehenes cristianos partieron de Orán para Bent Arax y lo que allí les pasó, con otras cosas de los turcos de Argel.

Partieron los rehenes cristianos de Orán para Bent Arax Miércoles á mediodía, víspera de San Andrés, á los 29 de Noviembre del mismo año 1570, acompañados de los mismos Xeques caudillos moros, Abderrahamán ben Acoror y Almanzor ben Jafar: los cuales fueron esta noche á dormir á unos aduares de moros de paces, que están á una legua de Orán, do llaman la *Ñorcta;* y madrugando otro día, úlptimo de Noviembre, caminando por los llanos que dicen de *Tirulete* y por los *Acebuchares*, fueron á dormir la noche siguiente á otros aduares de moros de guerra de la otra parte del río Zique, cerca del lugar Cidi Solimán, que diximos saquearon el Conde de Alcaudete Don Alonso de Córdoba y Don Martín, su hermano, año de 1562, con cuya causa los dichos dos caudillos Xeques trujeron á su tierra los turcos que ahora pretendían echar.

Los cuales moros destos aduares, no embargante no eran de guerra y no tenían seguro de Orán, estaban á devoción de los dichos Xeques caudillos de Bent Arax: y ansí les hospedaron y hicieron

todo regalo á ellos y á los cristianos, y mayormente sabiendo lo que iban negociando, por querer, como querían, así mismo mal á los turcos de Bent Arax: donde llegaron los cristianos otro día, Viernes, primero de Diciembre deste año, donde fueron bien recibidos, y los caudillos Xeques que les llevaban les aloxaron en sus mismos aduares y tiendas.

No quedaron en Orán muy contentos los deudos y amigos de los cristianos, que el Maestre enviaba á esta jornada en poder de moros, que siempre habían sido enemigos de aquellas plazas; sobre que todos echaban varios juicios y temerarios pensamientos sobre lo que les podría suceder de daño, sin sacar de la jornada provecho ninguno; en que eran de opinión que, no embargante que los moros que les llevaban fuesen firmes en mantener la paz y liga con Orán, podrían otros muchos moros de guerra venir en favor de los turcos y pasar á los cristianos á cuchillo, trayendo mayores fuerzas que los moros de Bent Arax, que ahora se mostraban enemigos de los turcos; otros dicían que no se les daría nada á los dichos Xeques caudillos moros perder sus rehenes, á trueque de vengarse de los cristianos á persuadición de sus morabutos y diligencias de los turcos; y otras varias formas traían en que podría suceder mal la jornada, sobre que faltó poco para hacer protestas al Maestre mucha gente noble de Orán. El cual, luego otro día de haber enviado los cristianos con los moros á Bent Arax, que fué Jueves á 30 del mismo, fué á la fortaleza de Marçaelquivir, donde tomó pleito home-

naje á Juan Pérez de Navarrete, en este mismo día, como á nuevo Alcaide de aquella fuerza sobre la fidelidad de su guarda: el cual pleito homenaje pasó ante Melchor López, Notario público de los del número de aquellas plazas.

Habíanse salido huyendo del nuevo castillo de Maxcara en Bent Arax algunos turcos, sin orden de su Alcaide, sabiendo que los cristianos iban sobre ellos, entendiendo que llevaban ahora bastantes fuerzas para derribar la torre castillo do estaban; mas, como supieron que iban pocos cristianos, sin artillería, solamente por rehenes para asiento de las paces y liga para hacer la guerra en tiempo adelante, se volvieron á la fuerza: la cual, luego otro día por la mañana, después de haber llegado los cristianos, que fué Sábado á 2 de Diciembre, la fueron á ver y reconocer todos, acompañados de algunos moros amigos, y pusieron al engeñero Montesinos en parte que pudo ver muy bien, por una rambla ó pequeño valle, la fuerza de los turcos; los cuales, aunque les tiraron algunos escopetazos, no mataron ni hirieron cristiano ni moro ninguno.

Hecha esta diligencia, el Capitán Luis Hernández, el Domingo por la mañana, á 3 del dicho, despachó para Orán al engeñero Montesinos, con Manuel Suárez, Alguacil Mayor de aquellas plazas, y el judío; y con ellos envió al adalid Marcos Ortiz, con diez soldados de á pie, todos á cargo de una tropa de caballería que los dichos Xeques amigos enviaron con ellos de guarda hasta Orán; por manera que sólo quedaron tres cristianos de á

pie con el dicho Capitán y rehenes á caballo, que por todo eran veinte. Los cuales aloxaron al principio dentro de las mismas tiendas de los Xeques; mas después, pareciéndoles que estarían mexor aloxando aparte, lo pidieron á los moros, de que fueron muy contentos de no tener á los cristianos dentro de sus casas; á los cuales envió el Maestre algunos barriles y odres de vino con los mismos moros que vinieron á Orán de escolta con los cristianos.

No les faltaban á los que quedaron en Bent Arax los demás mantenimientos necesarios, mayormente pan y mucha carne gorda de vaca y carnero castrado, y gallinas y perdices, con buenos navos que hay en aquella tierra, y otros muchos regalos á la costumbre de los moros, como es leche, manteca, miel, dátiles, higos pasados: empero, con todo esto, no eran tan cumplidamente regalados los cristianos en Bent Arax, como eran en Orán los moros en comer y en todo lo demás.

En esta sazón y tiempo que los rehenes cristianos llegaron á Bent Arax, estaba en aquellos aduares de moros amigos de Orán un turco renegado, de nación italiana, nombrado Hasçán Zurí, que había sido mucho tiempo Capitán de los turcos de Argel, el cual tenía en su compañía otros seis renegados de su nación, y había más de cuatro ó cinco años andaba de aquella manera, ausente de Argel, á sombra de texados, como dicen, siempre foragido entre moros zenetes y alarbes de las provincias de Bugía, Argel y Ténez. Era la causa que, siendo este Hasçán Zurí Guardián Baxí, dió

una bofetada á un esclavo de nación calabrés, que andaba al remo en una galera de Chouali, Capitán de la mar, y por vengarse dél renegó, nombrándose Uchalí, que fué después famoso cosario en todo el mar Mediterráneo, y después subió á ser Virrey de Argel y gran Baxá de la armada turquesca.

Tenía este renegado la cabeza pelada, porque había sido tiñoso siendo niño; por eso le llamaban los turcos *fartaz*, que significa tiñoso en su lengua: teníanle puesto este apellido de tiñoso, por diferenciarle de otro de su nombre que en su tiempo había en Argel, llamado Uchalí Escandeliza, que fué mucho tiempo Alcaide de la ciudad de Tremecén, y se halló con sus turcos en ayuda de Hasçán Baxá, Virrey de Argel, en romper al Conde Don Martín sobre Mostagán, año de 1558; y á la misma ocasión y tiempo se halló por la mar en aquella costa el otro Uchalí, calabrés tiñoso, de que ymos tratando, con sus baxeles, en conserva de otros cosarios; y después desto fué con Chouali, Capitán de la mar, al sitio de Orán y Marçaelquivir, año de 1563, según que todo más copiosamente lo tenemos narrado en la general Historia de aquel Reino.

Después desto fué Uchalí el Tiñoso con su bagel, en compañía de los demás cosarios de Argel, en ayuda del sitio de Malta, año de 1565, con parte de los turcos de Argel, yendo por su Capitán ó Agá, que ellos llaman, el dicho Hasçán Zurí, que también era renegado, de nación italiana, como dicho es; y refrescando allá de nuevo la pendencia con Uchalí, vinieron otra vez á las manos, lu-

chando á brazo partido; donde muchos quisieron decir que el Capitán dió al Cosario otra segunda bofetada, por donde quedaron desde entonces muy enemigos; aunque hicieron entre ellos allí las amistades los demás capitanes y baxaes de la armada turquesca, nunca por eso Hasçán Zurí se tuvo por seguro, y menos cuando supo después en Argel, en fin del año 1565, siendo ya retirados del sitio de Malta por el socorro que le fué, cómo habían provehido por Virrey de Argel al mismo Uchalí. Por eso no le osó esperar en aquella ciudad, y antes que llegase se salió della con otros seis renegados de su tierra, los cuales se fueron desde Argel á las sierras del Cuco y Alabez, de los moros azuagos, no muy amigos de los turcos; y de allí se vinieron á la provincia de Ténez, do estuvieron mucho tiempo con los moros zuetes, fuerte y muy diestra caballería, de grande reputación en el Reino de Tremecén.

De allí se pasó Hasçán Zurí á los moros de Bent Arax, donde los cristianos le hallaron ahora, á devoción de los mismos moros y enemigo de los demás turcos del Reyno; en cuya peregrinación había andado cinco años y anduvo después otros cuatro; porque no embargante que Uchalí salió de Argel, con las galeras y galeotas más gruesas de los más diestros cosarios dellas, por el mes de Julio de 1571, para juntarse con la armada turquesca que á la sazón estaba sobre la isla de Chipre, en los sitios de Nicosia y Famagusta, que en este año las ganaron los turcos á venecianos, y hallándose después el mismo Uchalí con la armada turquesca en

Lepanto, al tiempo que fué rota por Don Juan de Austria, Generalísimo de la Santa Liga, se escapó de sus manos, con sus acostumbradas raposerías y mañas, por donde vino á ser grande Baxá del turco y sucesor del muerto en la naval batalla: y entre tanto que Uchalí fué á esta jornada, dejó en su lugar en su gobierno de Argel á un renegado que había sido su esclavo, nombrado Morato Aga, Capitán que asimismo había sido de los turcos de Argel. Y viendo Hasçán Zurí que era hechura de su contrario el que dexaba en Argel, no quiso venir en esta ocasión en aquella ciudad ni se tenía por seguro en ella, no embargante que había dentro muchos turcos, amigos suyos, de quien había sido Capitán, como queda visto. Y ansí mismo, después de elexido Uchalí por Baxá, nombró en la Primavera del año 1572 á otro Gobernador para Argel, nombrado Hasçán Agá, renegado, de nación veneciana, que gobernó sólo este mismo año; y después en el de 1573 envió á otro, llamado *Arab Amat*, natural de Argel y hijo de turco y mora laravia; mas nunca por eso Hasçán Zurí se quiso volver en Argel, viendo que todos eran criados del gran Baxá de la mar, su enemigo mortal, hasta la Primavera del año 1574, que vino por Virrey de Argel otro caudillo, nombrado Ramadán Baxá, elegido por la misma sala Consejo del Gran Turco en Costantinopla. A quien encargaron el favor del Meluc Xarife, que en aquella corte había pedido ayuda de armas para cobrar sus Reynos de Fez y Marruecos, y ansí vino á Argel con Ramadán Baxá para este efecto: cuyo nuevo Gobernador había sido

compañero y camarada del dicho Hasçán Zurí, siendo los dos soldados en Xío, Rodas y Negroponte; y por esto, sabida su venida, en los postreros días de Mayo del año 1574, se fué en Argel, donde fué alegremente recibido del dicho Ramadán Baxá y turcos de aquella ciudad; donde al cabo de pocos días le volvieron á dar cargo de Capitán y Teniente Galifa del mismo Virrey; donde, después desto, en el año de 1575, el dicho Ramadán Baxá envió al dicho Capitán Hasçán Zurí con otro caudillo por su adjutor, nombrado Hasçán Rojo, con una grande mahala de turcos, en favor del Moluc Xarife, para meterle en su Reyno de Fez y Marruecos, como en Costantinopla se le había ordenado, en competencia del Xarife, su tío, que se favorecía del Rey de Portugal, Don Sebastián, que en aquella guerra fenecieron todos tres Reyes, los dos en la batalla y el Moluc de enfermedad dentro de su litera.

Estando, pues, los cristianos en Bent Arax, junto á la villa y fuerza de Maxcara, do estaban los turcos, los moros, con la calor y ayuda que sintían de España, apretaban grandemente el sitio y amenazaban á los turcos, diciendo que no se les podía escapar esta vez de entre las manos, y les habían de pasar todos á cuchillo, venido que fuese el exército de España y Orán, que por horas estaban esperando. No habían sido los moros tan vigilantes, antes que llegasen sus caudillos Xeques con los rehenes cristianos, en guardar los pasos y entradas de la fuerza, como les dexaron ordenados, en cuanto vinieron á Orán; porque descuidándose una no-

che, les entró socorro á los cercados pocos días antes que llegasen los cristianos rehenes, para (lo) que vino una mahala de turcos de Tremecén á posta, para hacer este socorro con la mayor brevedad que pudo; y socorriendo la fuerza, duplicando su guarda de turcos y de municiones y bastimentos, se estuvo la mahala dos días y dos noches reposando en la misma villa de Maxcara, dando ánimo á los demás turcos de la fuerza; y dos días antes que los cristianos rehenes llegasen, se fueron de allí, entendiendo que llevaban mayor caudal de todos los soldados de Orán: que á saber la verdad en certinidad los que iban, les salieran al camino, do no quedara ninguno menos de muerto ó captivo; caso sucedido, de que no se había advertido ni recatado en Orán el Maestre y Capitanes enviando los rehenes, en que se había de presumir podían sentir el trato los turcos de Tremecén y Mostagán y salirles al camino, como dicho es; empero cuando Dios quiere guardar á su pueblo, ciega y enflaquece á su enemigo.

No se fueron alabando los turcos del buen suceso de su jornada, porque al tiempo que salieron de noche de la villa de Maxcara, caminando para Tremecén, los moros amigos de Orán, reparando en alguna manera el descuido que habían tenido en la guarda, salieron delante de los turcos, y armándoles una celada en un paso angosto por donde habían de pasar, junto á un lugar que llaman *Ezgargor*, que después le saqueamos los soldados de Orán, año de 1587, siendo General Don Pedro de Padilla: do fué que allí cerca de dicho pueblo,

en una angostura de un collado, por donde mismo nosotros pasamos á la ida y vuelta, salieron los moros una madrugada antes de amanecer, y dando de improviso sobre los turcos que iban caminando, mataron cuarenta dellos é hirieron otros muchos á lanzadas, no dándoles lugar de disparar sus escopetas, y les quitaron todas las bestias en que habían llevado el socorro de bastimentos y municiones: así volvieron á Tremecén con no muy buena reputación.

Entre tanto que esto pasaba en Bent Arax, llegó á Orán la respuesta del Rey de España Don Felipe Segundo, remitiendo aquel negocio al buen juicio y parecer del Maestre, diciendo que viese lo que más convenía á su buen servicio y seguridad de la gente de guerra de aquellas plazas, certificándole que no podía para ello en aquella ocasión dar ayuda ninguna de gente plática ni visoña, por las muchas y grandes ocupaciones en que se hallaba España, y cansada y gastada con la guerra que había tenido en casa.

El Maestre tomó luego sobre ello nuevos pareceres de los capitanes y soldados más antiguos pláticos en las cosas de guerra de aquel Reyno, sobre lo cual hubo muchas demandas y respuestas en varios pareceres. En que unos decían que se les debía dar á los moros el favor y ayuda que demandaban para desapoderar los turcos de aquella parte estado de Bent Arax, por ser, como eran, muy perjudiciales y contrastadores de las provisiones de Orán, impidiendo que no entrasen en aquellas plazas bastimentos ni otras mercaderías que au-

mentan sus Reales rentas. Otros decían, con más fundamento, que en ninguna manera no estaba bien al Real servicio la tal jornada, por no haber aprestadas fuerzas para ello, y segundamente, aunque las hubiera prevenidas, el grande riesgo que corría la incertinidad de la vitoria, en salvamento de los cristianos. Además desto, aunque la suerte se acertara con próspero suceso nuestro, era todo tiempo perdido, y no se hacía nada en echar los turcos de Bent Arax, porque aunque esta vez y otras muchas les desarraigasen de allí, en no arrancándoles de todo punto y totalmente de todo el Reyno de Tremecén, que es el mismo de Argel, se volverían otra vez allí, con mayores fuerzas y perjudicio de Orán; y ansí que era mexor dexar estar allí aquellos pocos, que no dar ocasión á que viniesen muchos, como dicen, despertando á quien duerme, buscando mayor daño.

Con éstos y otros semejantes pareceres de prudentes soldados y capitanes, determinó el Maestre de no hacer lo que los moros pedían, y escribió á los dichos caudillos Xeques Almanzor Bent Jafar y Abderrahmán Bent Acoror, diciéndoles que la Magestad del Rey de España no daba lugar á que se hiciese por ahora lo que pedían, aunque su voluntad era buena en favorecerles en esto y en lo demás que le pidiesen, y la intención del mismo Maestre les dixo era de favorecerles, según les había prometido y dado la palabra, y como sabían lo había comenzado á poner por obra dándoles sus soldados cristianos en rehenes.

Esta carta escribió el Maestre de Montesa á los

dichos dos caudillos Xeques, amigos de Orán, en su lengua arábiga, para cumplir y disculparse con ellos, dándoles asimismo buenas esperanzas para el tiempo adelante, diciendo quería ir él en persona en España á verse con el Rey, y sinificarle la amistad dellos ser importante y lo mismo echar los turcos de Bent Arax. Escribió asimismo el Maestre al Capitán Luis Hernández y á los demás cristianos que con él estaban, para que se viniesen luego á Orán de la manera mejor que pudiesen; sobre que escribió también á los mismos caudillos Xeques, para que les volviesen á traer á Orán sus cristianos, con la guarda y escolta que fuese menester para el camino hasta Orán; de donde de camino llevarían sus rehenes moros, hijos y parientes que habían dexado en aquella ciudad.

Mucho les pesó á los caudillos moros y á todos sus súbditos de la respuesta y resolución del Maestre, porque como ya estaban descompuestos y en desgracia de los turcos, quisieran mucho pasar adelante con su intento y pretensión que tenían para echarles de allí, porque en no saliendo con su pretensión les habían de tratar peor de allí adelante; y ansí acordaron de responder y suplicar al Maestre les diese la ayuda que pretendían, especialmente el mayor Xeque de los dos, Almanzor Bent Jafar, que era general caudillo de todos los demás Xeques y moros de aquella Provincia. Este volvió á replicar al Maestre, diciendo, que si por falta de dineros dexaba de favorecerles, él daría treinta y cinco mil doblas luego, de prima estancia, para comenzar á costear la jornada, y da-

ría todo el bagaxe que fuese necesario para llevar la artillería, municiones y demás carruaxe del exército cristiano, y le abastecerían de todas las vituallas y bastimentos que hubiese menester, en el sitio y á la ida y vuelta para Orán, y cumplirían finalmente en todos por entero las condiciones de los capítulos hechos en las paces y liga con España, como lo tenían jurado y firmado de sus nombres en Orán, delante de Su Señoría Ilustrísima, capitanes y soldados.

Recibido que hubo el Maestre de Montesa esta carta del Xeque Almanzor Bent Jafar, le respondió que no dexaba de favorecerle, como pedía, por falta de dineros, sí porque el Rey de España, su natural Señor, no le daba lugar á ello, por las causas y respetos que en sus Consejos de guerra se habían visto y litigado, y que en todo lo demás que de su parte fuese, él estaba allí presto para les favorecer en todo lo que en su mano y poder fuese posible de orden. Con esta carta en arábigo envió el Maestre otra en castellano, con segunda orden al Capitán Luis Hernández y demás cristianos que con él estaban, diciendo que si los moros Xeques no les dexaban venir á Orán buenamente, se viniesen sin licencia suya, en la forma que mejor pudiesen.

En este medio el mismo Capitán Luis Hernández cayó enfermo; donde, visto lo cual, un Xeque de aquellos principales, deudo de Almanzor, que tenía cinco hijos suyos varones en rehenes en Orán con los demás, y era asimismo, por otra parte, muy amigo del Capitán, apretó grandemente

cuanto pudo á todos los demás Xeques á que volviesen á enviar luego á aquellos cristianos en Orán, porque aquel Capitán dellos, como hombre regalado, no acostumbrado á estar tantos días fuera de su casa, estando, como estaba, enfermo, se les podría morir entre las manos con el mal tratamiento y comidas no acostumbradas en sus enfermedades: sobre que podrían decir el Maestre y el Rey de España que ellos le habían muerto, y de esta manera, no tan solamente perderían para adelante lo que pretendían de ayuda, crédito y gracia de los dichos Príncipes cristianos, mas también su sangre, hijos y parientes que tenían en rehenes en Orán. En que lo más conveniente era, para lo presente y venidero, hacer lo que les mandaba el Maestre, llevándoles sus cristianos á Orán y traer de allá á sus moros rehenes.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO.

De cómo los rehenes cristianos se volvieron de Bent Arax para Orán y lo que en el camino les sucedió.

Las razones del Xeque, amigo del Capitán Luis Hernández, fueron bastantes para que los demás se determinasen de enviarle á Orán con todos los demás cristianos que allí estaban, aunque todavía muy contra la voluntad de alguno dellos y de toda la comunidad de sus vasallos, caballería y villanaxe, que ya pensaban con nuestro favor y ayuda echarían presto de allí á los turcos; y mayormente lo sentía Almanzor Bent Xafar, que quisiera mucho cumplir su pretensión y deseo. Y ansí él, como los demás Xeques, apercibieron muchas veces al dicho Capitán y su gente para traerles á Orán y darles guarda, escolta de moros de á caballo para el camino, haciéndoles ensillar y desensillar muchas veces los caballos, trayéndoles desta manera en palabras, de día en día, hasta que vieron que se le agrababa y crecía mucho la enfermedad al Capitán, por donde se acabaron de resolver de enviarles; dándoles su escolta de algunos moros de á caballo, les encaminaron para Orán, un Viernes por la mañana, que se contaban 22 de Diciembre del mismo año. Y saliendo de los aduares y estancias que habían teni-

do, atravesaron por medio de un grande lugar que allí junto está, llamado el *Carte*, poblado de moros, con altas torres de mezquitas y casas, que después, en el año de 1580, en las mismas fiestas de Navidad, les saqueamos, una madrugada antes de amanecer, los soldados de Orán, siendo nuestro caudillo en aquellas plazas Don Pedro de Padilla, la primera vez que las tuvo á cargo, según que más cumplidamente en fin desta historia se verá.

Llegados que fueron los cristianos rehenes al lugar nombrado Cidi Solimán, este día cuando anochecía les dexaron allí los moros que les venían acompañando á doce leguas antes de llegar á Orán, tierra muy más peligrosa y pasajera que la que habían andado hasta allí, por ser, como es, ordinario paso de Tremecén á Mostagán, por los campos que llaman de Zirete y Habra, por do siempre cruzan bandas de moros de guerra y turcos, enemigos de Orán. Y al tiempo que los moros de la escolta y guarda se volvieron de Cidi Solimán para Bent Arax, dixeron á los dichos cristianos se quedasen esta noche á dormir y descansar en aquel lugar de moros hasta otro día: empero nunca fueron deste parecer ninguno dellos, eceto el Capitán que venía enfermo, y se fiaba más de los moros quien más se había de recatar dellos, por ser, como era, nieto del que había entregado á Orán á los cristianos, y su padre Gonzalo Hernández haber sido siempre lengua intérprete de aquellas plazas, enemigo de los turcos y moros de guerra de todo el Reyno de Tremecén.

No osaban los cristianos quedar esta noche

allí, por estar, como estaba, aquel lugar muy lastimado de mano de los soldados de Orán, que solos había ocho años le habían saqueado, captivado y muerto á los moros el año de 1562, como en su lugar se apuntó, y de que nació la venida de los turcos á Bent Arax, y más que había sido saqueado por intervención y aviso del Capitán Gonzalo Hernández, ya muerto, padre del que ahora allí se venía á hospedar. Por tanto, no se tenían sus compañeros por seguros allí aquella noche, ni aun una hora, y más por ser, como era, aquel lugar de más de quinientos vecinos, cada uno de su intención. Demás desto, sabían asimismo los cristianos cómo los turcos de Tremecén, que los días antes habían metido el socorro en la fuerza de Maxcara, siendo desbaratados, como es dicho, de los moros junto á la orilla de Ezgargor, se fueron á curar los heridos y á repararse de lo demás á Mostagán, do estaban todavía á la mira de lo que pasaba con los de Maxcara, y que estando allí tan cerca podrían tener aviso y amanecer allí sobre ellos, por ser la noche larga, en que podrían fácilmente andar ocho ó nueve leguas de camino que hay desde allí á Mostagán.

Por esta causa decían todos que no convenía parar á dormir allí, con tantos riesgos de sus vidas, no embargante que salió el Xeque mayor de aquel lugar, nombrado Bu Zegén, que había sido esclavo en Orán del Capitán Gonzalo Hernández, padre del que allí venía, como es dicho, al cual convidó con su casa, y que á todos los demás cristianos que allí venían les haría dar aloxamiento den-

tro de la villa, con todo lo que hubiesen menester de comer, y cama y cebada para sus caballos, y si no querían entrar dentro, les sacarían allí fuera lo que demandasen para cenar y dormir.

Empero los cristianos persuadían al Capitán que no acetase nada, sí que les agradeciese la voluntad, en nombre del Rey de España, y se animase para el camino, aunque él bien quisiera que se quedaran á dormir allí aquella noche, por la indisposición que traía; para lo cual ya se había apeado con otros dos ó tres que eran de su parecer de quedarse allí esta noche, y los demás no querían, sí pasar adelante, caminando toda la noche la vía de Orán; y desta misma opinión y parecer era un moro de los que habían venido hasta allí de Bent Arax, y quedaba con ellos para guiarles para Orán: éste les aconsejaba que no quedasen allí, sí que á toda prisa caminasen para Orán, pues él había quedado solo en su compaña para guiarles por el más derecho camino.

Valdivieso, gentil hombre de la casa del Maestre, que, como diximos, vino á esta jornada, era del mismo parecer del Capitán Luis Hernández de que se quedasen todos á dormir allí aquella noche, diciendo que tanto y más peligroso era caminar, como esperar allí el día. Mas todo esto no fué parte para detener á los demás diez y ocho cristianos sus compañeros, que respondieron que lo mejor que había en ello era hallarse allí, á boca de una larga noche, para más seguramente atravesar los llanos de Habra y Zirete, y no de día, adonde, por ser tierra rasa y llana, podían ser des-

cubiertos desde lejos de alguna tropa de caballería, que por allí atraviesan muchas veces, y verse en mayor peligro que caminar de noche encubiertamente, mostrando ser moros en hábito y lengua, si acaso de repente encontrasen algunos; lo que no podían hacer de día, en que partiendo de allí se hallarían al amanecer en la espesura de los Acebuchares y Espinares, tierras quebradas hasta Orán, veredas que sabían todos los que allí iban.

Y con esta determinación se comenzaron á poner en el camino, haciendo requerimientos al Capitán que se partiese con ellos luego de allí su camino de Orán, como el Maestre de Montesa, su Capitán General, se lo había enviado á mandar dos veces, se pusiese en camino para Orán, con la mayor seguridad que pudiese, que era partir y no quedar allí, con total riesgo de sus vidas, entre infieles moros y turcos, antiguos enemigos del nombre cristiano.

Bien acertados andaban estos soldados de Orán en no parar ni perder tiempo en su camino, para llegar en salvamento á su presidio, porque en muchas formas corrían grande riesgo, quedando esta noche en aquel lugar; donde si escapaban de las manos de aquellos moros, podían otro día en el camino ser acometidos de otros de guerra de varias partes del Reyno, y ansí mismo de los turcos, siendo avisados de los mismos moros de Bent Arax, para volver en su gracia, visto que les quedaban por vecinos, como antes eran, pues no se había hecho nada de lo que se pretendía; en que no sabiendo el Maestre nada del trato de la trai-

ción, de la pérdida, si sucediera, de los veinte cristianos, no les podía negar á sus hijos que tenía en Orán por rehenes, no pudiendo averiguar si había sido traición ó no: en que demás de la pérdida de nuestros cristianos se engendraba un improbable pleito, malo de concluir; en que desta manera sucedía mal la jornada, vengándose los moros por mano agena de los cristianos, quedando en gracia de los turcos.

Volviendo al propósito hilo de la historia, visto los cristianos que el Capitán se quería quedar, se partieron sin él, después de haberle persuadido y hecho muchos requerimientos y protestas en nombre de su Rey y Capitán General de Orán: en que finalmente le dixeron que pues se quería quedar, se quedase solo en hora buena, porque ellos más querían aventurarse á morir en el camino de Orán, que no aguardar allí, donde les podían degollar, como á puercos, de mano de los turcos ó moros de aquel lugar, que tanto daño habían recibido de los cristianos de Orán.

El Capitán, visto que tan determinadamente se iban y le dexaban solo, comenzó á dar voces, llamando que le aguardasen; los compañeros, que ya habían caminado más de un tiro de arcabuz, oyéndole, le aguardaron, visto que les llamaba y venía caminando. Y siendo juntos continuaron su camino, sin parar hasta Orán, donde llegaron en salvamento Domingo por la mañana, á 24 de Diciembre, víspera del nacimiento de nuestro Redemptor, en fin del año 1570, habiendo 25 días que habían salido de aquella ciudad; do fueron ale-

gremente recibidos del Maestre y todo el pueblo, que no les pensaba ver más.

Eran todos ó los más dellos naturales de Orán, como es dicho, y aparentados en ella. Luego el Maestre mandó enviar los rehenes moros á los Xeques sus padres, con grandes esperanzas de la ayuda que pedían al Rey de España, en viéndose con él.

FIN DEL TOMO I.

SOCIEDAD

DE

BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES.

---

1. Excmo. Sr. D. Pascual de Gayangos.
2. Excmo. Sr. D. Braulio Antón Ramírez.
3. Excmo. Sr. D. José Almirante.
4. Excmo. Sr. D. José Fernández Jiménez.
5. Excmo. Sr. D. Mariano Vergara.
6. Excmo. Sr. D. Francisco Asenjo Barbieri.
7. Ilmo. Sr. D. Santos de Isasa.
8. Sr. D. Vicente Vignau.
9. Excmo. Sr. D. Miguel Colmeiro.
10. Excmo. Sr. D. Manuel Colmeiro.
11. Ilmo. Sr. D. Juan Facundo Riaño.
12. Sr. D. Jacinto Sarrasí.
13. Sr. D. José de Castro y Serrano.
14. Sr. D. Toribio del Campillo.
15. Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
16. Sr. D. Cándido Bretón Orozco.
17. Sr. D. José María Octavio de Toledo.
18. Sr. D. Manuel Rico y Sinobas.
19. Sr. D. Carlos Castrobeza.
20. Sr. D. Genaro Alenda Mira de Perceval.
21. Sr. D. Anacleto Buelta.
22. Sr. D. Máximo de la Cantolla.
23. Sr. D. Eugenio Maffei.
24. Excmo. Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle.
25. La Biblioteca Nacional.

26. Sr. D. Joaquín de Azpiazú y Cuenca.
27. Excmo. Sr. D. Vicente Barrantes.
28. Sr. D. Joaquín Ceballos Escalera.
29. Excmo. Sr. Marqués de la Vega de Armijo.
30. Excmo. Sr. D. Manuel Silvela.
31. Sr. D. Fermín Hernández Iglesias.
32. La Biblioteca del Ministerio de Gracia y Justicia.
33. Sr. D. Emilio Ruiz de Salazar.
34. Sr. D. Luis Vidart.
35. Excmo. Sr. Marqués de Perales.
36. Ilmo. Sr. D. Félix García Gómez.
37. Sr. D. Ricardo Chacón.
38. Excmo. Sr. D. Emilio Castelar.
39. Excmo. Sr. Conde de Casa-Valencia.
40. Excmo. Sr. Marqués de Corvera.
41. Excmo. Sr. D. Nilo María Fabra.
42. Excmo. Sr. D. Luis de Estrada.
43. Ilmo. Sr. D. Julián Zugasti y Sáenz.
44. Excmo. Sr. Marqués de Aranda.
45. Excmo. Sr. Marqués de Heredia.
46. Excmo. Sr. D. Fermín Lasala.
47. Excmo. Sr. Conde de Placencia.
48. Excmo. Sr. Duque de Alburquerque.
49. Sr. D. Amós de Escalante.
50. Excmo. Sr. D. Ramón de Campoamor.
51. Ilmo. Sr. D. Juan Uña.
52. Ilmo. Sr. D. Joaquín Maldonado Macanaz.
53. El Ateneo de Madrid.
54. Sr. D. Juan Mañé y Flaquer.
55. Sr. D. Patricio Aguirre de Tejada.
56. Excmo. Sr. Marqués de Valmar.
57. Sr. D. Mariano Vázquez.
58. Sr. D. Juan Federico Muntadas.
59. Excmo. Sr. D. Carlos de Haes.
60. Sr. D. Eduardo Sánchez y Rubio.
61. La Biblioteca del Senado.
62. Sr. D. José de Garnica.
63. Ilmo. Sr. D. Manuel Merelo.
64. Sr. D. Francisco de Borja Pabón.

65. Sr. D. Manuel R. Zarco del Valle.
66. Sr. D. Isidoro de Urzáiz.
67. Excmo. Sr. Marqués de Vallejo.
68. Sr. D. Lucio Domínguez.
69. Sr. D. Salvador de Torres y Aguilar.
70. La Biblioteca de la Real Academia Española.
71. Sr. D. Fernando Fernández de Velasco.
72. Sr. D. Pedro N. Oseñalde.
73. Ilmo. Sr. D. Federico Hoppe.
74. Frederic W. Cosens, Esq.re
75. Excmo. Sr. Marqués de Pidal.
76. Excmo. Sr. Marqués de Hoyos.
77. Excmo. Sr. Marqués de Barzanallana.
78. Excmo. Sr. Conde de Valencia de Don Juan.
79. Sr. D. Carlos Bailly-Baillière.
80. Sr. D. José María Asensio.
81. La Real Academia de la Historia.
82. Excmo. Sr. D. Juan Valera.
83. Excmo. Sr. D. Gabriel Enriquez.
84. Sr. Conde de Torre Pando.
85. Ilmo. Sr. D. Vicente de la Fuente.
86. Sr. D. Félix María de Urcullu y Zulueta.
87. Sr. D. Luis de la Escosura.
88. Sr. Conde de Agramonte.
89. Sr. D. Manuel Cerdá.
90. La Biblioteca del Ministerio de Fomento.
91. Sr. D. José Sancho Rayón.
92. Excmo. Sr. Marqués de Casa Loring.
93. Sr. D. Fernando Arias Saavedra.
94. Sr. D. Alfonso Durán.
95. Sr. D. Enrique Suender y Rodríguez.
96. Doctor E. Thebussen.
97. Excmo. Sr. Duque de Frías.
98. Sr. Conde de San Bernardo.
99. Excmo. Sr. D. Eugenio Montero Ríos.
100. Ilmo. Sr. D. Manuel Ortiz de Pinedo.
101. Excmo. Sr. D. Juan Guillén de Buzarán.
102. Sr. D. José Antonio de Balenchana.
103. Sermo. Sr. Duque de Montpensier.

104. Serma. Sra. Condesa de París.
105. Sr. D. Marcial Taboada.
106. Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié.
107. Sr. Conde de Roche.
108. Excmo. Sr. D. José de Fontagud Gargollo.
109. Sr. D. Enrique Rouget de Loscos.
110. Sr. D. Eugenio de Nava Caveda.
111. Excmo. Sr. Marqués de Miravel.
112. Excmo. Sr. Conde de Casa Galindo.
113. Sr. D. Germán Knust.
114. Sr. D. José de Palacio y Viteri.
115. Sr. D. J. N. de Acha.
116. Sr. D. Juan Llordachs.
117. Sr. D. Juan Gualberto Ballesteros.
118. Sr. D. Pablo Cuesta.
119. Sr. D. Fernando Núñez Arenas.
120. Sr. D. José Llordachs.
121. Sr. D. Laureano Pérez Arcas.
122. Sr. D. Ramón Siscar.
123. Sr. Gerold, de Viena.
124. Sr. D. Juan Martín Fraqui.
125. Sr. D. Joaquín Zugarramurdi.
126. Sr. D. Donato Guío.
127. Excmo. Sr. Conde de Morphy.
128. Excmo. Sr. D. Segismundo Moret.
129. Sr. D. Fidel de Sagarmínaga.
130. Sr. D. Vicente Poleró.
131. Excmo. Sr. D. Salvador de Albacete.
132. Sr. D. Federico Uhagón.
133. Sr. D. Benito Perdiguero.
134. Excmo. Sr. D. Francisco Romero y Robledo.
135. Sr. D. Antonio Pineda Cevallos Escalera.
136. La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
137. Excmo. Sr. D. Alejandro Llorente.
138. Sr. D. Gabriel Sánchez.
139. Sr. D. Santos María Robledo.
140. Sr. D. José Jorge Daroqui.
141. Sr. D. Pedro Pablo Blanco.
142. Excmo. Sr. D. Ricardo Villalba y Pérez.

143. Sr. D. Eduardo Corredor.
144. Excma. Sra. Condesa de Oñate.
145. Sr. D. Luis Masferrer.
146. Sr. D. José Anllo.
147. Sr. D. Francisco Cuesta.
148. Sr. D. Mariano Murillo.
149. Sr. D. Federico Real y Prado.
150. Sr. D. Felipe Barroeta.
151. Sr. Conde de Peñaranda de Bracamonte.
152. Sr. D. Enrique García de Angulo.
153. La Biblioteca de la Academia del E. M. del Ejército.
154. La Biblioteca del Ministerio de Marina.
155. Sr. D. José Moncerdá.
156. Ilmo. Sr. D. Bienvenido Oliver y Esteller.
157. Sr. D. Rafael de la Escosura.
158. Excmo. Sr. D. Francisco de Cárdenas.
159. Excmo. Sr. D. José Núñez de Prado.
160. Excmo. Sr. D. Antonio Rodríguez de Cepeda.
161. Sr. D. Miguel Guijarro Rodrigo.
162. Sr. D. Miguel Guijarro Ocaña.
163. Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.
164. Excmo. Sr. Marqués de Casa Irujo.
165. Sr. D. Miguel Victoriano Amer.
166. Sr. D. Leocadio López.
167. Excmo. Sr. Conde de Toreno.
168. Sr. D. Luis María de Tro y Moxó.
169. Sr. D. Felipe Iturbe.
170. Excmo. Sr. D. Feliciano Herreros de Tejada.
171. Sr. D. Francisco Iravedra.
172. Sr. D. José Canosa y Martínez.
173. La Biblioteca Imperial de Strassburg.
174. Sr. D. Fernando Holm.
175. Sr. D. Joaquín Fontes y Contreras.
176. La Biblioteca del Congreso de los Diputados.
177. Sr. D. Antonio Benítez de Lugo.
178. Sr. D. Wenceslao Ramírez de Villa-Urrutia.
179. Sr. D. Joaquín Valera.
180. Sr. D. Luis Carmena Millán.
181. Sr. D. José Laín y Guío.

182. Sr. D. José Enrique Serrano.
183. The Earl of Ducie.
184. Excmo. Sr. Marqués de Viluma.
185. Sr. D. Carlos Calderón.
186. La Biblioteca Real de la Universidad de Bonn.
187. Sr. D. Clemente Cortejón.
188. Sr. D. José Lozano.
189. Excmo. Sr. Marqués de Trives.
190. Sr. D. Augusto Echevarría.
191. Excmo. Sr. D. Victorino Arias Lombana.
192. Sr. D. Miguel Ginesta.
193. Sr. D. Nazario Calonje.
194. Excmo. Sr. Conde de Bañuelos.
195. Sr. D. Federico Avecilla.
196. Sr. D. Eugenio Hartzenbusch é Hiriart.
197. Excmo. Sr. Conde de Zavellá.
198. Sr. D. Manuel María Peralta.
199. Sr. D. Luis Tusquets.
200. Sr. D. Carlos María Ponte.
201. Sr. D. Luis Navarro.
202. Sr. Norman Maccoll Esq.re
203. Sr. D. Enrique María Alvarez y Martínez.
204. Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.
205. Librería «Guttenberg.»
206. La Biblioteca de la Universidad de Barcelona.
207. Sr. D. Fernando Palha.
208. Sr. D. Juan Vidal.
209. Sr. D. Alonso Mesía de la Cerda.
210. Sr. D. Antonio Paz y Mélia.
211. Sr. D. Francisco Guillén Robles.
212. Excmo. Sr. Conde Sallent.
213. Sr. D. Saturio Martínez.
214. Sr. Marqués del Bosch de Arés.
215. Excmo. Sr. Duque T' Serclaes.
216. Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros.
217. Sr. D. Carlos Volmóller.
218. Sr. D. Francisco A. Commelerán.
219. Sr. D. J. C. Cebrián.
220. Excmo. Sr. D. José Esperanza y Sola.

221. Sr. D. Mateo de Rivas y Cuadrillero.
222. Sr. D. León Medina.
223. Sr. D. Jesús Manso de Zúñiga.
224. Sr. D. Francisco R. de Uhagón.
225. Sr. D. Cesáreo Aragón.
226. Excmo. Sr. Marqués del Pazo de la Merced.
227. Excmo. Sr. D. Raimundo F. Villaverde.
228. Excmo. Sr. D. José Moreno Leante.
229. Sr. D. José Luis Gallo.
230. Excmo. Sr. Duque de Aríon.
231. Excmo. Sr. Marqués de la Puente y Sotomayor.
232. Señorita Doña Blanca de los Ríos.
233.
234.
235.
236.
237.
238.
239.
240.
241.
242.
243.
244.
245.
246.
247.
248.
249.
250.
251.
252.
253.
254.
255.
256.
257.
258.
259.

g

260.
261.
262.
263.
264.
265.
266.
267.
268.
269.
270.
271.
272. La Sociedad de Bibliófilos Españoles.

SEÑORES SOCIOS FALLECIDOS

CUYA SUSCRIPCIÓN CONTINÚAN SUS PARIENTES Ó HEREDEROS.

S. M. EL REY D. ALFONSO XII.
1. ✠ Ilmo. Sr. D. Ramón Llorente y Lázaro.
2. ✠ Ilmo. Sr. D. Ramón Miranda.
3. ✠ Sr. D. Marcos Sánchez.
4. ✠ Sr. D. Mariano Fortuny.
5. ✠ Sr. D. Pedro Avial.
6. ✠ Sr. D. Antonio Novo.
7. ✠ Sr. D. Rafael Aguilar y Pulido.
8. ✠ Sr. D. José Carranza y Valle.
9. ✠ Excmo. Sr. D. Joaquín Ruiz Cañabate.
10. ✠ Excmo. Sr. D. Cayetano Rosell.
11. ✠ Excmo. Sr. D. Francisco Millán y Caro.
12. ✠ Excmo. Sr. D. Severo Catalina.
13. ✠ Sr. D. Adolfo Rivadeneyra.
14. ✠ Sr. D. José de Santucho y Marengo.
15. ✠ Sr. D. Juan Manuel Ranero.
16. ✠ Excmo. Sr. Marqués de la Torrecilla.
17. ✠ Sr. D. Luis Burgos.
18. ✠ Excmo. Sr. Marqués de Molíns.

JUNTA DE GOBIERNO.

Presidente	Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.—Serrano, 57, hotel.
Vicepresidente	Excmo. Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle.—Alcalá, 49 duplicado, 4.°
Tesorero	Sr. D. José Antonio de Balenchana.—Reina, 24, bajo.
Contador	Sr. D. Francisco Guillén Robles.—Biblioteca, 8.
Secretario primero	Sr. D. José María Octavio de Toledo.—Cervantes, 18.
Secretario segundo	Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié.—San Onofre, 5, 2.°
Vocales	Excmo. Sr. D. Pascual de Gayangos.—Barquillo, 4, 3.°
	Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.
	Excmo. Sr. D. Francisco Asenjo Barbieri.—Plaza del Rey, 3.
	Sr. D.

LIBROS PUBLICADOS

POR LA

SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES.

I. Cartas de Eugenio Salazar, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

II. Poesías de D. Francisco de Rioja, por D. Cayetano A. de la Barrera. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

III. Relaciones de algunos sucesos de los últimos tiempos del reino de Granada, por D. Emilio Lafuente Alcántara. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

IV. Cinco cartas político-literarias de D. Diego Sarmiento de Acuña, Conde de Gondomar, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

V. El libro de las aves de caça, del Canciller Pedro López de Ayala, con las glosas del Duque de Alburquerque. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

VI. Tragedia llamada Josefina, de Micael de Carvajal, por D. Manuel Cañete. Tirada de 300 ejemplares. *Gratis para los socios. Agotada la edición.*

VII. Libro de la Cámara Real del Principe D. Juan, de Gonzalo Fernández de Oviedo, por D. José María Escudero de la Peña. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

VIII. Historia de Enrrique fi de Oliua, Rey de Iherusalem, Emperador de Constantinopla, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

IX. El Crotalon de Christophoro Gnophoso. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

X. Don Lazarillo Vizcardi, de D. Antonio Eximeno, por Don Francisco Asenjo Barbieri. Dos tomos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XI. RELACIONES DE PEDRO DE GANTE, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Gratis para los socios. Agotada la edición.*

XII. TRATADO DE LAS BATALLAS Y LIGAS DE LOS EJÉRCITOS DEL EMPERADOR CARLOS V, DESDE 1521 HASTA 1545, por Martín García Cereceda. Tomos I, II y III. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIII. MEMORIAS DEL CAUTIVO EN LA GOLETA DE TÚNEZ, por Don Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIV. LIBRO DE LA JINETA Y DESCENDENCIA DE LOS CABALLOS GUZMANES, por D. José Antonio de Balenchana. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XV. VIAJE DE FELIPE SEGUNDO Á INGLATERRA, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVI. TRATADO DE LAS EPÍSTOLAS Y OTROS VARIOS, DE MOSÉN DIEGO DE VALERA, por D. José Antonio de Balenchana. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVII. DOS OBRAS DIDÁCTICAS Y DOS LEYENDAS, sacadas de manuscritos de la Biblioteca del Escorial, por D. Germán Knust. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVIII. DIVINA RETRIBUCIÓN SOBRE LA CAÍDA DE ESPAÑA EN TIEMPO DEL NOBLE REY D. JUAN EL PRIMERO, DEL BACHILLER PALMA, por Don José María Escudero de la Peña. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIX. ROMANCERO DE PEDRO DE PADILLA, por el Marqués de la Fuensanta del Valle. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XX. RELACIÓN DE LA JORNADA DE PEDRO DE ORSÚA Á OMAGUA Y AL DORADO, por el Marqués de la Fuensanta del Valle. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXI. CANCIONERO GENERAL DE HERNANDO DEL CASTILLO, por Don José Antonio de Balenchana. Dos tomos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXII. OBRAS DE JUAN RODRÍGUEZ DE LA CÁMARA (Ó DEL PADRÓN), por D. Antonio Paz y Mélia. Tirada de 300 ejemplares.

XXIII. EL PELEGRINO CURIOSO, por D. Pascual de Gayangos. Tomo I. Tirada de 300 ejemplares.



XXIV. Cartas de Villalobos, por D. Antonio María Fabié. Tirada de 300 ejemplares.

XXV. Memorias de D. Félix Nieto de Silva, Marqués de Tenebrón, por el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. Tirada de 300 ejemplares.

XXVI. El Pelegrino Curioso, por D. Pascual de Gayangos. Tomo II. Tirada de 300 ejemplares.

XXVII. Historia del maestre último que fué de Montesa y de su hermano D. Felipe de Borja, por D. Francisco Guillén Robles. Tomo I. Tirada de 300 ejemplares.

---

m

b